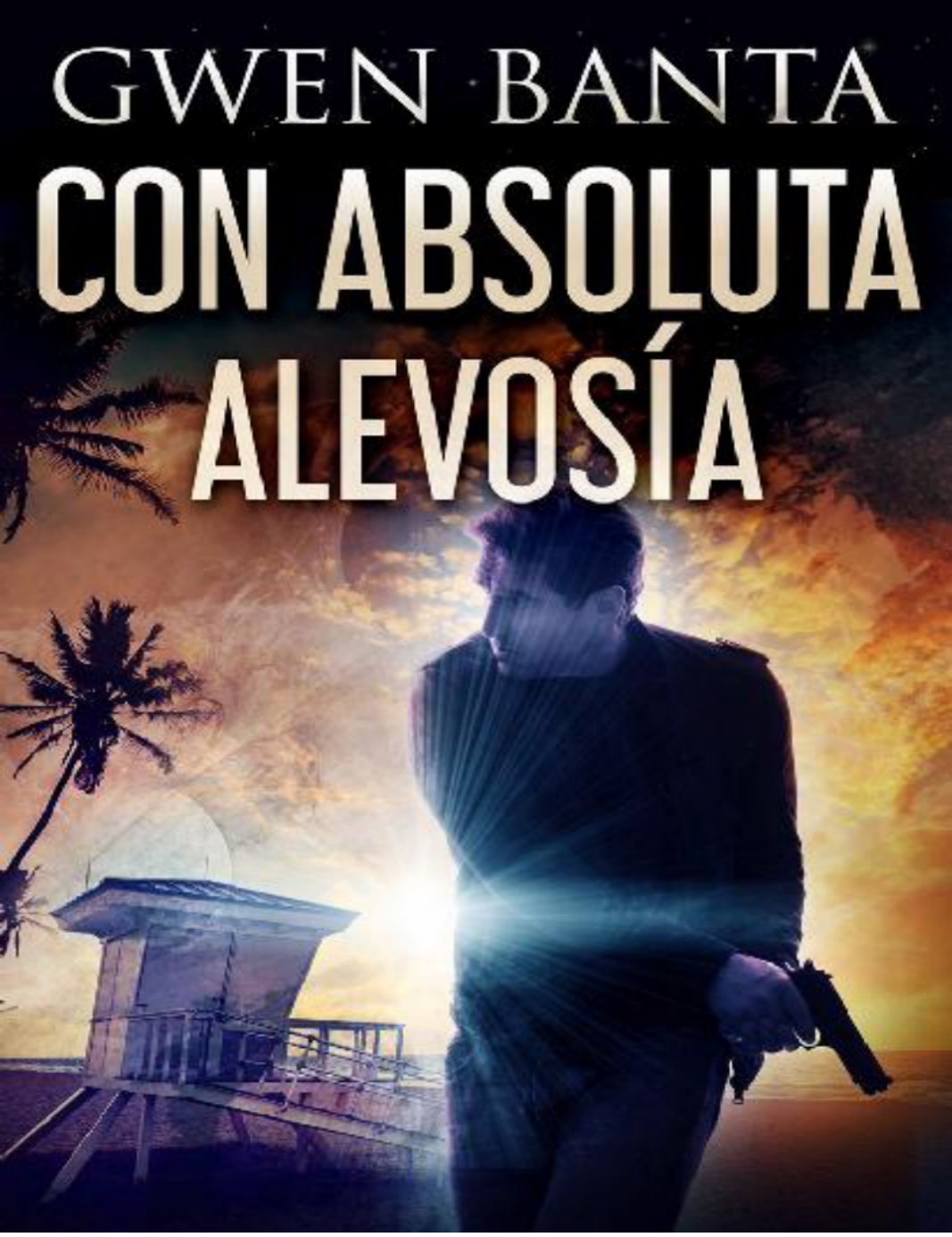
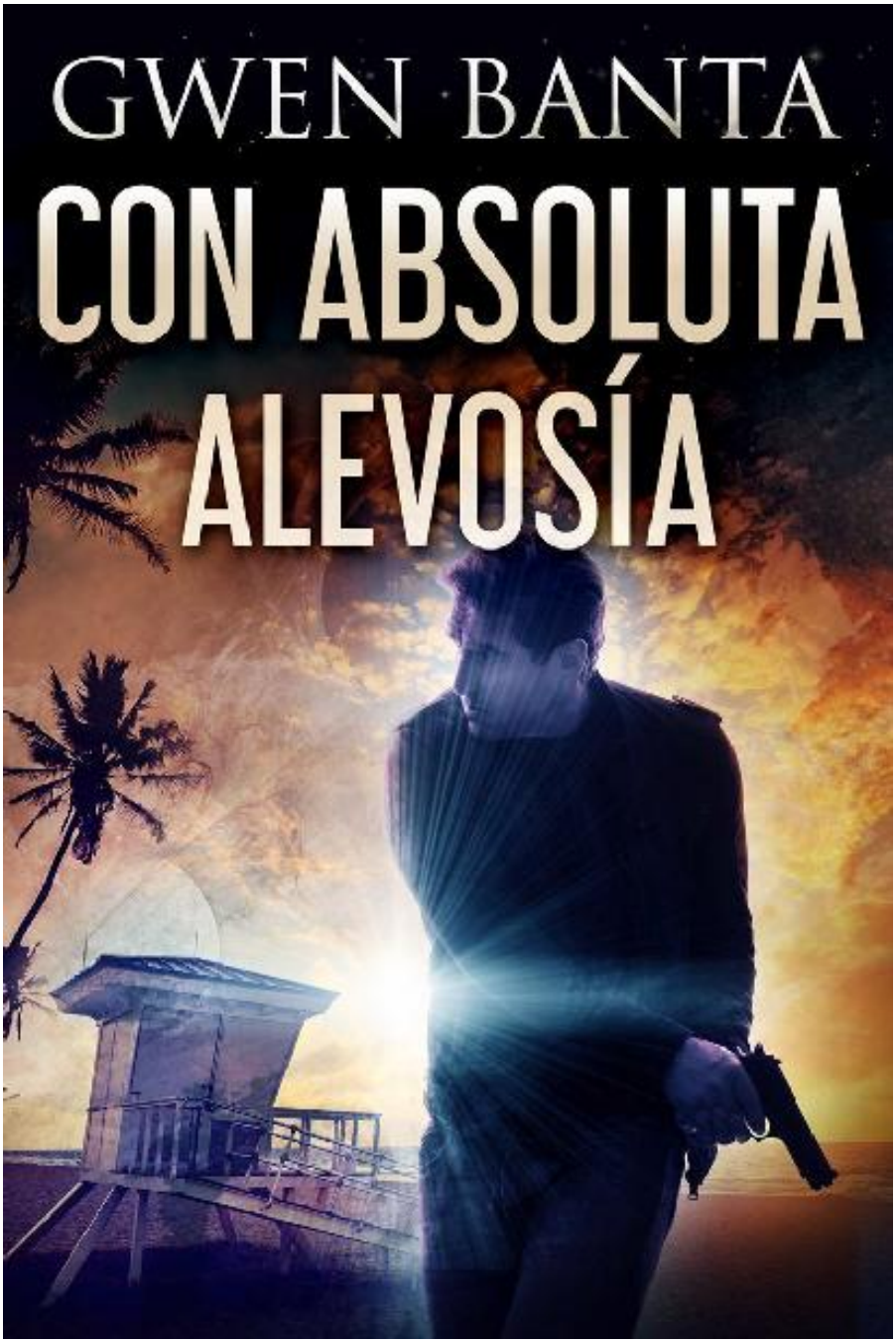
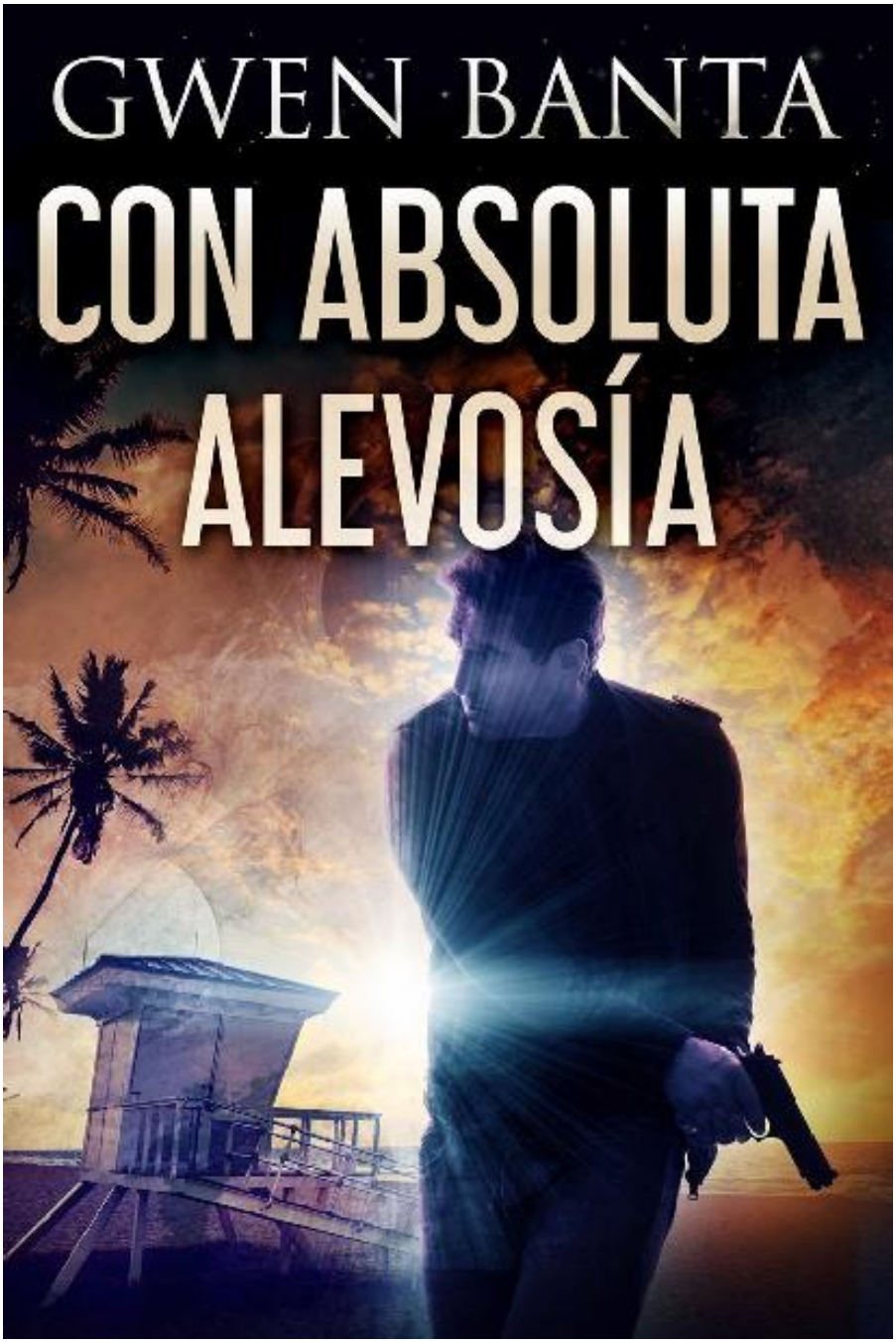
GWEN BANTA

CON ABSOLUTA ALEVOSÍA




GWEN BANTA
CON ABSOLUTA ALEVOSÍA


GWEN BANTA
CON ABSOLUTA ALEVOSÍA

CON ABSOLUTA ALEVOSÍA

GWEN BANTA

TRADUCIDO POR

ANABELLA IBARROLA

ÍNDICE

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Querido lector

Agradecimientos

Acerca de la autora

Derechos de autor (C) 2018 Gwen Banta

Diseño de Presentación y Derechos de autor (C) 2022 por Next Chapter

Publicado en 2022 por Next Chapter

Arte de la portada por CoverMint

Editado por Alicia Tiburcio

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, locales o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir ni transmitir ninguna parte de este libro de ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluidas fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso del autor.

En el Sistema Penal de California, el Código Penal de California # 187 establece:

El asesinato es la muerte ilegal de un ser humano, o de un feto, con alevosía.

Asesinato con alevosía:

En el sistema de justicia penal, la Prueba Thomas establece que cuando una persona actúa con un desprecio deliberado por la vida humana, el dolo está implícito.

UNO

LONG BEACH, CALIFORNIA

MIÉRCOLES, 12:42 A.M.

Tim Mulrooney agarró el volante de su Crown Vic sin marcar mientras su emoción superaba su ansiedad. La zona de Belmont Shore, en Long Beach, era el distrito más rentable -conocido como «The Shore» por los lugareños-, un refugio de sol, bikinis y restaurantes de moda. No pudo evitar preguntarse qué demonios estaba haciendo en la hermosa Belmont Shore a las 12:42 de la madrugada de un miércoles persiguiendo un Código 187.

Mulrooney se obligó a relajarse y a disfrutar del bienvenido cambio de escenario. Le gustaba su trabajo, aunque últimamente la depravación con la que se encontraba tan a menudo le quemaba las tripas. En los últimos meses se había encontrado luchando contra la duda y una creciente incapacidad para disociarse de los horrores que formaban parte de su rutina diaria. Hacía tiempo que Mulrooney sentía que se encontraba en una especie de encrucijada en su vida. Pero ahora mismo había un cadáver que necesitaba su atención, así que pisó el acelerador y se advirtió a sí mismo que debía dejar el autoanálisis a los comedores de tofu.

Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que regresó de sus primeras vacaciones en cuatro años: una excursión al soleado Puerto Vallarta, México. Mientras estaba al sur de la frontera, Mulrooney había visitado todos los lugares de pesca que pudo encontrar y había consumido suficiente comida picante como para que su estómago protestara, en español y en inglés. Ahora estaba de vuelta, bronceado, atractivo y bastante en forma para sus cuarenta y ocho años.

Las vacaciones se habían hecho esperar. Su ex mujer, Isabella, se había quejado a menudo de que su trabajo lo consumía. Era algo que Mulrooney lamentaba profundamente pero que nunca supo cómo cambiar. Mulrooney recordó una cita de Kipling que siempre le pareció memorable: «El exceso de trabajo mata a más gente de la que

justifica la importancia del mundo». Se tiró de la oreja y gruñó. Debería haber leído a Kipling antes de mi infarto . No obstante, Mulrooney sabía que ya no tenía que justificar su dedicación al trabajo ante Isabella. Ella se había ido. Y Kipling estaba demasiado muerto como para que le importara una mierda. Así que Mulrooney los apartó a ambos de su mente y volvió a centrar su atención en el trabajo.

Después de girar en la calle Segunda, bajó la ventanilla del coche y aspiró el aire del mar. Algún día tendré que comprar una pequeña hacienda aquí , se dijo a sí mismo. Mulrooney había admirado durante mucho tiempo la arquitectura de estilo misionero introducida por los frailes españoles que habían llegado a California para difundir la palabra de Dios entre una población cada vez más indiferente . Y la inocencia y la hospitalidad de los años 50 de la zona de Belmont Shore siempre lo conectaban con su juventud con una continuidad tranquilizadora. Era como ver un viejo anuncio de una pastilla de Alka-Seltzer bailando. Cuando Mulrooney se dio cuenta de que estaba sonriendo como el tonto del pueblo, se ordenó a sí mismo que cerrara la boca.

Tras pasar por Glendora, Mulrooney giró hacia el este y siguió la luz de la luna hasta la bahía de Alamitos. Cuando llegó a la escena del crimen, evaluó automáticamente la zona. Las barricadas de la carretera ya estaban colocadas. En el pequeño puente que atravesaba la bahía, una multitud de lugareños se había reunido para ver la acción. Varios policías de color habían bloqueado el extremo sur de la avenida Bay Shore y los camiones de bomberos de Belmont Shore habían asegurado el extremo norte. Un vehículo de Emergencias Médicas estaba aparcado en el lugar sin aparente prisa por ir a ninguna parte. No es una buena señal , concluyó.

Otro grupo de transeúntes estaba reunido frente a una majestuosa villa de estilo mediterráneo que se alzaba sobre la bahía. Las luces de al menos diez coches patrulla iluminaban la zona como si se tratara del Circo del Sol, mientras los espectadores observaban expectantes, como si esperaran presenciar una acción arriesgada que desafiara a la muerte.

Mulrooney reconoció al pálido agente que se encargaba del control de la multitud. Era el nuevo compañero de la agente Kate Axberg, Sanders. Sanders parecía tener unos quince años, lo que hizo que Mulrooney se sintiera más viejo que el moho. Había apodado al nuevo plantel de reclutas la —Patrulla de Embriones— por una buena razón. Mientras observaba a Sanders amonestar tímidamente a un reportero

que se había colado bajo la cinta policial, Mulrooney pudo ver la tensión evidente en la mandíbula del novato. El veterano policía aún recordaba el estrés de su primer caso de homicidio; y sabía que Sanders se endurecería rápidamente. El chico no tenía elección. Aguantarse o joderse.

—Toma declaración a todos, Sanders— le indicó mientras salía de su coche y se dirigía a la villa. Mulrooney fingió no notar las gotas de sudor que se habían acumulado sobre el ceño fruncido de Sanders. —Lo está haciendo bien, agente— le respondió por encima del hombro mientras se acercaba a la puerta de la villa.

Mulrooney se detuvo para mirar a su alrededor y escuchar. Desde algún lugar del interior de la residencia, las malhumoradas notas de Summertime de Gershwin se filtraban en el aire nocturno. El contraste entre la relajante música y la macabra multitud le hizo sentir como si estuviera en medio de una película de Coppola. Por favor, nada de regalos de fiesta con cabeza de caballo , pensó mientras se enderezaba hasta alcanzar su máxima altura.

Mulrooney abrió la puerta de un empujón y entró en un salón espectacular. Levantando una ceja en señal de admiración, se puso a trabajar, con su memoria fotográfica captando cada detalle. Había una magnífica colección de arte original que incluía algunas piezas aborígenes y un óleo de Frederic Remington del suroeste americano. Una botella de champán Cristal con globos adheridos descansaba en una bandeja de plata sobre un Steinway.

Mientras examinaba la botella de champán, la agente Kate Axberg entró en la habitación. Mulrooney notó la mirada tensa que se dibujaba en el rostro habitualmente agradable de Kate. Kate y Sanders habían sido los primeros en llegar a la escena del crimen y ningún 187 era bonito. A Mulrooney se le ocurrió que probablemente Kate nunca había sido la primera en llegar a un homicidio. En Belmont Shore, un día de lluvia era un delito.

—¿Estás bien, Kate?— preguntó.

—Sí, pero me alegro de que hayas vuelto, Tim— asintió ella.

—Gracias. Entonces, ¿quieres explicármelo, guapa?— dijo con su mejor voz de bruja malvada. Aunque Kate solía sonreír cuando él hacía sus imitaciones para ella, su boca permaneció tensa . Mulrooney se aflojó la corbata. Sabía que esto iba a ser feo.

Cuando levantó la vista de nuevo, vio a su compañero, Brian Clarke,

entrando a grandes zancadas en la casa con Sanders siguiéndole de cerca como un cocker spaniel uniformado. —Hola, Smokey— saludó Mulrooney a su compañero. La esposa de Clarke, Karen, había apodado a Clarke —Smokey— por su parecido con Smokey Robinson. Sin embargo, Mulrooney era la única otra persona a la que se le permitía utilizar el apodo sin provocar la ira de Clarke, lo que nunca fue una decisión acertada.

—No puedo creer el momento de tu llamada telefónica, hermano— gruñó Clarke. —Interrumpiste la máquina de am-o-o-r de mi esposa.

—¿Así que tu hermano está de visita otra vez?— se burló Mulrooney. Se rió mientras Clarke se rascaba la frente con el dedo mayor estirado . —Bueno, hagamos que Katie nos dé el recorrido para que pueda irse a casa— dijo Mulrooney, —y luego puedes arrastrar tu lamentable culo de vieja «máquina del amor» de vuelta a Karen. Mulrooney se dirigió a Sanders y le dijo: —Sigue fuera.

Sanders obedeció mientras Kate hacía un gesto a Mulrooney y Clarke para que la siguieran. —Una víctima— pronunció mientras los guiaba por el pasillo. —Apuñalamiento. No hay signos vitales al llegar. La víctima es el Dr. Scott Connolly. Caucásico, cuarenta y cinco años. Esposa, sin hijos.

Mulrooney levantó las cejas cuando escuchó el nombre. Una vez había visto una entrevista con el prominente ginecólogo de Long Beach en las noticias locales. Connolly, vestido al estilo Gatsby, había rezumado riqueza y confianza, aunque había parecido distraído durante la entrevista. Y los ojos de Connolly habían mostrado signos de estrés, acentuados por ojeras oscuras justo debajo de sus ojos . —¡Vaya!— silbó Mulrooney, —¡es el guardián del mejor centro de consulta de la Costa!

—Era— corrigió Clarke.

Mientras subían la escalera curva, las hipnóticas notas de I Love You, Porgy , de Gershwin, despistaron a Mulrooney. Kate leyó su mirada exasperada. —La música estaba puesta cuando llegamos, Tim. La pondré en el 86 cuando termine con las huellas .

Cuando llegaron a la parte superior de la escalera, Mulrooney anotó mentalmente que los altavoces del piso de arriba no funcionaban; luego se volvió hacia Kate mientras ella continuaba con su informe. —No hay arma— informó, —ni señales del asaltante. Hicimos la búsqueda visual, pero Sanders se mareó y tuve que enviarlo fuera.

—Eso explica el vómito en la buganvilla— murmuró Clarke.

—Sí— hizo una mueca, —estaba muy avergonzado. Me retiré última y aseguré la zona. Dos mujeres están abajo en el estudio, así que querrás interrogarlas. Estaban juntas en la casa cuando llegamos, pero tomamos sus explicaciones por separado, por supuesto.

Cuando llegaron a la gran suite principal, Kate dudó y luego se apartó. No es propio de ella hacer eso , observó Mulrooney. De repente, sintió la familiar ansiedad que había sentido a menudo de niño cuando bajaba las oscuras escaleras del sótano temiendo a algún intruso sin rostro al acecho. Al entrar en el dormitorio, sus ojos se fijaron inmediatamente en la cama. —¡Jesucristo!— espetó.

—¡Vaya, mamá!— Clarke gritó desde atrás.

El renombrado Dr. Connolly yacía completamente desnudo de espaldas con las piernas abiertas como un águila. Tenía los ojos abiertos y los brazos extendidos como si estuvieran clavados en un crucifijo. Connolly tenía la boca abierta, como si la vida de su cuerpo se hubiera arrastrado por el orificio de su cara, sin dejar más que un cadáver brutalizado. La víctima había sido rajada desde la pelvis hasta el esternón. Pero lo peor de todo es que sus entrañas ya no estaban dentro. Estaba destripado como un pez.

La mayoría de las vísceras yacían junto al cadáver. Sin embargo, los intestinos, aún unidos a Connolly como un cordón umbilical, estaban ensartados en la cama, y trozos de tejido y materia fecal salpicaban en una erupción de vísceras. El olor era repugnante.

—¡Jesús!— Clarke gimió mientras buscaba huellas a su alrededor. —Tiene que haber una huella de Bruno Magli aquí en alguna parte.

—Su mujer se metió en la cama y lo encontró así— hizo una mueca Kate.

Clarke hizo una mueca. —¡Dios del Cielo ! ¿Se metió en la cama con ESO?—

—Sí— asintió Kate, —y en su histeria salió corriendo de la casa desnuda y gritando. Su mejor amiga llegó inmediatamente después. Un momento interesante.

Mulrooney examinó de cerca los patrones de las salpicaduras de sangre. Una mancha de sangre en la puerta del armario lo intrigó. La madera presentaba arañazos superficiales y había huellas dactilares

cerca de la parte superior del marco.

—¿Qué opinas de esas huellas?— preguntó Kate.

Mulrooney y Clarke intercambiaron miradas. —Corrígeme si me equivoco, Smokey— respondió Mulrooney, —pero yo diría que es la huella de un pezón.

Clarke frunció los labios y asintió. —Parece que una mujer aterrorizada intentó salir directamente por la puerta del armario, Kate.

—¿Me necesitan más aquí arriba, chicos?— preguntó Kate mientras retrocedía más.

Mulrooney negó con la cabeza. —No, Katie, no a menos que hayas traído un gran kit de costura.

Cuando finalmente llegaron los forenses, Mulrooney dio órdenes mientras él y Clarke inspeccionaban meticulosamente la escena del crimen, maniobrando alrededor de los trozos de cadáver. No había signos de entrada forzada. Una de las paredes estaba forrada con armarios que contenían un televisor, un DVD, una vieja videograbadora y una colección de libros raros. Nada había sido perturbado. Encima de la mesita de noche había un teléfono, una lámpara, un radio reloj digital y dos mandos a distancia. Mulrooney, mientras fotografiaba mentalmente cada detalle, se dio cuenta de que el colchón había arrastrado la mayor parte de la sangre hacia el lado de la cama de la víctima.

—Descansa en pedazos, Doc— susurró, cediendo a su vieja costumbre de hablar con las víctimas cada vez que se sentía ansioso. El sabor

agrio en su garganta indicaba que su nivel de ansiedad estaba aumentando. No es algo malo , se recordó a sí mismo. En Irak había aprendido que una dosis saludable de ansiedad mantenía los sentidos en máxima alerta. Su sargento había advertido repetidamente a su pelotón: —Un tonto actúa sin miedo, pero un hombre valiente actúa a pesar de él. Semper Fi Mulrooney saludó mentalmente, decidido a no ser el tonto de nadie. Mientras miraba la boca abierta del Dr. Connolly, sacó un tubo de Blistex y se cubrió los labios quemados por el sol antes de continuar.

Mientras Clarke inspeccionaba el cadáver, Mulrooney se centró en un montón de ropa en el suelo, cerca del charco de sangre. En el bolsillo de un pantalón Armani, Mulrooney encontró la cartera de Connolly con trescientos dólares escondidos en la solapa interior. Un clip de oro de 18 quilates estaba vacío. —Vea si puede levantar una huella de este sujeta billetes — le indicó a un técnico.

Tras una nueva inspección, Mulrooney descubrió una pequeña ampolla de cristal envuelta en tejido de algodón en un bolsillo trasero del pantalón. La sostuvo en alto para que Clarke la viera. —Mira aquí, compañero— dijo con una ceja levantada.

—¡Poppers!— exclamó Clarke. —Hacía tiempo que no los veía. O el doctor tenía un problema de corazón, o de erección.

—Ese no es su peor problema— murmuró Mulrooney mientras giraba para inspeccionar la sangre en el tocador. A juzgar por la zona en blanco en el patrón, el perpetrador se había llevado gran parte de las salpicaduras de sangre. El patrón de sangre indicaba que el médico estaba tumbado sobre su lado derecho cuando fue asesinado. El cuerpo de la víctima debe haber sido girado de alguna manera y el intestino arrancado después. Pero cómo… y por qué , se preguntó.

Encima de la cómoda había un grabado de Duke Ellington al piano. Una gota de la sangre del Dr. Scott Connolly seguía adherida al pliegue de carne bajo el ojo del Duke como una lágrima ensangrentada. Mulrooney se acercó para leer el título del grabado: Melodía Dramática , el nombre de una melodía que Ellington había compuesto para la película Anatomía de un asesinato. La ironía no se le escapó.

—Oye, amigo— llamó Clarke, interrumpiendo los pensamientos de Mulrooney, —¿te has dado cuenta de que los ojos del Duke te siguen como la maldita Mona Lisa?

—También los del doctor— gruñó Mulrooney mientras se dirigía al tocador de la pared sur. Contempló una bata de angora que se encontraba sobre la silla del tocador. Varias tarjetas de cumpleaños estaban atascadas en el borde del espejo y una caja de polvos para la cara descansaba en una bandeja de plata. Mulrooney examinó un par de bragas transparentes y un sujetador que estaban apilados sobre la mesa. Cuando levantó la vista, vio a Clarke sonriendo.

—¿No usas lencería así?— se burló Clarke.

—Sólo cuando tengo una cita con tu padre— replicó Mulrooney. El acogió con agrado la fácil réplica. Su diálogo era una barrera verbal contra el salvajismo. Seguía mirando el tocador cuando algo más llamó su atención. Se agachó y sacó una foto de debajo de la tapa de cristal opaco. Era una instantánea de un hombre descansando cerca de la piscina de un hotel. El hombre tenía una apariencia oscura y una sonrisa fácil. —MI AMOR SIEMPRE, SAM— estaba escrito en el reverso de la foto con una letra audaz y segura. Mulrooney entregó la instantánea a su compañero. Clarke dejó escapar un silbido mientras la guardaba como prueba.

Mulrooney dirigió entonces su mirada a una fina capa de polvo en una zona del tocador. Le pareció extraño que el polvo fuera mucho más grueso alrededor de la zona donde estaban las bragas. Se preguntó si el delincuente había estado buscando algo específico. ¿O se trataba de algo muy personal? —A ver qué puedes hacer con esto, Smokey— le dijo a Clarke.

Observó cómo Clarke resoplaba varias veces para limpiarse las fosas nasales antes de agacharse para inhalar las partículas de polvo que había cerca de la ropa interior. Mulrooney esperó expectante, sabiendo que su compañero tenía el olfato de un sabueso. En una ocasión, Clarke había llegado a olfatear a un sospechoso por el tipo de alcohol que había en su aliento: Guinness.

—Seguro que no es el polvo para la cara— pronunció Clarke. —Es de una lámina de yeso .

—¿Lámina de yeso? Maldita sea, eres bueno, Smokey, dijo Mulrooney.

—Eso es lo que me dice Karen— sonrió Clarke mientras comprobaba su reloj. —Y ella está manteniendo mi lugar caliente. Voy a bajar a buscar algunos testigos. ¿Vas con la escopeta?—

—En un minuto— respondió Mulrooney. —Necesito un poco de aire.

Cuando Clarke se fue, Mulrooney salió a la terraza . Pudo ver el Queen Mary, iluminado por las luces de las islas petroleras de la costa mientras se reclinaba majestuosamente en el agua. El barco contrastaba tranquilamente con el estruendo del helicóptero de la policía que sobrevolaba como una mantis religiosa mutante. Al ver los alrededores, Mulrooney observó que el bungalow de al lado estaba demasiado lejos para dar un salto seguro, y la casa de Connolly, de dos pisos, no ofrecía puntos de apoyo para escalar. El asaltante debió de salir por la puerta principal, con las pelotas al viento, supuso... a no ser que el asesino no hubiera abandonado nunca el lugar.

Mulrooney aspiró el aire del océano y trató de raspar el sabor de la muerte de su lengua con los dientes. Tenía ganas de beber por primera vez en mucho tiempo, pero no había tocado el alcohol desde que su corazón lo había abandonado. Por lo tanto, esta noche no se consumiría en Margaritaville.

Después de mirar inconscientemente por encima del hombro hacia las sombras, Mulrooney echó otro vistazo a los restos esparcidos del doctor Scott Connolly. Intuyó que el contacto íntimo del asesino con la víctima había estado motivado por algo más que el odio o la pasión. La rabia era casi palpable. Mientras se dirigía a la madriguera para reunirse con Clarke, se sintió de nuevo como un niño que desciende por las oscuras escaleras del sótano hacia el abismo.

DOS

Cuando Mulrooney entró en el estudio, supo inmediatamente qué mujer era la viuda. Lauren Brandeis Connolly estaba sentada en una silla recta, apoyada en sus brazos. Tenía vetas de sangre en la cara, y mechones de su pelo rubio oscuro hasta los hombros estaban enmarañados en el lado derecho de la cara. Tenía los ojos desenfocados y su cuerpo temblaba sin control. Lauren se aferraba a una manta que le rodeaba la espalda. Sus pies descalzos se agarraban al suelo como si estuvieran unidos por cables a tierra.

—¿Sra. Connolly?— dijo Mulrooney mientras caminaba lentamente hacia ella. Lauren no mostró ninguna señal de respuesta, salvo lamerse los labios como si estuviera saboreando algo desconocido.

Mulrooney miró hacia la puerta del estudio para ver si Clarke había vuelto a entrar. Por lo general, su rutina consistía en que Mulrooney interrogara con calma a los sospechosos antes de que Clarke entrara a aplicar los aplastapulgares . Después de ver a Lauren Connolly, Mulrooney supo que Clarke tendría que reunir algo de actitud para seguir como el estricto en este caso.

Mientras esperaba a que Lauren se relajara, Mulrooney estudió una colección de fotos de Lauren en algún puesto de la selva. En cada imagen se veía fuerte y segura de sí misma. Ahora parecía que su expresión aturdida era lo único que mantenía unido su hermoso rostro.

Una llamativa mujer estaba sentada junto a Lauren agarrando su mano. Mulrooney observó débiles manchas de sangre en los vaqueros de la mujer y en la parte delantera de su chaqueta de lino beige. Su pelo le recordaba a Mulrooney los atardeceres de Puerto Vallarta. Su color ardiente contrastaba con la serenidad de sus rasgos patricios: nariz majestuosa , ojos muy marcados y labios carnosos.

—¿Tengo entendido que te llamas Anya Gallien?— le preguntó a la amiga de Lauren, pasándose inconscientemente una mano por su pelo oscuro y rizado.

—Sí, soy Anya Gallien— dijo en voz baja.

—¿Y fuiste la primera en llegar para asistir a la señora Connolly?

—Así es, fui la primera . Simplemente estaba en el vecindario. Mulrooney captó una pizca de ironía en su voz. Antes de que pudiera responder, Anya le cortó. —Y tú quieres saber por qué estaba en el barrio a las 12:30 de la madrugada , ¿no?

Mulrooney notó su extraña colocación de palabras. ¿Era un ligero acento lo que detectaba? No dijo nada, sabiendo que su silencio provocaría que ella continuara. Anya jugó limpiamente en su mano.

—Alrededor de la medianoche pasé por la zona de aparcamiento de la bahía de Alamitos y vi a Lauren en su barco en el muelle. Estaba trabajando... es escritora, ya sabes. No quise molestarla, así que decidí pasarme por aquí un poco más tarde porque quería ser la primera en desearle feliz cumpleaños. Es hoy. Anya se puso la mano en el pecho y respiró profundamente. —Salió corriendo justo cuando llegué, y estaba histérica. Después de contarme lo que había pasado, la llevé adentro y llamé a la policía.

—¿Así que no te esperaba?— preguntó. Mientras Mulrooney miraba a Anya, observó una tarjeta de cumpleaños que sobresalía de una solapa del bolso que tenía a sus pies. Había tres globos dibujados a mano en el sobre.

—No, he estado en México. Volví alrededor de las siete y quería darle una sorpresa. Por eso he traído la tarjeta que supongo que ya ha notado— respondió sin apartar la mirada, —y la bolsa de confeti.

—¿México? Yo también acabo de volver de México— respondió Mulrooney con su voz más agradable festiva . —Bonito, ¿eh?— Al ver que Anya bajaba un poco la guardia, le lanzó otra pregunta. —Si no estaba planeando una pequeña reunión, ¿por qué supones que el equipo de música estaba encendido cuando ella se fue a la cama? Sólo trato de entender la secuencia de los hechos, señora Gallien.

—Obviamente debe haber olvidado apagarlo— respondió Anya. —Le encanta la música, especialmente Gershwin. ¿Puedo poner otro CD para calmarla?— Miró a Lauren, que estaba inmóvil.

—Prefiero que no toque nada más, señorita Gallien— le indicó Mulrooney con firmeza.

Luego se puso en cuclillas para mirar a Lauren y habló en voz muy baja. —Señora Connolly, soy el detective Tim Mulrooney. Cuando él le tendió la mano, ella le ofreció la suya tímidamente. Se dio cuenta de

que los dientes de Lauren habían perforado su labio inferior, que ahora empezaba a hincharse. La sangre seca decoloraba sus uñas rotas y su brazo izquierdo, que sobresalía sin fuerzas de debajo de la manta afgana , estaba cubierto de sangre. Cuando le dio la mano, le acarició la palma con las yemas de los dedos. No había signos de abrasiones o hendiduras por la fuerza.

—Antes de obtener una declaración completa suya , señora Connolly, necesito saber si vio algo que pueda ayudarnos en nuestra investigación.

Lauren retiró bruscamente las manos bajo la manta afgana justo en el momento en que los helicópteros de la policía de L.B. pasaban por encima. El ruido de sus motores sacudió el cuerpo de Lauren como si fueran ráfagas de artillería. Anya rodeó a Lauren con sus brazos, protegiéndola del estruendo mientras las luces del helicóptero golpeaban las ventanas con un efecto estroboscópico.

De repente, Lauren los sobresaltó a los dos al hablar. —No he visto nada. Todo ocurrió antes de que llegara a casa— dijo con una voz que parecía estática de radio.

Cuando Mulrooney se inclinó hacia ella, olió su aliento a vino. —¿Ha bebido esta noche, Sra. Connolly? Sé que es su cumpleaños.

—Tomé algo de vino en el barco... no mucho— susurró ella.

—¿Cuánto calcula que tomó?—

Anya levantó la mano e interrumpió: —Detective....

—No me dirijo a usted— espetó Mulrooney, haciendo que Anya guardara silencio. —Señora Connolly, ¿cuánto alcohol bebió?—

—Sólo un poco. Tuve que conducir a casa.

—¿A qué hora llegó a casa?—

—Poco después de medianoche— respondió mecánicamente. —Subí las escaleras y me desvestí en el baño. Luego me duché.

—¿Entró en el dormitorio antes de eso?—

—No.

—¿Así que dejó su ropa en el baño?—

—Sí— tartamudeó, —y cuando entré en el dormitorio por primera vez... me metí en la cama a oscuras...—

Mulrooney esperó a que su voz se apagara. —¿Y no encendió la luz?

Lauren dudó y luego negó con la cabeza.

—¿Está segura?

Lauren asintió y miró al frente, ahora absorta en su propia película de terror silenciosa.

—Si aún no había entrado en el dormitorio y se desnudó en el baño, entonces ¿cómo llegó su ropa interior al tocador?.

Lauren siguió mirando sin concentrarse. Finalmente susurró: —Ya estaban allí. No llevaba bragas esta noche.

Mientras ponía una mirada profesional de desinterés en su rostro, la mente de Mulrooney se desvió a lugares a los que sabía que no debía ir. Se enterró en las notas que Kate le había dado antes de continuar. Cuando levantó la vista, Anya estaba poniendo un vaso de agua en la mano de Lauren. Ambas eran diestras, observó.

De repente, el vaso se escapó del agarre de Lauren y se derramó por la pierna de Anya. Mientras Anya se secaba con la manga, Lauren se hundió de nuevo en la seguridad de su silla, completamente inconsciente de que la manta afgana se había deslizado por un hombro, dejando al descubierto su cuerpo desnudo.

Mulrooney tomó nota mentalmente de las manchas de sangre en su cuerpo mientras intentaba no mirar su firme figura y sus largas piernas. Tranquilo, marine , se amonestó mientras apartaba la mirada. Por lo menos, Mulrooney seguía siendo un oficial y un caballero.

Pudo sentir la transpiración en sus sienes cuando Lauren no hizo ningún intento de cubrir su cuerpo expuesto. Permaneció completamente inmóvil como una delicada figura de cera. La atención de Anya seguía en otra parte, así que Mulrooney desvió respetuosamente la mirada y extendió la mano para envolver a Lauren con la manta .

—Muchas gracias, detective Mulrooney— susurró Lauren en voz baja. —Es usted un hombre amable.

Justo cuando el aliento se le atascó en la parte posterior de la

garganta, su sistema de defensa entró en acción. Mulrooney volvió rápidamente su atención a Anya, que se frotaba las yemas de los dedos como si rezara un rosario invisible. —¿Puedo llevar a Lauren a mi casa ahora?— Preguntó Anya. —Necesita descansar.

Antes de que Mulrooney pudiera responder, Clarke entró en la habitación y llamó a Mulrooney a un lado. Mientras Mulrooney escuchaba atentamente el informe de Clarke, estudió el rostro de Anya. Cambió bruscamente de actitud y se volvió hacia las mujeres. —Señoras, si no les importa, nos gustaría llevarlas a la comisaría para un nuevo interrogatorio.

Anya se puso en pie, —¡CLARO que me importa! ¿No puede esperar esto?— dijo con una mirada furiosa.

Por lo que Mulrooney pudo ver, Anya Gallien era un nudo de nervios . —Sería mucho más fácil para todos nosotros, señorita Gallien— dijo condescendientemente. —Verá, mi compañero estaba fuera y encontró algunos testigos que la vieron correr hacia aquí desde la calle Division justo cuando la señora Connolly salía de la casa. Sin embargo, su coche está aparcado justo enfrente. Al parecer, llevaba usted un rato en el barrio antes de acudir en su ayuda. Levantó una ceja y añadió: ... ¿No?

Anya se sonrojó ante su ataque directo. Inconscientemente se frotó una mancha detrás de su oreja izquierda. —¿Entonces estoy arrestada? —

—En este momento sólo deseamos interrogarla más— dijo Clarke escuetamente.

—¿También tiene que ir Lauren?

—Sí— dijo Clarke. —La agente Axberg ayudará a la señora Connolly a vestirse. Le hizo una señal a Kate antes de volverse hacia Lauren. —¿Puede arreglarse, señora Connolly?

Lauren asintió, pero siguió sentada.

—Oficial Axberg— dijo Mulrooney formalmente mientras apartaba a Kate, —por favor, llame a una fotógrafa para que haga fotos de la señora Connolly primero. Y necesitaremos primeros planos de sus pechos.

—Sí, señor, fotos de los pechos.

Cuando captó la sonrisa socarrona de Kate, hizo una mueca y luego apartó la mirada. —Puramente profesional, se lo aseguro— susurró.

Mulrooney observó a Anya con interés mientras ayudaba a Lauren a levantarse. La voluntad de Anya de enfrentarse a él sugería una sensación de intrepidez. ¿O era temeridad? Cuando agitaba su melena pelirroja, le recordaba a Ginger en el viejo programa de televisión — La isla de Gilligan.

Pero era Lauren Connolly la que más lo intrigaba. Incluso en estado de shock, se movía con la gracia de un ciervo. Había algo cálido y sólido en ella, algo que lo intrigaba. Se controló rápidamente. —Espere al fotógrafo y luego vístase , por favor— le indicó.

Mientras Anya guiaba a Lauren hacia la habitación de invitados de la planta baja, Lauren se detuvo para ajustar la manta sobre su hombro desnudo. Suspiró antes de volver a mirar a Mulrooney. De repente, Lauren dejó caer la manta al suelo. Se colocó de espaldas a él, desnuda, y levantó los brazos para separarlos de su cuerpo, como si quisiera liberarse de la manta manchada de sangre. Anya observó la expresión de asombro de Mulrooney antes de llevar a su amiga al dormitorio. Kate entró a toda prisa detrás de ellas y cerró la puerta.

Mulrooney se quedó un momento mirando la puerta, sabiendo que al otro lado había una mujer -una potencial sospechosa- que se había metido en su piel. Sacudió la cabeza y se concentró en su trabajo.

Sanders había regresado y se encontraba cerca de la puerta, junto a Clarke. —Sanders, por favor, averigua el precio de venta del bungalow de al lado con el cartel de Se Vende— le indicó Mulrooney. Sanders le lanzó una mirada de desconcierto y luego se retiró obedientemente.

—¿Una casa en este barrio?— Clarke resopló, —¿estás aceptando sobornos ?

—Un tipo puede soñar, ¿no?

—Primero hay que dormir. Vamos, amigo.

Cuando salieron, Mulrooney se dio cuenta de que los globos del salón se habían soltado de la botella de Cristal. Ahora estaban pegados al techo, tratando de escapar en vano. —Feliz cumpleaños, Lauren Connolly— dijo con tristeza. —¡Algún bastardo enfermo te hizo una fiesta sorpresa infernal!—

TRES

Los ojos de Mulrooney ardían. Sabía que se estaba haciendo demasiado viejo para pasar la noche en vela. Rara vez tomaba cafeína, pero sabía que hoy le vendría bien un expreso doble. Después de que él y Clarke hubieran interrogado exhaustivamente a Lauren Connolly y Anya Gallien, los dos detectives habían rastreado la zona en busca de testigos. Cuando finalmente llegó a su pequeño bungalow de tablas de madera cerca de Cal State, veinte horas más tarde, se quedó despierto reflexionando sobre el caso antes de reunirse con Clarke en la autopsia del doctor Connolly a las ocho de la mañana.

La rapidez de la autopsia fue inesperada, pero no había habido una reserva de cadáveres en la oficina del forense que retrasara la atención al difunto médico. El momento era inusual para un lugar al que Mulrooney solía atribuir el mérito de albergar más cadáveres que un pub irlandés en día de pago.

Como resultado de su incesante movimiento, Mulrooney estaba ahora demasiado excitado para dormir, así que se dirigió de nuevo a Belmont Shore. Cuando se desvió por Livingston hacia la calle Segunda, se fijó en la conocida señal de tráfico —Belmont Shore te da la bienvenida. Un imaginativo artista callejero ya la había rotulado con una calavera de color neón y una cruz con forma de cuchillo. Evidentemente, la sombría noticia ya había llegado a las calles.

Mulrooney aparcó frente a Surf's Up y entró. El restaurante siempre lo alegraba con su decoración de viejas tablas de surf y accesorios de los colores de las sombrillas de playa. En una de las paredes había un enorme mural de Belmont Shore en los años 50, repleto de sonrientes militares de Texaco. ¿Se preguntaba si alguna vez hubo una época tan despreocupada? En lo alto había un tiburón disecado con los dientes pintados y ensangrentados. Más vale que ese tiburón tenga una coartada sólida, reflexionó mientras tomaba asiento en el mostrador.

Después de que Mulrooney saludara con la cabeza a varios lugareños, sacó sus carpetas para desanimar la conversación. Quería estar a solas para relajarse y organizar los pensamientos que rebotaban como perdigones en su cerebro privado de sueño.

—Bueno, es Tim-sum-y-algo-más — llamó la camarera mientras se acercaba con una taza de café y una jarra de descafeinado.

—Buenos días, Sophie— sonrió Mulrooney.

—¿Cómo está mi camarera favorita?— Sophie se rió descaradamente mientras apoyaba su amplia figura en el mostrador, mostrando sus atributos como el anillo de un guardiamarina. Le encantaba coquetear descaradamente, pero todos sus clientes sabían que la vieja era una esposa abnegada. Cinco veces más.

—El periódico dice que Clarke y tú tienen un caso espeluznante— dijo mientras sacaba un lápiz masticado de su pelo gris pajizo recogido como si desplumara una ave .

—Sí. Hoy voy a necesitar el brebaje de alto octanaje— gruñó Mulrooney mientras rechazaba el descafeinado, —y un burrito de desayuno.

—Tal vez debería dejarte la olla— se rió mientras alcanzaba una olla de desayuno normal . —Parece que has estado de fiesta con los Stones. Será mejor que duermas un poco antes de que te cambie por algo que aún respire, aunque eso no es un requisito. Le lanzó una sonrisa diabólica antes de marcharse.

Mulrooney se miró en el espejo situado encima de la barra de servicio. A menudo le habían dicho que se parecía a Harrison Ford. Más bien se parecía a un alumno de rehabilitación, pensó. Tomó un gran trago de café y expuso el informe preliminar de la autopsia.

Desde el momento en que Mulrooney había iniciado la investigación, todo le parecía desajustado, como cuando los diálogos de una película no coincidían con los movimientos de los personajes. Eso siempre le molestaba. Esto también lo cabreaba.

Actualmente Anya Gallien y Lauren Connolly eran las únicas personas bajo sospecha, pero él y Clarke apenas habían comenzado la investigación. Desgraciadamente, el estúpido alcalde y el jefe ya los estaban presionando para que hicieran un arresto rápido.

Mulrooney se estremeció al pensar en la reunión que tuvo con el jefe y el alcalde Charles Howe justo después de la autopsia de Connolly. Mulrooney y el alcalde habían estado enfrentados desde que el detective Carlos Atilla había acusado públicamente a Mulrooney de ser racista, la táctica del momento utilizada para poner en duda la integridad de otro agente. Todos los que estaban familiarizados con la

situación sabían que las falsas acusaciones estaban motivadas por la animosidad personal de Atilla hacia Mulrooney. El alcalde Howe había exacerbado la situación pontificando sobre Mulrooney a la prensa para hacer alarde de su imagen políticamente correcta. Tampoco era una coincidencia que el hermano del detective Atilla hubiera sido un importante contribuyente a la campaña de Howe para la alcaldía. Desde el incidente Mulrooney apenas podía sentarse en la misma habitación con Howe. O con Atilla.

Mientras sorbía su café, Mulrooney se agitó aún más al pensar en las acusaciones de racismo. Diablos, Clarke era su compañero y también su mejor amigo. Y Clarke era negro. Mulrooney tampoco odiaba a los latinos... sólo a Atilla. Atilla era un policía malo. Era conocido por disparar su arma con tan poca provocación como disparaba su gran boca, razón por la cual Mulrooney lo había apodado —Atilla-el-pistola. Ahora Atilla estaba tratando desesperadamente de entrar en el territorio de Mulrooney, y Mulrooney quería enviar a Atilla de vuelta a su antigua división, o de vuelta bajo cualquier roca debajo de una bolsa de basura que llegara a su casa .

Mulrooney suspiró y trató de concentrarse en sus notas. Mientras roía su nudillo calloso, repasó los hechos: Después de que el investigador del forense tomara la temperatura del hígado del doctor en la escena del crimen, había fijado la hora de la muerte entre las 23:15 y las 12:15. Esa misma noche, un testigo había escuchado a la pareja discutir a las 19:30, momento en el que Lauren había salido de la casa. Se dirigió a su barco en el puerto deportivo de la bahía de Alamitos, un refugio que utilizaba como oficina para hacer sus escritos independientes.

Mulrooney recordó la forma lenta, casi robótica, en que Lauren había relatado los acontecimientos de la noche cuando prestó su declaración detallada en la comisaría. Afirmó que había llamado a su casa a las 11:55 de la noche para suavizar las cosas con su marido y hacerle saber que iba a volver a casa. Scott había sonado aturdido, pero al menos contestó al teléfono. Mulrooney llegó a la conclusión de que si su recuerdo de los hechos era exacto, la hora estimada de la muerte se había reducido definitivamente.

Anya Gallien había confirmado la coartada de Lauren, jurando de nuevo que había visto a su amiga en el barco alrededor de la medianoche. Mulrooney había mantenido un necesario grado de escepticismo hasta que una investigación en el puerto deportivo dio con un testigo que lo corroboraba. El Sr. Armstrong, un viejo extravagante y lascivo que vivía en un barco en un muelle adyacente

al de Lauren, había admitido de mala gana a Clarke que había —visto — continuamente a Lauren Connolly la mayor parte de la noche desde su barco. Confirmó que ella se había marchado a medianoche y que parecía estar sobria.

Según el relato de Lauren, luego regresó a casa, se sirvió otra copa de vino y se duchó. Se terminó el vino mientras se secaba el pelo. Después de devolver el vaso a la cocina, subió las escaleras y se metió en la cama para descubrir a su marido asesinado.

Anya, sin embargo, había experimentado un repentino cambio de memoria. Afirmó que había salido del puerto deportivo y había llegado a la escena del crimen pasada la medianoche. Aunque sabía que Lauren no estaba allí, había decidido esperar para desearle un feliz cumpleaños. Finalmente recordó algunos detalles olvidados: Habiendo ya aparcado, había decidido caminar hasta Midnight Espresso para tomar un capuchino aproximadamente a las 12:05 A.M. Cuando volvió unos veinte minutos más tarde a la casa de Lauren, se encontró con un espectáculo de terror.

Mulrooney pensó que era posible caminar desde la casa de los Connolly hasta la cafetería en siete u ocho minutos. Anya dijo que tenía la costumbre de festonear los vasos de espuma de poliestireno con la uña del pulgar. También recordó haber tirado su vaso a la basura, donde fue localizado más tarde. Curiosamente, también se había encontrado un posible testigo.

Sin embargo, a Mulrooney le seguían molestando varios detalles. De al menos veinte personas que se encontraban en la cafetería esa noche, sólo una persona recordaba haber visto a Anya, alrededor de las 12:15 a.m. Pero el testigo masculino admitió que había estado borracho desde el partido de baloncesto de la noche y ni siquiera podía recordar quién había ganado el juego.

Mulrooney marcó las 12:15 de la madrugada en su cuaderno e hizo algunos cálculos mentales. Anya podía estar diciendo la verdad. Sería difícil librarse de un tipo, llegar a casa, limpiarse, volver al lugar y aparcar, y luego bajar a tomar una taza de café tranquilizante en sólo veinte minutos, que era el tiempo que habría pasado desde que Lauren supuestamente habló por última vez con su marido. Y hasta ahora, las huellas de Anya no se habían encontrado en ningún lugar de la casa más que donde recordaba haber estado después de llevar a Lauren al interior.

Mulrooney recordó la franca respuesta de Anya cuando Clarke le

preguntó por qué había vuelto a llevar a Lauren a la casa, teniendo en cuenta que un brutal agresor podría estar todavía en el lugar. —El asesino se había ido— explicó Anya con naturalidad, —o Lauren no habría salido viva, ¿verdad?

Sin embargo, algo le decía a Mulrooney que Anya sabía más de lo que decía. Se frotó la frente y tomó su café justo cuando Sophie le puso el desayuno delante.

Mulrooney tenía un hambre voraz, pero ahora sentía náuseas. No podía quitarse el olor a muerte de los senos nasales y su cuerpo no estaba acostumbrado al subidón de cafeína. —Será mejor que me cambies a descafeinado, Sophie— dijo. —Me siento como si una manada de ponis se hubiera cagado en mi estómago.

—Ah, recuerdo cuando los detectives eran hombres de verdad— se burló ella.

—Y ahora las camareras lo son— replicó él.

Mientras Sophie hacía una mueca, Mulrooney hojeó sus notas de la autopsia. Había habido una herida, punto de entrada en la línea media en la base del esternón. El arma había entrado en la apófisis xifoides y luego se había extendido hacia abajo. Seccionó la aorta abdominal antes de salir dos pulgadas a la derecha de la línea media. Según el forense, que tenía tanta chispa como sus clientes, la muerte probablemente se produjo a los pocos minutos del asalto debido al desangramiento. Mulrooney pensó en la curva de la herida en relación con la posición del cuerpo. Anotó en el margen: Asaltante zurdo.

El forense robótico había calculado que la hoja del cuchillo tenía una longitud de 5 pulgadas. Los puntos de entrada y salida indicaban una punta dentada, una hoja de doble filo, extremadamente afilada, como un cuchillo de desollar. Los fragmentos de hueso de una costilla astillada indicaban cierta fuerza detrás del empuje. La herida fue limpia y ejecutada por un experto. No había indicios de lucha, probablemente debido al estado alterado de la víctima. El modus operandi fue una elección interesante. Un corte en la garganta habría sido igual de efectivo. E infinitamente más fácil. Era evidente que este asesino realmente disfrutaba de su trabajo. ¿O era su trabajo?

El informe toxicológico llevaría algún tiempo, pero el forense estaba seguro de que cuatro pastillas parcialmente disueltas en el estómago del médico eran Percodan. El estado intacto de dos de las pastillas indicaba una ingestión muy cercana a la hora de la muerte. El

laboratorio ya había identificado los residuos de tabaco del bolsillo de la camisa del doctor como porros. Pero el hallazgo más interesante en lo que quedaba del estómago del doctor era un gusano no disuelto, mordido por la mitad. Mulrooney reconoció inmediatamente el desafortunado gusano de agave. Había tragado demasiados ese día desde el fondo de una botella de tequila.

Obviamente, el doctor había encontrado tiempo para divertirse en su última noche de vida. El laboratorio estaba haciendo pruebas de ADN en varios pelos negros encontrados en su ropa que sugerían una compañía más allá de la del tequila y los productos farmacéuticos variados. Connolly estaba tan medicado que probablemente nunca supo qué lo golpeó. Sin embargo, Mulrooney sabía que Lauren nunca podría olvidar el horror que encontró en la cama aquella noche. Recordó el vacuo relato de Lauren de cómo se arrastró a la cama en la oscuridad, rozó a Scott y, sin querer, le metió la mano en las tripas tirando de sus vísceras. Mulrooney se estremeció involuntariamente.

Examinó las fotos policiales de Lauren. Había una fuerte capa de sangre en su brazo izquierdo. No había patrón de salpicaduras. Mientras estudiaba un primer plano de sus pechos, se preguntó si un pezón tenía marcas de identificación específicas. Mulrooney garabateó una nota para que Annette en Huellas Dactilares levantara una huella del pezón de Lauren para cotejarla con las huellas de la puerta del armario. También imaginó cómo en un universo paralelo Annette necesitaría su atenta asistencia en el detalle de los pechos.

Volvió a meter bruscamente las fotos de Lauren en el archivo. Mientras apartaba su burrito parcialmente comido, una voz familiar retumbó en su oído. —Mulrooney, ¿no deberías estar fuera follando? —

Que me jodan , pensó Mulrooney. Supo sin levantar la vista que la voz era la de Atilla. Atilla hablaba con el énfasis de un locutor deportivo. El detective, macizo y de piel rojiza, se dejó caer en un asiento del mostrador y silbó a Sophie como si llamara a un perro. Mientras Mulrooney sacaba su cartera, evitó mirar a Atilla, que siempre parecía estar sudando vaselina.

—Sophie, ¿puedes darme la cuenta, por favor?— suplicó Mulrooney mientras se acercaba.

—Por supuesto. ¿Y qué puedo ofrecerle hoy, detective Atilla?— preguntó Sophie con voz acaramelada.

—Café, mucha crema y un bollo pegajoso para llevar— ordenó Atilla secamente antes de volver su encanto hacia Mulrooney. —Será mejor que tú y Clarke resuelvan el caso Connolly rápidamente. Está más caliente que una tarta de jalapeño. El doctor era muy conocido.

—Dime algo que no sepa, Atilla— espetó Mulrooney. Era todo lo que podía hacer para ser civilizado con Atilla. Además de acusar a Mulrooney de racismo, Atilla había hablado con los medios de comunicación de que Mulrooney cruzaba los límites con las mujeres después de que Atilla hubiera presenciado un incidente embarazoso fuera de la comisaría en el que estaban implicados Mulrooney y una mujer. El tarado había difundido entonces el chisme sin conocer ninguno de los detalles. Mulrooney nunca había aclarado el asunto porque la situación era muy privada. Y muy dolorosa. Habría requerido más conversación de la que deseaba tener con Atilla, o con los medios de comunicación.

Sophie le trajo a Atilla su comida y le dejó dos cheques. Cuando Atilla dejó el cambio exacto, sin dejar propina, Mulrooney sacó un billete extra y lo golpeó contra el mostrador.

Atilla se encogió de hombros y se levantó para irse. —He estado hablando con el jefe Clement sobre la posibilidad de que me encargue de tu caso— anunció.

Mulrooney lo fulminó con la mirada. —Le arrancaría los pelos del culo a un orangután antes de permitirlo, Atilla— espetó.

—Quizá quieras replanteártelo . Otra cagada podría costarte tu placa . Atilla recogió su comida y se dio la vuelta para marcharse.

La cara de Mulrooney ardía, pero observó con silenciosa ira cómo Atilla se marchaba. —¡Maldita gárgola!— murmuró cuando la puerta se cerró de golpe tras Atilla.

Sophie sacudió la cabeza mientras recogía el dinero del mostrador. —Todo el mundo dice que eres el mejor detective que ha tenido la policía de Londres. Entonces, ¿por qué aguantas su mierda, Tim?—

—Tendrá su merecido, Sophie. Todo a su debido tiempo.

—Este sería un buen momento— sonrió ella. —Antes de que te vayas, tengo algo que contarte que puede resultarte interesante. Vi a Doc Connolly aquí el otoño pasado. Estaba con la amiga de su esposa. Ya sabes, esa pelirroja sexy, Anya Gallien. Todos solían venir aquí a menudo, pero esa noche eran sólo él y ella. Sin su esposa.

—¿Viste o escuchaste algo?

—Por eso estoy hablando contigo, chico genio. No los estaba esperando esa noche, pero en un momento Anya casi me atropella cuando de repente saltó de la cabina del doctor. Lo miraba con desprecio. La oí decir: —Te mataré si vuelves con Lauren después de esto. Parecía que tenía una abeja en el trasero.

—¿Estás segura de que dijo eso, Sophie?

—¿Cuestionas mi memoria? ¿Cuándo fue la última vez que dije algo que no era cierto ?— Sophie se despeinó para enfatizar y continuó. —Y tengo más para ti, muñeco . Varios meses después de eso, estaba cargando algunas golosinas en los estantes de la pastelería cuando me di cuenta de que el Dr. y la Sra. Connolly estaban sentados en el banco de enfrente esperando una mesa. Tuve una sensación espeluznante como la que tengo a veces. Miré por la ventana y vi a Anya de pie, de color púrpura en la luz de neón. Se quedó mirando a los Connolly durante mucho tiempo, como una especie de acosadora. Me puso los pelos de punta. Eso es todo, pero se quedó en mi mente.

Mulrooney se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla. —Sophie, eres justo lo que necesitaba hoy.

—Soy lo que todo hombre necesita cada día— sonrió ella. —Me tengo que ir. Tengo que hacer un pedido. Cuídate, muñeco .

Mulrooney tomó sus papeles y salió a la luz del sol. Respiró profundamente, pero ni siquiera el aire del mar pudo alivianar el peso que le oprimía el pecho.

CUATRO

TRENTON, NUEVA JERSEY

EL MISMO DÍA

Clarence Smolley enrolló los grasientos billetes de cien en una gran bollo . —Dinero bien gastado, amigo— le dijo a su comprador. —Esta unidad de disco duro es la cosa más candente que he conseguido. Pero no me has visto nunca, amigo, o serás historia. Estoy hablando en TIEMPO PASADO . ¿Entiendes ?—

Clarence esperó a que el gordo llamado Scab asintiera antes de continuar. —Alguien grande en la cima está haciendo mucho ruido. Me han dicho que la chica que tienen en la cámara es propiedad privada de algún gordo. Así que sospecho que esto realmente vale la pena.

—¿Así que esto viene de Long Beach como los otros?— Preguntó Scab.

—Sí. Vino de mi hombre, Flint, pero ahora su conexión está tratando de retirar a estos bebés. Son unos cabrones hijos de puta .

Scab se hurgó la nariz y luego se limpió la mano en los pantalones. —Justo, hombre— gruñó. —¿Vas a tomarte un tiempo para ver a una de las chicas de atrás antes de volver a Cali- caliente?— Scab se rió de su propia broma.

—No tengo tiempo para quemarme en este puto vertedero.

—Sólo pensé que querrías ver a la nueva chica. Se llama Rikki— dijo Scab, lamiéndose los labios para dar efecto. —Está buena. Habitación cuatro.

—Ummm, Rikki-Licky. Ese nombre sí que promete. Clarence comprobó su Rolex. —Qué coño, tengo tiempo. Dame unos billetes de cinco.

Mientras Scab abría la caja de dinero, Clarence pensó en Flint, su amigo de Long Beach que había cumplido su promesa de preparar a Clarence para un futuro de color de rosa dejándole distribuir porno para él en la costa este. Pero al parecer Flint había cabreado a su conexión y ahora estaba desesperado por recuperar la mercancía. Pero no había forma de que Clarence devolviera los discos comprimidos ahora, sin importar a quién se le doblara la mano. En dos horas se iría a Florida con una maleta llena de dinero. Sonrió. El mundo libre está en marcha, Clarence, mi hombre.

Después de que Clarence aceptara un montón de billetes de Scab, se dio la vuelta y caminó por el pasillo poco iluminado hacia el fondo. La luz de la desnuda bombilla amarilla del techo proyectaba sombras ominosas en las oscuras paredes con paneles. Podía oler el alcohol, el sudor y el semen. Aspiró el olor a través de las amplias fosas nasales saboreando su acritud.

Clarence redujo su ritmo en un esfuerzo por prolongar su excitación. Mientras permanecía fuera de la cabina número cuatro, disfrutaba de la creciente presión en su ingle. Cuando sintió que iba a explotar, entró en la pequeña cabina.

La sórdida habitación estaba poco iluminada, pero cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, vio un banco con una caja de pañuelos de papel y una papelera de plástico cerca. Cerró la puerta tras de sí y se detuvo un momento antes de bajarse los pantalones. Iba a disfrutar a lo grande.

Cuando empezó a introducir billetes en la máquina de la cabina, se encendieron luces detrás de una mampara de cristal. Pudo ver el interior de la jaula, que estaba vacía salvo por la gastada alfombra con estampado de leopardo y el brillante caño en el centro. Se pasó la lengua por debajo del labio. Vamos, dulzura... ven con Clarence.

Tras varios segundos, Rikki entró por una pequeña puerta en la parte trasera de la jaula. Su larga melena decolorada le acariciaba los pechos mientras caminaba hacia el caño y se asomaba hacia Clarence. Él retrocedió hacia las sombras, donde no podía ser visto.

—¿Qué te gusta?— ronroneó ella en la oscuridad.

—No hables— dijo él mientras ella se ajustaba la tanga. —Sólo baila, Rikki. Y date placer mientras bailas.

—Eso será un extra— dijo ella. —Pon veinte dólares en la ranura si lo quieres, cariño. Lo haré muy bien para ti.

—Muéstrame lo que puedes hacer, Rikki. Tal vez tenga incluso más que eso para ti, nena.

Una vieja melodía de Donna Summer sonó de repente en el altavoz montado sobre la puerta. Rikki dirigió una sonrisa torcida a la oscuridad, y luego comenzó a moverse lenta y sensualmente. Colocó una larga pierna alrededor del caño y arqueó la espalda mientras su cuerpo caía hacia atrás como una muñeca de trapo. Luego, con un movimiento de la pelvis, se levantó lentamente mientras se agarraba al caño con los muslos. Se retorció contra él y agitó su pelo mientras lo sentía entre sus piernas. Finalmente empujó sus nalgas desnudas hacia el cristal.

Clarence se relamió. ¡En la blanco , nena! Ahhh, un culo que podría lubricar y montar.

Rikki agarró el caño con sus duros muslos y comenzó un movimiento de balanceo. Cerró los ojos y dejó que la fricción la llevara lentamente a su propio mundo de placer.

Clarence gimió mientras se acariciaba. No te precipites,hombre . Está jodidamente jugosa. Le encantaba la forma en que sus bragas carmesí con borlas negras brillaban a la luz. Le recordaban a los sombreros de los Shriner, por la forma en que se balanceaban y se mecían. Baila, Rikki-Licky, baila. Baila para Clarence.

Rikki se estaba metiendo de lleno en su actuación. Metió la mano dentro de la tanga. Sus labios se separaron mientras sus ojos permanecían fuertemente cerrados. Tenía la cara sonrojada y el sudor de su frente brillaba a la luz rosada de la cabina.

Clarence estaba acostumbrado a la rutina. No me abandones ahora, Rikki. Buscó rápidamente en su bolsillo el rollo de billetes y sacó un billete de 100 de dentro de la banda elástica . —Sigue, nena— dijo, metiendo el billete por la ranura. —No te detengas.

Fuera de la cabina, unos pasos se acercaban silenciosamente. En las sombras del pasillo, un espeluznante un cuerpo tallado yacía en el suelo en un charco de sangre. Scab yacía de espaldas, luchando en vano por contener sus tripas. Podía oler sus propias vísceras. Sus ojos vacíos observaron con horror cómo los pies del intruso se movían lentamente hacia el cubículo de Rikki. El asaltante de Scab se detuvo para girar la bombilla del techo, dejando el pasillo casi a oscuras. Mientras Scab luchaba por su último aliento, su asesino se volvió para observarlo. Sonrió con satisfacción ante la espantosa carnicería.

Luego, el desconocido giró silenciosamente el picaporte de la puerta número cuatro.

En el cubículo, la presión que sentía Clarence era deliciosa, abrumadora. Se acarició a sí mismo y cerró los ojos mientras la sensación se extendía sobre él cubriendo todos sus sentidos como con una fibra de acero. Ahora, Rikki-Licky. Ahora, cariño.

No vio el reflejo en el cristal cuando el intruso entró silenciosamente en la cabina. Los ojos fríos observaron cómo Clarence se retorcía en éxtasis.

Aquí viene, Rikki. Clarence reanudó su movimiento acariciador lenta y deliberadamente, sus párpados cerrados sellaron para siempre la imagen de Rikki en su catálogo de fantasías eróticas.

Los ojos de acero observaban a Clarence desde las sombras. Lentamente, la mano enguantada se acercó a la garganta de Clarence.

—Aquí viene, cariño— jadeó Clarence. —Soy el caño entre tus calientes muslos.

—Lo que eres es un hombre muerto, Clarence— le susurró la voz al oído. La rápida mano tiró del cuello de Clarence hacia atrás, estirando su esófago como un acordeón. —Tú y tu amigo Flint no deberían haberse metido con nosotros.

Clarence abrió los ojos mientras luchaba por escapar del poderoso agarre de su atacante. El reflejo de su agresor se superponía a Rikki en doble exposición. El desconocido sonreía con satisfacción mientras Rikki se balanceaba en el caño salvajemente. Los sombreros de Shriner salieron disparados hacia arriba mientras Rikki arqueaba la espalda y gemía con su propia satisfacción privada. Al mismo tiempo, las borlas negras vibraron con la descarga.

—Encantador— dijo el intruso mientras lograba su cometido . El afilado cuchillo cortó la garganta de Clarence, abriéndola como una branquia sangrienta. La branquia succionó frenéticamente el aire viciado de la cabina mientras la herida se abría en una sonrisa lasciva. El asesino abrió entonces las tripas de Clarence. Lo último de la vida de Clarence estalló mientras Rikki se retorcía contra el caño .

Rikki siguió bailando, sin saber que estaba actuando por última vez.

CINCO

Mientras Lauren estaba sentada en trance en el hermoso jardín, sus dedos golpeaban mecánicamente las fibras de su traje de crepé negro. Miraba fijamente una pequeña mesa de caoba con una urna verde jade encima. La urna contenía los restos de su difunto marido.

Aunque había cumplido la petición de su marido de ser cremado a su muerte, Lauren se estremeció involuntariamente ante la idea de la espantosa reducción de Scott al contenido de una urna. Para ella era un medio de eliminación casi tan bárbaro como su muerte violenta.

Sonrió con tristeza al recordar una tarde de hace mucho tiempo en la que ella y Scott habían hablado de la cremación . —Hornéame en brownies, y luego envíalos a Hacienda— había afirmado él con una sonrisa malvada. —Diles que he dicho que me coman.

Siempre se había sentido atraída por el humor y el atractivo juvenil de Scott, pero había descubierto en él un deseo de adquisición de dinero que nada podía saciar. Hasta que se convirtió en médico, la vida de Scott había sido una continua lucha económica. Aunque Scott se enamoró de Lauren, el dinero fue siempre el objetivo principal de su vida, y eso había creado una dolorosa distancia entre ellos.

Con el tiempo, Lauren se adormeció con la soledad del mar. Cuando Scott empezó a pasar interminables horas supuestamente en la oficina, ella había recurrido a Sam por soledad; y su sentimiento de fracaso y culpa la habían castigado desde entonces. Ahora, mientras Lauren miraba la urna, anhelaba decirle a Scott que nunca había dejado de amarlo, ni siquiera después de que Sam entrara en su vida. Pero era demasiado tarde... para tantas cosas.

Anya se sentó junto a Lauren. Acarició la espalda de Lauren con una mano mientras agarraba un rosario con la otra. Los dos padres se sentaron a la izquierda de Lauren. Sus cuerpos permanecían rígidos, como si el más mínimo movimiento pudiera hacerlos pedazos.

Lauren observó cómo cada amigo o paciente de Scott entraba en el jardín de meditación para el breve acto conmemorativo. El detective Tim Mulrooney permanecía cerca del arbusto de madreselva

observando en silencio a la multitud mientras Clarke se mezclaba con los dolientes cerca de la parte de atrás. Los dos detectives se destacaban como centuriones vigilantes.

—La policía está aquí— dijo Lauren a Anya, rompiendo el silencio. Cuando ambas miraron hacia Mulrooney, éste sonrió y asintió. Cuando sus ojos se encontraron con los de Lauren, se ajustó la corbata oscura. Ella sintió que estaba incómodo, pero también sospechó que no se detendría ante nada para hacer bien su trabajo. Y algo le decía que era muy bueno en lo que hacía.

Lauren recordó el trato que le dio la noche de la muerte de Scott. Había sido respetuoso, pero también hábil, volviendo sutilmente a cada pregunta como un perro con un juguete para masticar y manteniendo a Lauren ligeramente en vilo. Sabía que Mulrooney era un hábil cazador, pero era su gentileza la que la había reconfortado y desarmado a la vez.

Lauren observó cómo Mulrooney se dirigía a su coche. Habló con alguien en el asiento del acompañante antes de volver a centrar su atención en Lauren. Ella se sintió avergonzada cuando él observó que estaba mirándolo. Mulrooney sonrió cohibido y miró hacia otro lado. Lauren desvió la mirada mientras luchaba con sus propias emociones conflictivas. Anya se fijó en cada detalle de su silencioso intercambio.

En el lado opuesto del jardín conmemorativo, Mulrooney y Clarke estudiaban a la multitud. Desde el interior del coche de Mulrooney, Paul, el fotógrafo de la policía de Los Ángeles, grababa todo con su cámara.

—Una rubia preciosa— dijo Paul a través de la ventanilla abierta

mientras ajustaba su objetivo.

—Ummm— coincidió Mulrooney. —Lauren Connolly, la viuda. Todavía bajo sospecha.

—Hmmm... ¿quién es la pelirroja que está con ella?

Clarke habló mientras Mulrooney registraba el número de matrícula de una persona que había llegado tarde. —Persona de interés. Anya Gallien. Antes de la revolución rumana fue encarcelada por robar comida. Un año después sedujo a un guardia de fronteras y luego escapó mientras él se agarraba los pantalones. Aunque él disparó, ella logró llegar al otro lado. Cuando se dio cuenta de que le habían disparado, se tapó el agujero del hombro con un calcetín hasta que pudo conseguir ayuda. Según los registros de inmigración, una vez liberada intentó sacar a su familia, pero ya era demasiado tarde. Su familia había sido brutalmente ejecutada como venganza.

—¡Eso es muy duro!— exclamó Paul.

—Sí, eso puede afectarte mucho.

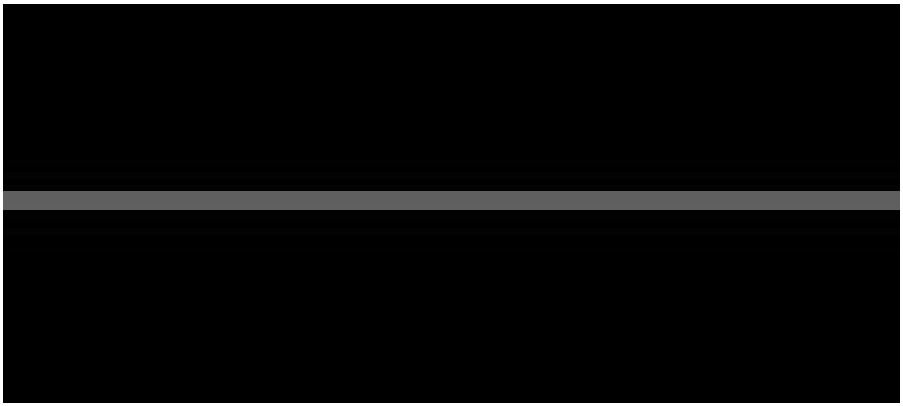
Mulrooney observó como Anya abrazaba de nuevo a Lauren. —Pero Anya es inusualmente devota de Lauren— observó, —Es un poco enigmática, esa.

Los hombres se quedaron en silencio mientras el ministro hacía algunos comentarios finales. Mientras hablaba, movía el brazo de un lado a otro como una sierra de cadena. —El buen pastor parece que está a punto de subastar la urna— se mofó Clarke.

Los ojos de Mulrooney estaban en otra parte. Una mujer con un caro traje negro y un sombrero a juego se abría paso tímidamente entre la multitud. Un velo negro ocultaba su rostro y la mayor parte de su cabello oscuro. —Atención. Morticia acaba de llegar. Mulrooney observó cómo la mujer se acercaba al borde de la multitud.

—Parece sospechosa— observó Clarke.

—Toma algunas fotos de ella, Paul— instruyó Mulrooney. —Yo la revisaré. Mulrooney ya se estaba moviendo.



Anya se inclinó más cerca de Lauren. —¿No te recuerda ese ministro a Bill Murray?— preguntó.

Lauren se rió, agradecida por tener algo de lo que hablar además de la razón por la que estaban allí. Anya era como una hermana para Lauren, algo que Lauren nunca había tenido. Mientras observaban a los dolientes, Lauren estudió a Anya. Le encantaba la forma en que uno de los dientes delanteros de Anya se deslizaba perezosamente sobre el otro, forzando sus labios en un perpetuo mohín infantil. Su exótico rostro dejaba entrever su ascendencia europea. Pero su mandíbula, aunque delicada, a menudo se mostraba desafiante.

Lauren siempre había sentido admiración por el valor de Anya. Sabía de su encarcelamiento y de su fuga final. Y conocía sus secretos más profundos. Lauren recordó la respuesta aterradoramente sencilla de Anya cuando le preguntó qué había hecho al enterarse de la ejecución de su familia.

—Encontré al guardia que me disparó, y luego le metí una bala en la cabeza y lo vi morir— había respondido Anya con frialdad. —Todos ellos fueron responsables colectivamente. Se llevaron a mi familia. Las manos de Anya se habían cerrado en puños tal y como estaban ahora mientras esperaban a que terminara el servicio conmemorativo. Lauren extendió la mano de Anya.

—Ayúdame con los nombres— imploró Lauren, acariciando la mano de Anya para relajar su puño. Anya tenía buena memoria. Hablaba cuatro idiomas y su acento era casi inexistente, excepto cuando estaba nerviosa. —¿Conoces a la mujer de crespón negro de allí?— preguntó Lauren, indicando a la plañidera con velo que ahora estaba parcialmente oculta por un hibisco amarillo.

Lauren se dio cuenta de que Mulrooney también se había acercado para verla de cerca. La mujer se apartó cuando él se acercó a ella.

—Parece un hombre travestido— se burló Anya.

Lauren sonrió. Anya siempre podía levantarle el ánimo. Sus pensamientos volvieron a la noche en que había conocido a Anya en las Torres Marina. Lauren se había alejado de un evento formal para ir a una habitación cercana y contemplar el Pacífico iluminado por la luna. Estuvo allí varios minutos antes de darse cuenta de que la mujer alta y elegante tenía unos prismáticos apuntando al puerto.

—Es tan aburrido allí— le dijo Anya a Lauren. —Esto es mucho más bonito. Le ofreció a Lauren los prismáticos. Mientras Lauren observaba la costa, Anya dirigió los prismáticos hacia una habitación de hotel. Lauren se echó a reír cuando se dio cuenta de que estaba mirando a dos hombres desnudos bailando el tango. Anya le guiñó un ojo y se marchó.

Tras unas cuantas averiguaciones, Lauren descubrió que Anya era nueva en la ciudad, así que la invitó a cenar. Para alegría de Lauren, Anya se presentó con sus prismáticos y las dos mujeres hablaron y rieron hasta altas horas de la madrugada. A lo largo de los años habían creado un íntimo vínculo de amistad. Pero a pesar de su agudo ingenio, Anya no era capaz de ocultar su tristeza por estar completamente sola en el mundo. Y ahora Lauren comprendía por fin el sentimiento de pérdida que invadía a Anya.

Lauren pasó de Anya a la escena que la rodeaba. Muchos de los dolientes se estaban marchando cuando un hombre alto y fornido se acercó de repente. Sus ojos penetrantes se destacaban por su piel bronceada y su cabello plateado. —Lauren— susurró mientras le tendía la mano.

—¡Michael!— Lauren se estremeció de emoción mientras lo agarraba y lo acercaba a ella. —¡Pensé que todavía estabas en Sudamérica!—

Ella no había visto a Michael durante meses desde que se fue a Buenos Aires por negocios. Habían sido amigos durante muchos años, y la breve separación de Lauren de Scott había sido dura para Michael, como lo había sido para los miembros de su familia y otros amigos cercanos. Sin embargo, cuando ella y Scott se separaron, Michael la había apoyado manteniendo una distancia respetuosa.

—Acabo de volver— dijo Michael mientras le besaba la frente. —Intenté llamarte en tu cumpleaños. Al no poder localizarte a ti ni a

Anya, empecé a llamar por ahí. Tomé el primer vuelo cuando me enteré de lo que había sucedido. Dios, Lauren, no sé qué decir.

—Nadie lo sabe, Michael— dijo ella. —Es doloroso para todos nosotros.

—Nunca te dejaría pasar por esto sola— sonrió con tristeza.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto. Gracias por venir. Mientras Lauren se inclinaba hacia Michael sintió el familiar ardor en los ojos, pero no tenía suficiente fuerza para llorar.

Michael se volvió hacia Anya y tomó su mano entre las suyas. Anya lo saludó con una respuesta controlada antes de apartarse. A Lauren le resultaba curioso que Michael siempre pareciera inquietar a Anya. Ella se había quejado una vez de que sentía que Michael podía ver sus intenciones . Anya era fuerte, pero obviamente había encontrado a su pareja en Michael Ryan.

Lauren sintió una mano en la espalda y se dio la vuelta. —Detective Mulrooney— dijo mientras le estrechaba la mano.

—Siento mucho lo de su marido, señora Connolly— dijo él. Apretó suavemente la mano de Lauren mientras dirigía su mirada a Anya. —Hola, señorita Gallien. Anya asintió y luego apartó rápidamente la mirada. Mulrooney fijó su mirada en Michael.

—Michael Ryan— dijo Michael, ofreciendo su mano a Mulrooney.

—Tim Mulrooney, Policía de Londres. ¿Alguno de ustedes conoce a la mujer que está junto al hibisco?— Cuando todos se volvieron a mirar, la mujer se acercó el velo a la cara.

—Es Jackie O. Está aquí para encender la llama eterna— gruñó Anya.

La risa baja y retumbante de Lauren rompió la tensión. Anya y Michael charlaban en voz baja cuando Lauren se congeló de repente en su sitio. Sus ojos estaban clavados en la pasarela más allá del jardín. Giró bruscamente y corrió hacia el paseo mientras Mulrooney la observaba de cerca.

Al llegar al borde del jardín, Lauren se detuvo. Su cuerpo temblaba mientras miraba confundida alrededor del jardín. Estaba segura de haber visto a Sam Bennett. ¿O se había convencido a sí misma de que era Sam porque lo necesitaba más que a nadie en ese momento?

Pensó en la foto de Sam que había debajo en su tocador. La imagen de la cara sonriente de Sam permaneció mientras ella miraba ciegamente a los dolientes. Nunca había querido enamorarse de él. Un día estaba sentado en el muelle junto al Rusty Pelican mientras ella amarraba el barco. Cuando ella pasó junto a él, asintió en silencio y tomó la pesada bolsa de material de navegación de su mano. Se la echó al hombro y la siguió hasta su coche. —Eres hermosa, ¿sabes?— fue todo lo que dijo mientras la miraba fijamente. Se fijó en cada detalle de su rostro antes de girar bruscamente y marcharse.

Comenzó a planificar su trabajo en el barco para poder encontrarse con Sam cada día. Su pasión por la vida y su respetuosa confianza en sus opiniones la hacían sentir necesaria. Pero su intimidad llevó a una excitación sexual a la que cada uno de ellos se resistía cada vez más.

Un día, en el barco, Sam le tocó la mano mientras le hablaba suavemente. Ella podía ver su boca formando palabras, pero no oía nada. Sólo era consciente de un deseo irrefrenable de sentirlo dentro de ella.

Ahora, mientras Lauren estaba en el jardín, casi podía sentir el peso del cuerpo musculoso de Sam descendiendo sobre el suyo. Ansiaba algo familiar, algo seguro. Pero, ¿volvería a sentir algo familiar o seguro?

Alguien tocó a Lauren en el hombro, interrumpiendo sus pensamientos. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Anya. —¿Estás bien, Lauren?— Preguntó Anya.

Lauren se quedó perfectamente quieta mientras miraba el claro vacío. —Anya -susurró con voz ronca-, por favor, ponte al día con el detective Mulrooney y dile que necesito hablar con él de algo importante. Consigue su número de móvil para que pueda localizarlo en cuanto vuelva. Me pasaré por tu casa cuando vuelva. Besó a su amiga en la mejilla. —Y Anya, por favor, mantén la calma. Intenta no decir nada que nos incrimine.

Lauren vio a Anya alejarse. La vio rascarse inconscientemente la cicatriz oculta detrás de su oreja izquierda mientras se dirigía de mala gana hacia Mulrooney y Clarke.

Lauren entonces volvió al lado de Michael. —Si quieres ayudarme, Michael, por favor, trae la urna y ven conmigo— dijo en voz baja. Michael la miró con curiosidad. —Por favor, Michael. No puedo hacerlo. —Michael asintió y se dirigió a la mesa. Dudó y luego recogió

la urna. Michael apoyó los restos de Scott Connolly en sus brazos y siguió a Lauren fuera del jardín.

Lauren pudo ver a Mulrooney observando cada uno de sus movimientos. Sus ojos, oscuros e intensos a la luz, la atraían como un imán. Notó que echaba sus anchos hombros hacia atrás y mantenía la cabeza erguida. Cuando Lauren cerró los ojos para protegerse del sol, una ligera sonrisa se dibujó en su rostro.

SEIS

Mulrooney corrió tan rápido como pudo. El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras chorreaban gotas de sudor por su musculoso cuello. Cuando se lanzó y estiró el brazo hacia adelante, sintió que su pierna se doblaba. —¡Joder!— gritó mientras su abdomen golpeaba el suelo. Oyó que la pelota aterrizaba un pie más allá de donde estaba tumbado.

Levantó la vista y vio a la agente Kate Axberg alardeando por la pista de racquetball, con los brazos levantados en una danza de la victoria. Luego saltó por encima de su cuerpo tendido y realizó una pirueta antes de hacer una dramática reverencia.

—Oh, Dios, me acaba de dar una patada en el culo Peter Pan— gruñó mientras se ponía de espaldas para masajearse la rodilla.

Cuando Kate se sentó a horcajadas sobre él, le presionó la raqueta en el estómago y sonrió triunfante. —Una chica te ha dado una paliza. ¿Aún te molesta ese pequeño trozo de metralla en la rodilla, viejo?

—No, es mi largo juanete el que me hace tropezar constantemente— gimió Mulrooney mientras se esforzaba por levantarse.

Kate se rió y le ofreció una mano. —¿Cuándo vas a arreglar esa cosa?

—¿Seguimos hablando de mi Willie?— sonrió diabólicamente.

—Ya quisieras— sonrió ella. —Vamos, me voy a tomar una copa y un chupito de B-12 en el pub después de ducharnos. Bajó corriendo las escaleras hacia las duchas, de dos en dos.

Mulrooney se vistió y luego esperó en el balcón de Murphy's, el restaurante que formaba parte del Club Atlético Belmont. Desde allí podía sentir la brisa y observar la acción que se desarrollaba abajo, en la calle Segunda, que bullía de compradores y hombres de negocios con vestimenta informal. Ah, California... la ilusión de una juventud infinita, reflexionó.

Mientras estiraba los músculos de la pantorrilla, reflexionó sobre la conversación que había mantenido con el jefe esa misma mañana, antes de que él y Clarke asistieran al funeral de Scott Connolly. El jefe

Clemente admitió que estaba considerando la posibilidad de incorporar a Carlos Atilla a la investigación. La Alcaldía y los empresarios locales estaban ejerciendo una intensa presión porque todavía no se había acusado a ningún sospechoso.

Según Clemente, los ciudadanos temían que hubiera un maníaco homicida entre ellos. Basándose en eso, Mulrooney no podía ver cómo Belmont Shore era diferente al resto de California. Había sido capaz de mantener a raya al jefe en el asunto de Atilla temporalmente; pero esto se estaba convirtiendo en un punto de inflexión político. Sabía que tenía que producir. Y rápido.

Mulrooney era consciente de que, desde que se vio envuelto en la fea escena que Atilla había presenciado en el aparcamiento de la estación, se encontraba en terreno movedizo. Sus sienes se tensaron al recordar el incidente. No sólo había perdido el control, sino que el objeto de su ira era una mujer. Todavía podía ver sus ojos oscuros y furiosos, demasiado orgullosos para llorar. Obligó a las dolorosas imágenes a regresar a los oscuros recovecos de su memoria y trató de centrar su atención en sus notas.

Los registros telefónicos habían verificado que el Dr. Connolly, o alguien, había respondido al teléfono la noche en que Connolly fue asesinado. Sin embargo, la llamada de la Sra. Connolly desde su teléfono móvil en su barco no se había realizado a las 11:55 p.m. como ella declaró. La llamada se hizo a las 11:42 P.M.

Los registros de larga distancia indicaban que otra llamada se había realizado a las 11:58 p.m. La habían realizado los padres de Lauren en San Diego, quienes dijeron que habían llamado para desearle a su hija un feliz cumpleaños. El padre de Lauren estaba seguro de que había contestado un Scott somnoliento. Dijo que Scott gimió antes de que la llamada se desconectara de repente. Cuando los padres de Lauren volvieron a llamar obtuvieron una señal de ocupado.

Por una corazonada, Mulrooney había sacado una valiosa información esa mañana. El sistema de alarma de los Connolly se conectaba a la línea telefónica y registraba tanto las desconexiones como las llamadas, incluso cuando la alarma no estaba activada. Los registros indicaban que el teléfono había sido descolgado a las 11:58 p.m. después de la llamada de San Diego. Pero, había sido reemplazado en su base a las 12:02 A.M. La ventaja era que el teléfono había sido limpiado de huellas. Al parecer, todo lo que el autor había necesitado eran cuatro minutos de silencio para atacar.

Si Connolly fue asesinado en algún momento antes de que Lauren regresara, que era justo después de la medianoche, la ventana de oportunidad se estaba reduciendo rápidamente. A Mulrooney esto le sonaba mucho a un golpe de medianoche.

Los forenses todavía estaban trabajando en las pruebas, pero se había establecido que los pelos negros encontrados en la ropa de Connolly eran de un postizo de alta calidad. También se encontró un pelo en los testículos de la víctima. El forense determinó que la víctima había eyaculado en la hora siguiente a su fallecimiento.

Además del Percodan, el médico también tenía mucho tequila corriendo por sus venas en el momento en que se congelaron rápidamente. El equipo del crimen había encontrado tequila Clase Azul Añejo en el bar de Connollys -el oro de Moctezuma a más de seiscientos dólares la botella-, pero no el tipo de tequila que venía con un gusano. Entonces, ¿dónde diablos se tragó Connolly un gusano? El doctor ciertamente se había agotado esa noche. No es de extrañar que no hubiera lucha, señaló Mulrooney. Es milagroso que no estuviera ya muerto.

Mulrooney levantó la vista para ver a Kate entrar en el restaurante. Hizo una señal al camarero y pidió una cerveza sin alcohol para ella y una Coca-Cola light para él. —¿Nos conocemos?— balbuceó en su mejor impresión de borracho de bar mientras le acercaba un taburete.

Mulrooney sonrió al ver cómo las enérgicas curvas de Kate trataban de escurrirse dentro del uniforme de policía de corte masculino que la vestía. Sus ojos color avellana se arrugaron en los bordes mientras le sonreía. Había visto esos ojos taladrar a más de un hombre del doble de su tamaño que había sido lo suficientemente tonto como para desafiarla.

Examinó la pequeña —K— del llavero que ella había colocado en la barra. ¿La —K— es de —asesino(killer)—?— sonrió.

—Es por 'bésame el culo', listillo. Fingiendo un puñetazo en el hombro, le pinchó la barriga juguetonamente.

—¡Ay! ¡Me gustabas más sin uniforme!

—Deberías intentar quitarte el tuyo de vez en cuando— sonrió ella.

Mulrooney no respondió. Sabía a qué se refería. Nunca cruzó la línea en un intento de ser más que amigos con ella. Los juegos de palabras en su larga relación eran seguros y no representaban ninguna

amenaza. Ambos valoraban demasiado su amistad.

Mulrooney se movió cohibido en su taburete y se miró las manos. La marca blanca de su anillo de bodas hacía tiempo que se había mezclado con el bronceado dorado de su robusta piel. Se inspeccionó el dedo, esperando que la marca siguiera allí.

Kate sonrió ante su gesto y dijo: —Definitivamente eres uno de los buenos, Tim.

Cuando llegaron sus bebidas, él le sirvió la cerveza sin alcohol . Alargó el proceso hasta que la espuma se hinchó por encima del borde, pero se mantuvo.

—¡Bravo!— saludó ella. —Jodido de todos los oficios, masturbador de ninguno.

—Me encanta cuando te pones salada .

—Lo sé. Entonces, ¿cómo fueron las festividades funerarias de esta mañana?

—Esclarecedoras. El Dr. Connolly estaba en un frasco.

—¿UN TARRO?

—Sí, mayo. Ya sabes, una maldita urna. Muy apropiado para un tipo que parecía haber pasado por un procesador de alimentos.

—¿Ya has arrestado a la bonita señora del doctor C. y a su compinche?— preguntó bruscamente.

—¡Vaya, sí que vas al grano, chica!

—Bueno, he estado haciendo un pequeño trabajo de detective por mi cuenta, así que tengo curiosidad.

—¿Ah, sí? Un policía de Belmont Shore como tú haciendo un trabajo de investigación, ¿has estado revisando los informes de surf?

—El Dr. Connolly solía ser mi ginecólogo.

Mulrooney levantó una ceja. —¿En serio?

—Ajá. Pero cambié de médico. Me hacía sentir incómoda.

—¿Por qué, Kate?— preguntó Mulrooney mientras dejaba su bebida.

—No estoy segura . La primera vez que acudí a él estaba bien. Era profesional y muy agradable. Pero cada vez se distraía más y siempre tenía prisa. A veces se repetía. Cuando empezó a ponerse un poco coqueto, no volví.

—No te culpo— asintió Mulrooney. —Ahora estamos interrogando a sus pacientes y amigos. Por cierto, ¿alguien en su oficina usa una peluca oscura? Los forenses no encontraron ninguna en la casa de la víctima.

—No que yo recuerde. De todos modos, mi hermana trabaja en Metro Mortgage. Parece que los Connolly se retrasaban constantemente en los pagos de su casa.

—Lo sé. Saqué sus informes de crédito— respondió él, pisando ligeramente su triunfo.

—Ah, pero ¿sabías que nunca se habían retrasado hasta hace dieciocho meses, cuando los cheques empezaron a llegar al azar, a pesar de los fuertes cargos por retraso en una hipoteca del tamaño de la deuda nacional? Cuando los cheques llegaron, ya no eran de la cuenta personal de ella, sino de la de él.

Kate iba ahora un paso por delante de él, y Mulrooney la escuchaba. —Intuyo que hay más.

—Sí. Intentó volver a financiar su casa hace un año, pero lo rechazaron por su enorme ratio de endeudamiento. Había aumentado mucho su deuda desde el momento en que contrataron originalmente la hipoteca de su casa y los préstamos para su consulta. Parece que se metió de lleno en ese complejo nunca terminado junto a los muelles del puerto de Long Beach. No tenía flujo de caja.

—Eso aún no ha aparecido en su informe crediticio— asintió Mulrooney, —pero he descubierto que debe dinero a todo el mundo menos a mí. Cuando algunos de sus préstamos fueron reclamados, pidió más dinero prestado contra su consulta médica. A Lauren Connolly no le debió de gustar demasiado el constante agotamiento de su seguridad financiera.

Kate asintió. —Sobre todo si, como dice el rumor en Belmont Shore, ella pensaba divorciarse de él— dijo.

Mulrooney dejó escapar un silbido bajo.

—No estoy oficialmente en la investigación, Tim, así que nunca

tuvimos esta conversación sobre la hipoteca— sonrió Kate. —O tendré que deshacerme de ti por medios violentos.

—¿Muerte por raqueta?— Mulrooney sonrió.

—Demasiado fácil. Vamos, que estás en deuda conmigo . ¿Por qué no has arrestado todavía a las damas letales? Te vi obsesionado con esas dos bellezas.

—¿Obsesionado ? Eso es duro. Como le dije al Jefe, tenían coartadas, Kate. Todo el mundo tiene que calmarse y dejarme hacer lo que mejor sé hacer. La Sra. Connolly dice que estuvo trabajando en su barco hasta la medianoche. Y un viejo lobo de mar llamado Armstrong que vive en un barco cerca del suyo corroboró su coartada. Y Anya Gallien estaba en Midnight Espresso tomando un capuchino. Ella regresó y pidió ayuda. Entonces apareciste tú y tu pandilla. Ya sabes el resto.

—Algo no está bien ahí, Tim. Kate trazó el barniz rugoso de la encimera con la punta del dedo.

—Estoy de acuerdo. Sé que no puedo subestimar a Anya, ni a Lauren. Aunque este tipo de homicidio no suele ser perpetrado por una mujer, se conocen casos de mujeres que liquidan a sus víctimas como si fueran botellas de Bud. —Es que todavía no estoy preparado para ir por ellas, Kate.

—No tardes mucho, ¿vale? Mi ronda es en la costa , sabes. Estas calles son mi responsabilidad. La gente de aquí confía en mí, así que también tengo un interés en esto. Además, Sanders cree que soy una diosa de la ley. No quiero arruinar mi imagen.

Mulrooney miró fijamente a su amiga mientras ésta esbozaba una sonrisa. Sus dientes le recordaban a los Chiclets, pero él siempre le decía que parecían pequeñas lápidas. —¿Por qué lo hiciste, Kate, convertirte en policía?—

Kate terminó su cerveza sin alcohol antes de responder. —No podía soportar la corrupción que veía a mi alrededor. Esta es mi forma de luchar contra ella, una bola de baba a la vez. ¿Y tú, Tim?

—La misma razón. Supongo que la pregunta es, ¿por qué nos quedamos?

—Estoy en esto por la satisfacción. Pero tú, es tu vida. La necesitas. Kate se levantó para irse. —Bueno, tengo que irme. Se detuvo lo suficiente para hablar por encima del hombro: —Oye, Tim, espero que

tu trabajo no sea realmente lo que mejor haces.

—Ha pasado demasiado tiempo para recordarlo, Katie— sonrió él. Mulrooney recogió sus bártulos y arrojó una propina sobre la mesa. Miró por encima de la barandilla del balcón mientras Kate salía a la calle Segunda.

Mientras miraba la calle, los pensamientos empezaron a revolotear por su cerebro como mosquitos persistentes. Una hilera de globos en una tienda de ropa cercana bailaba con la brisa, creando un coro de Tootsie Roll Pops. Cuando volvió a mirar, un mosquito se posó de repente en su cerebro.

Casi se le había escapado. Anya Gallien le había enseñado una tarjeta de cumpleaños que pensaba regalar a la señora Connolly. Había dibujado minuciosamente globos de colores en ella. Los globos eran exactamente iguales a los de la botella de Cristal. Estaba seguro de que el champán debía ser también un regalo de Anya para Lauren.

Mulrooney recordó que la etiqueta estaba estropeada. También había una acumulación de humedad en la bandeja de plata que había debajo, lo que indicaba que el champán debía de estar frío. No podía llevar mucho tiempo allí. Si su corazonada era correcta, Anya Gallien había estado en la casa de los Connolly esa misma noche, antes del asesinato. Sacó su teléfono y marcó a Annette en Huellas Digitales.

—Lynwood— dijo la voz al otro lado de la línea.

—Annette, habla Tim. ¿Has sacado alguna huella de una botella de Cristal introducida como prueba en el caso Connolly?—

—Hola. Sí, tenemos huellas, pero ahora las estamos cotejando con las huellas de eliminación que obtuviste de las señoras. También saqué una huella de la areola del pecho de la viuda como pediste. Usé colorante alimenticio. Conseguí una coincidencia. Ella quería que estuvieras allí, pero no pude alcanzarte.

Mulrooney escuchó una risa ahogada. —Te estás divirtiendo a mi costa, ¿verdad, Annette?—

—Completamente.

—Feliz de ser útil. Me voy a comer. Ni siquiera el funeral de Doc Connolly y una paliza de raqueta de Kate Axberg pueden arruinar mi apetito. Llámame cuando tengas algo.

Colgó justo cuando sonó otra alerta de texto. Leyó el número y marcó de inmediato, muy consciente de que un par de prismáticos le apuntaban desde el callejón de enfrente.

SIETE

El detective Dave Killackey contestó al primer timbre.

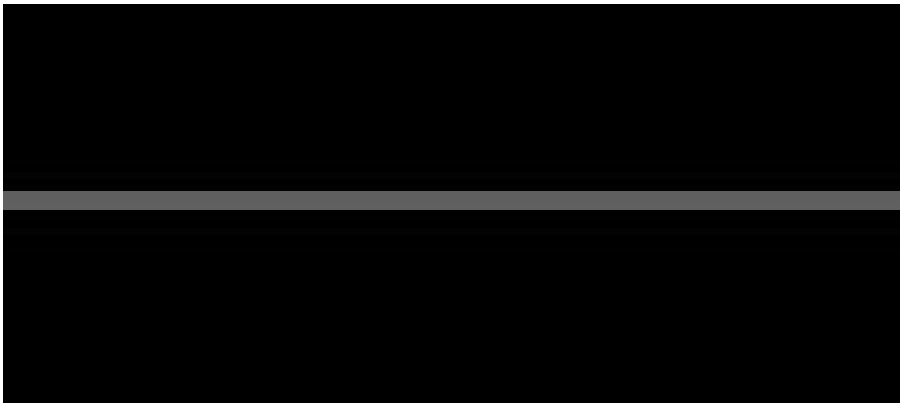
—¿Qué pasa, K'lack'?— Mulrooney mantuvo su atención centrada en el callejón adyacente mientras hablaba. No pudo distinguir a la persona de los prismáticos que seguía observándolo desde detrás de un contenedor de basura. Mulrooney se alejó del borde del balcón y automáticamente puso la mano en su arma.

—Estoy recopilando esa información para ti sobre los homicidios del show erótico de Trenton, Nueva Jersey, que recogiste en el ordenador. He llamado al detective principal, tal y como me pediste. Y estoy comprobando una de las conexiones con la víctima en Long Beach . Te llamaré cuando tenga algo. Mientras tanto, también tengo buenas noticias.

—Me vendría bien. Cuéntamelo.

—Clarke tiene dos testigos más que aparecieron hace media hora. Está hablando con ellos cerca de la casa de los Connolly en Bay Shore ahora mismo, así que me pidió que te llamara.

—Gracias. Ah, y comprueba cualquier tienda de licores local que haya vendido una botella de Cristal en el último mes. Consigue las horas de todas las ventas y averigua si el champán fue enfriado en el punto de venta. Empieza por Morry's Liquor en Nápoles. Es la licorería más cercana a la casa de los Connolly. No puede ser una venta diaria. Diles que tenía una etiqueta rota. Me voy de aquí— dijo Mulrooney. Al colgar, volvió a echar un vistazo al callejón. Su espía con los prismáticos había desaparecido.



Mulrooney condujo por la calle Division hasta Bay Shore y se detuvo detrás del coche de Clarke. Sonrió automáticamente al ver a su compañero. Mulrooney medía 1,90 metros y superaba a Clarke, pero la inteligencia de éste compensaba su tamaño. Clarke tenía un coeficiente intelectual más alto que los niveles de smog de Los Ángeles y un cociente de fiabilidad a la altura.

Clarke estaba sentado en la orilla del mar con dos niños de unos doce años. Ambos llevaban monopatines y vestían las omnipresentes camisetas Rip-n-Dip de los patinadores. Parecían disfrutar siendo el centro de atención de la multitud de la playa.

—Este es el detective Mulrooney— dijo Clarke a los chicos cuando Mulrooney salió de su coche. —Estos son Eric Tierney y Steven Bush. Pensé que querrías hacerles unas preguntas. —Los chicos parecían entusiasmados ante la perspectiva de formar parte de una investigación criminal.

Mulrooney estrechó la mano de cada uno de ellos. Steven, el más alto de los dos, sonrió y miró al otro lado de la calle a dos mujeres que estaban sentadas en un porche embelesadas. Mulrooney apartó al chico bajito, Eric. Se dio cuenta de que el corte de pelo en cuña del chico hacía que su cabeza se pareciera a la parte delantera de un avión Boeing. —Bien, Eric— preguntó Mulrooney, escudriñando las notas de Clarke, —¿cómo es que acabamos sabiendo de ti?

Eric estaba obviamente nervioso. —Bueno, señor, no sabía que había visto algo importante hasta que se lo dije a mi madre hoy. Ella fue la que llamó a la policía. Señaló a una de las mujeres de enfrente.

—Fuiste inteligente al decírselo, Eric. ¿Tengo entendido que viste algo la noche del homicidio?—

—Sí, señor.

—¿Puedes decirme qué viste?

—Sí, señor. Vi un coche blanco detenerse frente a la casa que está al lado de la casa de los Connolly. Señaló en esa dirección.

—Era un Beemer nuevo.

—¿Un sedán?— Estaba probando.

—No, señor, un descapotable. Genial, ¿eh?

—Genial. ¿Dónde estabas en ese momento?

—Estábamos por allí patinando. Señaló la franja de asfalto que llevaba desde donde estaban hasta las pistas de tenis al borde de la playa. —Eran como cinco minutos antes de las doce, señor. El otro detective me dijo que esa parte era importante.

—Sí, lo es. ¿Cómo sabes qué hora era?—

Eric levantó el brazo para mostrar su reloj. —Tengo que llegar a medianoche. Estaba en la cama cuando pasó todo, así que me perdí todo lo bueno— dijo con evidente decepción.

—Qué pena. ¿Puedo ver tu reloj, Eric? Oye, es genial. —Mulrooney miró el reloj de los Lakers. Luego comprobó su teléfono móvil. El reloj de Eric estaba a veintiséis segundos de ser preciso. —¿Has visto al conductor del BMW, hijo?

—Sólo un segundo cuando pasé patinando. Era esa amiga de la señora Connolly.

—¿Qué amiga?

—La guapa. Alta, con el pelo rojizo y algo largo. Eric hizo un gesto con la mano izquierda, con la palma hacia arriba, como un camarero de tamaño pequeño que se esfuerza por equilibrar una bandeja temblorosa.

—¿Sabes el nombre de la amiga de la señora Connolly?—

—Sí, es 'Anya'. La he visto mucho. Es muy amable conmigo. Me dijo que podría conducir su coche algún día. —La mano desbocada de Eric se puso repentinamente en posición de parada como un camarero de tamaño reducido que se convierte en un guardia de paso. —Pero no

hasta que obtenga mi licencia, señor. De verdad.

—Te creo, hijo. ¿Viste a la Sra. Connolly esa noche?

—No, señor. Pero Steven vio a Anya después de que yo entrara.

—¿La vio ?— Mulrooney se volvió para mirar a Steven, que estaba apoyado contra el muro del mar, regodeándose en su propia importancia.

—Sí, señor. Eric parecía abandonado al sentir que la atención se le escapaba de las manos.

—Has sido de gran ayuda, Eric. Quizá puedas enseñarme a patinar alguna vez.

—¡Así es, amigo!— Su mano volvió a girar hacia el cielo, sosteniendo el cielo como Chicken Little.

Mulrooney se rió y sacudió la cabeza. —Gracias, hijo. Déjame hablar con tu amigo. Hizo una señal a Steven, que se acercó mientras Eric volvía con Clarke.

—¿Quieres contarme lo que viste cuando ustedes dos estuvieron aquí la noche de la muerte del doctor Connolly, Steven? Preguntó Mulrooney.

—Un nuevo Beemer convertible , blanco, Serie 6, descapotable, una chica guapa conduciendo. Llegó aquí justo antes de la medianoche, alrededor de las 11:55 p.m.— dijo.

—¿Qué edad tienes, hijo?— preguntó Mulrooney, tratando de no mirar las mechas moradas del pelo de Steven.

—Doce años— dijo con aire engreído . —Soy mayor que Eric. Steven se pasó la mano por el pelo, añadiendo inadvertidamente alas a su elegante peinado de aeronave .

El móvil de Mulrooney le avisó de un mensaje de texto entrante. —Oye, Smokey, llama a Lynwood al laboratorio, ¿quieres?— gritó. Se dio la vuelta para ver a Steven sonriendo a una chica prepúber sentada cerca en el malecón. Mulrooney se colocó entre Steven y su presa.

—¿Dónde aparcó Anya su Beemer, Steven?— preguntó. Steven indicó el mismo lugar donde estaba aparcado el coche de la señora Gallien

cuando llegaron los agentes. Mulrooney recordó que el laboratorio no había encontrado rastros de sangre en el coche. —¿La viste salir del coche?

—Claro. Se acercó a la puerta de la Sra. Connolly.

—¿La viste entrar?

—Debe haberlo hecho— respondió con certeza. —Porque después de que Eric se fue a casa, patiné un poco más. Él tiene que llegar temprano porque su madre es, ya sabe , muy estricta. Me quedé fuera más tiempo porque al día siguiente no había colegio debido a una conferencia de profesores. Cuando estaba cortando por la calle Primera para ir a casa, vi a Anya salir por la puerta principal. Después de eso, ella cortó por el callejón lateral hasta el callejón trasero.

—Espera un momento, hijo— Mulrooney se agachó para ponerse a la altura de Steven, —¿realmente la viste salir por la puerta principal?

—Sí, señor .

—¿A qué hora?

—Justo a las doce.

—¿Pudiste verla bien?

—Pude ver su cara bastante bien. Ella fue por la parte de atrás y silbó.

—¿Silbó?

—Ajá. Bueno, no a mí. —Parecía avergonzado. —Sólo, ya sabe , como un silbido para llamar a alguien. Steven emitió un agudo silbido para demostrarlo. Sonrió pícaramente mientras Clarke, Eric y las dos mujeres giraban la cabeza para mirar.

—¿Tenía algún globo con ella?

—No, señor — exclamó. Miró a Mulrooney como si se hubiera bajado los pantalones y se hubiera expuesto.

—¿Qué tal una botella de champán?

—¡Claro hombre, eso sería épico! Me encanta el champán...

—¡NO, Steven!— dijo Mulrooney, cortándolo a mitad de la ilusión. — Quiero decir, ¿la señora Gallien llevaba una botella de champán?

—Oh. Bueno, yo no vi ninguna— hizo un mohín de decepción.

—¿Qué pasó después de que ella silbara?— le preguntó Mulrooney.

—Nada, así que me fui a casa. Vivo en San José.

No es de extrañar que no lo encontraran en la búsqueda de testigos puerta por puerta, observó Mulrooney. St. Joseph estaba a unas diez manzanas de la bahía. —Gracias, hijo. ¿Cuál es tu madre?

—Vivo con mi tía Lisa. Es la del suéter rojo. Su tía saludó cuando la señaló. —Es un bombón, ¿no cree ? Y está soltera.

—Steven, esto no es una entrevista para Match.com. Voy a pedirle a tu tía Lisa que me ahorre un viaje y te lleve a la estación. ¿De acuerdo?

—¡Genial! ¿He terminado?

Cuando Mulrooney asintió, Steven dejó caer su tabla en la acera y se puso en marcha. Mientras Eric se apresuraba a alcanzarlo, sus patinetas retumbaron en el asfalto como motores a reacción. Mulrooney dio las gracias a las señoras antes de volver con Clarke, que estaba inmerso en una animada discusión en su teléfono.

Clarke colgó cuando Mulrooney se acercó. —Lauren Connolly está en su barco con Michael Ryan. Y Killackey rastreó el Cristal hasta Morry's Liquor, con la misma etiqueta estropeada. Fue comprado la noche en que el Doc fue asesinado. La huella dactilar confirmó que las huellas en la botella son de Anya Gallien.

Mulrooney asintió. Ahora tenía a Anya donde quería. La botella de Cristal en la sala de estar y un testigo que la vio salir de la casa del Doc eran suficientes para establecer que no sólo había mentido , sino que también había estado en la escena del crimen antes del asesinato. —Es hora de otra pequeña charla con nuestra seductora pelirroja— dijo.

Clarke asintió. —Hmmm, sabes que cada vez que miro esa cara, me siento como si estuviera mirando el sol durante un eclipse.

—Sí, Anya Gallien es hipnotizante... y cegadora.

—Olvidaste mencionar lo de peligrosa, hermano. Esa mujer es jodidamente peligrosa.

Mulrooney asintió con la cabeza e instintivamente buscó su arma. —

Entonces espero que tus asuntos estén en orden, amigo . Es hora de ponerse en marcha .

OCHO

Michael Ryan siempre se había sentido como un desplazado. Siendo medio judío en un barrio predominantemente italiano, nunca había encajado realmente. Sin embargo, ese día de marzo, mientras estaba en la cubierta del barco de Lauren, su vida temprana era poco más que un recuerdo borroso.

El padre de Michael, Tomas, era de origen italiano, y su madre, judía polaca. Cuando ambos murieron en un sanatorio para tuberculosos, su pequeño hijo Michael fue enviado a casa de la tía Grazie, del lado italiano de la familia, una mujer despiadada que acogió a Michael sólo por los ahorros que Tomas había dejado para el cuidado del niño.

Michael se las arreglaba solo, y aprendió pronto que la fuerza física se ganaba el respeto. Nunca se echó atrás en una pelea, y hubo muchas; pero cuando entró en el instituto, el astuto adolescente había aprendido que el dinero tenía aún más poder. Estudiando a los jefes del barrio llegó a la conclusión de que el hombre que mandaba era el más respetado.

Después de los quince años, no volvió a pelear con los puños. En su lugar, Michael desarrolló un estilo tranquilo y astuto. Ya refinado por instinto, se sumergió en su educación. Estudió las finanzas como si fueran una partida de ajedrez, y Michael no había sido derrotado en el ajedrez desde los doce años.

Michael volvió al antiguo barrio porque Angie Le Marca lo esperaba. Montó un negocio de inversiones y a los veintiséis años ya le iba bien, invirtiendo a nivel internacional para los capos del barrio que admiraban su mente astuta. Por fin el —Chico Judío — se sentía importante. Tenía un sentido de pertenencia entre los italianos que antes se habían negado a verlo como uno de los suyos.

A los veintiocho años, Michael decidió casarse con Angie, y ésta le dijo que sí. Sin embargo, ella se lo contó a otra persona. Sus padres no le dieron su bendición para casarse con Michael porque era medio judío. Mike-el- Judío seguía siendo el Chico Judío ... persona non grata.

Michael nunca supo cuánto necesitaba a Angie hasta que la perdió. Su

intimidad había sido algo que había anhelado toda su vida. Pero se negó a llorar el día que ella lo abandonó. En lugar de eso, cerró su negocio y pidió un gran préstamo para crear una nueva empresa en la cercana ciudad de Nueva York, distanciándose del único toque suave que había conocido.

Michael juró no volver a perder. Antes de cumplir los treinta años, había ganado su primer millón comprando empresas en dificultades. Él y varios socios secretos crearon una división en Los Ángeles, donde su fortuna siguió creciendo.

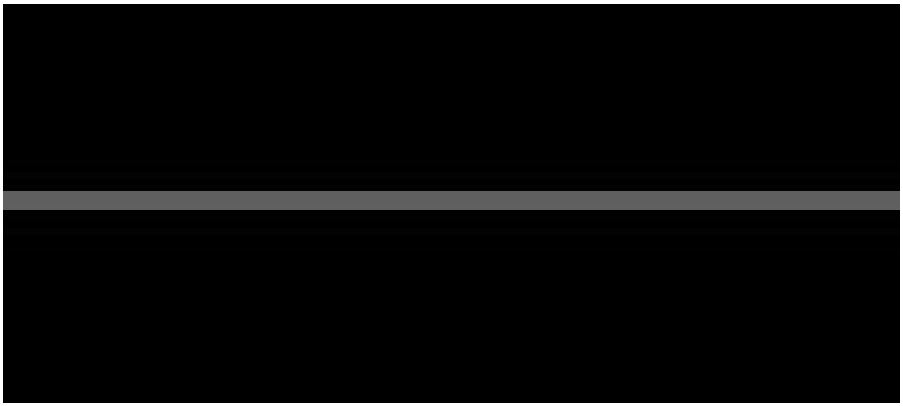
El dinero era más seguro que las emociones, y nunca confundió ambas cosas. Sabía que su actitud distante a menudo alejaba a la gente, y eso le gustaba, hasta el día en que se dio cuenta de que era un hombre solitario. Michael Ryan estaba finalmente listo para dejar entrar a alguien en su vida.

Ahora, mientras Michael estaba apoyado en la barandilla del barco de Lauren, se alegró de poder estar allí para apoyarla como ella había hecho tantas veces por él. Cuando conoció a Scott y Lauren, encontró algo que había perdido durante su lucha hacia la cima. Le ofrecieron amistad, y se sintió agradecido.

Cuando Scott y Lauren se separaron, él no sólo se entristeció , sino que también se enfadó con Lauren por buscar consuelo en Sam Bennett, un reputado playboy. Michael sabía que aunque Lauren era una mujer fuerte, Sam tenía algún tipo de poder sobre ella. Y todos los sentidos de Michael le decían que Sam Bennett era un hombre peligroso.

Michael tenía el mismo presentimiento con Anya Gallien. Anya era posesiva con Lauren; y la vida de Michael le había enseñado a percibir los movimientos y motivaciones de aquellos que protegen su territorio excluyendo a los demás. Michael intuía que Anya no era una mujer que quisiera o pudiera compartir a Lauren, que era el objeto de su enigmático afecto.

Mientras Michael permanecía en la cubierta de proa del barco de Lauren observándola, supo que ella tendría que encontrar su propia manera de afrontar la situación, al igual que él. Pero estaba decidido a protegerla. Michael sabía lo que quería, y esperaría.



Lauren sacó con destreza el «Seduction» su clásico Symbol de 45', de su atracadero . Sonrió al oír el sonido de los todavía potentes motores CAT de 375 CV que la llevaban a la libertad en alta mar. Al apretar el acelerador, la parte delantera de la embarcación se elevó como una mandíbula abierta y se lanzó con hambre a través del oleaje hacia Catalina.

Lauren acudía al agua siempre que necesitaba soledad. Desde su embarcación, le encantaba contemplar la salida y la puesta del sol, que bañaba el interior con tonos crema . Mientras ella y Scott estuvieron separados, ella vivó a bordo del barco mientras Scott residía en la casa. El sonido del agua golpeando el barco era relajante para Lauren, y el aire del mar era un sedante. Hoy necesitaba su lugar de refugio más que nunca.

Cuando Michael le dio un whisky, ella bebió un largo trago, dejando que el calor calmara el nudo en la garganta. —Gracias por venir, Michael— dijo. —Los padres de Scott necesitaban descansar. Y no podía pedirle a Anya. Ya sabes cómo se aterroriza con el agua .

Lauren estaba agradecida por la ayuda de Michael. Su larga amistad le permitió el silencio que necesitaba. Ahora, mientras Lauren pilotaba el Seduction más hacia el mar, dio un sorbo a su bebida y trató de relajarse. Tenía previsto fondear brevemente frente a Avalon y necesitaría a otra persona para guiar la cadena del ancla desde la bodega mientras ella trabajaba con el nuevo cabrestante. Hoy estaba demasiado agotada para hacerlo sola.

Antes de que llegara Michael, Lauren había pensado en pedirle al detective Mulrooney que la acompañara. Al imaginarse su cálida sonrisa, tuvo una extraña sensación de confort, que era un sentimiento que había perdido con Scott. Tal vez fuera porque Mulrooney había

acudido a su rescate. ¿O era la vulnerabilidad bajo su dura coraza lo que le resultaba tan convincente? Fuera lo que fuera , su presencia la hacía sentir segura.

Lauren se sentó de repente y alejó la imagen de Tim Mulrooney de su mente.

A pesar de que ella y Scott habían estado emocionalmente separados durante meses, incluso años, antes de que él fuera asesinado, no podía permitir que sus profundas necesidades salieran a la superficie. No ahora.

Lauren levantó la vista cuando Michael encendió el equipo de música y rellenó su vaso. —Esto está bien— sonrió. Michael observó brevemente a dos delfines que retozaban a babor del barco antes de volver a dirigirse a ella. —Lauren, quiero contratar a algunas personas para que te protejan hasta que todo esto termine— dijo en voz baja.

—Eres un gran amigo, Michael, gracias. Déjame pensarlo. ¿Cuánto tiempo piensas estar en la ciudad?—

—Se supone que me voy a Francia en una semana más o menos. ¿Por qué?

—Scott dejó un lío financiero. Necesito que alguien me asesore.

—De acuerdo, me las arreglaré para quedarme un poco más. También quiero ofrecerte mi penthouse por el tiempo que necesites. Michael puso suavemente su mano sobre la de ella. —Estoy preocupado por ti, Lauren.

Lauren exhaló lentamente. Sentía como si las partes de su cuerpo estuvieran conectadas por un único y largo nervio en carne viva. Estudió el rostro serio de Michael y su mirada impactante. —Gracias por tu oferta, Michael, pero voy a volver a mi casa tan pronto como pueda. No puedo dejar que el miedo gobierne mi vida.

Michael se estremeció. —Por favor, no lo hagas , Lauren. ¿Y si alguien vuelve?

—Pueden llevarse lo que quieran. Ya no me importa.

Michael dejó su vaso y la miró fijamente. —¿Qué quieres decir? El robo no era el motivo. Los informes del periódico decían que la policía lo había descartado. Lo sabes, ¿verdad?

Lauren tomó una bocanada de aire . Sus ojos estaban clavados en Michael mientras agarraba el volante con más fuerza. —Deben haber querido dinero, Michael. Estoy segura de que nuestra casa fue seleccionada al azar.

Lauren observó a Michael mientras sacudía la cabeza casi imperceptiblemente. —¿Por qué otra cosa lo harían? ¿Por qué si no?— exigió ella. —Simplemente no llegué a casa lo suficientemente pronto. Y entonces Scott debe haber despertado...— Cuando se aclaró la garganta, sus sonidos estrangulados cambiaron a un gemido bajo.

Michael dejó su vaso y la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia él. Ella apoyó la cara en su cuello mientras él le acariciaba el pelo. Mientras Lauren se aferraba a Michael, se preguntaba si alguna vez dejaría de oler la sangre de Scott en ella o de sentir el tejido caliente y pegajoso de su cuerpo descuartizado pegado a su piel.

—Haz que desaparezca, Michael— se estremeció.

—Ven conmigo— dijo él mientras alcanzaba a frenar el acelerador. Michael la tomó de la mano y la condujo al camarote. Guió a Lauren a la cama y colocó las almohadas detrás de ella.

—Intenta relajarte, Lauren— susurró mientras se sentaba y deslizaba su brazo por detrás de ella. —Apoya la cabeza en mi hombro y descansa mientras te froto las sienes. Relajada por la Turandot de Puccini, se recostó lentamente en los brazos de Michael y cerró los ojos. Durante el fugaz período de tiempo que el día le permitió , pudo separarse del dolor. Sus pesados párpados cayeron sobre sus ojos hasta que se durmió.

Cuando Lauren se despertó, observó el Pacífico en calma. A lo lejos podía ver Avalon, la pequeña ciudad de la isla de Santa Catalina. Las laderas de las colinas estaban salpicadas de casas y flores que proporcionaban un precioso telón de fondo al pintoresco muelle de color turquesa que saludaba alegremente a sus visitantes.

Michael estaba en el puente pilotando el barco cuando Lauren subió. Sonrió y apagó el móvil cuando ella apareció. Lauren se dio cuenta de que la sonrisa de Michael era atractiva y aniñada al mismo tiempo, y que su cabello se había vuelto más plateado durante el tiempo que había estado fuera. —He hecho arreglos para quedarme— le aseguró Michael, —y voy a hacer que instalen un sistema de alarma en tu casa en cuanto las autoridades levanten el precinto— dijo. —Haré todo lo que pueda para ayudarte.

—Ya tenemos una alarma— dijo ella. —¡Lo sé, lo sé! No lo digas, Michael— suplicó ella, levantando la mano cuando él empezó a responder. ¿Cuántas veces en los últimos días se había sentado en la cama, gritando en silencio porque Scott había dejado la alarma apagada para ella esa noche? Michael se apartó y miró hacia el mar.

Se sentaron en silencio durante un largo rato mientras el sol comenzaba a ocultarse tras las colinas de Avalon. —¿Por qué has estado fuera tanto tiempo, Michael?— preguntó finalmente ella. —Pensé que tal vez nos estabas evitando. Evitándome... por mi relación con Sam.

—No, Lauren, no era asunto mío. Si parecía alejado, es sólo porque nunca sentí que Sam Bennett fuera lo suficientemente bueno para ti.

Lauren sintió que su cara se sonrojaba, pero sabía que no podía explicar a Michael los sentimientos que todavía estaba tratando de explicarse a sí misma.

—De todos modos, para responder a tu pregunta— continuó Michael, —intenté llamar muchas veces cuando tú y Scott se separaron, pero sabía que estabas con Sam. Al final tuve que ir a Sudamérica para gestionar las transacciones inmobiliarias de la empresa. Hablé con Scott algunas veces. Los eché de menos a los dos, Lauren -admitió.

Michael notó la sonrisa triste de Lauren y se preguntó si había dicho demasiado. Tal vez debería haber hecho lo que tenía previsto, que era asistir al funeral el tiempo suficiente para ofrecer sus servicios y luego marcharse. Sin embargo, era inherente a él tomar el control de una situación cuando era necesario. Y cuando vio a Lauren en el funeral

esa mañana, se sorprendió de lo frágil que parecía. —Lauren, me quedaré el tiempo suficiente para que superes esto— le aseguró.

Lauren besó a Michael en la mejilla antes de dirigirse bruscamente a la caja de aparejos de la cubierta de popa. Levantó la tapa, sacó una urna de color verde jade y luego deslizó la tapa. Mientras Michael la observaba solemnemente, Lauren cerró los ojos y susurró: —Siento mucho todo, Scott. Por favor, perdóname. Nunca quise hacerte daño. Michael la miró con curiosidad antes de apartarse cortésmente.

Al volcar el recipiente sobre la borda del barco, la fresca brisa levantó el contenido de la urna. Lauren y Michael parpadearon para alejar el escozor de las cenizas que les empolvaban los ojos. Ambos permanecieron inmóviles y observaron cómo los restos del doctor Scott Connolly eran esparcidos por los vientos del atardecer en busca de un lugar de descanso final.

NUEVE

—¡Si! ¡Si! Esa es. —Mulrooney sonrió mientras Stanley Kelley, el dependiente de la tienda de licores Morry's, se sentaba en la estación chasqueando los labios con cada «sí». Stanley señaló una foto entre el paquete de seis. Era una foto de Anya Gallien, que miraba con curiosidad a la cámara. —Sí, ella compró mi última botella de Cristal. Estaba caliente, así que dijo que la iba a enfriar. La etiqueta estaba raspada, así que le ofrecí un descuento, pero no le importó. Dijo que era un día memorable para su amiga.

—No es esa la verdad— murmuró Mulrooney.

Clarke se apresuró a arrebatar la foto de las narices del babeante empleado y sacó una fotocopia para que Stanley la firmara y fechara.

Steven y Eric, acompañados por la voluptuosa tía Lisa de Steven, llegaron a la comisaría hacia el mediodía. Ambos chicos estaban tan seguros de identificar a Anya como lo había hecho el empleado.

Después, Mulrooney y Clarke les dieron a los chicos una vuelta por el calabozo. Steven dijo que el lugar era, bastante rancio,y escribió su nombre en la pared de una celda cuando pensó que Mulrooney no estaba mirando. Los chicos también quedaron impresionados por las historias que Clarke les contó sobre sus hazañas y las de Mulrooney como detectives , cada una de ellas coloreada con suficiente hipérbole como para dar lugar a una serie de televisión. Mulrooney se sonrojó todo el tiempo, sabiendo que Clarke también se lo estaba presentando a Lisa como un vendedor de coches vendiendo un Chevy.

Otro testigo, Dan Mason, que había identificado a Anya como la mujer que había visto en el Midnight Espresso alrededor de la hora del asesinato, llegó después de que Lisa saliera con los chicos. Dan iba extrañamente vestido con un traje y sandalias abiertas y estaba más seguro que la noche del homicidio, cuando intentaba recuperar la sobriedad. Su memoria, sin embargo, era tan confusa como su ropa cuando le pusieron el paquete de seis fotos sobre la mesa para que pudiera corroborar su declaración anterior.

—Sí. No. Bueno, tal vez. ¡Maldita sea!— pronunció alternativamente.

—La chica que vi aquella noche no está aquí— concluyó finalmente tras contemplar cada foto. Recogió la instantánea de Anya tomada en el funeral del doctor Connolly. —¿Esta es Anya? Pues no es la que me pareció ver. Lo siento. Estaba muy borracho. Supongo que la confundí con una pelirroja que trabaja en el Café de Sonny. Podrían ser hermanas.

—Una es suficiente— entonó Clarke.

—Bueno, esta definitivamente no es la que vi en el Midnight Espresso la noche que mataron al doctor. ¿Los he jodido?

—En absoluto, Dan— dijo Clarke. —Pero Anya no estará encantada.

Mulrooney tomó el teléfono. —Ponme con Clemente— suspiró. Mientras se preparaba para decirle al jefe que la coartada de Anya se había desmoronando , se preparó para lo que le esperaba.

Mulrooney colgó el teléfono de golpe. —¡Mierda!— Se tambaleó tan rápido que se golpeó la muñeca contra el archivador, lo que lo enfureció aún más.

—Smokey, el jefe acaba de ordenarnos que arrestemos a Anya Gallien basándonos en las pruebas circunstanciales que tenemos. Y, basándonos en el hecho de que ha fallado el polígrafo.

—¿Qué carajo ?— Clarke se sentó en su silla.

—¡Que él organizó personalmente y ella aceptó hace varias horas! Dijo que no podía contactar con nosotros, así que siguió adelante con ello. Cree que ella tenía una relación con la víctima.

—¿Entonces por qué demonios Anya aceptaría un polígrafo? Es demasiado inteligente para eso.

—Pienso exactamente lo mismo.

Clarke se rascó la cabeza. —Ha fallado, ¿eh?

—Así es.

—Mierda.

—Sí. Pero en mi opinión demasiadas veces ignorada, seguimos sin tener nada. No tenemos ni arma ni motivo. Y un buen abogado defensor podría manipular la hora de la muerte lo suficiente como para causar una duda razonable sobre la presencia de Anya en la escena del crimen.—

—Cierto. El jefe Clemente no nos hizo ningún favor. Necesitamos conseguir pruebas más sólidas, y necesitamos tiempo para que nuestro perpetrador tropiece.

—No lo entiendo, Smokey. Normalmente el jefe exige tantas pruebas que tenemos que apuntalar el cadáver como testigo ocular. ¿Por qué crees que ignora nuestra aporte en este caso?—

—Ese alcalde pusilánime debe estar presionando . Quiere que este caso se resuelva en un tiempo mínimo porque es un año de elecciones. Ya sabes lo perra mediática que es .

Mulrooney asintió. —Y el alcalde Howe cree que puede controlar al jefe. Hay un poco de mierda de niño bueno ahí. Clemente quiere estar seguro de que el alcalde Howe lo mantendrá cerca.

—Sí, y la mala prensa perdura como el perfume de una puta.

—El fiscal Perry nos echará el caso en cara.

—No sé nada de eso. Mis fuentes en el Ayuntamiento me dicen que el alcalde Howe ha presionado al fiscal para que se encargue de cualquier caso que le den. Howe necesita la publicidad ahora, y canalizará el dinero de sus contribuyentes a las arcas del fiscal Perry.

—Todo esto le explotará en la cara a todos.

—Claro, pero el juicio no tendrá lugar hasta después de las elecciones; y para entonces todos estarán seguros en sus puestos, al menos durante algún tiempo. Te lo digo, hermano, el alcalde Howe está

detrás de esto. Un día de estos se va a encontrar con mi zapato metido hasta el fondo en su culo de fanfarrón.

—Muévete, Bruno Magli— murmuró Mulrooney. Cada parte de él estaba sintiendo la presión. —Si no estoy de acuerdo con el jefe en esto, perderé mi placa . Clemente ya me dio un respiro después de que Atilla hablara con los medios de comunicación sobre mi incidente en el aparcamiento. Pero Jesús, Smokey, ¿y si Anya Gallien es inocente? —

—Entonces tendremos que probar eso también, amigo. ¿Te escuché mencionar a Lauren Connolly cuando tú y el jefe estaban hablando?—

—Sí. Él cree que ella fue cómplice. Cuando le dije que tenía mis dudas, casi me regaña . Dijo que estaba pensando con el pene .

—¿Todavía lo tienes ?— Clarke se burló.

—¡Sí, y el jefe Clemente puede chuparlo !

—No tenemos nada contra Lauren Connolly.

—Lo sé— asintió Mulrooney. —Howe y Clemente van a tener que involucrar a Lauren Connolly ellos mismos. No voy a ceder en eso a menos que aparezca algo sólido.

Mulrooney notó la sonrisa de Clarke. —¿Qué? Me estás mirando como si mis pelotas colgaran en tu sopa. No es sólo que espere que Lauren sea inocente. Mi instinto me dice que está limpia. Y este caso no es tan fácil como parece. Puedo sentirlo.

—Estoy contigo hasta el final, amigo.

—Gracias, compañero— dijo Mulrooney mientras intentaba reprimir sus persistentes dudas. Se llevó las dos manos detrás de la cabeza como si quisiera evitar que le explotara la parte posterior del cráneo.

—Mira, al menos vamos a pasar a cumplir con las formalidades sólo para cubrirnos las espaldas. Después, haremos el resto del caso a nuestra manera, en nuestro tiempo libre. Lo hemos hecho antes. Clemente y Howe pueden dirigir su propio espectáculo de mierda mientras nosotros atrapamos a un asesino.

Mulrooney asintió y se frotó los ojos. Estaba agotado. Se miró los nudillos callosos y acarició inconscientemente su Sig/Sauer de 9 mm. —De acuerdo, haremos los movimientos, pero necesitaré que me

cubras . De lo contrario, estarás comprando un reloj para mi jubilación.

Se preguntó si la jubilación sería realmente algo tan malo. Se había preguntado muchas veces en el último año si su corazón seguía en esto; y la duda empezaba a corroerlo. Mulrooney se controló de repente. No te debilites ahora, tonto. A los policías débiles los matan. Mulrooney se levantó de un salto y se dirigió a la puerta. —Pongámonos en marcha , Smokey— gruñó. —Tenemos un pequeño pez que freír.

Mulrooney y Clarke se dirigieron a la pintoresca sección de Long Beach conocida como Naples Island a través del pequeño puente de la calle 2 que cruza la bahía de Alamitos. El exclusivo enclave de Naples, situado en el lado este de la bahía, estaba directamente al otro lado del agua de la avenida Bay Shore, donde el doctor Connolly había sido asesinado. Mientras el sol se agazapaba en el cielo del final del día, se dirigieron por el Toledo hasta el canal de Rivo Alto, que formaba parte del singular sistema de canales que hizo famosa a la isla de Naples en el sur de California.

Después de aparcar en el pintoresco puente de Rivo Alto, caminaron a lo largo del canal, bordeado de exquisitas casas y muelles. Un joven vestido de gondolero veneciano guiaba una góndola por el tranquilo canal mientras una pareja disfrutaba de su paseo al atardecer bajo puentes arqueados cubiertos de hiedra y buganvillas. Estaban bebiendo vino mientras el sonido de Sinatra sonaba en un equipo de música a bordo de la góndola.

Mulrooney recordó la tarde en que él e Isabella habían alquilado una góndola. Dos meses después, ella se marchó. Isabella no lo dejó sólo

por otro tipo; eso habría sido una pasión que él podría entender. Fue por dinero. No ganaba suficiente dinero. Al menos tenía poder y prestigio. Mulrooney sonrió ante su propia broma privada. Ahora parecía que veía cómo le ocurría todo a otra persona.

Cuando él y Clarke se acercaron a la residencia de Anya, Mulrooney pudo ver que era más pequeña que algunas de las casas vecinas, pero igual de encantadora. Anya estaba sentada sola en el patio de azulejos de la casa de estilo español cuando llegaron.

—¿Señorita Gallien?— dijo Mulrooney amablemente. Mientras se acercaba, Clarke se quedó junto a la puerta. Las luces del patio se encendieron automáticamente justo cuando el sol se perdió de vista.

Mulrooney se dio cuenta de que Anya llevaba un vestido negro. Se había quitado los zapatos y se había puesto un chal sobre los hombros para amortiguar la brisa primaveral. Las luces del patio iluminaban su cabello, creando un marco de luz de fuego alrededor de su rostro. Anya dejó escapar un profundo suspiro. Se veía cansada, pero hermosa.

—Hola, señorita Gallien -dijo-. Ha sido un día largo para todos nosotros. Pero creo que sabe por qué estamos aquí.

—Sí, lo sé— dijo ella en voz baja.

—La pondremos bajo arresto por el asesinato de Scott Connolly.

—¿No podría haber esperado hasta que Lauren regresara?

—Lo siento, señorita Gallien— dijo Mulrooney. Miró a Clarke, que fingía estudiar el agua. Mulrooney sabía que Clarke estaba observando a Anya de cerca.

—Por favor, detective Mulrooney, si voy a ser su chivo expiatorio , podemos dejar de lado las formalidades. Insisto en que me llame Anya.

—De acuerdo, Anya. Y puede seguir llamándome detective Mulrooney. Se sentaron un momento, viendo pasar un gran velero neozelandés. — Bonito barrio— dijo él. —¿Qué barco es el suyo ?—

La risa de Anya resonó como un acorde de guitarra grave. —¡Qué sutil, detective! Esto es lo más cerca que estoy del agua— respondió. —Casi me ahogué una vez en Europa cuando era una niña. No sé nadar. Por eso no estoy en el barco con Lauren esta noche.

—Lamento escuchar eso, Anya. Y estoy seguro de que lamentará saber que tenemos dos nuevos testigos— dijo con una brusquedad que esperaba que la pusiera nerviosa.

—Oh— respondió ella en voz baja. Apretó las manos y se puso de espaldas al agua.

—¿Está segura de que no estuvo en casa de los Connolly la noche en que el doctor Connolly fue asesinado? Tal vez pueda intentar recordar los hechos mejor de lo que lo hizo durante la prueba del polígrafo - dijo con ironía.

El rubor de Anya se hizo visible visible incluso en la penumbra. —No, como he dicho antes, no volví de México hasta las siete de la tarde. Entonces, ¿cuál es su punto?— dijo desafiante. —¿No hemos pasado ya por esto?

—Los dos testigos que encontramos están seguros de haber visto su coche llegar a la escena del crimen a las 11:55 P.M. Eso fue sólo minutos antes de que el Dr. Connolly fuera asesinado. ¿Quiere intentarlo una vez más, Anya?— Volvió a sonreír, tratando de inquietarla .

Era evidente que Anya se sentía muy incómoda. Frunció el ceño hacia Clarke, que estaba apoyado en el enrejado de rosas mientras las luces del patio brillaban en el placa que llevaba en la cintura.

—¿Puede volver a decirnos qué hora era cuando aparcó el coche aquella noche?— preguntó Mulrooney.

—No— dijo ella en voz baja mientras pasaba otra góndola. —¿Quién puede recordar exactamente a qué hora hace algo tan común ?

—Nada fue común esa noche, Anya.

—Touché, detective.

Mulrooney observó cuidadosamente a Anya mientras se aferraba a su chal. Enviaba señales contradictorias. Su espalda estaba recta y orgullosa, pero ese tenue acento se colaba en su voz muy lentamente.

—Pero alguien verificó que estuve en la cafetería, ¿no?

—El hombre que confirmó su coartada estaba borracho en ese momento, Anya. Parece que la confundió con otra encantadora pelirroja, así que se retractó de su declaración. Los otros testigos, sin

embargo, fueron capaces de hacer una identificación positiva. Sabemos que usted compró champán alrededor de las 19:30 de la tarde, el día en que Scott Connolly fue asesinado; y la misma botella fría fue encontrada en la escena del crimen.

Anya se tambaleó, obviamente confundida y sorprendida. Parecía haberse quedado sin aliento.

—Tenía sus huellas. Y también las del médico— dijo Mulrooney mientras estudiaba sus reacciones. —Usted no tenía el champán a su llegada a la casa de los Connolly a las 11:55 de la noche, ni cuando acudió a rescatar a Lauren después de que se cometiera el asesinato, así que sabemos que estuvo allí antes. Nos ha estado mintiendo, Anya.

Anya descruzó sus largas piernas y exhaló. —¿Debo hacer la maleta, detective? ¿Voy a pasar una noche en su fina hostería ?

—Espero que la encuentre cómoda , Anya.

Los ojos de Anya se conectaron con los suyos. Él mantuvo su mirada fija hasta que ella finalmente apartó la vista. Mientras él esperaba, Anya metió los pies en sus finos tacones negros y se abrochó las finas correas de los tobillos.

Mulrooney levantó la vista para ver si Clarke había notado su movimiento. Clarke asintió. —Ah— sonrió Mulrooney, —ha utilizado la mano izquierda. Veo que es ambidiestra.

Se volvió para sonreír a Mulrooney con emoción contenida. —Sí, lo soy. Y todo lo que tiene que hacer es pedirlo.

Se rió en voz alta. —Es más un desafío de esta manera.

—Mulrooney, me cae bien a pesar de que hace un arresto en el que no cree . Pero ya que usted y Clarke están aquí para cumplir las órdenes de su jefe, ¿puede decirme cuál fue mi motivo para descuartizar despiadadamente al marido de mi mejor amiga y volver después a saborear la sangre?—

Mulrooney la miró a los ojos claros e inteligentes. —¿Lo amaba ?

Anya negó con la cabeza y se rió amargamente. —Ni siquiera me gustaba, detective. Me alegro de que el bastardo esté muerto. De repente le tendió los brazos, al estilo de los prisioneros. —¿Desea esposarme?— preguntó, casi con coquetería.

—No por mucho tiempo, Anya. Necesitará una mano libre para llamar a su abogado.

DIEZ

Mulrooney salió perezosamente de la cama antes de que el estridente despertador pudiera disfrutar de su singular marca de sadismo. Minutos antes, a las 6:00 de la mañana, Clarke había llamado y, con la articulación de un conductor de tren, dijo que su esposa lo iba a llevar a una endodoncia de emergencia. Mulrooney se quedó mirando el techo durante varios minutos. Despertarse solo es una mierda. Debería comprarme un perro de peluche y llamarlo Frío.

Después de ducharse y alimentar a su pez león, Houdini, Mulrooney se sentó en su caballete e intentó terminar una acuarela que había empezado antes de su infarto. El arte era la única pasión que se permitía estos días. Por lo general, pintar le ayudaba a aclarar sus ideas, pero después de diez minutos decidió que probablemente podría ponerse en contacto con Jimmy Hoffa antes que con su musa. Los aguacates de su naturaleza muerta parecían ranas con esteroides.

Después de vestirse, Mulrooney se dirigió a Belmont Shore para desayunar y obtener cualquier información nueva que pudiera desenterrar. Cuando entró en el Donut Depot, el oficial Sanders se estaba metiendo un pastelito de crema en la boca. —Gracias por mantener vivo el estereotipo de policía, Sanders— bromeó Mulrooney.

—Estoy guardando mi ensalada de col rizada para el almuerzo. Está en el coche bajo las cajas de pollo frito, señor— sonrió.

Mulrooney se rió. —¿Obtuviste alguna información que nos pueda servir?

—Nada nuevo, pero Kate y yo seguimos recorriendo las calles en su busca, señor.

—Te lo agradezco. Después de que Mulrooney se tomara un poco de zumo, se dirigió a la villa de los Connolly. Partiendo de la escena del crimen, calculó una vez más el trayecto hasta la casa de Anya en Nápoles por el puente de la calle Segunda. Anya tardaría 2,45 minutos en llegar a casa de Lauren. Documentó cuidadosamente el tiempo.

Hasta aquí se había ocupado de Anya; ahora se ocuparía de Lauren. Mulrooney no estaba tan cegado por los encantos de Lauren como

para pasar por alto los detalles. Siguió hasta los muelles del puerto deportivo junto al restaurante Rusty Pelican y cronometró el trayecto desde el barco de Lauren hasta su casa: 4,58 minutos a velocidad normal. El tráfico de las 7:30 de la mañana era más lento que el de la medianoche en una noche entre semana, así que sabía que en realidad podía hacerse más rápido. Pero incluso a cuatro minutos, Lauren Connolly habría tenido que salir de su barco antes de las 11:55 para llegar a casa a tiempo de ser partícipe de las fiestas letales de la noche.

Mientras conducía hacia la estación, repasó mentalmente sus notas. Ya estaba acumulando copiosas cantidades de información sobre todo tipo de cosas, desde la venta de paredes secas hasta las pelucas negras, pero hasta ahora lo único que había conseguido eran unas cuantas hemorroides más. Y a pesar de su actuación en el detector de mentiras, Anya seguía manteniendo su completa inocencia mientras respaldaba la coartada de Lauren.

Clarke seguía fuera por una infección dental, y Mulrooney siempre se sentía vulnerable cuando su compañero no estaba cerca. Al entrar en el cuartel general, tuvo la sensación de verse a sí mismo en una repetición instantánea. Sus largos días y sus noches truncadas se habían mezclado como las cuentas bancarias de Bernie Madoff. Pero cada vez que entraba en la oficina, el día solía adquirir su propia identidad.

Hoy no es una excepción. Mulrooney vio a Lauren Connolly desde el otro lado de la sala, mientras los demás detectives fingían estar demasiado ocupados para fijarse en su atractiva invitada. Reprimió una carcajada cuando Killackey bajó el codo en su taza de café con la gracia de un búfalo ciego. Mulrooney pasó junto al escritorio de Killackey y se rió mientras éste intentaba frenéticamente absorber el café con una caja de pañuelos.

Cuando Mulrooney se acercó a Lauren, los ojos azules de ésta se centraron en él como los vívidos rayos de la mira de un rifle. Cuando ella se levantó de un salto como una marioneta a la que tiran de las cuerdas del brazo, él sintió que quería darle un puñetazo. —Tranquilo, Mayweather— sonrió.

Mulrooney la tomó firmemente por el codo y la guió hasta su despacho. Cerró la puerta de su estrecho espacio, que antes había sido una oficina de almacenamiento. Un escritorio y un archivador se habían metido en ese espacio para hacer sitio en la abarrotada División de Homicidios cuando Mulrooney se había trasladado por

primera vez a la Policía de Londres.

—¿Qué clase de imbécil es ?— le preguntó mientras él le acercaba una silla. Lauren se negó a sentarse.

Clarke se estaba perdiendo un momento Kodak, reflexionó Mulrooney. Clarke siempre soltaba su frase favorita de Butch Cassidy y Sundance Kid: —¡Imbéciles! Tengo imbéciles en mi equipo! Al parecer, Lauren Connolly estaba de acuerdo.

—¿Y cómo me he ganado este sobrenombre que evoca el orgullo?— preguntó.

—Por el amor de Dios, detective— espetó ella, —¿realmente cree que mi mejor amiga mataría a mi marido?—

—Las pruebas son las pruebas. Y usted se ve encantadora, Sra. Connolly, tenemos testigos, entre otras cosas. Mire, sé lo molesta que está...

—¡No, usted no podría saber lo alterada que estoy!— afirmó ella. —¿Cómo podría? Primero, pierdo a mi marido en un crimen violento y espantoso. Luego, a mi regreso de Catalina, descubro que pierdo a la única persona que necesito para superar esto: ¡Anya!—

Cuando se le quebró la voz de repente, Lauren se aclaró la garganta y alzó la barbilla en señal de desafío. Se puso de pie con ambas manos en las caderas, con la espalda tan rígida como un guardia de palacio. —He sido paciente durante días. ¿He entendido bien que la fianza de Anya se fijará a mediodía?— exigió.

—A la una. Depende del juez si ella sale bajo fianza. Sería inusual, pero puede ser misericordioso si piensa que fue un crimen pasional.

—Bueno, ya he hecho los arreglos para pagar la cantidad que sea de la fianza— dijo Lauren mientras se paseaba por el piso. —Voy a pedir una segunda hipoteca como garantía.

Las cejas de Mulrooney transmitieron su sorpresa. —Bueno, eso es poco ortodoxo, por decir algo. Señora Connolly, no quiero alarmarla, pero estamos muy preocupados por usted. Su amiga puede ser una mujer extremadamente peligrosa.

—Obviamente, usted trabaja con libros y vive de las estadísticas, detective Mulrooney, pero sé que Anya nunca podría herir a nadie sin justificación, especialmente a mí. Ciertamente no tendría ningún

motivo para matar a mi marido. Eran amigos.

—Tengo entendido que a la Sra. Gallien no le gustaba su marido.

La piel de Lauren se sonrojó. —Es complicado— respondió. —A Anya le caía bien hasta que Scott y yo tuvimos algunos problemas, entonces se puso de mi lado. Tal vez le conté demasiado. Naturalmente, se mostró protectora, como la mayoría de las amigas en estas situaciones.

—¿Lo suficientemente protectora como para matar por usted ?— Notó que los hombros de Lauren se echaban hacia atrás. —Si ese puño se aprieta más, voy a tener que pedir refuerzos— sonrió, desarmándola por completo. —Escuche, señora Connolly, sé que ha pasado por un tremendo shock y sufrimiento, pero necesito informarle que no ha sido absuelta como sospechosa. Voy a necesitar su completa cooperación para limpiarla de toda sospecha. ¿Cooperará conmigo en esta investigación?

Mulrooney sabía que podría obtener más información si Lauren no lo veía como un adversario. También sabía que su enfado era una coraza ante mucho dolor, una reacción que había visto muchas veces antes. Esperó lo suficiente para que Lauren se tranquilizara. —Sra. Connolly — le preguntó suavemente, —¿su marido tomaba a menudo Percodan?

—Sí, tenía fuertes dolores de cabeza.

—¿Solía mezclar Percodan con tequila?

—Era médico, así que sabía cuánto podía tolerar. Lauren se apoyó en el escritorio de Mulrooney y lo miró fijamente. —Sé que mi marido tomaba demasiadas drogas y bebía demasiado, pero juro que no era un adicto. Lauren presionó las yemas de sus dedos contra sus ojos. — Admito que su consumo de drogas y alcohol nos hizo mucho daño a los dos.

—Estoy seguro de que lo hizo. Yo solía ser un bebedor, señora Connolly, como mi padre antes que yo. Entiendo ambos lados. También conozco las drogas. Incluso cantidades menores pueden perjudicar el juicio de una persona. Y en cuanto a las fuentes, incluso los médicos tienen limitaciones en cuanto a la cantidad que pueden auto-prescribirse. Scott podría haber tenido conexiones que necesitamos cuestionar si tiene razón en su creencia de la inocencia de Anya.

—No tengo idea de a quién le habría comprado drogas.

—Y no tenía ningún indicio de problemas cardíacos, ¿verdad?

—No, ¿por qué lo pregunta ?

—Los nitritos de amilo, ¿los conoce ? Son vasodilatadores, a menudo llamados poppers. Hoy en día hay medicamentos mucho mejores para el corazón.

Lauren se dio la vuelta, obviamente avergonzada. —He oído hablar de ellos— respondió en voz baja.

—¿Los usaba como ayuda sexual cuando hacían el amor?

Lauren se volvió para mirar a Mulrooney. —No sabría decirle, detective Mulrooney. Mi marido y yo sólo hemos tenido sexo una vez en los últimos dieciocho meses.

Cuando Mulrooney levantó las cejas sorprendido, Lauren respondió a la pregunta que él dudaba en hacer. —No era impotente, detective. Había otras razones. Había planeado venir a hablar con usted incluso antes de saber que había arrestado a Anya. Quería que se enterara por mí. Scott y yo teníamos problemas. Nos distanciamos.

—¿Cómo de distantes?

—¿Alguna vez se ha sentido realmente solo, detective?

Mulrooney no respondió. No se atrevía a admitir ante nadie que la soledad lo perseguía como un perro abandonado.

—Conocí a alguien. Ni siquiera estoy segura de cómo empezó todo.

—¿Pensaba divorciarse de su marido?

—Lo pensé. Algo tenía que cambiar. Él sabía de mi aventura, pero nunca dijo nada, lo que lo hacía aún peor. Era como si no le importara. Creo que era más fácil para Scott mantener la pretensión de ser la pareja perfecta. Pero nuestra vida era cualquier cosa menos feliz, así que sólo gastaba más dinero y consumía más drogas. Y yo me desanimaba y me ponía más triste. Deseaba tanto quererlo como antes.

—¿Pero volvió ?

Lauren se sentó frente a Mulrooney. —Al final rompí con el chico con el que salía. No podía vivir con la culpa. Intenté acercarme a Scott de nuevo, pero era difícil tener intimidad. Quise tener intimidad la noche

que yo, la noche que él...— La voz ronca de Lauren se disipó como el humo.

—Deje que le traiga un poco de agua— dijo, excusándose.

Cuando Mulrooney regresó, Lauren estaba de espaldas a él. Intentó no mirar sus caderas curvadas y su estrecha cintura. Deseó poder ser su traje amarillo, envuelto cómodamente alrededor de toda su suave elegancia. Su pelo le recordaba a una tostada con mantequilla, y quería comérsela. Lauren estaba examinando las fotos de su tablón de anuncios.

—¿Son todos criminales?— preguntó.

—Bueno, la de abajo a la derecha es mi ex mujer, lo que los convierte a todos en criminales— bromeó él. Mulrooney notó que incluso su risa sonaba suave. Intentó no responder al tono sensual de su voz, que lo hacía sentir como si fuera arrastrado por los cálidos vientos de Santa Ana. Respiró profundamente. Tenía que sacudírselo de encima. Esta mujer podría haber ayudado a rebanar a su marido, o posiblemente haber contratado a otra persona para que hiciera los honores. Estudió su lenguaje corporal mientras esperaba que Lauren siguiera hablando.

—Ya no veo a mi amigo masculino, detective Mulrooney. No lo he visto durante al menos diez meses. Ni siquiera estoy segura de dónde está ahora.

—Ha vuelto a Australia— respondió Mulrooney.

—¡Oh, Dios mío! ¿Sabía lo de Sam, y aun así me deja arrastrarme por confesiones verdaderas como esa? ¡Es un sádico! Espero que haya disfrutado, detective. Lauren se levantó de un salto y se dirigió furiosa hacia la puerta.

—Sra. Connolly— llamó tras ella, —es mi trabajo saber, y ha sido muy inteligente por su parte decírmelo. Este sádico tiene suficiente sentido común como para creer que está diciendo la verdad. Lauren se dio la vuelta bruscamente.

Mulrooney sacó una foto de su archivo. —Samuel Bennett. Dueño del Jazzin' Night Club en el centro de Long Beach hasta que fue destruido por un incendio. Se sospecha que fue un incendio provocado, pero quizás fue resultado del crimen organizado si las afirmaciones de Sam de que lo habían presionado para pagar la protección de la mafia eran ciertas. Afortunadamente, y casualmente, su club estaba fuertemente asegurado. Regresó a su Australia natal y abrió otro club en Sydney,

con el dinero del seguro, supongo. El Departamento de Estado de los Estados Unidos no informa de ninguna actividad en su pasaporte en los últimos diez meses, por lo que creemos que debe seguir allí.—

Lauren se acercó a Mulrooney. Miró la foto de un hombre alto, de aspecto atlético, con pelo negro, nariz fuerte, ojos grises y una sonrisa traviesa.

Mulrooney leyó el expediente. —'Tras dejar el puesto de Macquarie en Nueva Gales del Sur, Sam asistió a la Universidad de Sydney. Abandonó los estudios al cabo de un año, pidió un préstamo y montó un pub, que se convirtió en una popular taberna .

El pub se llamaba —Panketye— que en aborigen significa bumerán. Como Sam publicitaba en sus anuncios, quería que los clientes volvieran siempre.

—Y lo hacían— sonrió.

—Probablemente en gran parte debido al sociable propietario y a su agudo sentido del negocio al ofrecer desde carreras de ranas hasta rondas de langostas. Y si se me permite seguir: 'Cuando un empresario americano compró a Sam, éste montó Jazzin,' en Long Beach.

Mulrooney dejó de leer y levantó la vista. —Debido a los festivales anuales de blues y jazz que acogía nuestra bella ciudad, Long Beach era un lugar privilegiado para lo que se convertiría en un popular local nocturno. Un tipo de éxito. ¿Le suena todo eso, señora Connolly? —

Lauren asintió, pero sabía que Mulrooney había omitido una cosa: Sam nunca sintió que su éxito fuera completo hasta que conoció a Lauren. Planeaba quedarse en Estados Unidos y casarse con ella cuando fuera libre. Y Sam estaba decidido a que Lauren fuera libre algún día.

—Australiano presumido — dijo Lauren en voz alta. Mientras sonreía a la foto de Sam, no vio signos de la ira que él había mostrado la noche en que ella le dijo que quería intentar salvar su matrimonio. Después de una terrible pelea, Sam había clavado su puño en la pared detrás de ella. Cuando ella retrocedió asustada, él se alejó. Lo último que vio de Sam esa noche fue una sombra lejana mientras él golpeaba con su puño el coche de ella.

Mulrooney estudió la expresión de Lauren. —Ya estábamos vigilando a Sam, señora Connolly. El incendio del club era sospechoso.

—Si cree que Sam le haría eso a su propio club, entonces no lo investigó muy bien. Ese club era su vida.

—No, Lauren Connolly era su vida— respondió Mulrooney.

Mientras las palabras quedaban en el aire, Lauren se encontró con la mirada de Mulrooney. Sintió que le ardían las mejillas. —Eso se acabó hace tiempo. ¿Cree que soy débil e inmoral por recurrir a otro hombre?— susurró.

—La gente solitaria toma decisiones desesperadas. El hecho de que se alejara de Sam Bennett cuando aún estaba enamorada de él me indica que es una buena persona, y muy fuerte.

—Gracias por eso. Su respuesta fue apenas audible.

—Por cierto, señora Connolly, he leído algunos de sus artículos en la revista dominical. Es usted una muy buena escritora e investigadora.

—Gracias. ¿Incluye eso mi capacidad para investigar a mis amigos?— Una lenta sonrisa relajó la tirantez de sus mejillas.

—Me reservo el derecho a guardar silencio cuando no esté en presencia de mi abogado.

Lauren sonrió a Mulrooney. Notó la tranquila calma en sus ojos. Era fuerte, pero no dura . Era como Sam, pero sin la ira. Rápidamente desvió la mirada.

—¿Nos da permiso para registrar su casa de nuevo, señora Connolly? — le preguntó mientras le tendía un papel.

—Sí, y por favor, llámeme Lauren— respondió ella mientras lo firmaba.

—Gracias, Lauren— dijo Mulrooney. —Por favor, llámeme Tim.

—De acuerdo, Tim. Sobre Anya -sé que sólo estás haciendo tu trabajo...

—Sí, lo estoy haciendo. Por cierto, Lauren, preferiría que no te fueras de la ciudad.

—Lo prometo— sonrió ella, haciéndole un saludo de Boy Scout.

—¿Puedo confiar en ti?

—Sí, Tim, puedes. Sabes, no estoy segura de haberte dado las gracias de verdad.

Mulrooney sonrió. —Ah, caramba, eso no es necesario, señora— dijo usando su mejor voz de Gary Cooper.

Lauren tomó su gran mano entre las suyas. —Siento haber sido tan hostil cuando llegué. Has sido muy amable, y te lo agradezco de verdad. Le tomó la mano un momento más antes de darse la vuelta para marcharse.

Mientras se abría paso por la sala, Mulrooney observó cómo la seguían los ojos de los hombres. Cuando pasó junto a Killackey, éste agarró su taza de café como si fuera una granada viva. Cuando Lauren se perdió de vista, Mulrooney susurró: —Estás babeando como un San Bernardo, Killackey. ¿Tengo que poner la manguera de incendios sobre ti?—

—Parece que a ti también te vendría bien refrescarte— sonrió Killackey. Mientras Mulrooney se frotaba inconscientemente los dedos por la nuca, pudo sentir la transpiración. Lo había hecho de nuevo, y se estaba convirtiendo en un patrón. Lauren Connolly lo había dejado perturbado .

ONCE

Lauren dejó un rastro de perfume y una sala llena de detectives fantaseando con las heroicidades de Walter Mitty para la dama en apuros. Después de que Mulrooney la viera salir, recuperó su iPad del cajón de los archivos. Tomó un periódico, su teléfono y el expediente de Connolly antes de salir del cubículo de su oficina.

Todavía sudando mientras salía a toda prisa de la comisaría, Mulrooney se subió a su coche y condujo hacia el océano. A medida que el sol disipaba la niebla de la mañana, el día prometía ser más parecido al verano que al final de la primavera. Siguiendo por Ocean Boulevard, Mulrooney bajó tranquilamente por la pequeña península que sobresalía de Belmont Shore como una gota de pintura.

En la punta de la península, estacionó en un aparcamiento cerca del canal que conectaba la bahía de Alamitos con el Pacífico. Con su equipo en la mano, se dirigió al embarcadero hasta la roca plana que era su refugio siempre que necesitaba pensar.

Extendiendo el periódico sobre la roca, echó un vistazo al último titular del Press-Telegram: SOSPECHOSO DE ASESINATO EN LA COSTA. Había dos fotos: una de Anya y otra del alcalde Charles Howe. El fotógrafo había captado al alcalde en un poco favorecedor movimiento de cabeza a medio parpadear que sugería un ADN mutante. Últimamente Howe había hecho muchas llamadas de alta presión a Mulrooney y Clarke. Mulrooney se preguntaba si Howe prestaba la misma atención a sus compañeras de sexo telefónico.

—En tu cara— gruñó, dejándose caer sobre el papel. Mulrooney puso su música y tarareó mientras Sarah Vaughan cantaba —Alguien Que Me Cuide . Recordó una cita de Nietzsche que siempre lo había impresionado por su sencillez: —Sin música, la vida sería un error. Nietzsche debió anticipar la llegada de Sarah.

Tras unos breves minutos de felicidad, recogió el expediente de Connolly y se puso a trabajar. No le gustaba cómo se estaba desarrollando el caso. Tanto él como Clarke habían captado señales contradictorias de Anya Gallien. Se preguntaba por qué Anya había sido tan comunicativa con ellos sobre su aversión al doctor. ¿Tal vez

un desliz? No, Anya Gallien era demasiado inteligente para eso. Y demasiado lista para aparcar delante de la casa de un tipo al que pensaba trinchar. La pasión, sin embargo, era siempre imprevisible. ¿Estaba celosa de Lauren? El chisme de Sophie sobre Anya y el doctor en el restaurante ciertamente apoyaría esa teoría. ¿Cuánto odiaba, o amaba, Anya Gallien a Scott Connolly?

Lauren se había equivocado, pensó al recordar su acusación de que él trabajaba en base a libros y vivía de las estadísticas. Él operaba ante todo por reacción visceral. Pero se preguntó si aún podía confiar en su sexto sentido.

Mulrooney pensó en su matrimonio roto y sintió el dolor familiar. ¿Se había equivocado realmente con Isabella, o siempre había sabido que ella quería más de lo que él podía dar? Su ira resultante había provocado el incidente que acabó con su matrimonio y casi destruyó su futuro. Pero, ¿era ira contra ella o contra sí mismo por haber ignorado las señales de alarma? No importaba; no tenía tiempo para pensar en ella. Tenía que seguir creyendo en sus instintos.

Estaba seguro de que Anya había estado antes en el lugar del homicidio, aunque ella lo negara con vehemencia. El Cristal había sido entregado caliente en el punto de venta, por lo que necesitó tiempo para enfriarlo y entregarlo con los globos en algún momento antes de que los dos niños del barrio la vieran regresar a las 11:55 p.m. Sin embargo, no pudo ser mucho antes porque todavía había condensación en la botella cuando llegó Mulrooney.

Mulrooney subrayó una pregunta que había garabateado en su cuaderno: ¿Acaso A.G. actuó sola ? Los cabellos negros encontrados en la ropa y las vísceras del doctor sugerían que Anya no actuó sola, si es que lo hizo. Tuvo que salir justo antes de que Lauren llegara a casa, y luego limpiarse para volver más o menos a la hora en que Lauren llegó allí . Mulrooney estaba bastante seguro de que el coche de Anya no se había movido, por lo tanto, habría tenido que conseguir que la llevaran o arriesgarse a ser vista en la calle.

Lauren se había hecho la misma pregunta que seguía carcomiendo a Mulrooney: ¿Por qué iba a volver Anya? No encajaba. Su instinto de supervivencia era demasiado fuerte. Aunque las pruebas circunstanciales implicaban a Anya, Mulrooney sabía que estaba encubriendo algo, y presentía que se hundiría antes de hablar. Mulrooney no podía entender por qué Anya no estaba ayudando en su propia defensa.

Mulrooney echó un vistazo a una impresión que Killackey había hecho a petición suya. Se trataba de un crimen que involucraba a un traficante de porno llamado Clarence Smolley, una de las tres víctimas de acuchillamiento en un show erótico en Trenton. La víctima era un matón de poca monta de Florida, y un residente ocasional de Long Beach. Como siempre, Mulrooney seguía la pista de todos los casos que tenían elementos en común. Lo que le interesaba a Mulrooney era que la herida en la garganta de la víctima habría sido suficiente para matarla, pero el delincuente lo había acuchillado de nuevo - verticalmente - para mayor seguridad. El espectador del show erótico y una bailarina fueron cortados de la misma manera, un modus operandi inusualmente cruel.

Sarah estaba cantando las últimas notas de —Abrazable — cuando se quitó los auriculares de los oídos a regañadientes y sacó la transcripción escrita de la entrevista con Lauren que había realizado en la central la noche del homicidio. Ella había insistido en que no necesitaba la presencia de un abogado. Mientras revisaba la transcripción, recordó que su voz era suave y a menudo temblorosa, a veces amortiguada por su mano mientras se mordía la uña.

TM: Sra. Connolly, ¿puede decirme a qué hora dejó el barco?

LC: Debía de ser medianoche.

TM: ¿Está segura?

LC: Bueno, empecé a asegurar el barco a las 11:55, justo después de llamar a Scott. (LC hace una pausa) ¿Se lo he dicho antes? Comprobé la hora en la cafetera y luego aseguré las coberturas en la cubierta de popa.

TM: ¿Cuánto tiempo le llevó eso?

LC: Unos pocos minutos. Tal vez cinco.

TM: ¿Se fue directamente a casa?

LC: Sí.

TM: ¿Entró en el garaje y normalmente usaba esa entrada?

LC: Sí, siempre lo hago. Disculpe, detective... tengo un terrible dolor de cabeza. ¿Puede esperar? Me gustaría acostarme.

TM: Sra. Connolly, sé que esto es difícil. Sólo necesitaré unos minutos más de su tiempo. ¿Qué fue lo primero que hizo al entrar en la casa?

LC: Tomé un vaso y una botella de Cabernet y subí al baño para ducharme. (tos)

TM: ¿Está bien?

LC: Sí, pero me gustaría tomar una aspirina.

TM: Bien, haré que traigan más agua. Respire profundamente y trate de relajarse.

LC: Gracias.

TM: ¿Recuerda algo inusual esa noche?

LC: Toda la noche fue inusual, detective.

TM: Sí, por supuesto. Disculpe, Sra. Connolly. Me refiero a cuando usted entró por primera vez y subió las escaleras.

LC: No, no realmente. La luz estaba apagada en el dormitorio, así que me desvestí en el baño y luego me duché.

TM: Después de ducharse, ¿qué hizo?

LC: Me sequé el pelo y luego bajé a guardar mi copa de vino antes de irme a la cama.

TM: ¿Por qué no apagó la música?

LC: ¿Qué música?

TM: El equipo de música.

LC: No lo sé. ¿Seguro que había música?

TM: Sí, señora. Estaba encendida cuando llegaron los oficiales Axberg y Sanders. ¿Suele irse a la cama con el equipo de música encendido?

LC: No, no lo sé. Creo que nunca lo he hecho.

TM: Es extraño, ¿no cree ? ¿La música?

LC: Sí... pero no recuerdo haberla escuchado.

TM: ¿Así que no recuerda haber encendido el equipo de música?

LC: No, ya se lo he dicho, no lo recuerdo en absoluto.

TM: ¿Qué pasó después de guardar el vino?

LC: Ya sabe el resto. Le dije a la oficial Axberg-¿se llama así? También se lo dije a su compañero Clarke. Por favor, no me haga repetirlo.

TM: Haremos una pequeña pausa. Una pregunta más, Sra. Connolly: ¿Por qué su marido dejó la puerta principal sin cerrar si usted siempre usa el garaje?

LC: ¿Lo hizo ? ¿Está seguro ?

TM: Sí, la cerradura de la puerta principal no había sido manipulada. ¿Tenía alguien más una llave para entrar?

LC: No. No, por supuesto que no.

TM: ¿Nadie más tenía una llave, Sra. Connolly? ¿Está segura?

LC: Sí, estoy segura.

TM: Vamos a tomar un descanso. Agradezco su cooperación.

Mientras repasaba sus notas, trató de precisar lo que lo estaba carcomiendo. Repitió mentalmente su entrevista, centrando su memoria en el lenguaje corporal de Lauren. Tal vez sus mentiras los habían despistado a todos, pero el lenguaje corporal de Lauren Connolly la delataba. —¡Banderas rojas, idiota!— se amonestó a sí mismo. Se apresuró a escribir L.C. está mintiendo: evidencia clave en el margen de sus notas.

Cuando recibió un mensaje urgente varios minutos después, ya había recogido sus cosas y se dirigía a toda prisa hacia la casa de Anya, al otro lado de la bahía.

DOCE

Cuando Mulrooney llegó a la casa de Anya en Nápoles, el equipo de criminalística había barrido la casa a fondo y ahora estaban fuera haciendo otro barrido. Los transeúntes curiosos se reunían en el paseo que rodeaba el canal mientras los investigadores interrogaban a los vecinos de Anya. Mulrooney contempló el canal durante varios minutos antes de entrar por la puerta tallada que daba acceso al patio.

El ambiente era aún más hermoso a la luz del día. Muchas de las otras casas eran ostentosas, pero la pequeña casita de Anya tenía carácter. Podía oler las rosas amarillas y la madreselva que adornaban el enrejado de madera; y se fijó en una familia de pájaros que observaba la acción desde un comedero para aves en un majestuoso abedul.

Justo cuando Mulrooney estaba a punto de entrar en la casa, se sorprendió cuando el jefe Clemente le interceptó. —Mulrooney, voy de camino a Laguna, pero antes quería hablar contigo en persona. El jefe pasó un brazo por encima del hombro de Mulrooney mientras lo conducía al patio lateral.

Mulrooney, presintiendo que algo se estaba gestando, se armó de valor. —¿Qué pasa, jefe?— preguntó.

—Es este asunto de la Sra. Connolly planeando pagar una fianza para la persona acusada de matar a su propio marido. Es muy irregular y sugiere que la esposa de la víctima cree que Anya Gallien ha sido acusada erróneamente. Tenemos peor aspecto que la A.T.F. de Waco. Clemente sacudió la cabeza con disgusto. —Mira, siento haberte exprimido a ti y a Clarke, Tim, pero el alcalde Howe se me ha echado encima como un crecimiento maligno; y los responsables de la ciudad se están volviendo esquizoides conmigo. Se rascó la cabeza calva y miró a su alrededor con timidez. —Escucha, concéntrate en hacer esto lo más hermético posible para la oficina del fiscal. No necesito una debacle tan cerca de mi jubilación.

—Diablos, jefe, has estado alargando esta jubilación más que la siesta de un muerto— dijo Mulrooney con una sonrisa inocente.

—Yo puedo resistir , pero tú no. Anya Gallien está empezando a ser

muy simpática. Su abogado lo hizo público hace media hora. Ahora tengo a la CNN y a todos los programas de revistas sobre mi trasero. Lo próximo será Jerry Springer.

Mulrooney sabía que el jefe Clemente estaba en juego, pero se rió a pesar de su enfado. Tenía una relación de amor-odio con Clemente, que había estado dispuesto a pasar por alto la única mancha que había recibido en su expediente. Y aunque Mulrooney estaba furioso con Clemente por dejarse manipular por el alcalde Howe, entendía la política. Ahora el jefe intentaba, como de costumbre, ponerse a ambos lados de la valla.

—Estoy seguro de que has visto los periódicos, Mulrooney. Alguien filtró el escándalo en el que estuviste involucrado, así que la prensa va a estar metida en tu culo como un proctólogo. ¿Quieres salir de este caso?

—Me conoces muy bien .

Clemente negó con la cabeza. —Mira, tú y Clarke son lo mejor que tengo, pero son muy cabezaduras . Normalmente no me meto en tu camino, pero maldita sea, tenemos un caso sólido contra Anya Gallien. No luches contra mí en esto, Mulrooney. Sólo puedo darles a ti y a Clarke treinta días antes de traer a Atilla a bordo, les guste o no. Te quiero sobre Lauren Connolly como el moho sobre el queso. Todo indica que ella le tendió una trampa a su marido.

—No tenemos pruebas de eso, jefe.

—Pues entonces consíguelas. Y saca tu cerebro de tus testículos . Si algo se escapa, será el fin para ti. Quiero esto más apretado que el coño de una solterona.

Mulrooney vio como el Jefe se daba la vuelta y se marchaba. A pesar de su tensión, Mulrooney se encontró riéndose de la forma en que la calva en la parte posterior de la cabeza de Clemente se parecía al gran estado de Ohio. La quemadura de sol que ahora incendiaba Ohio era una prueba de la pasión de Clemente por la pesca.

Una vez Mulrooney había ido a pescar con el Jefe en el muelle de Belmont. Había aprendido mucho sobre el jefe en ese viaje. Era un viudo que nunca había tenido hijos y había cuidado a su mujer durante cinco angustiosos años de cáncer. Ahora, lo único que le quedaba era su trabajo. Mulrooney sabía que le aterraba dejar el cargo para enfrentarse solo al final de su vida. El alcalde Howe también lo sabía y lo utilizaba a su favor.

Aunque Mulrooney estaba disgustado, sentía pena por el viejo jefe. En cada situación, la cara de Clemente era un mapa de emociones; y Mulrooney estaba seguro de una cosa ahora: Clemente estaba preocupado.

Mulrooney se frotó distraídamente la hendidura de su cuadrado mentón, apartando los bigotes que siempre esquivaban su navaja. Suspiró con fuerza, deseando como un demonio estar pescando. Cuando dio la vuelta al patio delantero, vio a Kate hablando con uno de los investigadores. Llevaba ropa de correr y el pelo oscuro recogido en una cola de caballo que rebotaba cuando hablaba. Sonrió cuando la vio.

—Estoy fuera de servicio, y tenemos una cita de racquetball, ¿recuerdas? Te prestaré unos pantalones cortos— bromeó.

—Oh, gracias— ceceó él. —Lo siento, Katie, pero a Clarke le han hecho una endodoncia y estoy nadando en tanta mierda que me he olvidado de nuestros planes, pero te compensaré. Tal vez incluso te dé algunos puntos.

—Soy afortunada . Me pasé porque pensé que te gustaría tener una actualización de las malas calles de Belmont Shore.

—Soy todo oídos.

—Probablemente por eso no puedes conseguir una cita— sonrió. —De todos modos, tuve una cita anoche. ¿Estás celoso?

—Por supuesto.

—Estábamos en el Legends tomando una copa y todo el mundo hablaba del homicidio. Parece que el Dr. Connolly tenía una novia, aunque tus sabuesos no han encontrado ninguna. ¿O me estás ocultando algo?

—Siéntate, querida, siéntate. Mulrooney la condujo a una mesa del patio donde se sentaron. Justo cuando Mulrooney sacaba un bolígrafo y una libreta, un investigador sacó una caja de pruebas de la casa de Anya y la puso en la mesa frente a él.

Mulrooney miró la caja y asintió. —Gracias, Ed. Creo que los vecinos temen que tú y tu equipo están tramando algo malo.

—Así es. Noodles está ahí dentro probándose los sostenes ahora mismo— sonrió. Mulrooney se rió con ganas mientras examinaba la

caja de pruebas.

Kate apoyó los pies en una jardinera y tomó los prismáticos que colgaban de una pajarera adyacente. Enfocó las lentes para poder observar los pájaros que sobrevolaban los yates y las lanchas rápidas que estaban amarrados a lo largo del canal.

—Por favor, continúa con tu actualización— instó Mulrooney mientras revisaba una botella de tequila medio vacía.

—Bueno, hicimos el amor toda la noche y está colgado como Godzilla.

—Tequila Chinaco Añejo. No viene con gusano.

—¡Tim, no estás escuchando!

—Sí, lo estoy haciendo. Dijiste que tu cita se parecía a Godzilla. Continúa.

Volvió a levantar los prismáticos y observó una góndola que pasaba conducida por un gondolero de piel clara antes de continuar. —Bueno, la mujer con la que Connolly salía cuando vivían separados se deja caer por el Legends y el Bar Embarcadero de la Rata de vez en cuando para tomar algo. Al parecer, era una paciente de Connolly. También solía pasar el rato en el centro en Jazzin' antes del incendio, así que también conoce a la amiga australiana de Lauren Connolly. He oído que la mujer es sencilla, de pelo oscuro, de 1,70 metros, de unos 30 años, pero no he podido saber su nombre. Trabaja en el centro, en el World Trade Center.

—Pelo oscuro, ¿eh? Muy interesante— dijo Mulrooney mientras tomaba furtivamente una prueba del montón y se la metía en el bolsillo. Kate lo miró con curiosidad. —No hay tiempo para tonterías de procedimiento— susurró mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie más había visto su movimiento.

Kate le dirigió las prismáticos y sonrió. —Veo un Mulrooney moteado. Un pájaro extraño. Una especie casi extinta, creo. Luego se volvió para ver el canal.

Mulrooney se levantó para marcharse. —Gracias por la información, Katie. De repente, se agachó y puso una expresión sincera en su rostro. —Por cierto, ¿practicaste el sexo seguro anoche?— preguntó, haciendo su mejor imitación del Dr. Phil.

Ella no dijo nada por un momento mientras seguía mirando

atentamente a través de los prismáticos. —Por cierto, tú también— imitó ella, devolviéndole la imitación del Dr. Phil, —¿te has dado cuenta de que se puede ver claramente la casa de Lauren Connolly desde aquí?

Mulrooney sonrió triunfante. Sabía que ella acabaría por darse cuenta.

Kate dejó los prismáticos . —Así que ya lo has descubierto, ¿eh?

—Sí: no hacía falta que Anya pasara por el barco de Lauren la noche del homicidio para ver si ésta se había ido a casa. Sin molestar a Scott con una llamada telefónica, y sin salir de su patio, Anya habría sido capaz de determinar cuándo Lauren había regresado con sólo ver su coche .

—Así que ella nunca pasó por el puerto deportivo...

—No. Ella está proporcionando una coartada para Lauren. Katie, parece que la montaña ha llegado a Mul-hammed.

TRECE

Mientras Anya se paseaba por una sala del Instituto Femenino Sybil Brand, se tiró del pelo por encima de la sien y luego se golpeó las palmas de las manos con sus largas uñas. Estaba enfadada, pero al menos ya no estaba asustada. Estaba segura de que nadie la había visto con Scott la noche en que fue asesinado, pero tendría que tener cuidado. Se preguntó si Scott le habría dicho a alguien que iba a reunirse con ella.

Anya se frotó la gruesa cicatriz detrás de la oreja. La cresta curvada de tejido duro, que tenía la forma del borde de la culata de una pistola, era un extra de su última estancia en una celda. Pero al menos nadie en esta prisión había puesto sus sucias manos sobre ella. Y le habían ofrecido comida, que por supuesto rechazó. Sabía que no debía aceptar nada de lo que le ofrecieran sus carceleros. Si un prisionero aceptaba la amabilidad de un guardia, éste exigiría una retribución.

A pesar de su determinación, sabía que si se veía obligada a cambiar su dignidad por la libertad, lo haría. La dignidad no tenía que ver con el orgullo, sino con el control. Para Anya, la libertad de vivir y morir por lo que creía o en quien creía era la máxima dignidad.

Su padre se lo había enseñado cuando se unió a la resistencia contra el régimen comunista en Rumanía. A la edad de cuatro años, Anya era lo suficientemente inteligente como para saber que había algo encubierto cada vez que se celebraban reuniones en el sótano de su casa.

Cuando era pequeña, la familia se trasladó repentinamente de su casa en Brasov a un pequeño apartamento en las afueras de Cluj. Aunque Anya tenía dos hermanas pequeñas, echaba de menos a sus compañeros de juego, así que su padre la entretenía llevándola a dar largos paseos por un lago cercano.

Un día, durante el paseo, oyó voces airadas y fuertes chasquidos detrás de un banco de árboles. Su papá la tomó en brazos y empezó a correr hacia el lago. Ella sintió que su corazón latía como si estuviera fuera de su cuerpo. Mientras saltaba al agua helada, se aferró a un grupo de árboles pequeños, arrastrando a una aterrorizada Anya con él. A medida que los pasos y los gritos se acercaban, su papá se sumergió en la superficie, todavía sujetando a Anya.

Cuando ella abrió los ojos en el agua gris del invierno, pudo ver el miedo en la cara de su padre. Luchó por liberarse de su agarre porque no podía respirar. Intentó gritar. Mientras lo miraba suplicante, sin saber por qué la lastimaba, él le habló con ojos llenos de tristeza. En ese momento, Anya dejó de luchar. Decidió que no volvería a respirar e iría al cielo si eso hacía que su papá no tuviera tanto miedo y estuviera tan triste.

Su papá salió de repente del agua, arrastrando a Anya a la superficie. Sus ojos estaban desorbitados mientras ambos jadeaban. Cuando se inclinó para mirarla a la cara, Anya oyó un disparo y luego la cabeza de su padre explotó. Anya fue arrastrada de nuevo al agua mientras su padre se deslizaba bajo la superficie ensangrentada. Momentos después, un hombre alto con uniforme la sacó de las garras de su padre, que estaba moribundo. Anya se aferró a su padre todo lo que pudo, intentando en vano mantener su cabeza.

Anya nunca recordaba cómo había llegado a casa. Durante muchos días después se escapaba, tratando de encontrar el camino de vuelta al lago. Estaba segura de que podría encontrar a su padre si buscaba lo suficiente. Después de varios días de búsqueda, Anya se dio por vencida. Se escondió en un rincón de la casa y se negó a hablar. Anya había llamado a su padre hasta que se desgarró la garganta y se mordió la carne de los nudillos. Aunque finalmente había encontrado el camino de vuelta al lago que se había tragado a su papá, tenía demasiado miedo de acercarse al agua para salvarlo.

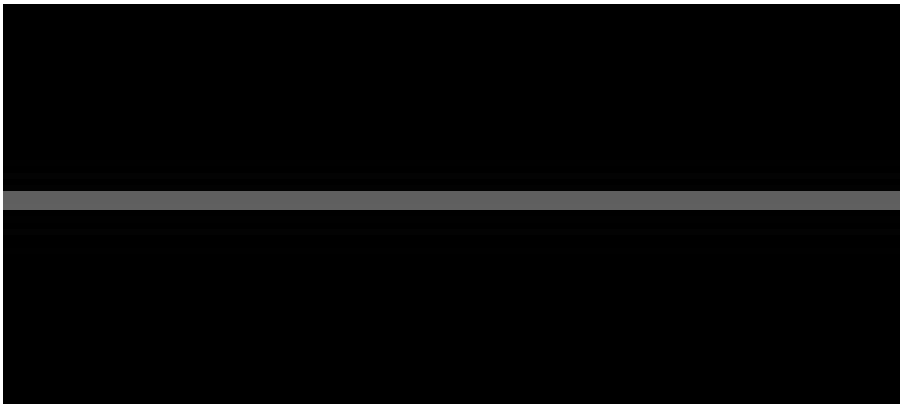
Ahora, sin embargo, Anya estaba decidida a dejar de tener miedo. Anya obligó a los recuerdos a volver a los escondites de su mente. Miró la habitación y luego miró su reloj. Sabía que tenía que ganar tiempo. Había despedido a su abogado cuando éste le sugirió que aceptara un acuerdo de culpabilidad para facilitar las cosas a todos. Afortunadamente, el fiscal había pedido que se aplazara la comparecencia para obtener más información. Y le habían fijado la fianza, sin esperar que alcanzara el millón de dólares exigido.

Había pedido a su abogado que llamara a Lauren porque era la única persona del mundo a la que Anya estaba unida. Sabía que su amiga era leal, pero ¿cuán fuerte era Lauren ahora? Anya sabía que tenía que salir de allí, y necesitaba encontrarse con Lauren a solas.

Anya miró la puerta y luego un espejo en la pared del fondo. Se sentó y cruzó sus largas piernas antes de levantar lentamente el dobladillo de su vestido para ajustar sus medias de seda. Las bragas rosas del bikini perfilaban la parte superior de sus firmes muslos a través de las

medias transparentes. Volvió a cruzar las piernas y luego las acarició seductoramente desde el tobillo hasta el muslo con su grácil mano. Al cabo de unos instantes, se levantó y se acercó al espejo unidireccional. De repente, Anya escupió sobre el cristal y levantó su largo dedo medio en señal de desafío.

Anya levantó la cabeza. ¡Que se jodan los pervertidos! Podían ponerla en una placa de Petri y estudiarla como una célula maligna, pero nunca podrían controlarla.



Mulrooney la observó desde el otro lado del cristal. Anya Gallien era definitivamente fuerte y orgullosa, concluyó. Y había mucha ira en ella. ¿Pero estaba tan enojada como para cometer un asesinato?

Había algo más en ella... era un aire de precaución. Observó cómo Anya se acomodaba un mechón de pelo largo y pelirrojo sobre la sien, y luego se frotaba una mancha detrás de la oreja. Ahí estaba de nuevo ese gesto nervioso. Mulrooney estaba seguro de que Anya ocultaba algo.

CATORCE

Mientras Lauren se sentaba sola en una cafetería, se apretó las manos para que no le temblaran. A pesar de sus esfuerzos por concentrarse en su trabajo, las imágenes del cuerpo devastado de Scott arañaban su mente sin cesar. Tras intentar tragar un trozo de magdalena, lo escupió en una servilleta. Lauren miró entonces hacia la calle Segunda, pensando en las fuerzas que habían conspirado para llevarla a este momento de su vida.

Cuando era niña, todas las profesiones que había considerado estaban llenas de aventuras. Cuando tenía siete años, fue parte de los —Cuerpos de Paz— y construyó una cabaña en el patio de su casa en San Diego, equipándola con un sistema de acueducto de tejas mexicanas volcadas. Sola en su cabaña, fingía estar en un lugar exótico donde la gente comía con los dedos y escuchaba una música extraña.

Cuando Lauren asistió a la U.C.L.A., se planteó escribir y producir documentales. Durante su último año, sin embargo, demostró ser una escritora e investigadora lo suficientemente hábil como para convertirse en una colaboradora recurrente de The New Yorker. Pronto, la revista Outpost, con sede en Long Beach, le ofreció los trabajos de aventura que deseaba, así como un salario igualmente satisfactorio.

Justo antes de que Lauren se casara con Scott, Outpost dejó de publicarse. Sin embargo, el trabajo independiente la mantuvo ocupada, y continuó cubriendo temas de naturaleza desafiante o controvertida. En los últimos años había cubierto todo tipo de temas, desde las tribus indígenas del Pacífico Sur hasta las fugas de petróleo de los oleoductos del gobierno en todo Estados Unidos, pero ningún encargo, independientemente de su desafío, la había preparado para los recientes acontecimientos de su propia vida.

Mientras Lauren miraba el tráfico que pasaba por la calle Segunda, pensó en su siguiente paso. No podía seguir en casa de Anya porque había visto a la policía, incluidos Mulrooney y Clarke, pululando por el canal esa misma mañana. A pesar de que el barco de Lauren era el lugar más lógico donde ella y Anya podrían escapar del escrutinio de los medios de comunicación, Lauren sabía que nunca podría

convencer a Anya de quedarse en un barco cuando estuviera en libertad bajo fianza. Y ahora mismo, era el momento de que Lauren ayudara a su amiga, al igual que Anya la había ayudado a ella.

Lauren se estremeció de repente y miró por encima de su hombro. Al no ver nada inusual, se volvió hacia la ventana. Una joven miraba directamente a Lauren mientras pasaba. Lauren asintió y trató de recordar dónde la había visto antes. Estaba segura de que la mujer también la reconocía. Cuando la rubia volvió a mirar por encima del hombro, Lauren se sintió incómoda y se dio la vuelta. Notó que sus manos volvían a temblar y se reprendió a sí misma por dejarse vencer por su propia paranoia.

Se sintió muy aliviada cuando Michael Ryan apareció de repente en su mesa. Le apretó suavemente los hombros y se inclinó para rozar sus labios en su mejilla.

—Michael— exclamó ella, —¡no te puedes imaginar lo feliz que estoy de verte!

Michael estaba muy guapo con un traje color carbón y una camisa de seda negra abotonada al cuello. Llevaba el pelo plateado alisado hacia atrás y sus ojos de color aguamarina contrastaban con sus cejas oscuras. Lauren se dio cuenta de que varias mujeres lo admiraron mientras se sentaba. —Yo también me alegro de verte, Lauren— sonrió mientras le tomaba la mano. —Te vi en el escaparate, pero no te reconocí al principio. Nunca te había visto con el pelo oscuro.

—Es la peluca de Anya. Esperaba evitar a los periodistas de esta manera.

—Bueno, estarías preciosa con un cocker spaniel posado en tu cabeza. Intenté localizarte en casa de Anya para ver cómo estabas. ¿Cómo estás?

—He estado mejor, Michael.

—Sin duda. Fue una pregunta tonta, me doy cuenta. He oído que Mulrooney y Clarke han detenido a Anya y han registrado su casa. ¿Dónde piensas ir ahora?

—No lo sé. Pero voy a apoyar a n Anya; voy a pagar la fianza.

—¿Por qué demonios harías eso?— preguntó, sin hacer ningún esfuerzo por disimular su sorpresa.

—Anya no mató a Scott, así que ¿por qué no debería hacerlo yo?

Michael sacudió la cabeza en señal de advertencia. —Lauren, hemos sido amigos durante mucho tiempo, así que no tengo miedo de decir lo que pienso. Puede que seas una mujer muy inteligente, pero no estás pensando con claridad. No pretendo faltarte al respeto, porque cualquiera se pondría nervioso después de pasar por lo que has pasado. Sin embargo, aunque sé que quieres a Anya, estás ignorando los hechos. Mulrooney y Clarke no la habrían arrestado a menos que pensaran que tenían suficientes pruebas para construir un buen caso contra ella.

—Es inocente, Michael— dijo Lauren con cansancio. —Todo es circunstancial. Anya no haría daño a Scott, y nunca me haría daño a mí.

Michael se acomodó en su silla, sintiendo su determinación. —Entonces, ¿puedo al menos convencerlas de que vengan a mi casa?

—Gracias, Michael. Pero las autoridades van a levantar el precinto de mi casa hoy mismo, después de retirar el colchón. Justo antes de que llegaras, estaba tratando de aceptar el hecho de que es hora de ir a casa y lidiar con los medios de comunicación. Y con mi vida tal y como es ahora.

—Temía que dijeras eso— suspiró. —De acuerdo, enviaré un equipo de personal de mantenimiento a tu casa esta tarde. No quiero que tengas que ocuparte de nada que se haya pasado por alto durante la limpieza.

—Michael, no es necesario que...

—Permíteme hacer esto por ti, Lauren— dijo mientras se frotaba las pálidas líneas de su sonrisa alrededor de sus ojos. —Me siento tan malditamente impotente. Necesito hacer algo.

—Gracias, Michael. —Estoy muy agradecida. Ella sacó una llave extra de su llavero y se la entregó.

Cuando Michael tomó la llave, miró su mano. Se sonrió al recordar que sus manos eran el rasgo que más lo había atraído cuando la vio por primera vez. Eran unas manos capaces y con talento, que reflejaban el tipo de mujer que era Lauren.

Aún recordaba el primer día que la conoció en el puerto deportivo. Llevaba una falda de lino hasta los tobillos y estaba descalza. Se había

fijado en ella cerca del bar exterior, riendo y gesticulando. Era terrenal y real, y cuando hablaron por primera vez, él percibió su notable confianza.

Michael Ryan se cansaba fácilmente de las mujeres porque la mayoría no veía más allá de su poder y su dinero, pero Lauren era la única persona con la que quería pasar su tiempo. Le encantaba su forma de pensar. Scott también se convirtió en su amigo, pero nunca fue tan necesario en la vida de Michael como lo fue Lauren. Ella era ferozmente independiente como Michael, y era la única persona con la que él podía relajarse de verdad. En Lauren, Michael se veía a sí mismo.

Lauren no sabía que Michael comparaba a todas las mujeres con ella. Cuando Michael se encontraba fantaseando con Lauren, obligaba a esos deseos a salir de su mente. Hacía tiempo que él había aprendido que la disciplina hace a una persona más fuerte. Y nunca pondría en juego su amistad.

Sin embargo, cuando estaban en el barco de Lauren después del funeral de Scott, Michael se dio cuenta de que ahora había un espacio vacío dentro de Lauren, y él quería ser la persona que lo llenara. Estaba decidido a ayudarla a dejar todo esto en el pasado. Creía que ella lo necesitaba ahora, y esperaba que siguiera necesitándolo cuando todo hubiera terminado.

Michael le sonrió a Lauren mientras le tomaba la mano. Siempre supo que era complicada, pero era auténtica. Le preocupaba pensar en ella llorando por un hombre con graves defectos como Scott Connolly. Ciertamente había cosas de Scott que echaría de menos, pero los excesos y la debilidad de Scott no estaban entre ellos. Sin embargo, a pesar de que Michael sabía cosas de Scott que estaban lejos de ser admirables, nunca había dicho una palabra desagradable sobre su amigo a nadie.

Se dio cuenta de que la atención de Lauren se centraba en una joven rubia que salía de una tienda de ropa al otro lado de la calle. La mujer miró hacia el escaparate donde estaban Lauren y Michael antes de continuar su camino.

—¿La reconoces?— preguntó Lauren bruscamente.

—No lo creo— respondió Michael mientras veían a la rubia perderse de vista.

Lauren frunció el ceño y luego miró su reloj. —Gracias de nuevo por

todo, Michael— dijo mientras buscaba rápidamente su bolso. —Acabo de darme cuenta de lo tarde que es. No puedo hacer esperar a Anya.

—Es que no lo entiendo— dijo Michael, negando con la cabeza. —¿Por qué eres tan leal a alguien que se acostó con tu propio marido? Ojalá pudiera ser tan indulgente.

Lauren se sentó bruscamente en su silla y miró fijamente a Michael. —¿De qué demonios estás hablando?— preguntó.

Michael se quedó boquiabierto y tartamudeó: —Es que... pensé que debías saberlo. Se ajustó el botón superior y se aclaró la garganta.

—¡Michael, háblame!

Michael respiró profundamente y se giró para mirarla. —Cariño, no puedo creer lo imbécil que soy. Nunca pensé que no lo supieras. Probablemente sea un rumor malintencionado. Por favor, perdóname. Se frotó la frente. —Oh Cristo, no quise herirte, Lauren.

—Está bien, Michael. Pero es sólo un rumor malicioso. Anya nunca haría eso— dijo ella, tratando de convencerse. —Vamos a olvidarlo. Lauren se levantó y recogió sus papeles, evitando su mirada. —Te llamaré más tarde— susurró mientras se daba la vuelta para irse.

—Por favor, ten cuidado, Lauren— le dijo suavemente mientras salía corriendo por la puerta.

Lauren salió y respiró profundamente. Mientras se tiraba de la peluca negra, ahogó el dolor en su garganta. Mientras intentaba lidiar con su creciente confusión, no reparó en la joven rubia, que seguía observándola muy de cerca desde el aparcamiento adyacente.

Sin embargo, Tim Mulrooney, aparcado cerca, estaba sentado en su coche observándolo todo.

QUINCE

Mulrooney dio la vuelta a la bahía y condujo las pocas manzanas hasta la casa de Lauren Connolly. Cuando se detuvo frente a ella, utilizó sus prismáticos para mirar hacia Nápoles. Tenía una visión clara de parte del canal de Rivo Alto, incluida la casa de Anya. Casi se le había escapado la conexión visual. —Si hubiera sido una serpiente, habrías sido el almuerzo— dijo en voz alta, preguntándose si las serpientes pensaban que las personas sabían a pollo.

Al salir del coche, comprobó que no había nadie de los medios de comunicación rondando. Había perdido los estribos con los medios de comunicación sólo una hora antes, cuando los reprendió por —hurgar como dingos en un cadáver. Desde luego, ahora no necesitaba su compañía.

Cuando la zona estuvo despejada, Mulrooney se puso un par de guantes de plástico y sacó el juego de llaves de Anya de una bolsa de pruebas. Probó cada llave en la cerradura, una por una. —Vamos— dijo mientras la cerradura se resistía. Estaba seguro de que tenía razón. A pesar de que Lauren negaba firmemente que alguien más tuviera una llave de su casa, su lenguaje corporal lo había convencido de que no estaba diciendo la verdad. —Ah, Lauren, sí que has mentido — suspiró, mientras la última llave giraba la cerradura.

Por supuesto que Lauren le había dado una llave a su mejor amiga. Nada inusual, así que ¿por qué había mentido al respecto? Lauren estaba protegiendo a Anya, y Anya estaba protegiendo a Lauren. — Entonces, ¿quién va primero?— murmuró mientras dejaba caer las llaves de nuevo en la bolsa y entraba en la residencia. —¿Por qué has mentido a tu viejo amigo Mulrooney, Lauren?—

Mulrooney miró a su alrededor mientras caminaba por la casa hacia el garaje y luego retrocedió. El equipo del crimen había hecho un barrido limpio, pero Mulrooney supo instintivamente que todos estaban pasando algo por alto. Se dirigió al bar donde Lauren dijo que había tomado una botella de vino abierta y después entró en la cocina. Luego se detuvo en el estante de las copas antes de subir las escaleras hacia el baño. 1,5 minutos. Calculó que Lauren podría haberse desnudado, duchado y lavado con champú en 10-12 minutos. Habría

necesitado un mínimo de 8-10 minutos o más para secar su espesa cabellera. Por lo menos 20-24 minutos hasta ahora. Volvió a bajar las escaleras, donde ella dijo que había devuelto el vaso, y luego volvió a subir al dormitorio.

Se detuvo junto a la cama y trató de calcular el tiempo que ella había pasado en la cama antes de levantarse para cerrar las puertas francesas, como Lauren recordaba haber hecho más tarde. Luego volvió a la cama. Aproximadamente 22-26½ minutos. Lauren había calculado que estuvo en la cama un minuto antes de acercarse a Scott hacia ella, momento en el que hundió su mano en su estómago abierto. Habría necesitado menos de 30 segundos para correr desde el dormitorio hasta el centro de Bay Shore, incluso teniendo en cuenta su confuso e histérico intento de salir por la puerta del armario. Aproximadamente entre 23 y 28 minutos en total.

La central había recibido la llamada a las 12:27 A.M. Mulrooney estimó un tiempo de respuesta de 1 a 3 minutos antes de que la policía fuera llamada por Anya Gallien. Calculó rápidamente. Si la hora de la muerte fue entre las 11:58 P.M. y las 12:02 A.M. cuando el teléfono fue descolgado, tuvo que considerar la posibilidad de que Lauren estuviera presente en el momento del homicidio.

¿Qué había hecho exactamente Lauren Connolly antes de meterse en la ducha, se preguntó, y qué otra cosa podría haber hecho durante veintiséis minutos hasta que salió de la casa?

Había interrogado a muchos asesinos que eran expertos en ocultar una profunda inestabilidad emocional o mental. Nunca había visto llorar a Lauren Connolly, ni siquiera en el funeral de su marido. Y también tenía cierta curiosidad por la cinta del 911, en la que no había sonidos de llanto a pesar de que Anya supuestamente tenía a Lauren a su lado durante la llamada de auxilio. ¿Era el shock lo que teñía las emociones de Lauren, o algo más?

Todo era posible, nunca lo dudó. Se sabía que los psicópatas incluso confraternizaban con sus víctimas sin vida. Recordó un caso en el que una anciana había puesto veneno para ratas en el pastel de carne de su marido. Después de matarlo, lo apuntaló para que pudieran seguir comiendo juntos frente al televisor. Cuando un vecino alerta se asomó a la ventana, se dio cuenta de que el atento hombre estaba atado a su silla. Lo que realmente la delató fue el peluquín de la víctima, que había sobrepasado su cabeza, que se estaba deshidratando rápidamente. La mujer, angustiada, dijo a los agentes que pensaba que su marido se negaba a comer porque odiaba su comida .

Mulrooney sabía una cosa: tenía un pájaro en la jaula y había espacio para otro. Las palomas de luto viajan de dos en dos, pensó con ironía. Pero tenía que conseguir pruebas contundentes. La vida de una mujer ya estaba en juego. No podía permitir más errores basados en pruebas circunstanciales. Y no podía ignorar el hecho de que desde el principio, la frialdad del golpe le había parecido más bien un asesinato por encargo, al menos en su naturaleza.

Al situarse cerca de la cama, Mulrooney contempló el colchón saturado de sangre con el macabro contorno manchado del cadáver. Vio el par de pesas rosas de 12 libras que él y Clarke habían visto bajo el marco del colchón en el lado de la cama de Lauren durante su investigación inicial. Lauren debía tener unos brazos firmes, supuso, catalogando su observación en sus archivos mentales.

Mulrooney salió al balcón y miró hacia la bahía donde podía ver el muelle desde el que navegaban las góndolas. Se quedó muy quieto, formulando entradas y salidas a la casa de los Connolly y al barrio.

Tras un interminable rastreo de las matrículas y los propietarios de los coches, él y Clarke pudieron determinar que todos los coches aparcados en Bay Shore en el momento de la llamada habían estado allí antes del momento del homicidio y no habían sido movidos antes de que la policía llegara a responder a la llamada al 911. Si el autor del crimen abandonó el lugar de los hechos, habría tenido que caminar por las calles, lo que era demasiado arriesgado, ser recogido, lo que habría sido molesto y difícil de cronometrar, o haber escapado por el agua en barco o nadando.

No se había informado de ninguna actividad de barcos en la bahía frente a la casa de Connolly, pero un nadador fuerte habría podido nadar desde la playa de la bahía hasta cualquiera de los muelles cercanos del canal de Nápoles. Además, el delincuente podría haber utilizado una lancha neumática, que sería fácil de esconder o de subir a bordo de una embarcación más grande.

Mulrooney estaba tomando notas cuando el sonido de una sierra de vaivén lo sacudió como una cuchilla sobre un hueso. Desvió la mirada hacia una casa en construcción al final del callejón. Mulrooney sonrió de repente y marcó —polvo— en su lista mental de búsqueda del tesoro. Tenía una buena corazonada sobre la procedencia del polvo de los paneles de yeso.

Las pruebas habían sugerido que el agresor de Connolly llevaba guantes de algodón, y los obreros de la construcción solían utilizar

guantes para cortar paneles de yeso. Si el agresor había estado al acecho cerca del lugar del hecho , podría haber confiscado fácilmente algunos guantes. Si la corazonada de Mulrooney era correcta, el autor debía saber que podría encontrar lo que necesitaba allí, incluso en la oscuridad. Mulrooney llegó a la conclusión de que, a pesar de la posibilidad de que el asesinato de Connolly hubiera sido un asesinato por encargo, el agresor conocía muy bien la zona y a la víctima.

Mulrooney sacó su teléfono y marcó a Killackey en la central. —Es Mulrooney— dijo al oír la voz de Killackey. —¿Puedes hacerme un favor? Vuelve a probar con Homicidios de Nueva Jersey. Averigua si recogieron algún rastro de polvo de yeso en la escena del crimen de la víctima de Long Beach.—

—Así que todavía crees que podría haber una conexión con Doc Connolly, ¿eh?

—No lo sé. Pero mi instinto me dice que estoy parado en una falla activa.

DIECISÉIS

Lauren estaba distraída mientras esperaba a Anya fuera del Instituto Sybil Brand para Mujeres. Cuando Anya salió del edificio, tuvo que sortear un grupo de periodistas agresivos para llegar al coche de Lauren. Aunque Anya la abrazó inmediatamente, Lauren apenas respondió. Desvió la mirada y se alejó rápidamente del encintado .

El restaurado Mercedes 250 SL blanco de Lauren respondió al instante mientras maniobraba hábilmente entre la multitud. Alcanzó a tomar la mano de Anya justo cuando ésta estaba a punto de hacer un gesto obsceno a los periodistas y luego volvió a centrar su atención en el tráfico. Mientras se dirigía a la marina, notó algo en su espejo retrovisor.

—¿Qué es?— preguntó Anya, mirando por encima del hombro en dirección a la mirada de Lauren.

Lauren redujo la velocidad para alcanzar la luz roja y ver mejor. —Creo que nos están siguiendo— respondió, reconociendo a la mujer rubia que había visto frente a la cafetería.

—¿De verdad? A ver si puedes perderla.

Cuando Lauren giró a la derecha en Marina Drive, la rubia las pasó en el semáforo y continuó hacia el norte, hacia la Autopista Pacific Coast . —Creo que estoy siendo paranoica— dijo Lauren.

Cuando giró en el aparcamiento cerca de su embarcadero, vio a otro grupo de periodistas esperando en el muelle cerca de su barco. Volvió a dirigir bruscamente su coche hacia la carretera y condujo por el camino de vuelta a Seal Beach. Después de asegurarse de que nadie la seguía, aparcó cerca de la playa y le indicó a Anya que la siguiera.

Cuando Lauren sintió la cálida brisa del océano en su húmeda nuca, empezó a relajarse lentamente. Cerca del muelle había un viejo café que Lauren adoraba por su música y decoración de los años cuarenta. Cuando entraron, sus ojos recorrieron los carteles amarillentos de Coca-Cola con soldados sonrientes atendiendo a chicas alegres de mejillas sonrosadas , y pudo olvidar por un momento que aún no había sido declarada sospechosa en el homicidio de su marido. La

anfitriona de la cola de caballo las condujo a través de la sala hasta una cabina de cromo y vinilo que daba al océano.

—Gracias por recogerme, Lauren— dijo Anya cuando se sentaron. Le temblaron las manos al acercarse a Lauren. —Temía que no vinieras. Realmente necesitamos hablar.

—Sí, lo sé, Anya. Quizás deberías empezar por contarme cuándo te acostaste con Scott. Lauren escuchó su propia voz vacía como si otra persona estuviera hablando.

Anya parecía completamente desconcertada.

—Anya, contéstame— exigió Lauren mientras Anya la miraba en silencio. Ella sabía que Anya no podía confundir la fuerza en su voz.

—¿Te ha dicho eso el detective Mulrooney? ¿Ha estado tratando de ponerte en mi contra?Anya exigió.

—Responde a mi pregunta.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta— espetó Anya mientras golpeaba con la mano la mesa. —Scott era un amigo. Y sólo a través de ti. Cenamos un par de veces cuando estabas fuera en misiones, y una o dos veces cuando estabas separada. Tú lo alentaste, ¡por el amor de Dios!

—¿Hubo más que eso? ¿Tenían una relación?

—Lauren, ¿cómo puedes preguntarme algo así? ¿No crees que tenemos cosas más relevantes que discutir?

—Dime, Anya— insistió Lauren, notando el acento que había comenzado a colorear el discurso de Anya.

—No, por supuesto que nunca tuvimos una relación. Eso es ridículo y asqueroso, soltó Anya. Cuando varias personas giraron para mirar, ella sacudió la cabeza para mirar hacia el océano. —¿Cómo has podido dudar de mi lealtad después de todo esto?— susurró entre dientes apretados mientras observaba cómo un barco de arrastre atracaba al final del muelle.

Lauren respiró profundamente y se miró las manos. —Lo siento. Tenía que preguntar.

—Hemos pasado muchas cosas juntas, Lauren, y aún no ha terminado.

No olvides que las dos estábamos allí la noche en que mataron a Scott, y las dos corremos el riesgo de ser condenadas . Nunca le diré nada a nadie. Estaré a tu lado, pero necesito saber que estarás a mi lado, también y que no te doblegarás. Pase lo que pase. Confía en mí, Lauren, y saldremos de esto.

—No sé cómo lidiar con los rumores. Ni con las preguntas, Anya.

—Sólo recuerda que no sabes nada de nadie, ¿de acuerdo ? Puedo manejar el resto por ambas . Me he enfrentado a cosas peores que esta.

Lauren estudió la cara de Anya y luego se apartó. Se concentró en un velero Jim Young New Zealand 37, consciente de que sólo había unos pocos de ese modelo importados a Estados Unidos. Mientras el barco rozaba la superficie del agua, le hizo desear estar en su propio barco dejando atrás toda la agitación. Las mujeres se quedaron en silencio durante varios minutos.

Anya dudó un momento antes de continuar. —Lauren, estabas bebiendo esa noche-— Rápidamente levantó la mano cuando Lauren comenzó a protestar. —No te estoy juzgando,— dijo ella. —Sabes que nunca juzgaría nada de lo que hicieras, Lauren, porque te quiero. Pero te vuelves diferente cuando bebes. Y aquella noche te vi...

Lauren la cortó. —Por favor, no hables de lo que pasó esa noche, Anya — suplicó.

Anya extendió la mano y puso la suya sobre la de Lauren. —Lauren, todo va a estar bien, te lo prometo. Pero debo decirte algo, aunque no quiero hacer esto más difícil para ti de lo que ya es.

Lauren aspiró su aliento. —¿Qué pasa?

Anya esperó a que la camarera rellenara sus tazas antes de hablar. — Hace un tiempo Scott tenía una novia. No sé su nombre. La estaba viendo cuando ustedes se separaron.

—¿Y?

—E incluso después de que dejaste a Sam y volvieron a estar juntos.

Lauren miró fijamente a Anya y luego apartó la mirada. Durante varios minutos se sentó en silencio y observó a un grupo de surfistas montar las olas de la tarde, ahora de más de cuatro pies de altura. Los surfistas parecían focas, zigzagueando y balanceándose con el oleaje.

—Supongo que me lo merezco— susurró Lauren.

—La mujer estaba en el servicio conmemorativo de Scott.

—¿Sabes quién es?

—No. Pero Sam Bennett sí.

—¿Sam lo sabe?— Lauren parecía asombrada. —¿Por qué Sam la conocería?

—Los vi en el club de Sam antes de que el fuego destruyera el lugar. Sam estaba hablando con Scott y con ella. Cuando Scott tuvo que irse, la chica se quedó, y Sam fue muy amable con ella. Otras personas también los vieron juntos, y eso podría perjudicar a Sam. Esos detectives podrían sospechar que Sam, tu ex amante que odiaba a tu marido, y esa mujer estaban de alguna manera involucrados.

—Sam es amigable con todo el mundo, y tú lo sabes. Estoy seguro de que ella no era nada para él, ni para Scott tampoco.

—Probablemente no, pero ella también tenía razones para herir a Scott. Él la dejó para volver contigo, aunque he oído que la seguía viendo periódicamente. No le he dicho nada de esto a Mulrooney.

—¿Has tratado de proteger a Sam?

Anya negó con la cabeza. —Lauren, tanto Sam como la morena son un vínculo directo contigo. Podría parecer que estabas confabulada con Sam. O en un ataque de celos por la otra mujer. Te estoy protegiendo. Aprendí hace mucho tiempo que no podemos dejar nuestro destino en manos de otros.

Lauren se levantó, fue a ubicarse la cabina junto a Anya, y luego deslizó su brazo alrededor de sus hombros. —Lo siento mucho, Anya — dijo. —Nunca debí haber dudado de ti. He estado demasiado abrumada para pensar con claridad. Aquella noche que pasó estabas...

—¿Estaba qué?— interrumpió Anya.

—No importa— contestó Lauren mientras apartaba las imágenes de su mente. —Creo que todavía estoy en shock. No sé lo que he visto realmente o lo que he imaginado. Lauren apartó el cabello de Anya de sus ojos-. Me vendría bien algo de tiempo para saber qué está pasando. Pero tienes que cuidarte. No quiero que nadie salga herido por mi culpa, y menos tú, Anya. Besó suavemente a Anya en la mejilla

y luego se sentó tranquilamente con su brazo alrededor de Anya mientras esperaban la cuenta. —¿Es bonita?— Preguntó finalmente Lauren.

—¿La morena?— Anya estudió cuidadosamente el rostro de Lauren. —¿Así que realmente no sabías que Scott estaba viendo a alguien?

Lauren negó con la cabeza.

—Bueno, ella no es una belleza como tú, y ciertamente no es 'Jackie O.'

La mandíbula de Lauren se aflojó. —¿Era la del velo negro?

Anya asintió con la cabeza y luego contorsionó la cara. —Tiene las piernas rechonchas y ese lunar en la mejilla parece un animal atropellado .

La boca de Lauren se alzó en una media sonrisa. Estaba agradecida por la diplomática oferta de Anya de bálsamo para su ego.

—Tenemos que averiguar su nombre -insistió Anya- y lo que sabe. Preferiblemente antes de que hable con Mulrooney. Si puede incriminarte, quiero que te vayas de aquí. ¿De acuerdo?

—Tengo que pensar en esto primero. Llamaré a Sam ahora mismo y lo tantearé. Volvamos a mi casa y llamemos a Sam desde allí. Creo que sé dónde encontrarlo.

—¿Sam no está en Australia? ¿Está aquí?

—Por supuesto que no. Sabes que lo habría mencionado. Lauren creyó oír a Anya dar un suspiro de alivio mientras se encogía de hombros. —Antes de llamarlo, te dejaré para que hagas lo que querías hacer en casa, y luego te recogeré en una hora en el garaje vacío cerca de tu callejón. ¿Es suficiente tiempo?

—Que sean dos horas.

Lauren y Anya salieron del café hacia el brillante sol de la tarde. Mientras las McGuire Sisters cantaban —Sinceramente — la puerta se cerró tras ellas como en una época que nunca podría recuperarse. Ni Anya ni Lauren se dieron cuenta de que lo mismo podía decirse de su relación.

DIECISIETE

SAN PEDRO, CALIFORNIA

EL MISMO DÍA

El hombre se quedó mirando la maltrecha maleta que había sobre la mesa de formica amarilla y pensó en qué más debía empacar. Acarició la gran protuberancia que era su estómago y trató de controlar su jadeo. Después de arrojar el pendrive sobre su ropa, cerró la maleta, comprobando la cerradura varias veces. Cuando por fin se sentó a descansar, el sofá de terciopelo descolorido crujió bajo su peso.

Miró la mesa para asegurarse de que tenía el mando a distancia, los Spaghettios, un abrelatas y una cerveza fría. Pensaba comer y descansar un poco, y luego se dirigiría por el puente a Long Beach. Si todo salía bien, ganaría mucho dinero rápidamente para poder estar jugando a los dados en Las Vegas antes de la puesta de sol del día siguiente. Tal vez se ligaría a una jugosa jovencita para que lo entretuviera en el camino, reflexionó mientras se rascaba la enorme barriga.

Cuando su respiración se volvió más agitada, se recostó contra el reposabrazos, apoyó los pies hinchados y cerró los ojos. Mientras las moscas zumbaban por encima de su cabeza, intentó concentrarse en la escasa brisa que entraba por la puerta abierta.

En el silencio, oyó un crujido y sus ojos se abrieron de golpe. Luchó por incorporarse mientras un miedo frío se deslizaba por su columna vertebral hasta los testículos. Pudo ver su propia y enorme sombra en el papel pintado de color rosa manchado, justo al otro lado del sofá. De repente, una figura oscura se cernió sobre su silueta agitada.

Antes de que el gordo pudiera girar para enfrentarse a su intruso, sintió una sensación caliente y abrasadora en el cuello. —¡No!— oyó su propia voz suplicar por encima del gorgoteo que se le escapaba de la garganta. Al caer sobre la pútrida alfombra, extendió los brazos

para amortiguar su caída. Cuando rodó para defenderse, su estómago fue desgarrado. Lo último que vio el moribundo fue el vibrante color del pelo de su asesino.

DIECIOCHO

Relajado en el muelle, junto a la lancha de la góndola, Mulrooney se tomó un Clausthaler y observó a los windsurfistas que surcaban la superficie azul cobalto de la bahía de Alamitos. Aspiró el aire salado por la nariz y miró hacia el viento, sintiendo la brisa en la cara y el cuello.

Desde su punto de vista, podía ver la casa Connolly a su izquierda, el puente de la calle Segunda justo delante, la entrada del canal de Nápoles , y la estrecha franja de la bahía que separa Nápoles de la península a su derecha.

Mulrooney había pasado las últimas horas interrogando a los navegantes y a los lugareños, pero no había aparecido nada nuevo. También se había enterado de que el Sr. Armstrong, el testigo que había verificado la coartada de Lauren, se había llevado su barco a Catalina durante varios días, así que Mulrooney tendría que esperar para interrogarlo de nuevo. Estaba 0 de 2 y sentía la frustración.

Después de salir de la casa de los Connolly, había tomado un atajo por el callejón trasero hasta el lugar de trabajo de la remodelación. Con su mejor español precario , Mulrooney pudo determinar que un equipo mexicano de tres hombres había estado trabajando en la obra durante un mes.

Mulrooney había interrogado a los hombres cuidadosamente y determinó que sus coartadas eran sólidas. Observó que todos eran diestros y demasiado bajos para coincidir con el patrón de las salpicaduras de sangre, que indicaba que el autor medía entre 1,72 y 1,80 metros. Sin embargo, el capataz le dijo que alguien había robado recientemente unos guantes de debajo de la valla temporal. Desde el lugar de trabajo, Mulrooney tenía una visión clara de las puertas francesas que conducían al dormitorio de los Connolly en el segundo piso.

Después llamó a su compañero para ponerlo al corriente. Clarke, que normalmente hablaba con la precisión de una salva de veintiún cañones, había dicho en voz baja: —Clarke, aquí— en una notable interpretación de Brando en Frente al Mar . Mulrooney le aseguró a Clarke que su diente, ahora ausente, le había dado potencial de actor.

Mulrooney se rió en voz alta al pensar en Clarke. Aunque sólo llevaban dos años como compañeros, compartían una lealtad indivisible. Clarke estaba felizmente casado, con dos hijos, una perra psicótica llamada Sybil, una camioneta con pegatinas de los colegios de los niños... y todo eso. Tenía un huerto que podría alimentar a un país del Tercer Mundo, y una cría de caimán que él y Karen habían traído de contrabando a casa desde Nueva Orleans en un vaso Big Gulp.

Clarke también tenía una fea cicatriz en el abdomen donde había recibido una bala destinada a otra persona. Había protegido instintivamente a su ex compañera cuando se produjeron disparos durante una investigación rutinaria de una disputa doméstica. Por muy admirable que fuera la valentía de Clarke, el jefe había asumido que el movimiento de Clarke estaba relacionado con el género porque la ex compañera de Clarke era mujer. El jefe Clemente, en sus esfuerzos por crear una fuerza de trabajo que no tenga en cuenta el género, había roto la alianza justo antes de que Mulrooney se trasladara a Long Beach. Mulrooney se rió de la ironía. Sabía que el pequeño y luchador Clarke también recibiría una bala por él, si fuera necesario. Clarke era leal. Era su naturaleza.

Él y Clarke habían empezado como socios con claras diferencias raciales y culturales. A Mulrooney le encantaba reñir a Clarke por comer lo que éste llamaba —Hood fois gras— que eran cortezas de cerdo recién sacadas de la pezuña. Y a Clarke le encantaba acosar a Mulrooney por bailar como un —yak drogado. Mulrooney sabía que en realidad eran dos hombres de un mismo color: L.B.P.D. negro-azul.

Mientras Mulrooney se sentaba en el muelle, también pensó en Lauren Connolly, algo que había estado haciendo con bastante frecuencia. Ella y Anya estaban obviamente tan unidas como él y Clarke. Tal vez más cerca. De hecho, Lauren parecía más cercana a Anya que al doctor. Se preguntaba si era porque eran mujeres o si era posible que una conspiración cimentara su lealtad. Intuía que Lauren tenía un profundo pozo emocional, y sabía que sus respuestas estaban en el fondo de ese pozo.

Cuando Mulrooney se levantó y tiró su botella vacía a la papelera de reciclaje, vio a una anciana bebiendo agua de una fuente cercana al puesto de aperitivos de la playa. Reconoció la melena blanca que asomaba por debajo de un sombrero de paja deshecho. Era la Orgullosa Mary.

Hacía meses que no veía a la vieja Mary, que de alguna manera se las

había arreglado para llevar un carrito de la compra por la arena hasta el puesto de refrescos. Su carro estaba repleto de un extraño surtido de tesoros callejeros, incluido un cartel que decía: POR FAVOR, UTILICE LA ENTRADA TRASERA.

—¡Hola, Mary!— llamó mientras atravesaba la arena para saludarla.

La orgullosa Mary lo miró con ojos blanquecinos . El agua potable había dejado vetas en la superficie sucia y escarpada de su piel, y un riachuelo estaba atrapado en su labio que colgaba precariamente. Parecía asustada, lista para huir a la menor amenaza.

—Soy yo, Mulrooney. Soy el amigo de la agente Kate. ¿Conoces a Kate, la guapa policía que siempre te da dinero para comer?

Después de examinar su rostro, mostró abruptamente sus dientes amarillentos en una sonrisa brillante . Su barbilla estaba tan desviada que parecía escaparse de su cara.

—¡Sí! ¿Cómo estás, Malroody?— dijo entre dientes. Cuando Mary hablaba, hacía pequeños movimientos de aleteo con las manos. Como si fueran mariposas, se encendían periódicamente en sus mejillas, para luego volver a alejarlas. —¿Tienes una moneda para mí?— preguntó mientras hacía un movimiento para levantarse la camisa holgada por encima de la cabeza.

—Sí, Mary, ¡no te quites la ropa!— le advirtió él mientras le volvía a colocar la camisa con la mano. Orgullosa María había obtenido su apodo porque le gustaba alardear con orgullo de sus autodenominadas —papayas perfectas— ante los transeúntes a cambio de dinero, lo que equivalía a una extorsión en opinión de Mulrooney.

—Tus... atributos son encantadores, Mary— dijo Mulrooney con dulzura mientras miraba el vello blanco que delineaba su labio superior, —pero creo que las mujeres dejan algo a la imaginación cuando llevan la ropa puesta, ¿está bien ?.

Mary ladeó la cabeza y se puso los dedos en la mejilla como si estuviera reflexionando sobre una propuesta de peso. —¿Sabías que salgo en pelí-culas ?— preguntó, golpeando el —pelí c— con un chasquido de la lengua.

—Sí, Mary, lo he oído. Veamos, era Sunset Boulevard, ¿no? Tú y Gloria Swanson y Bill Holden. Él sabía que a Mary le encantaba hablar de películas antiguas y de estrellas de cine de los años cincuenta.

—Así es— sonrió ella. Mary levantó los brazos dramáticamente y adoptó una pose. Levantó las cejas y gruñó: —'Yo soy grande. Las PELÍ-CULAS se han quedado pequeñas.

—¡Bravo!— Mulrooney aplaudió, riendo a carcajadas. —Me encanta esa película. La había visto una docena de veces y siempre le había intrigado la idea cinematográfica de que un hombre fallecido contara la historia. Lástima que sólo ocurra en las películas. —He intentado localizarte en esa película tantas veces— se entusiasmó. —Creo que dijiste que salías en la escena de la fiesta de Nochevieja, ¿verdad, Mary? ¿Tenías líneas?— Pudo ver cómo se sonreía mientras disfrutaba de su atención.

Mary posó coquetamente una mano bajo la barbilla y citó una línea de la película. —'No necesitábamos diálogos. Teníamos caras. Levantó la mano en forma de floritura.

Mulrooney volvió a aplaudir. —¡Ah, voy a descubrirte ahora !— Mientras sacaba unos billetes del bolsillo para Mary, miró hacia la casa de Lauren. Sabía que Lauren acababa de volver a casa. Aunque no podía ver la entrada del garaje desde su posición, su agudo oído había captado el claro sonido del motor de su clásico Mercedes. —¡Cuídate, Mary, y no te quites la camisa!— Puso el dinero en la mano extendida de Mary y se dio la vuelta para irse.

—Malroody— llamó ella tras él. —Un caballero de buen aspecto me pagó un dollah entero la semana pasada cuando le mostré mis papayas. Mary se rió alegremente mientras se subía la blusa y le mostraba sus dos pechos arrugados en señal de triunfo: —Va a ser mi nuevo novio. Me va a llevar a bailar porque me encanta bailar.

—Lo has hecho otra vez , ¿eh?— Mulrooney volvió a tirar de su camisa hacia abajo.

—Sí. Iba hacia su casa a cambiarse de ropa. Tiene sangre de pescado por todo su elegante traje.

Mulrooney dejó de moverse de repente. —¿Dijiste que tenía sangre en su traje?— preguntó Mulrooney, tratando de mantener la urgencia en su voz. —Los hombres no pescan con traje, Mary. ¿Sabes cuándo fue eso - cuando conociste a tu caballero, quiero decir?—

—Anoche— dijo Mary vagamente mientras se arreglaba el pelo con las manos como una jovencita que se prepara para conocer a un galán especial.

—¿Estás segura, Mary? Piénsalo bien.

—Sí— respondió ella rotundamente . —Estaba corriendo en la playa. Me dio una dólar para que no lo siguiera. Las luces de todos los coches de policía lo iluminaron muy bien, y también vi a la señorita Kate.

—¿Coches de policía? ¿Te refieres a hace unas semanas, Mary? ¿De madrugada, poco después de medianoche?—

Mary se encogió de hombros. —Puede ser. No estoy segura. A veces confundo mis días.

—¿Sabes de dónde venía tu caballero?

—Claro, de aquella casa. Señaló la gran villa española que era la casa de los Connolly.

—¿Dijiste que tenía sangre encima?

—Sí, en toda su ropa. Estábamos parados junto a esa luz, sólo mirando. No quería que lo acompañara mientras se cambiaba. Pero va a volver, ya sabes. Lo prometió.

—Eso espero, Mary. Me gustaría conocerlo. ¿Por dónde se fue?

—Hacia allá. Ella señaló hacia la península.

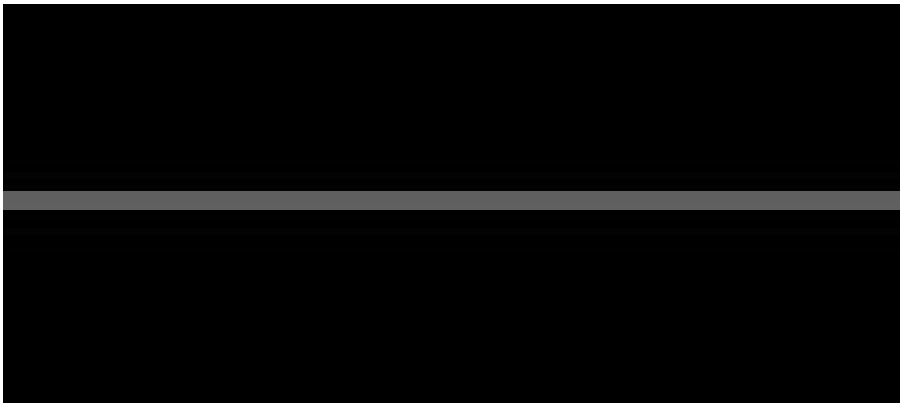
—¿Se subió a un barco?

—No lo sé, Malroody— dijo Mary mientras sus manos levantaban el vuelo.

—Si te mostrara una fotografía, ¿crees que podrías decirme si es el hombre que es tu caballero?

Los ojos de Mary se abrieron de par en par. —¿Podría quedarme con la foto?— dijo.

Cuando Mulrooney asintió, Mary saltó excitada alrededor de la ducha de la playa al aire libre, salpicando agua arenosa por todas partes. A él le importaba un bledo. Estaba tan contento de tener un respiro que sabía que se metería en la ducha con ella y sus papayas si era capaz de identificar al misterioso caballero con la sangre en el traje. Sonrió a Mary con deleite mientras vigilaba de cerca la casa de los Connolly al otro lado de la calle.



Lauren estaba temblando cuando entró en el garaje y apagó el motor. Era la primera vez que volvía a casa desde la noche en que asesinaron a su marido. Ella y Anya se sentaron en el coche durante unos instantes mientras esperaban a que se fuera el último miembro del equipo de mantenimiento. Ambas sabían que sería difícil afrontar lo que se avecinaba.

—Michael acaba de hacer limpiar todo. No será como, bueno ya sabes. Ayúdame a hacer esto, Anya— susurró Lauren.

Cuando salieron del coche y entraron en la casa, Lauren sintió una oleada de pánico. Se detuvo en la puerta que conducía a la cocina, incapaz de mover sus temblorosas piernas. Había querido volver a casa, pero ahora no estaba tan segura.

Anya la agarró por detrás. —Estamos a salvo. No dejaré que nadie te haga daño. Anya la tomó del brazo y la llevó a la cocina.

Había flores frescas en un jarrón sobre la mesa. Junto a las flores había varias botellas de vino, una pila de libros y CD, y una cesta de fruta. Un papel con el nombre y el número de teléfono de Michael estaba apoyado en el jarrón junto a la llave de su casa. Mientras Lauren pasaba la mano por la vieja mesa de pino que había pertenecido a su abuela, se sintió de nuevo con los pies en la tierra.

Juntas, ella y Anya recorrieron la casa. A Lauren la casa le resultaba vagamente familiar, como el hogar de su infancia en una fotografía amarillenta. Aunque el sol de la tarde llenaba la casa mientras subían las escaleras hacia el nivel superior, Lauren se cerró la chaqueta para evitar el escalofrío.

Cuando llegaron al dormitorio, Anya se detuvo y sujetó a Lauren. —

No entremos ahí, Lauren. Por favor, quédate en otro sitio. Por favor.

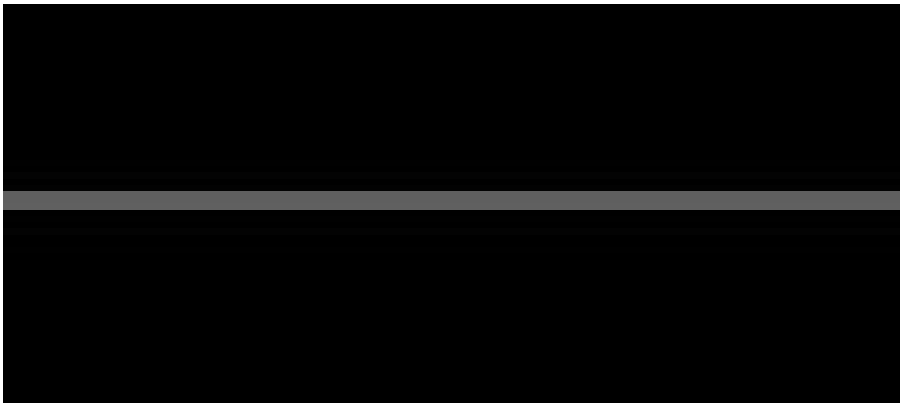
Lauren se mantuvo firme. —No puedo. Todo lo que necesito está ahí dentro. Y tengo que enfrentarme a esto. Con un aire de resolución, Lauren entró en el dormitorio. Estaba inmaculado. Lo que más le sorprendió fue lo desnuda que parecía la habitación después de haber sido despojada de las pruebas. Le recordaba a una habitación de hotel. Era hermosa pero impersonal. Había pocas señales de vida y ninguna de muerte. Cuando vio que habían retirado el colchón, por fin dejó escapar su aliento.

A Lauren le dolía el pecho. Pensó en la última vez que escuchó la voz de Scott. Aquella noche lo había llamado desde el barco para disculparse por haberlo llamado adicto. Aunque había intentado restarle importancia a la situación ante Mulrooney, el continuo consumo de drogas de Scott se había convertido en una fuente constante de preocupación y conflicto.

Ahora miraba la pared vacía donde antes había colgado un cuadro de Wayne Thiebaud. Scott había vendido su cuadro favorito sin que ella lo supiera, supuestamente para pagar un nuevo equipo de oficina. Cuando su pelea se intensificó aquella noche, ella lo acusó de haber vendido el cuadro para pagar su adicción a las drogas. Su falta de honradez y su imprudencia se habían infiltrado en todos los aspectos de su vida.

Ella se marchó bruscamente después de la pelea, todavía herida y muy enfadada. Durante su llamada telefónica más tarde esa noche, Scott estaba aturdido pero muy arrepentido. —Siento mucho haber tomado algo que era tuyo, cariño— le dijo. —No estaba pensando bien, pero te compensaré, Lauren— prometió, —porque te quiero. Ella sabía que él la había oído decir que lo perdonaba, aunque estaba muy lejos de la verdad.

Cuando Lauren giró para mirar a Anya, susurró: —Se acabó, Anya. Se acabó. Después de que empacaran algunas ropas, Lauren cerró la puerta en un intento de sellar los recuerdos.



Lauren y Anya volvieron a la cocina y abrieron una botella de Joseph Phelps Cabernet. —Michael fue muy dulce al hacer todo esto— comentó Lauren.

—Sí, ha pensado en todo. Es obvio que está enamorado de ti.

Lauren dudó. —Lo he sospechado desde hace tiempo.

—Es un buen motivo para matar a un cónyuge, ¿no?

—Tal vez. Admito que en mis momentos más oscuros he sospechado de todas las personas que conozco. Pero él y Scott eran amigos, y Michael nunca ha hecho un movimiento sobre mí, ni siquiera cuando Scott y yo estábamos separados.—

—¿Crees que Scott podría deberle dinero a Michael?

—Aunque lo hiciera, Michael tiene tanto dinero que ya no es importante para él. Michael tiene un autocontrol increíble, y es demasiado inteligente para arriesgar todo lo que ha trabajado en su vida. Creo que alguien con más volatilidad lo hizo. Fue como si alguien se hubiera roto. ¿Sabes si la mujer con la que salía Scott estaba enamorada de él?—

—Realmente no lo sé, Lauren. Pero es cierto que los celos y la obsesión pueden llevar a la gente cuerda a hacer cosas enfermizas. ¿Qué hay de Sam? Estaba muy enfadado por haberte perdido. ¿Has hablado con él recientemente?

—Estoy demasiado cansada y confundida para hablar de esto ahora mismo— respondió ella, eludiendo la pregunta de Anya. Se frotó la frente con la palma de la mano y luego tomó un largo trago de vino.

Anya observó mientras Lauren se bebía su vino y se servía otro. —Tranquila, Lauren, por favor. Sabes que no manejas muy bien esas cosas.

—Anya, si alguna vez he necesitado un trago, es ahora.

—Lo sé, lo sé. Pero sabes cómo te afecta.

Lauren dejó de mala gana la botella de vino. Sabía que su amiga tenía razón. El alcohol hacía que su estado de ánimo fuera más oscuro, incluso un poco loco. No bebía a menudo, pero no bebía bien. Unos cuantos incidentes en los que su temperamento, normalmente uniforme, se había descontrolado la habían avergonzado y preocupado. También se preguntaba si varios desmayos recientes estaban relacionados con el alcohol. Nunca había admitido a nadie que no podía recordar nada después de los desmayos. Lauren suspiró, sabiendo que tendría que enfrentarse a los días venideros sobria, o no hacerlo. Y Lauren creía que era lo suficientemente fuerte como para afrontar cualquier cosa.

—Anya, ¿por qué no vas a comer algo?— dijo bruscamente. —Tengo que hacer una llamada a Sam.

Anya levantó las cejas pero no se movió mientras Lauren hacía una llamada al servicio de asistencia telefónica de larga distancia.

Lauren anotó la información y se volvió hacia Anya. —Mi corazonada era correcta. Lo he localizado.

Anya observó a Lauren con atención. Pudo ver cómo el teléfono temblaba en las manos de Lauren mientras miraba a Anya suplicante. —Haz lo que tengas que hacer— murmuró Anya mientras salía discretamente de la habitación.

Lauren respiró hondo y marcó con minuciosa concentración. Estaba decidida a obtener respuestas. Cuando el teléfono empezó a sonar al otro lado, el pecho se le hinchó. Estaba a punto de colgar cuando una voz respondió. —Buenos días, Jazzin. Soy Sam.

El recuerdo de la voz de Sam le resultaba tan familiar como el de su cálido cuerpo contra el suyo. Lauren no podía hablar. De repente se sintió tan abrumada por una ola de emociones contradictorias que pulsó el botón de apagado del teléfono y lo dejó caer al suelo.

—¡Oh, Dios, Anya, no pude hacerlo! Tengo que hablar con Sam en persona. Es la única manera— gritó mientras corría hacia el salón.

Anya estaba de pie cerca de la televisión de espaldas a Lauren. —Cuando escuché su voz, no supe por dónde empezar. Yo -

Lauren se detuvo de repente en medio de la frase y luego dio un paso vacilante hacia atrás justo cuando Anya se dio la vuelta en un movimiento lento y mecánico. Anya miró a Lauren con aire ausente y luego comenzó a caminar lentamente hacia ella. Las gotas de sudor se habían acumulado sobre su frente haciendo brillar su rostro. Llevaba un objeto largo en la mano izquierda.

—¿Anya? ¿Qué estás haciendo?— gritó Lauren. —No, por favor...— Se acercó a su amiga y luego su mano se retiró en posición de súplica.

Lauren pudo ver como la luz blanca del televisor brillaba como un láser en la punta de una hoja afilada. Mientras Anya se acercaba a ella, la voz de Lauren arañó el tejido de su garganta mientras sus gritos perforaban el silencio circundante.

Mulrooney estaba en la playa observando a Orgullosa Mary bailar en la ducha exterior cuando lo paró en seco el grito paralizante y agudo. Mary se congeló a mitad del baile. Luego, con un largo y grave gemido, se alejó de Mulrooney. Se agitó contra los fantasmas que se cernían sobre ella mientras Mulrooney se volvía en dirección a los gritos. Los bañistas cercanos al rompeolas se pusieron en pie de un salto, alertados por la conmoción. Mulrooney sabía que el grito provenía de la villa de los Connolly en Bay Shore.

—¡Espera aquí, Mary!— ordenó Mulrooney mientras se ponía en marcha en dirección al grito. —¡No te vayas! Espera aquí hasta que vuelva.

Mulrooney sacó su arma y corrió por la arena. Mientras levantaba las piernas en alto, su corazón se agitó y la banda tensa detrás de sus rodillas envió ondas de advertencia. Mulrooney corrió más rápido. En cuestión de segundos cubrió la distancia entre la playa y el lugar donde se habían producido los gritos que exasperaban los nervios.

Saltó el malecón y atravesó la calle hasta llegar a la casa. —¡Policía!— gritó mientras corría entre la multitud de la playa. —¡Atrás!—

Un silencio ominoso había ocupado el lugar de los gritos, que Mulrooney sabía que eran de Lauren. Que no sea ella, suplicó en silencio.

Mulrooney se dirigió a su coche cerca del dique para pedir refuerzos. Luego corrió hacia la casa de los Connolly y se puso a cubierto a la izquierda de la gran ventana que daba a la bahía. Con su arma preparada, Mulrooney se acercó a la ventana. Desde allí pudo ver el salón.

Vio a Lauren acurrucada en una puerta como si estuviera esculpida en su sitio. Sus ojos estaban fijos en Anya, que estaba de pie en el centro de la habitación. Un cuchillo se extendía desde su mano izquierda como una garra mortal. Anya se movió de repente, como si sus sentidos animales hubieran detectado la presencia de algo amenazante.

—¡Quieta ! Suelta el cuchillo, Anya!— gritó Mulrooney mientras irrumpía en la puerta. Anya se acercó a Lauren. Mientras evaluaba la escena, sus oídos analizaban automáticamente el sonido de cada coche que se acercaba con la esperanza de que hubiera un patrullero cerca. Plantó los pies y preparó su arma cuando Anya se balanceó ligeramente.

—¡Quieta !— volvió a gritar Mulrooney.

La cabeza de Anya se sacudió hacia Lauren y luego en dirección a la voz de Mulrooney. De repente empezó a tartamudear, su acento, ahora muy marcado, coloreaba sus palabras. —Yo... lo encontré allí— gritó. Con el cuchillo en la mano, señaló hacia el televisor, donde un locutor pronunciaba palabras en la pantalla muda. Varios vídeos antiguos estaban esparcidos por el suelo alrededor de sus pies.

—Suéltalo, Anya— le ordenó Mulrooney. La tenía en la línea de fuego.

Anya miró fijamente el cuchillo que tenía en la mano y finalmente soltó su agarre. Cuando el arma se estrelló contra el suelo de madera,

dio un salto hacia atrás. Sus ojos se dirigieron a Lauren, que ahora estaba desplomada contra la pared.

Mulrooney se movió rápidamente, pateando el cuchillo fuera del alcance de Anya. Sin dejar de apuntar a Anya, se dirigió al lado de Lauren.

—¡No es mío!— Anya suplicó. —¡Por favor, no me dispares!— Levantó las manos como si su gesto defensivo pudiera detener una bala.

Lauren se quedó mirando el cuchillo. Cuando se inclinó para examinarlo, Mulrooney gritó con fuerza: —¡No toques eso, Lauren!

Sorprendida por su brusquedad, Lauren apartó la mano tan rápido que perdió el equilibrio. Se aferró a Mulrooney para apoyarse, mirándolo confundida.

Cuando se inclinó hacia él, Mulrooney pudo oler la fragancia de su cabello mezclada con el aroma de su piel enrojecida. Se obligó a apartar los ojos de ella y carraspeó cuando Kate y Sanders irrumpieron en la puerta con las armas preparadas.

—Está bajo control— dijo Mulrooney en voz baja. Volvió su atención hacia Anya. —¿De dónde sacaste el cuchillo, Anya?—

—Estaba ahí— repitió Anya débilmente, ...en el viejo VCR. Mulrooney observó cómo ella se alejaba del VCR mientras hablaba. —Lauren todavía tiene una colección de vídeos clásicos, así que quería ponerle uno. La cinta no entraba, así que metí los dedos...—

—¿Podrías llamar al laboratorio de la policía por mí, Kate?— pidió Mulrooney mientras examinaba de cerca la videograbadora. No pudo ver ninguna evidencia visible de huellas o sangre. La videograbadora había sido meticulosamente limpiada, pero pudo ver que era lo suficientemente profunda como para sostener un cuchillo si el arma se colocaba en diagonal.

Mulrooney se agachó para mirar el cuchillo. Parecía estar hecho a mano. La empuñadura era de madera tallada y estaba decorada con inusuales marcas tribales de pigmento naranja. La hoja de piedra finamente pulida tenía una forma simétrica con un ligero dentado en su afilada punta. Mulrooney calculó que la hoja en sí tenía unos cinco centímetros de longitud, y pudo comprobar que estaba muy afilada.

—¿Cómo demonios se les ha pasado eso por alto al equipo de

criminalística?— murmuró Kate. Llevó a las mujeres a un lado mientras Sanders llamaba a la central.

Mulrooney volvió a examinar el cuchillo, pero no vio signos de sangre o tejido. Con su bolígrafo, abrió de un empujón la puerta de la ranura de la cinta del vídeo. Cuando apuntó su linterna a la ranura, el interior parecía estar impecable.

—No habría sido difícil pasar por alto, Kate, si hubiera estado aquí esa noche. Alguien limpió minuciosamente el arma y luego se tomó la molestia de esconderla a cierta distancia de la víctima, suponiendo que ésta sea el arma que se utilizó en la comisión del homicidio.— Se volvió hacia Lauren y Anya. —Creo que alguien quería que lo encontraras, Lauren. ¿Alguna de ustedes había visto este cuchillo antes?

Lauren sacudió la cabeza lentamente de lado a lado. Mulrooney cambió su mirada para estudiar a Anya. Ésta se volvió hacia Lauren y dudó, luego negó lenta pero enfáticamente con la cabeza para indicar que nunca había visto el cuchillo.

La esquina izquierda de la boca de Mulrooney se alzó ligeramente. Había aprendido de su afición al cine que actuar era reaccionar. De lo contrario, la discretísima señal ocular de Lauren para que Anya guardara silencio habría sido casi imperceptible.

DIECINUEVE

El olor de la fresca brisa marina vigorizó a Mulrooney mientras caminaba a lo largo del muelle hasta el embarcadero donde estaba amarrado el Hattaras de cuarenta y dos pies. Las gotas de agua en la cubierta reflejaban el sol de la mañana, lo que indicaba que el barco había sido limpiado recientemente. Al no ver a nadie a bordo, Mulrooney gritó: —Toc, toc. Su mano acompañó automáticamente su voz con un toc-toc contra el aire caliente. Miró a su alrededor cohibido. —¡Hola ahí!— llamó, sintiéndose tan tonto como un sombrero de mierda en su vano intento de utilizar la jerga de la gente del barco.

—¡Ah!— respondió una voz cuando el Sr. Armstrong, vestido con un mono blanco con pantalones anchos, apareció desde el salón principal.

—Detective Mulrooney, L.B.P.D.— dijo Mulrooney, mostrando su placa y observando el atuendo de lagarto de salón de Armstrong.

—Oh, detective, estaba esperando a alguien más. Necesito trabajar en uno de los Cummins. Es un 903. ¿Sabe algo sobre motores de barcos? —

—Me temo que no, Sr. Armstrong. No sería capaz de localizar el capó. Afortunadamente, notó, Armstrong se rió.

—Si busca a la señora Connolly, no ha estado mucho por aquí desde aquella noche en que asesinaron a su marido— dijo Armstrong con una mirada de decepción.

—En realidad, es con usted con quien me gustaría hablar— explicó Mulrooney. —Aunque le dio su declaración a mi compañero, me gustaría hacerle unas cuantas preguntas más, si no le importa.

—Bueno, supongo que será mejor que me acostumbre a esto. Un detective llamado Atilla llamó para decir que también quería hablar conmigo.

Mulrooney se puso de repente tan furioso que quiso golpear algo. —¿Atilla lo llamó?— repitió.

—Sí, señor— asintió Armstrong.

Mulrooney no tenía dónde dirigir su ira, así que apartó el asunto para roerlo más tarde. —Sólo tiene que hablar con Clarke y conmigo, señor Armstrong.

—Bueno, vamos a bordo. Espero que no tarde mucho porque espero que la mujercita no se demore demasiado tiempo. No quiero hablar de la Sra. Connolly delante de ella. No le gusta que mire a las chicas jóvenes, si me entiende . Guiñó un ojo de forma conspiradora, como un seductor de Las Vegas, antes de dar un codazo a Mulrooney en el brazo.

—Creo que lo entiendo, señor Armstrong. Sólo quería ver la vista de su deslizamiento desde aquí, si no le importa. Miró alrededor del salón, fotografiando mentalmente la disposición. —Entonces, usted estaba mirando un barco que pasaba cuando notó a la Sra. Connolly esa noche. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor, tal como le dije al detective Clarke. Se alisó la cola de pato plateada mientras miraba por la ventana hacia el yate de Lauren, el Seduction.

—¿Estaba aquí en la sala principal en ese momento? ¿No en la planta baja?— Mulrooney se quedó mirando el barco de Lauren mientras preguntaba a Armstrong.

—Estaba aquí en el salón principal, sí señor. No abajo. Armstrong enfatizó las palabras —salón— y —abajo— como el monitor de un concurso de ortografía.

Mulrooney se preguntó si Armstrong esperaba que repitiera las palabras como un marinero recalcitrante, pero decidió ignorar la lección de vocabulario. —¿La madera de su cocina es la misma que la de aquí? Bonito material— dijo, deslizando su mano en él .

—Seguro que lo es. Es teca. Sin embargo, la suya está mucho mejor acabada que la mía— se quejó mientras pasaba su mano secada al sol por un armario de madera. —El mío necesita ser lijado.

—Ah, sí, ya veo. Mulrooney se centró ahora directamente en Armstrong. —Entonces, ¿ha estado alguna vez a bordo del barco de la señora Connolly?—

—No, señor. Sólo la conozco para saludarla. La pequeña señora me mantiene con la correa corta, si entiende lo que estoy diciendo. Guiñó el ojo de nuevo, mientras se metía la barriga y sacaba el pecho hacia delante como un petirrojo de primavera.

Mulrooney estaba ahora listo para atrapar su presa. —¿Y cómo sabe cómo es la madera de su barco ? No se puede ver desde aquí. Observó cómo Armstrong parpadeaba rápidamente, esta vez con ambos ojos. Las mejillas de Armstrong se pusieron tan rojas que Mulrooney temió momentáneamente que el viejo se desmayara... o que provocara un incendio. Ha estado observando a la señora Connolly a través de esos prismáticos, ¿verdad, señor Armstrong?— ¿Puede decir —voyeurismo — Sr. Armstrong?

Mulrooney esperó una respuesta mientras Armstrong se retorcía y tosía. Cuando Armstrong empezó a resoplar, Mulrooney le dio una palmada en la espalda. —¡Cristo, no me deje ahora, amigo!— dijo Mulrooney. —Señor Armstrong, vamos a tener que ser un poco más honestos aquí, ¿no?—

—Por favor, detective, no se lo diga a la señorita. Ella reventaría mi nuh, er, mi, uh-

—¿Los cojones?— Mulrooney sonrió y le guiñó un ojo mientras le daba un codazo a Armstrong como si fueran hermanos de armas.

—Mire, detective— suplicó Armstrong, —si me arresta por mirar, entonces también podría arrestar a todos los muchachos de por aquí. Todos miran a una chica como la Sra. Connolly. Hay un tipo que se para al final del muelle en muchas noches observándola. Yo mismo lo he visto.

—¿En serio? ¿Conoce a este tipo?

—No, es sólo un tipo con cabello oscuro. Le gusta vigilarla. Lleva meses rondando por ahí.

—¿Podría identificarlo si viera una foto?

—No. Nunca lo he visto de día, sólo de noche. Nunca se sabe a dónde desaparece. Sin embargo, lo buscaré.

—¿Estaba por aquí la noche del homicidio? Intente recordar, Sr. Armstrong.

Armstrong frunció el ceño y miró al aire como si esperara una revelación divina. —No sé. Puede que sí, puede que no. Oh, caramba, ¿ahora me vas a reventar las pelotas?— Armstrong se golpeó la palma de la mano contra la frente con la fuerza suficiente para romper una nuez.

—Aclaremos algunas cosas, Sr. Armstrong. No estoy aquí para romperlo a usted o a sus pelotas. Quiero información, así que explíqueme lo que vio, paso a paso.

—Sí, señor detective. Bueno, tenía mis, eh, gafas de observación de ballenas fuera, y vi una luz encendida en la Seducción. Entonces me di cuenta de que la Sra. Connolly estaba trabajando esa noche. La señora estaba descansando , así que me quedé leyendo y demás. De todos modos, la Sra. Connolly se limitó a leer y a beber vino durante mucho tiempo. Parecía un poco agitada. Después de hacer una llamada telefónica, aseguró el barco y se fue.

—Le dijo a mi compañero que ella parecía estar sobria, ¿correcto?

—Bueno, eso me pareció. Pero todo el mundo está mareado en un barco, así que es difícil de decir. Podría estar equivocado.

—Buen punto. ¿Alguien la visitó esa noche?

—No, señor. Vino sola y trabajó un rato, y luego se fue justo después de la medianoche.

—¿Suele llevar reloj, Sr. Armstrong?— Mulrooney había notado que los brazos del anciano estaban desnudos.

—No, señor, no puedo porque tengo un eczema— se rascó inconscientemente Armstrong. —Tampoco puedo llevar alianza, lo que molesta a la señora.

—Entonces, ¿cómo está tan seguro de la hora? El tiempo es un factor muy importante aquí.

Armstrong sonrió mientras encontraba una forma de salvarse . Rápidamente tomó sus prismáticos para demostrar que era un mirón certero, aparentemente sin inmutarse por la dudosa distinción.

—Mire — dijo mientras ponía los prismáticos en la mano de Mulrooney. —Mire ahí.

Cuando Mulrooney enfocó los prismáticos de alta potencia hacia el Seduction, pudo ver claramente los detalles del barco. Oteó las cubiertas y luego enfocó el interior.

—¿Lo ve?— preguntó Armstrong.

Mulrooney escaneó la cocina. En el mostrador había una cafetera con

un reloj digital. Mulrooney dejó de observar los vasos y giró para mirar al anciano. —¿Así es como estaba tan seguro de la hora? —No pude evitar darme cuenta. Armstrong esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Mulrooney miró su reloj. —Vaya— susurró. Mulrooney miró el reloj de la galera del Seduction una vez más, y luego volvió a mirar su reloj. —¡Lleva diez minutos de adelanto!— Mulrooney cerró los ojos al darse cuenta de que tenía una prueba más para demostrar que Lauren estaba efectivamente en casa cuando su marido fue brutalmente asesinado.

Empujó los prismáticos hacia el anciano. —Gracias, Armstrong, estaremos en contacto. Recuerde que no tiene que hablar con el detective Atilla. Y avíseme si ve alguna otra de las llamadas —ballenas — en el puerto deportivo.

En ese momento, el barco de Armstrong se inclinó hacia el puerto cuando la —pequeña señora— de trescientos kilos subió a bordo. Se quedó mirando a Mulrooney, cuyas últimas palabras sobre las —ballenas— habían durado más que el Generalísimo Franco. Cuando Mulrooney se dio cuenta de su metedura de pata, consideró brevemente la posibilidad de ahogarse. En lugar de ello, asintió y abandonó el barco dejando las explicaciones a Armstrong. Mulrooney no tenía tiempo para ser amable. Tenía que atrapar a un delincuente.

VEINTE

El viejo teléfono público del puerto deportivo tenía mejor recepción que el teléfono móvil de Mulrooney y le proporcionaba una vista espectacular de la dársena de los yates mientras marcaba al despacho del jefe Clemente. Al tercer timbre, colgó bruscamente. Decidió que quería obtener la opinión de Clarke sobre esta nueva prueba antes de consultar con Clemente. Mulrooney había puesto un seguimiento a Lauren, así que se sentía seguro de mantenerla a corta distancia. Y se ocuparía de Atilla por la mañana.

En su lugar, llamó al Departamento de Antropología del Estado de California , San Bernardino. Mientras esperaba una respuesta, vio dos enormes estrellas de mar en el puerto deportivo que buscaban comida en las rocas. Cuando se le ocurrió que no había comido, recordó de repente sus planes de almuerzo con Kate. El saludo del doctor James Peterson interrumpió sus pensamientos.

—Peterson.

—Jim, soy Mulrooney. ¿Tienes algo para mí?

—Sí. Este cuchillo es lo más interesante que me has dado hasta ahora, Tim.

Mulrooney disfrutó de la emoción en la voz de Peterson. —Me alegro de proporcionar algo de alimento para el cerebro, Doc. ¿Qué tienes?

—Bueno, el cuchillo es definitivamente australiano. Es aborigen y está tallado a mano, como sospechabas. La hoja de cuarcita es un ejemplo de la excelente mano de obra que utiliza antiguas técnicas de afilado. Esa elegante empuñadura es fascinante. Está hecha de madera de un árbol gidgee y está sujeta por piel de canguro y un material que llamamos spinifex.

—Es una masa de goma, ¿verdad?

—En efecto, lo es. Está reforzada con hierba espinosa, probablemente traída al interior desde la costa. La empuñadura está impregnada de fragmentos de dientes de tiburón, que suelen ser indicativos del norte de Queensland; pero yo la situaría en el centro o el centro-sur de

Australia debido al tipo de marcas aborígenes ocres en la empuñadura. Dijiste que no había más huellas que las de tu principal sospechoso.

—Eso es correcto.

—Y los rastros de sangre en el cuchillo coinciden con la víctima, ¿verdad?

—Sí, aunque fue limpiado, el laboratorio de la policía encontró rastros debajo de la empuñadura. El autor debió saber que podíamos hacer una coincidencia y que el cuchillo es lo suficientemente distintivo como para rastrearlo. ¿Es algún tipo de mensaje aborigen o algo así? —

—Creo que su víctima recibió el mensaje que pretendía.

—Buen punto.

—Pero voy a investigar más, Tim. Encontré rastros de algo que no pude identificar. Cuando llamé a Clarke a casa, murmuró algo sobre recoger muestras para llevarlas al laboratorio de zoología. Creo que eso fue lo que dijo.

—Sí, le cuesta hablar. Parece un pez globo... el hombre tiene un absceso dental.

—Auch . Bueno, cuando las muestras estén hechas, te llamaremos.

—Genial. Gracias, Jim. Tienes mi número de móvil.

Mulrooney colgó y marcó a la estación . Killackey contestó al segundo timbre. —Killackey, ¿está Clarke ya?—

—Estaba a punto de enviarte un mensaje. Ha ido al laboratorio, pero me ha dicho que te diga que llegará en cuarenta y cinco minutos. Y también Anya Gallien.

—¿Qué?

—Has oído bien.

—¿Por qué demonios alguien acusado de homicidio se alimentaría de los leones?

—Ni idea. Pero fue inflexible en que sólo hablará contigo y con Clarke.

—Dile a Clarke que estaré allí.

Por el rabillo del ojo, Mulrooney vio que un Lexus LS500 híbrido de color platino se detenía cerca del muelle y dudaba un poco antes de arrancar. Reconoció el coche por su sonido. Después de colgar el auricular, corrió hacia su coche y se subió a él. Salió corriendo del aparcamiento del puerto deportivo buscando a ambos lados el Lexus, que había desaparecido de la vista. Mulrooney condujo por Marina Drive y luego esperó cinco minutos más. Cuando el Lexus no volvió a aparecer, se dio por vencido y se dirigió a Belmont Shore.

Mientras conducía, se quitó la chaqueta que le apretaba y se puso un suéter viejo. Giró por Bay Shore y redujo la velocidad para buscar a Orgullosa Mary. La última vez que la vio se había asustado, y sus informadores no la habían visto por ahí desde entonces. Después de echar un vistazo superficial a la playa de la bahía, se dio por vencido y giró hacia el oeste por Ocean para tomar el camino de vuelta hacia el Club de Atletismo Belmont para encontrarse con Kate.

Mulrooney aparcó en el callejón de Argonne y subió corriendo la escalera exterior hasta el bar Murphy's. Kate estaba sentada en la barra del balcón que daba a la calle Segunda, trabajando con su teléfono. Se acercó sigilosamente detrás de ella y le susurró: —Buenas tardes, mi pequeño tamal azul.

—Hasta la Guacamole— dijo ella sin darse la vuelta.

Mulrooney se dejó caer en el asiento de al lado y empujó sus archivos y una pila de fotos sobre el mostrador. —Lo siento, Kate, pero sólo tengo tiempo para tomar un trago. Tengo que apretarle las tuercas a algunos sospechosos.

Dejó el teléfono y se volvió hacia Mulrooney. —¡Mira ese suéter !— rugió de repente. —¡Pareces el señor Rogers!

Mulrooney gruñó mientras alisaba su viejo suéter que parecía haber sido víctima de un asalto. —Lo eligió mi ex— dijo a la defensiva.

—Chico, Isabella te odiaba de verdad, ¿no?

—Todavía no estoy oficialmente de servicio, así que la comodidad es mi prioridad, listilla . Sonrió tímidamente mientras acomodaba las fotos en la barra y hacía una señal para llamar a un camarero.

—¿Alguien quiere chupitos de Red Bull?— dijo el camarero mientras se acercaba.

Mulrooney giró en su taburete. —Kevin, has vuelto. ¿Qué tal Maui?

—¡Genial, amigo ! Realmente genial. Oí que hubo un asesinato en las malas calles de Belmont Shore, pero me perdí toda la acción. Volé fuera de aquí justo después de que sucediera, así que debo haber estado en el aeropuerto cuando la mierda golpeó el ventilador proverbial. Su reputación se está extendiendo rápidamente estos días, detective Mulrooney.

—Sí, como la salmonela. Dos cervezas sin alcohol , Kevin. Después de que Kevin le diera una palmada en la espalda y fuera por las bebidas, Mulrooney empujó una foto delante de Kate. —Kate, ¿has visto alguna vez a este tipo?—

—Claro, es Sam Bennett. Es el australiano que tenía el club nocturno Jazzin' en el centro. El amante de Lauren Connolly, ¿verdad? Un tipo muy sexy.

—¿Y el tipo de esta foto?

—¿También es un bombón? ¿A quién estás investigando, a los Chippendales?

—Mira de nuevo. Estás entre los solteros, así que pensé que podrías conocerlo también. La foto fue tomada en el funeral de Scott Connolly. Está más limpio que las bragas de una monja, pero lo estoy investigando . Se llama Michael Ryan.

Kate se quedó mirando la foto. —No, no lo conozco, pero, de hecho, recuerdo haberlo visto en Jazzin' una noche. Estaba hablando con Sam Bennett.

—¿Estás segura?

—Positivo, Tim. Volvió a mirar la foto. —Es un tipo de aspecto elegante.

—Me parece del tipo relajado que llega en un caballo blanco a recoger los pedazos. Rara vez se ensucian.

—Bueno, yo sospecharía que un tipo celoso mató a Connolly. Alguien con una mecha corta. Fue un trabajo despiadado .

—Si fueras a matar a un hombre, ¿cómo lo harías?

—Lo arrastraría a una larga discusión sobre los sentimientos.

—Diablos, lo declararían un suicidio— rió Mulrooney.

Kevin dejó las bebidas en la encimera mientras Mulrooney apartaba las fotos. —Es una nena, ¿eh?— exclamó Kevin mientras miraba la foto superior. Era una instantánea de Anya Gallien de pie junto a la urna de Scott Connolly.

—Seguro que sí— sonrió Kate. —Y deberías ver la otra, ¿verdad, Tim?. Mulrooney se sonrojó y se encogió de hombros mientras Kevin señalaba la foto de Anya.

—Vi a esa chica cuando salía del trabajo la noche que fui a Maui.

Mulrooney se puso de repente frente a Kevin antes de que éste pudiera terminar su frase. —¿La viste la noche del homicidio? ¿Dónde?

—Justo ahí, en el banco del autobús de enfrente. Señaló sobre el balcón. —El que está frente al Midnight Espresso. Estaba sentada allí sola, tomando un café. No pude evitar fijarme en ella, porque es una auténtica belleza con ese cabello de fuego y todo eso. Pero parecía un poco solitaria por la forma en que estaba sentada allí.

Mulrooney se levantó y fijó su mirada en el banco de la RTD de enfrente. Alguien había garabateado Deja Vu en el respaldo del asiento, dos veces. —¿A qué hora te fijaste en ella, lo recuerdas?

—Fue cuando salí del trabajo a las 12:10 a.m. Ella seguía allí después de que yo bajara al cajero automático por dinero, así que eso fue alrededor de las 12:20 a.m. o algo así. Pero se levantó para irse justo cuando yo estaba entrando en mi coche. Lo recuerdo, porque pensé en ofrecerle un paseo.

—Kevin, mira esta foto de cerca. —¿Estás seguro de que esta es la mujer?

—¡Oye! ¿Un tipo hormonal como yo olvidaría a una pelirroja de buen ver? ¿Por qué? Hombre, no es la chica que fue acusada del asesinato, ¿verdad?

Mulrooney miró a Kate y volvió a sentarse en su taburete. —Es la misma.

Mientras Kevin se alejaba negando con la cabeza, Mulrooney le sirvió la bebida a Kate sin la floritura habitual y dio un trago a la suya antes de recoger sus archivos.

—Estoy metido hasta las rodillas en la mierda— murmuró. —Te llamaré más tarde, Katie.

—Primero duerme un poco— sonrió ella.

Estaba a mitad de camino hacia las escaleras cuando se detuvo lo suficiente para llamar a Killackey de nuevo. —La coartada de Lauren Connolly acaba de esfumarse— le dijo a Killackey. —Dile al jefe que necesitaré una orden judicial. Mientras tanto, haz que la vigilancia la traiga para otra charla— le indicó. —Antes de que Clemente se ponga demasiado contento, quizá quieras mencionar que un testigo fiable vio a Anya Gallien en el Midnight Espresso sólo unos minutos después del homicidio. He pensado que te gustaría ser el que lo viera retorcerse. Es mi forma de agradecerte que me hayas ayudado, amigo.

Después de colgar, Mulrooney se apresuró a bajar las escaleras y salir a la calle Segunda. Podía oír a Kate en el balcón sobre él cantando el tema de —Mr. Rogers— —No serías, No serías, mi vecino . A pesar de su ansiedad, se rio al doblar la esquina del callejón.

Mulrooney se estaba desabrochando el suéter cuando, de repente, la tierra se movió debajo de él. Salió despedido contra la pared de ladrillos una fracción de segundo antes de oír la explosión. El suelo tembló mientras las luces se encendían dentro de su cráneo en una deslumbrante gama de colores. Justo cuando Mulrooney cayó de rodillas, la puerta del conductor de su coche pasó disparada por su cabeza. Se cubrió la cara contra una lluvia de cristales que caían como chispas a la luz del sol. Los fragmentos de metal chirriaban mientras arañaban el pavimento en busca de un punto de apoyo, y el humo acre del metal y la goma fundidos enrarecieron el aire.

Cuando los ecos en sus oídos comenzaron a desvanecerse, el sonido de los gritos los sustituyó. Mulrooney se tambaleó por el impacto de la explosión. Levantó lentamente la cabeza para ver la puerta de su coche incrustada en la pared del callejón.

Joder, ¡qué impopular soy! Se quitó un trozo de cristal del cabello con una mano temblorosa y trató de recuperar la cordura.

VEINTIUNO

Anya acababa de llegar a la comisaría y estaba esperando en la sala de interrogatorios cuando Mulrooney llegó por el pasillo. Al doblar una esquina, se cruzó con el detective Carlos Atilla, que sonrió descaradamente ante la evidente angustia de Mulrooney. Mulrooney invitó mentalmente a Atilla a irse a la mierda, pero siguió caminando. Sólo redujo la velocidad el tiempo suficiente para escuchar a Killackey informar de que aún no había podido contactar con el equipo de vigilancia de Lauren Connolly.

Mulrooney no se molestó en cambiarse de ropa. Todavía tenía cristales en el cabello y estaba furioso . La bomba de tubo que se había activado prematuramente como un temblor de tierra había destruido su coche. Sorprendentemente, no había habido heridos. Quienquiera que lo hubiera hecho lo había estado observando. Y había trabajado rápido. Un equipo de expertos en explosivos estaba examinando la carcasa de su automóvil, permanentemente destruida .

Mulrooney se sacudió el dolor que amenazaba con minar sus rodillas hinchadas antes de abrir de un tirón la puerta de la sala de interrogatorios. —Hola, Anya— dijo.

—Detective— asintió ella.

—¿Está su abogado en camino?

—No, lo he despedido. Créame, los abogados son criminales mucho más engañosos. He venido a hacer todo lo que pueda para ayudarlo , menos ahorcarme para su palcer .

Mulrooney no estaba seguro de cuál era su agenda, pero tenía la intención de adelantarse a ella. —El ahorcamiento no será necesario, Anya. El Estado tiene sus propios métodos. Dígame , ¿qué tan buena es con los explosivos?

—¿Perdón?

—Tal vez debería . Pero ahora mismo quiero saber dónde está Lauren Connolly.

—En realidad no lo sé— respondió ella mientras se alisaba el vestido

de seda coral. El vivo color, que complementaba sus rasgos, le recordaba a los melocotones maduros. Se quitó el suéter de Mr. Rogers y lo tiró en una silla.

En ese momento se abrió la puerta y entró Clarke. Tenía un lado de la cara hinchado y deformado . Apartó a Mulrooney y murmuró: —Acabo de enterarme. ¿Estás bien?

—Estoy muy bien. ¿Y tú, amigo?— dijo con una mueca de dolor. —Tienes un aspecto bastante glandular. Mulrooney cortó la respuesta amortiguada de Clarke. —No hables, Smokey, o tu mejilla podría explotar por todas partes, y ya he cumplido mi cuota de conmociones cerebrales por hoy.

Clarke gruñó y le entregó a Mulrooney un papel con el dibujo de un globo. Mulrooney asintió y se metió el papel en el bolsillo antes de volverse hacia Anya. —Anya, con su permiso verbal y escrito, grabaremos nuestra conversación. Puede solicitar un abogado en cualquier momento.

Después de que Mulrooney obtuviera su firma, tomó el formulario de consentimiento y se lo entregó a Clarke. —Muy bien, Anya, si quiere ayudarnos, díganos por qué mató al doctor Connolly— preguntó bruscamente. —Dice que está aquí para ayudarnos, así que supongo que quiere escribir una confesión. Le acercó un bolígrafo y un bloc de notas a la mesa.

Anya sintió que la estaba provocando. Cruzó las manos y volvió a cruzar sus largas piernas, y luego consultó su reloj. Mulrooney y Clarke la observaron atentamente mientras ella se colocaba un mechón de cabello sobre la sien y se frotaba la cicatriz detrás de la oreja.

Esperaron en silencio. De repente, Mulrooney adoptó una táctica completamente diferente. —¿Cuál es su juego, Anya, y por qué encubrió a Lauren?—

No era la pregunta que ella esperaba. Anya desvió la mirada y se quedó muy quieta. Mulrooney volvió a esperar. Puede que hayas acudido a mí, pastelito, pero yo sigo dirigiendo esta maldita investigación.

—Nunca pasó por el embarcadero de Lauren, ¿verdad? La vio conducir por Bay Shore a través de sus prismáticos, así que sabía que ya estaba en casa. Entonces condujo hasta la casa de Lauren, aparcó y llamó a la puerta. Cuando no respondió, entró con su llave. No vio a

nadie, así que se dirigió a la parte trasera de la casa y silbó . Al no obtener respuesta, se dio por vencida y se fue a tomar un café. Al volver descubrió que su amiga había descuartizado a su marido y ahora la está cubriendo.

Siguió machacándola mientras ella se retorcía en su asiento. —Eso la convierte en cómplice. Sabe , Anya, podríamos conseguir que el fiscal fuera mucho más complaciente con usted si coopera con nosotros.

—¡Lauren no lo mató!— gritó Anya mientras se levantaba de un salto de la silla.

Mulrooney detectó el acento que se había colado de nuevo en su voz. —Sí, lo hizo— incitó, —lo quería muerto.

—¡No, ella amaba a ese bastardo! Él merecía morir, pero ella estaba demasiado ciega para verlo. Anya se dejó caer en la silla. Su rostro tenso se hundió lentamente. Mulrooney pudo ver que estaba llorando, aunque no emitió ningún sonido.

Se sintió incómodo al ver cómo Anya intentaba contener sus emociones. Mulrooney vio en su rostro la soledad, una soledad indescriptible. Su comportamiento tocó algo en él que no podía identificar. Mientras Clarke le entregaba una caja de pañuelos, Mulrooney se debatía en el familiar conflicto entre lo que pensaba y lo que sentía. Quiso consolar a Anya, pero rápidamente volvió a meter sus sentimientos bajo su endurecida superficie.

—Está enamorado de ella, ¿verdad, Anya?— Anya se quedó mirando al frente, inmóvil.

—Sí, lo estoy, detective— susurró finalmente. Miró directamente a Mulrooney y luego a Clarke. —Ella es todo lo que me queda.

—¿Tienen una relación íntima?— preguntó Mulrooney.

¿—Una relación íntima—? No estoy segura de que pueda siquiera empezar a entender ese tipo de amor.

—Estoy dispuesto a intentarlo, pero tiene que hablar conmigo.

Anya miró a Mulrooney en busca de la seguridad de que podía confiarle algo tan preciado para ella. Después de un tiempo, volvió a hablar. —Quiero a Lauren más que a nadie. Ella es mi madre, mi padre, mis hermanitas muertas. Es mi vida. ¿Pueden entender eso, detectives?—

—Sí, ciertamente podemos. ¿Y ustedes también son amantes?— Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una condena a muerte. Clarke apartó la mirada mientras sacaba una silla y se sentaba, sosteniendo su mandíbula con la mano. —No, no es mi amante. Aunque yo prefiero a las mujeres, Lauren no— dijo, bajando la cabeza. Pensó en Lauren y sonrió. Anya siempre había considerado prudente mantener un perfil muy bajo, pero era difícil, ya que Anya no era una mujer que pasara desapercibida. Sin embargo, Lauren nunca se había sentido amenazada por el estilo de vida de Anya, y ella quería mucho más a Lauren por eso.

Anya había sufrido toda una vida de culpa creyendo que su familia había sido ejecutada por haber buscado la libertad de quienes la habían herido. Ahora Lauren era la única familia que le quedaba, y mantendría el rumbo pasara lo que pasara . Esta vez, Anya decidió que sería una vida por una vida.

Mulrooney interrumpió el silencio de Anya. —Ya que pensaba cargar con toda la culpa , Anya -le espetó-, ¿por qué no admitió que había ido a casa de Lauren esa misma noche a entregar champán y globos? Rastreamos las compras hasta usted , pero tenía las manos vacías cuando llegó allí esa noche después del asesinato.—

Clarke consiguió murmurar algo que sonó como —Cuando Ratso Rizzo se mece.

Mulrooney tradujo: —¿Cuándo vio al doctor por última vez?

—Estaba agotada de mi viaje y temía no poder permanecer despierta hasta que Lauren regresara esa noche. Así que llamé a Scott justo cuando iba a salir. Se ofreció a recoger el champán, enfriarlo por mí y colocar los globos antes de que ella volviera.

—Por razones obvias, no quería que supiera que lo había visto esa noche. Además, temía que al final aparecieran algunos rumores incriminatorios sobre Scott y yo, y no quería que Lauren dudara de mí. Cuando Mulrooney y Clarke no respondieron, ella continuó. —No hace falta decir que los rumores sobre Scott y yo son completamente infundados. Aquella noche me encontré con Scott durante unos minutos en el puente del canal de Rivo Alto, alrededor de las nueve. No sé a dónde fue después. Pero debería haberse quedado donde estaba.

Mulrooney sintió que ella se quemaba lentamente . Ella les había cambiado el panorama lo suficiente. —Anya, ¿entiende lo que

significa en este estado que se quede quieta y permita que la condenen por homicidio?—

—Sí, lo sé, detective, pero tiene que ser capaz de demostrar que lo hice. Nunca creí que fuera capaz de hacerlo... y usted tampoco.

Mulrooney la miró fijamente. —El fiscal estaba convencido de que podríamos, Anya, pero parece que sí hemos localizado un testigo que confirma su coartada. Observó cómo Anya se recostaba en su silla aliviada.

—¿Así que Lauren la hizo ser su señuelo?— Dijo Mulrooney entre dientes apretados.

—¿Qué quiere decir?— exigió ella mientras se enderezaba de nuevo. —¡Lauren no me ordenó hacer esto!

—¡La encubrió porque ni usted ni Lauren pensaron que podíamos atraparla !— gritó de repente. —¿Sabe cuál es la condena por obstrucción a la justicia o por complicidad? Deje de protegerla. Sabemos que Lauren Connolly estaba en casa en el momento en que su marido fue asesinado.

—¡Pero ella tiene coartada!

—Ya no. Se acabó, Anya. Ella no va a ayudarla , así que será mejor que se ayude a usted misma. ¿No es por eso que vino aquí hoy? Sabe algo o vio algo, ¿no?

—Lauren nunca podría hacer algo tan horrible. Se inclinó hacia Mulrooney. —Scott tenía una novia. Eso es lo que he venido a decirle . Pero no sé quién es. Esa es la verdad. Cuando vio que Mulrooney miraba a Clarke, intentó razonar con ellos. —Lauren no estaba celosa, si es lo que están pensando. Ni siquiera sabía lo de la novia hasta que se lo dije hace poco.

—Lauren le dijo que deseaba que Scott estuviera muerto, ¿no es así? Ella nos lo admitió, Anya.

—Está mintiendo.

—¿Alguna vez le dijo eso a alguien más?

—¡Por favor, detective, por favor no haga esto!

—¿Le dijo a Sam Bennett que deseaba que Scott estuviera muerto?

—¡No lo sé! Tal vez una vez cuando estaba enojada. Pero ella nunca le haría daño a Scott, y tampoco lo haría Sam. Él la quiere tanto como yo. Usted no lo conoce .

—No, no lo conocemos. Todavía no.

—Él moriría por ella.

—Podría hacerlo. Anya, no necesita ir a la cárcel para demostrar su lealtad a Lauren. Ya no es responsable de la vida de sus seres queridos. Recuerda cómo es la cárcel, ¿no?—

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo fue para usted ?

—¿Cómo cree que fue?

—Sólo puedo imaginarlo. ¿Quiere que busquemos fotos de la cárcel en la que estuvo ? Clarke, ¿puedes...?

—¡Vete a la mierda!— gritó ella. —¡Eran animales! Me tocaron con sus asquerosas manos . Me pusieron una pistola entre las piernas. La amartillaron y...— El cuerpo de Anya empezó a temblar incontroladamente.

Mulrooney se acercó a la silla, tomó su suéter y se lo puso suavemente sobre los hombros. Se agachó frente a ella y habló en voz baja. —Reconoció el cuchillo, ¿verdad? Es de Sam Bennett.

Con la cabeza todavía inclinada, asintió en silencio. —Sí, pero no quiso matar a Scott.

—¿Contrató Lauren a alguien más para matar a su marido?

—¿Por qué iba a estar allí en ese momento si lo hizo?

—Tal vez alguien se perdió su señal, Anya. A menos que lo hiciera ella misma. Tal vez debamos poner los patos en fila como lo harán los carnívoros de la oficina del fiscal. Concluirán que su amiga se peleó con su marido esa noche. Y después de que ella bebiera una gran cantidad de alcohol en su barco, lo llamó. La pelea se intensificó. ¿Fue así como ocurrió?

—Volvió a casa furiosa— continuó, —tomó unos guantes de la parte de atrás -lo que implica premeditación- y entró. Bebió un poco más de vino mientras se desvestía y se puso más ebria. ¿Es eso cierto, Anya?

La voz de Mulrooney subía de tono, presionando a Anya aún más de lo que había planeado, pero un sentimiento de frustración lo impulsó a seguir adelante. Golpeó la mano contra la mesa con tal fuerza que la pata de madera se partió. Anya se echó hacia atrás en su silla.

—Se puso los guantes y luego sacó un cuchillo que había pertenecido a Sam, sin dejar más pistas que algunas partículas de polvo en el tocador. Entonces Lauren Connolly puso fin a su volátil matrimonio de una vez por todas. Se duchó de nuevo, limpió el cuchillo y lo escondió rápidamente en la videograbadora. Entonces su mejor amiga Anya vino y la cubrió deshaciéndose de los guantes en algún lugar entre la escena del crimen y la cafetería.—

—Si ella lo asesinó, ¿por qué se metió en la cama con su cuerpo mutilado?— Anya gritó.

—O la dama bebe y olvida, o todo fue parte de una maldita actuación. Su hermosa amiga puede ser una verdadera psicópata, Anya. Créame , lo hemos visto todo. Verdad o ficción, cualquiera de las anteriores dará a los fiscales suficientes posibilidades para resucitar a Freud. ¡Y la arrastrará con ella!—

Anya saltó de su silla y la pateó tan fuerte que se estrelló contra la pared junto a Clarke. Clarke se levantó y la clavó en su sitio con una mirada de láser. Anya les gritó a las dos, con los ojos oscuros de ira. —¡Les he dicho que ella no lo hizo! No pueden achacarle esto a Lauren.

Se quitó el suéter de Mulrooney de los hombros y lo lanzó hacia la mesa antes de dar vuelta para enfrentarse a él de nuevo. —¡LO HICE! Maté al bastardo porque la quería para mí. Usé el cuchillo de Sam porque sabía que sospecharían de él.

—¿De verdad?— se burló Mulrooney mientras se inclinaba para recoger el suéter. —¿Después de matarlo fue por un café mientras estaba cubierta de sangre?

Mientras Anya dudaba, él pudo ver cómo se aferraba a una respuesta. —Por supuesto que no. Había escondido ropa extra bajo el muelle de la playa. Me cambié allí y quemé mi ropa en el barril de fuego de la playa, luego bajé corriendo por un café para tener una coartada.—

—Anya, Lauren ya estaba en casa a las 11:59 P.M.

—Lo sé. Estaba en el baño secándose el cabello, así que no supo que yo estaba allí.

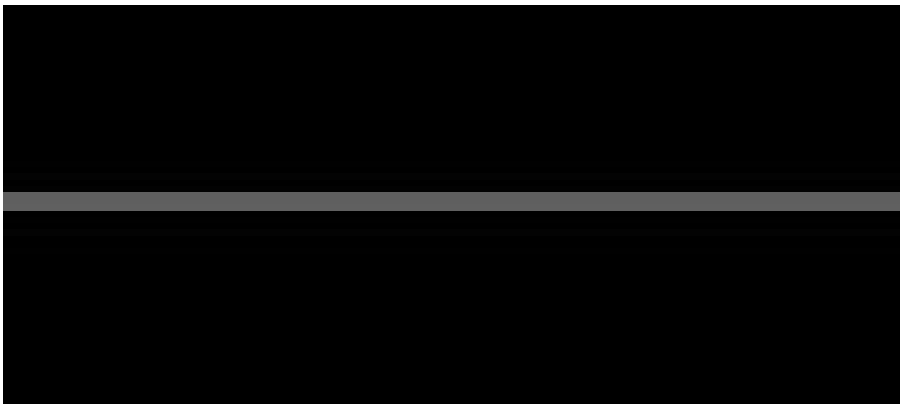
Mulrooney sacudió la cabeza y se pasó la mano por el cabello. Se preguntó si Isabella lo había amado alguna vez tanto como Anya amaba a Lauren. Anya estaba dispuesta a morir por ella. ¿Qué otra cosa la impulsaría a acudir a ellos sin consejo, asumiendo el máximo riesgo?

La respuesta le llegó con una ráfaga de pánico. Si Anya realmente creía que en última instancia no podrían inculparla del crimen, podría correr ese riesgo para ganar tiempo y que Lauren pudiera llevar a cabo un plan. Mulrooney sintió que el sudor le llegaba a la frente. Oyó un golpe repentino en la puerta y la abrió de un tirón.

Era Killackey. —La vigilancia ha perdido a Lauren Connolly— susurró.

—¿Qué quieres decir con que la han perdido? Se dijo a sí mismo que esto no podía estar pasando. Había dejado que una sospechosa se acercara a él, y luego la había dejado escapar. Se dio cuenta de que había sido engañado por Lauren Connolly desde el momento en que puso sus ojos en ella. Te han engañado, Mulrooney. ¡Jesucristo, te la han jugado! —¡Encuentren a Lauren Connolly!— gritó. —¡Pon un A.P.B. Quiero saber de la vigilancia en cuanto la encuentren!—

Cuando Mulrooney se volvió hacia Anya, ella estaba comprobando discretamente su reloj de nuevo. Miró a Clarke, que estudiaba a Anya con atención. Anya soltó lentamente el aliento y se apartó el cabello de la cara.



Las ruedas del Lexus plateado chirriaron con fuerza cuando Michael entró en la terminal internacional del aeropuerto de Los Ángeles. —Tienes los dos billetes y las identificaciones que te di, ¿verdad?—

Lauren asintió y le apretó la mano.

—¿No puedo hablarte de esto?— le dijo Michael a Lauren mientras se acercaba a la acera.

—No, Michael, y deja de preocuparte. Te llamaré cuando llegue.

—Eres una terca— sonrió. —Pero ya sabes dónde localizarme.

Cuando Lauren salió del coche, vio que un Cutlass oscuro se desviaba hacia la acera. Una mujer rubia saltó del coche y agitó una placa ante el policía de tráfico del aeropuerto. A continuación, apartó a un sorprendido maletero y siguió a Lauren hasta la terminal. En cuanto Lauren reconoció a la mujer como la persona que la había estado siguiendo en Belmont Shore, se coló entre un grupo de turistas y aceleró el paso en un intento de ganar distancia. La rubia vaciló en la escalera mecánica antes de continuar en la misma dirección.

Lauren miró por encima del hombro mientras pasaba el control de seguridad. La policía volvió a mostrar su placa, pero se quedó a poca distancia.

Tras llegar a la puerta, Lauren se quedó nerviosa cerca de una columna de mármol donde podía vigilar en todas las direcciones.

De repente, volvió a ver a la rubia cuando la agente tomó asiento en la abarrotada zona de pasajeros y miró a Lauren antes de apartar la vista. Sangre fría , observó.

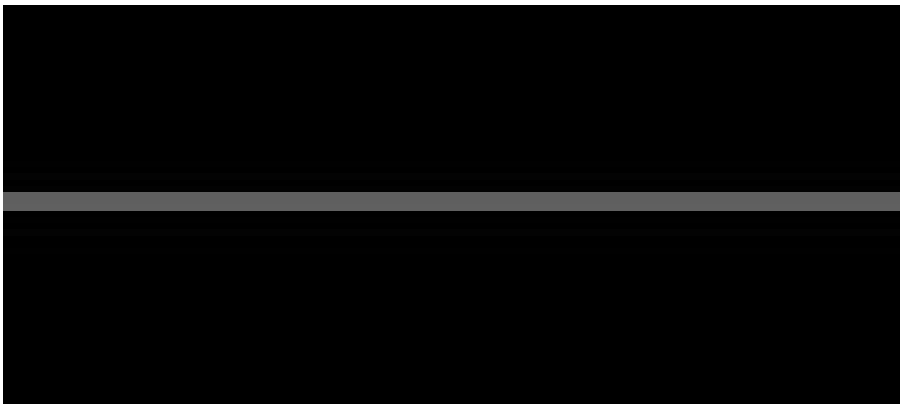
Cuando Lauren se fijó en un tabique que conducía a la sala VIP, se puso detrás del tabique y esperó. Su corazón latía con fuerza mientras luchaba contra su deseo de huir. Oculta por el tabique, sabía que ya no estaba a la vista, pero podía ver su vigilancia en el reflejo de la ventana de la terminal.

En cuanto la policía bajó la vista para marcar su teléfono, Lauren salió de detrás del tabique y se escabulló de nuevo entre la multitud. Al pasar corriendo junto al agente de vigilancia, estaba tan cerca que pudo oír al joven policía gritar al teléfono: —¡Maldita sea, no me han dado autoridad para detenerla! Dile a Mulrooney que está en la sala VIP. Creo que tiene un billete a Sydney.

Lauren corrió por el aeropuerto, hasta la terminal de salidas nacionales. Mostró su otro billete en el control de seguridad y llegó a la puerta de embarque justo cuando la puerta del avión estaba a punto de cerrarse. Mientras un empleado la hacía pasar, Lauren miró por

encima de su hombro. La oficial rubia no estaba a la vista.

Lauren se sacudió el cabello húmedo de la nuca. De repente, un escalofrío la recorrió. Sabía que podía estar cometiendo el mayor error de su vida. Pero ya era demasiado tarde; había tomado su decisión. Lauren subió a bordo del vuelo justo cuando la azafata anunció su destino. Miami, Florida.



—¿Quiere que escriba una confesión detallada ahora? preguntó Anya mientras miraba la sala de interrogatorios.

Clarke guardó un serio silencio mientras Mulrooney se paseaba por la habitación. —¿Cuánto tiempo piensa seguir así, Anya?— preguntó Mulrooney. Anya no dijo nada y volvió a consultar su reloj.

Un fuerte golpe en la puerta volvió a interrumpir el silencio. Killackey asomó la cabeza para susurrarle a Mulrooney. Anya lo observó, tratando de leer la expresión de Mulrooney. Él hizo una señal a su compañero y luego murmuró algo mientras Clarke se acercaba. Anya notó que Clarke ponía los ojos en blanco, exasperado. Salió bruscamente de la habitación, dejando a Mulrooney a solas con Anya.

Mulrooney giró sobre sus talones para mirar a Anya. Sus ojos estaban llenos de ira. —La han pillado, Anya— le espetó. —Sabemos que cubriste el tiempo suficiente para que tu amiga partiera hacia Sydney, pero hemos retrasado el vuelo. También hemos comprobado que la póliza de seguro de Connolly valía un millón de dólares.

—¿Y?

—Le juro por Dios que se va a hundir como el Hindenburg por

cubrirle el culo. La arrestaremos por complicidad, por interferir en una investigación, por intentar presentar un informe falso y por colocar un artefacto incendiario en mi coche. Y eso es sólo el principio. La voy a culpar por todo, desde pasearse hasta maltratar mi maldito suéter del Sr. Rogers.

Anya lo miró fijamente. Su boca se movió en una cara de piedra. —Como he dicho, yo asesiné a Scott Connolly. Usted y tu equipo tuvieron razón todo el tiempo, así que asumo que pueden probarlo. Una sonrisa de alivio se extendió muy lentamente por el bello rostro de Anya Gallien mientras Mulrooney salía dando un fuerte portazo tras de sí.

VEINTIDÓS

MIAMI, FLORIDA

Lauren se sentó en la parte trasera de un taxi y contempló el brillante sol de Miami antes de comprobar su reloj. 10:30 A.M. Era la hora. Lauren sabía lo que tenía que hacer. Sacó una pinza para el pelo y, distraídamente, se colocó el pelo suelto encima de la cabeza, dejando que varios mechones cayeran alrededor de la cara.

Mientras el taxi recorría la hilera de restaurantes y clubes nocturnos, Lauren trató de mantener la calma. Un grupo de visitantes japoneses charlaban animadamente y sacaban fotos de un cartel de neón con una chica bailando desnuda, que se metamorfoseó bruscamente en un hombre. Lauren se rió en voz alta cuando a un animado hombre que posaba delante del cartel le salió un gran falo rojo de la oreja izquierda mientras el cartel cambiaba de género.

El taxi redujo la velocidad al llegar al final de la calle. Después de pagar al conductor, Lauren se paró en la acera con su maleta en la mano, queriendo de repente huir. En lugar de ello, se alisó el vestido de gasa blanca y luego obligó a sus piernas a guiarla a través de la puerta. Cuando ajustó sus ojos a la escasa luz, pudo ver que el club estaba vacío.

Cuando miró alrededor de la acogedora sala, su tensión se disipó ligeramente. Casi podía oír la música, como si estuviera pintada en las paredes de color vino. Un piano de ébano dominaba una pista de baile de mármol rosa rodeada de muebles art decó negros y cromados. Las pantallas de las lámparas eran del color de las plumas de los guacamayos y cada mesa estaba adornada con un jarrón negro en forma de clarinete. Encima de una mesa había una caja de jengibre rosa y heliconias amarillo pálido a la espera de un arreglo.

El broche de oro de la sala era una colección de fotografías suavemente iluminadas en marcos de laca negra. Miles Davis, Dizzy Gillespie, Ella Fitzgerald, Satchmo y Charlie Parker observaban tranquilamente a Lauren mientras consideraba su próximo

movimiento.

De repente, a Lauren se le cortó la respiración. Reconoció el sonido de sus pasos incluso antes de que Sam entrara en la habitación. Estaba mirando hacia abajo cuando se detuvo bruscamente, como si hubiera captado un olor familiar. Una mirada sorprendida se extendió por su rostro robusto y atractivo.

—¿Lauren?— susurró mientras entrecerraba los ojos en la tenue luz. Inseguro del siguiente movimiento, sus pies se mantuvieron firmes en el suelo mientras sus ojos hambrientos la absorbían. —Dios mío, nena, ¿eres tú?

—Sí, Sam, soy yo. Lauren carraspeó.

Sam se acercó a Lauren lentamente. Se detuvo para mirarla a los ojos por un momento, y luego se inclinó y la atrajo hacia él. Sam envolvió su cuerpo alrededor de Lauren como si cualquier espacio entre ellos pudiera permitirle escapar de él de nuevo. Apoyó la cara en su pelo y respiró profundamente.

Lauren apretó su cara contra el hombro de Sam y se aferró con fuerza. Su olor la dominó mientras sus manos le acariciaban la espalda y los hombros. Cuando sintió su aliento contra su cara, se inclinó más hacia él. —Sam— susurró.

Sam se apartó de repente de ella y carraspeó. Su mandíbula se puso rígida mientras su mente intentaba una vez más desconectarse de ella. —¿Por qué has venido aquí, Lauren?

—Tenía que hacerlo. Necesito hablar contigo. Las piernas de Lauren temblaban tanto que se agarró al respaldo de una silla para apoyarse.

—¿Cómo me has encontrado aquí?

—Casi todo el mundo cree que sigues en Australia, que estoy segura de que es lo que habías planeado. Pero te conozco bien, Sam. Siempre quisiste montar un club en Miami. Y sospeché que usarías el mismo nombre, Jazzin', como antes.

Sam se sentó en una mesa cercana. Mientras apoyaba la frente en sus manos, sus brazos bronceados y musculosos brillaban bajo la suave luz.

—Sé que ahora necesitas a alguien, Lauren. Mis antiguos contactos en Long Beach me dijeron que Scott había sido asesinado. Tenía muchas

ganas de ponerme en contacto contigo para ofrecerte mi ayuda. Y también para decirte cuánto lo siento. Se frotó la frente con sus fuertes dedos. —Lo siento por ti, eso es.

—Sam-

—Escúchame, Lauren. Estos meses separados me han costado todo lo que tengo. Él se volvió para mirarla, su voz pesada con resolución. —Simplemente no puedo hacer esto de nuevo.

Lauren se quedó mirando su cara. Ni siquiera la dura máscara podía disimular su dolor. Por primera vez supo por qué necesitaba volver a verlo . Lauren sabía que Sam la ayudaría a salvarse, o la destruiría. Para Lauren no había otras alternativas. —No me rechaces, Sam.

—Te dije cuando me fui que nunca me conformaría con sólo una parte de ti.

—¿Incluso si eso es todo lo que queda?

Los ojos de Sam acariciaron cada detalle de su rostro antes de suspirar con resignación. —Ven aquí, nena— dijo, mientras alargaba la mano para subirla a su regazo. —Cristo, te he echado de menos. Entonces, atrajo a Lauren hacia él con total entrega.

VEINTITRÉS

Mulrooney se sintió tan vulnerable que tuvo que luchar contra su recurrente impulso de asegurarse de que su arma estaba en su sitio. Clarke, que estaba de pie a su derecha, se acercó. Mulrooney sabía que su compañero estaba tratando de protegerlo de la turba mediática. No hace falta que caigas conmigo, amigo. Deja que se lleven su mejor golpe.

Clarke apartó suavemente el micrófono de la cara de Mulrooney. —Déjennos un poco de espacio, ¿quieren ?— sugirió, de una manera que sonaba francamente amistosa. Su discurso seguía siendo confuso, pero su lenguaje corporal era claro.

El reportero del Press Telegram no se dejó disuadir. —Si se busca a la señora Connolly para interrogarla, ¿cómo se las arregló para huir a Sydney sin que usted lo supiera?

Clarke se adelantó. —Porque sólo es una persona de interés, la Sra. Connolly no se ha fugado -como usted dice-. Y no está en Sydney. Ese informe fue prematuro. Creemos que puede estar en Florida, muy probablemente intentando recuperarse de tan traumática experiencia. —

—Detective Mulrooney— gritó una reportera, —los rumores sugieren que tiene un historial de relaciones problemáticas con las mujeres. ¿Influyó eso en alguna de sus decisiones o motivaciones en este caso?

—No— respondió Mulrooney escuetamente.

—¿Puede decirnos qué sucedió durante ese incidente tan publicitado en la policía de L.B. cuando...?

—No— dijo él, cortándola.

—¿Es cierto que abusa de las mujeres?— preguntó ella.

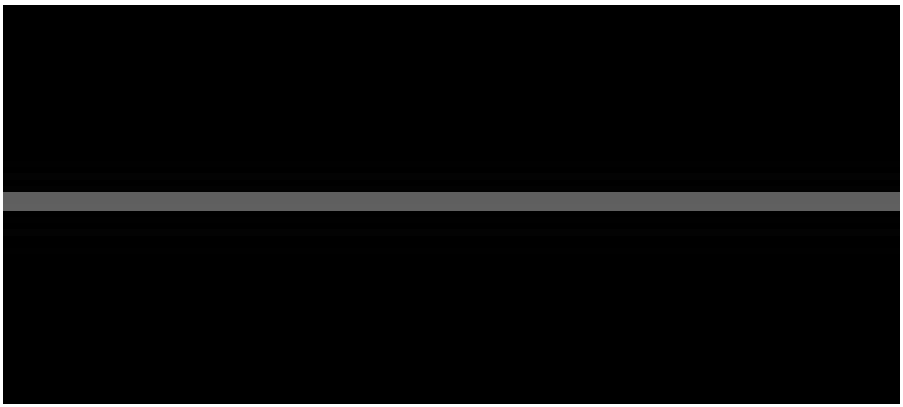
Si eso fuera cierto, ahora mismo estaría masticando la piel de mis zapatos, pensó él. —No— fue la única palabra que pudo escupir sin que se produjera una explosión. Mulrooney se dio vuelta y volvió a abrirse paso a codazos entre la multitud hacia la comisaría.

—Detective Mulrooney— dijo otra reportera al pasar, —¿ha podido determinar quién es el responsable de colocar el artefacto explosivo en su coche?

—Probablemente Gloria Allred— murmuró.

Clarke bloqueó a la multitud mientras ésta avanzaba. —Se acabaron los deportes sangrientos , amigos.

Mulrooney se sintió satisfecho por el hecho de que la palabra —amigos— sonaba sospechosamente como —joder. Cuando abrió de un tirón la puerta de la comisaría, la multitud que tenía detrás se reflejó en el cristal. El detective Carlos Atilla estaba cerca, sonriendo mientras veía a Mulrooney retirarse.



Con gran habilidad, Sam pilotó su Camarque de 48', el 'Kookaburra', fuera de Key West. Sam era dueño del barco con varios socios que lo amarraban en Cayo Hueso para aprovechar la pesca y el buceo. Poco después de la llegada de Lauren, Sam había cedido el club a su gerente, Biragidji, para poder estar a solas con Lauren. También quería no correr riesgos en caso de que la estuvieran siguiendo.

El vuelo desde Miami había sido corto, ofreciendo unas vistas impresionantes de la costa y los cayos de Florida. Ahora Sam podía por fin relajarse un poco al sentir la cálida brisa que lo envolvía. La emoción lo embargó desde que ella entró en su club el día anterior. Aunque estaba encantado de verla, sabía que su orgullo herido y dañado apenas se había disipado en los diez meses que habían pasado desde que se separaron.

Sam siempre había conseguido casi cualquier mujer que quisiera.

Había aprendido de las rodillas de un experto, su padre Warren. Habían vivido en un pintoresco pueblo ribereño de Nueva Gales del Sur, Australia, llamado Macquarie Post, que en su época fue un cruce comercial para la ciudad más grande de Macquarie, sede de la fiebre del oro en 1851.

La vida en el pequeño pueblo no había sido fácil. Su familia había sido una fuente de diversión para los lugareños debido a los deportes de su padre, que bebía y era mujeriego. Pronto la bebida del viejo había agotado los pocos recursos que tenía la familia, y los frecuentes arrebatos habían convertido la vida en casa en una cuestión de escasa tolerancia para Sam.

Aunque Sam era sociable y amante de la diversión, de vez en cuando instigaba peleas sólo para poder destrozar a alguien. A veces su ira era tan abrumadora que se sentía como si viviera en un agujero negro. A menudo, la única manera de controlar sus cambiantes estados de ánimo era trabajando hasta el punto de colapsar.

Sam consideraba eficaz combinar su trabajo con su vida social, por lo que la propiedad de un bar era una opción lógica. Después de establecer y posteriormente vender su exitoso bar de Sydney, tuvo suficiente dinero para buscar fortuna en Estados Unidos y dejar atrás su problemático pasado.

Aunque Sam amaba América -y a las mujeres americanas- se sentía solo en Estados Unidos. Cuando vio por primera vez a Lauren, su intención era simplemente seducirla. Sam se vio sorprendido cuando se enamoró.

Lauren era única. Sam podía escucharla durante horas mientras le contaba anécdotas de sus aventuras laborales. Ella le enseñó muchas cosas. Podía ser infantil y divertida en un momento, y apasionada y poderosa al siguiente. A menudo se sentaba a bordo del Seduction a escuchar su música clásica, fascinado por la pasión de su rostro. Con el tiempo, su relación lo consumió.

Sam estaba convencido de que su marido Scott nunca había apreciado a Lauren. Pero Scott había utilizado el fuerte sentido de lealtad de Lauren y su sentimiento de culpa para manipularla y que volviera con él. Sin embargo, Sam nunca dejó de creer que un día tendría a Lauren para él. Completamente. No estaba dispuesto a perderla de nuevo. Sam Bennett no era un perdedor.

Mientras Lauren revisaba su equipo de buceo, Sam giró para mirarla,

apenas capaz de creer que estuviera allí . Quería darle tiempo para lidiar con los cambios inesperados en su vida. Él también necesitaba tiempo. Todavía estaba furioso, tal vez incluso amargado , porque ella lo había dejado para volver a Scott. Ahora, cuando miraba a Lauren, podía sentir una distancia. Pero Sam había resuelto hace tiempo hacer las cosas a su manera, y creía que podía hacer que ella lo quisiera de nuevo. Era cuestión de tiempo.

Mientras Key West se adentraba de nuevo en el horizonte, Lauren se relajó en el salón principal luchando contra las imágenes de la noche anterior, que había sido solitaria y confusa. Después de haber accedido a pasar tiempo con Sam lejos del club, se había ido sola a su habitación de hotel, desesperada por dormir.

A lo largo de la noche, rostros conocidos la habían rodeado como juerguistas de Mardi Gras. Reían y lanzaban confeti y baratijas, que resultaban ser pequeños cuchillos cubiertos de sangre que le cortaban las manos cada vez que intentaba recogerlos. Tim Mulrooney también estaba allí, mirando a través de ella como si fuera un fantasma. Cuando alargó la mano para tocarlo , se sorprendió al ver que tenía las manos y el cuerpo cubiertos de sangre. Mulrooney la agarró del brazo y no la soltó. Lauren se despertó sudando, sin poder volver a dormir.

Al salir el sol, Lauren se sentó en la cama con el teléfono en la mano queriendo llamar a Mulrooney para decirle dónde estaba. Tenía que explicarle su necesidad de enfrentarse a Sam en persona. Si Sam era una amenaza, ella tenía que saberlo.

Lauren estaba avergonzada por haber traicionado la confianza de Mulrooney. Le gustaba estar cerca de él, incluso en esa horrible noche en que se conocieron. Comprendía la dependencia emocional que una persona puede desarrollar hacia un —salvador— pero también se conocía lo suficiente como para entender que su atracción por el detective era más profunda que eso. Por su fuerza silenciosa, él era un ancla que mantenía firme su barco y la hacía sentir segura en medio de un caos repentino y abrumador.

Lauren percibió el tipo de hombre que era Mulrooney desde el momento en que lo vio. Intuyó que no estaba acostumbrado a la brutalidad de su trabajo; e inconscientemente notó su vulnerabilidad cuando la tocó aquella noche. Se preguntó si él recordaba haberle puesto la manta alrededor de los pies descalzos, y sonrió al recordarlo. Pero a pesar de su deseo de apoyarse en Mulrooney, necesitaba más tiempo antes de llamarlo.

Ahora Lauren se recostó en la cubierta mientras el suave vaivén del barco aliviaba su tensión. Se adormiló de forma intermitente hasta que sintió el leve trazo de un dedo acariciando su cara y deslizándose por sus labios. Lauren presionó sus labios contra el dedo de Sam y abrió los ojos.

—Eres preciosa— susurró. —¿Te lo he dicho alguna vez?

Volvió a cerrar los ojos y acercó la mano de él a su cara, que era lo más cerca que se atrevía dejar a alguien. Aunque sintió la caricia conocida presionando sobre ella, sus ojos aún no podían soltar las lágrimas. —Sabes que maté a Scott, ¿verdad, Sam?— susurró.

Sam la miró detenidamente y luego se apartó. —Calla— la tranquilizó, —vuelve a dormir, nena.

—Pero lo hice.

—Lauren...

—Yo maté a Scott. Fue mi culpa.

—Para esto, Lauren.

—Sabía que mi vida sería mucho más fácil si él se iba . Eso resolvería mis problemas, con él y contigo.

Sam se quitó el pelo de la frente. —¿Quieres decir que le deseaste la muerte?

—Sabes que lo hice, Sam. Te lo dije una vez cuando estaba borracha y enfadada . ¿Cómo pude decir una cosa tan horrible?

Sam evitó su mirada mientras se reclinaba a su lado y la acercaba a él. —No eres la única persona que ha albergado pensamientos fugaces sobre la muerte de alguien, o la suya propia, como medio de escape. Pero el asesinato de Scott no se debe a que lo hayas deseado en un momento de debilidad, cariño.

—Una vez pensé que si él moría podría tener las dos cosas. No tendría que dejarlo, y podría tenerte a ti. Bueno, conseguí mi deseo, ¿no?

—Mira, si pensarlo lo hiciera, todos seríamos culpables de homicidio. Nunca harías daño a Scott conscientemente. Ni siquiera pudiste dejarlo a pesar de que ese arrogante de mierda te trató como una basura .

Lauren detectó la amargura en la voz de Sam mientras miraba el agua azul empujar sus gorras blancas hacia el cielo. —Le hice mucho daño cuando me enamoré de ti.

—Lo sé, Lauren, pero no me siento culpable. No puedo. Si hubiera pensado que te amaba tanto como al dinero y las drogas, me habría ido voluntariamente.

Se sentaron en silencio durante unos instantes y contemplaron el horizonte desde donde estaba anclado el barco.

—Te quería, Sam.

—Lo sé— dijo Sam con tristeza, notando su uso del tiempo pasado. —Y te quiero más que a nada en mi vida. Pero también siempre amaste a Scott.

—¿Crees que una mujer puede amar de verdad a más de un hombre?

—Sí. Pero un amor tenía pasión, y el otro no. No podía compartirte.

Lauren vio como la mirada oscura se extendía por su cara de nuevo. —Sam, no te cierres— suplicó mientras buscaba su mano. —Dime lo que estás pensando.

—Es que odio que te quedes con tanta culpa. Si Scott hubiera estado ahí para ti, nunca te habrías ido con otro hombre .

Ella sonrió a pesar de sí misma. —¿Sabes que estás sonando como un australiano otra vez?

—Auh , dame un respiro. Sam trazó la nariz de Lauren con su dedo y luego alisó sus cejas. —¿Te arrepientes de haberme conocido?

—No. Sólo me arrepiento de no haberte conocido antes.

Sam suspiró y miró por el ojo de buey a la vasta extensión de azul. —Mira ahí fuera— dijo mientras la levantaba para que se sentara.

—¿Qué? Estamos en medio de la nada.

—Mira bien.

Lauren se levantó y miró al sur de donde estaba anclado el barco. Extendiéndose en la distancia había un afloramiento que parecía un extenso banco de arena. Sam la llevó a la popa donde podía tener una vista clara. Podía ver tonos eléctricos brillando desde debajo del agua

como un arco iris sumergido.

—¡Qué hermoso arrecife!— exclamó.

—He pensado en ir a bucear. Te encantará este lugar. Hay más de mil quinientos tipos de peces y cientos de corales.

—¿Y los tiburones?

Sam sonrió. —No te preocupes, cariño. No se ha visto ninguno en la zona. Compruebo los informes cuidadosamente cada vez que me sumerjo.

Lauren notó cómo los ojos de Sam reflejaban los colores del océano, como si la noche se encontrara con el día. Pero debajo de su sonrisa fácil había una turbulencia que ella casi podía sentir. Cuando ella lo miró, la sonrisa abandonó su cara tan rápidamente como había llegado.

De repente, Sam la agarró y la atrajo hacia él. Se inclinó hacia Lauren, respirando con dificultad. Su inesperada pasión la desconcertó tanto que se retorció para liberarse de su agarre. Sam se apartó bruscamente. Dejó a un lado el chaleco salvavidas y le dio la espalda. Mientras él se ponía el traje de neopreno, Lauren se recompuso.

—Lo siento, no debería haber hecho eso— murmuró. —Pensé mucho anoche, Lauren. Te quiero más que a nada en este mundo, pero tengo que tenerte toda. O nada . Fijó una mirada acerada en Lauren. —Sé que necesitas a alguien ahora mismo, pero yo necesito cuidarme. Y necesito acabar con esto. Subió de un tirón la cremallera de su traje de neopreno.

—Lo entiendo— respondió ella en voz baja. Esperando que la inmersión le diera tiempo para pensar, Lauren se puso el traje de neopreno y las botas de buceo y comprobó la válvula de oxígeno de ambas botellas antes de ponerse el chaleco de control de flotabilidad. Se dirigió al borde del barco donde se puso la máscara y las aletas y esperó mientras Sam sacaba un fusil de pesca de la caja de aparejos.

—¿Planeas pescar algo?— preguntó Lauren tímidamente.

—No, es por protección.

—Ahora sí me siento segura— dijo sarcásticamente. Se puso los guantes y miró por encima de la borda, donde un banco de peces mariposa amarillos se alimentaba cerca de la superficie.

—¿Qué clase de...?— Se detuvo bruscamente cuando vio que Sam se colocaba un cuchillo en la pierna. Lauren reconoció el estilo distintivo de la empuñadura tallada a mano que sobresalía de la vaina y un miedo abrumador la invadió. —¿Por qué necesitas un cuchillo?— Sus ojos se fijaron en la hoja mientras Sam la limpiaba contra su traje de neopreno y la volvía a meter en la funda.

—Voy a cortar un erizo de mar para atraer a los peces.

Lauren sintió que se le cortaba la respiración en la garganta. —¿Es ese el cuchillo aborigen que usas para cazar, el que hizo tu amigo George Un-Ojo ?—

Sam se puso el chaleco de buceo mientras respondía. —No, ese lo perdí. Este está diseñado para bucear. Bien, Lauren, vamos. Tírate conmigo. Se metió el regulador en la boca y lo sujetó con una mano mientras sostenía el manómetro con la otra. Luego se sentó en el borde de la embarcación y cayó de espaldas al agua.

Lauren se sentó por un momento, sabiendo que no había lugar para correr si Sam quería hacerle daño. Él podría encontrarla en cualquier lugar. Sólo sería cuestión de elegir su tiempo. Lauren estaba decidida a enfrentar el miedo de frente en lugar de huir de él. Por eso había venido. Se metió el regulador en la boca y siguió a Sam en el agua oscura.

VEINTICUATRO

Mulrooney y Clarke estaban sentados en el pequeño despacho de Mulrooney tratando de evitar mirar la cara pustulosa de un loco de la velocidad. Mulrooney se dio cuenta de que Clarke había deslizado su silla lo más lejos posible del chico, probablemente porque éste olía a pies infectados.

—Deja de rascarte esas costras y pon las manos en el escritorio, Slag — ladró Mulrooney. —La estás empeorando. Y tú me estás poniendo enfermo. El chico obedeció nerviosamente.

Mulrooney estaba trabajando en una nueva perspectiva . Su corazonada sobre la relación entre el asesinato del doctor Connolly y los homicidios de Jersey había dado con algo esa mañana. Se determinó que el cuchillo con el que Clarence Smolley había sido asesinado en el momento de la eyaculación en el show erótico tenía una hoja de cinco pulgadas con punta dentada, como el utilizado en Connolly. Mulrooney se moría de ganas.

—Todo lo que queremos saber es con quién andaba Clarence Smolley en Long Beach antes de irse a Florida— le dijo Mulrooney al chico, que apenas podía mantenerse en su asiento.

—No sé los nombres, hombre. Y no sé de dónde has sacado tu información, pero Clarence Smolley no era ningún amigo. Le compré una vez. Sólo una vez, hombre.

—Quédate quieto, Slag— interrumpió Clarke. —¡Sigues moviendo el culo como si hubiera que limpiarlo!

—Lo siento, hombre — dijo el chico, —pero creo que sí.

Mulrooney hizo una mueca y miró a Clarke, que se limitó a negar con la cabeza. La escoria no parecía merecer el tiempo que estaban pasando, y ambos estaban agotados.

Habían pasado casi toda la noche en vela intentando localizar a Lauren. Tras retener inicialmente el avión con destino a Sídney en vano, habían pasado horas cruzando datos sobre vuelos que mostraban horarios de salida cercanos a los del vuelo de Sídney, así como pasajeros femeninos que viajaban solos y arreglos de última

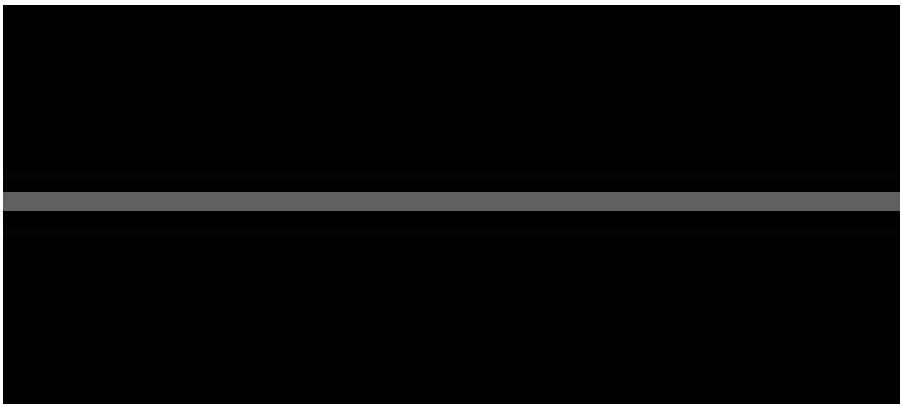
hora realizados desde las centrales telefónicas de Belmont Shore. Finalmente habían comprobado que Lauren estaba en Miami, viajando con una identificación falsa. Una conversación anterior con la policía de Miami había resultado infructuosa. Ahora el interrogatorio a uno de sus informantes estaba resultando igual de frustrante.

Clarke se levantó para abrir la puerta. —Puedes irte, chico— dijo.

Slag se rascó la entrepierna y se pasó una mano por el pelo grasiento mientras se levantaba para salir. —Siento no poder ayudarte, amigo — dijo. —Sólo conocí a Clarence Smolley una vez. Pero solía verlo merodeando por delante del Jazzin' antes de que se quemara.

Mulrooney y Clarke se miraron con las cejas levantadas. —Vaya, vaya, vaya, qué pequeño es el mundo— entonó Clarke. Asintió a Slag y le mostró la puerta.

—Y sórdido— añadió Mulrooney mientras cerraba la puerta de una patada.



Las burbujas de aire se arremolinaban junto a la cabeza de Lauren mientras ésta equilibraba sus orejas y descendía lentamente por la cara exterior del arrecife. Se maravilló con los corales de colores y la vida marina que se ondulaba frente a ella como un cine en 3D. Cuando Sam tiró de su pierna para indicarle que se nivelara, comprobó su manómetro.

Mientras miraba a Sam, podía ver cómo el océano se precipitaba hacia un amenazante abismo negro más allá de él. Mantuvo el medidor de profundidad en la mano para controlar sus niveles, que podrían aumentar fácilmente a profundidades peligrosas debido a la

desorientación bajo el agua.

Lauren finalmente se relajó y dejó que Sam tomara la iniciativa. Se quedó mirando con asombro mientras él señalaba el coral cuerno de alce y un banco de hadas de color fucsia. Mientras flotaba a lo largo de la pared con la corriente, observó fascinada cómo una cría de tortuga marina pasaba nadando en busca de comida. Costeando el arrecife, Lauren redujo su profundidad y nadó hacia un banco de lábridos .

Juntos, Sam y Lauren subieron gradualmente antes de nivelarse a unos sesenta pies. Lauren miró hacia arriba justo cuando varias aves marinas se zambulleron en un banco de anchoas que nadaba por encima de su cabeza. Mientras las anchoas se agitaban como una nube y cambiaban de dirección en un solo movimiento, ella observó su nado sincronizado con asombro.

Cuando Lauren se volvió para ver si Sam se había fijado en ellos, vio que su intensa mirada estaba fija en ella, no en los peces. La miraba fijamente mientras colgaba en suspensión, inmóvil. De repente, su mano se desvió hacia adelante, levantada por la corriente. Lauren se congeló horrorizada. Sam sostuvo su arpón frente a él y apuntó.

Con una explosión de movimiento, Lauren se lanzó lejos de él antes de que pudiera disparar. Mientras movía sus piernas furiosamente para escapar, tuvo que luchar contra el peso de su equipo y contra su miedo paralizante. Intentó nadar por encima de él, observando aterrorizada cómo la seguía con su puntería, apuntando el arma a su cabeza. Lauren gritaba en su boquilla mientras intentaba en vano nadar contra la corriente.

En pocos segundos, las poderosas piernas de Sam la pusieron a su alcance. Luchando con toda la fuerza que pudo, pateó con fuerza contra él, pero su aleta atrapó la punta del arma. El arma se descargó, disparando la afilada lanza a través de su aleta.

Lauren sintió un violento tirón en su pierna. Sam estaba enrollando la cuerda que estaba conectada al arpón. Ella se tambaleó impotente mientras luchaba por liberarse de su aleta incrustada , pero la fuerte mano de él le agarró la pierna y la acercó. Desesperada por liberarse, Lauren se agarró al arrecife, pero sus guantes se rasgaron en el áspero coral. El cuerpo tenso de Sam empujó contra el suyo, estrellándola contra la pared. Volvió a gritar cuando el coral le desgarró la piel. Los ojos de Sam eran oscuros y penetrantes. Más allá de Sam, el abismo negro se acercaba en su intento de tragarla. Sam la sostuvo contra el

coral mientras intentaba recargar el arpón.

Ella se abalanzó sobre él, pero su regulador se enganchó en una protuberancia de coral de fuego, lo que la obligó a echar la cabeza hacia atrás mientras le arrancaba la fuente de aire de la boca. Mientras Lauren aspiraba agua en sus pulmones, buscó frenéticamente su manguera de aire adicional. Mientras luchaba, arrancó el arpón de las manos de Sam. Sam la sujetó con una mano mientras desenfundaba su cuchillo con la mano libre. Se acercó a ella con el cuchillo sujeto en su puño cerrado.

Mientras Lauren perdía rápidamente el oxígeno, Sam pareció volverse más grande y desfigurado . Un vértigo en su cabeza dio paso a luces y colores brillantes. El ruido se hizo más fuerte dentro de su cabeza. Se sintió flotar a través de un remolino de luciérnagas diurnas, cayendo cada vez más rápido a través del brillo azul.

De repente, sintió que le metían un regulador en la boca. Vomitó agua de mar en el regulador y lo apartó. Sam se lo volvió a meter en la boca y pulsó la válvula de purga para vaciar la boquilla. Lauren tragó aire antes de volver a vomitar.

Se dio cuenta de que se movían juntos como un solo cuerpo, subiendo hacia la superficie mientras aspiraban la vida de un tanque de oxígeno. El cuerpo de Sam rodeaba el de Lauren, con su cuchillo aún agarrado en la mano. Señaló con énfasis algo más allá de Lauren. Cuando ella giró lentamente la cabeza en dirección al cuchillo, lo último que vio fue un tiburón destrozando los restos de un gran atún.

VEINTICINCO

Michael Ryan miró a Anya con frialdad. —Tienes que decirme adónde fueron Lauren y Sam después de salir de Miami, Anya. Lauren no me llamó como había prometido. Estoy preocupado por ella. Y tiene que saber que la buscan para interrogarla.

—Estoy segura de que ya lo sabes— respondió Anya secamente. Miró más allá del pequeño puente que cruzaba el canal antes de volver a mirar para asegurarse de que ella y Michael no eran seguidos.

—No estoy tan convencido como tú de que esté a salvo con Sam Bennett— razonó Michael.

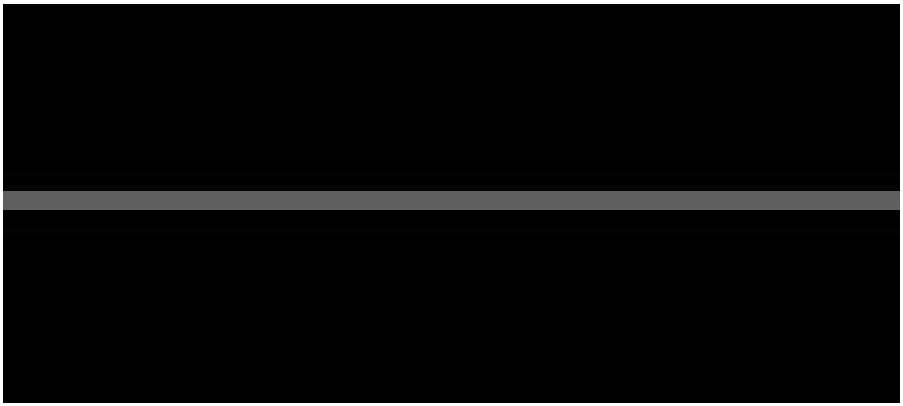
—Michael, ella necesitaba respuestas, y sabe lo que está haciendo. Y nadie puede detener a Lauren de todos modos. Ya sabes lo terca y decidida que es. Tengo que irme ahora antes de que alguien me vea. Anya se dio vuelta bruscamente y se alejó, dejando a Michael solo en el paseo del canal.

Michael sacó su teléfono móvil y marcó mientras veía a Anya agacharse detrás del paseo hacia la pequeña pasarela. —Vuelve a consultar a la policía de Miami— ordenó. —Por cierto, Sam Bennett siempre ha tenido un barco de algún tipo. Podrían estar en él, así que intenta localizarlo. Tengo un mal presentimiento sobre ese tipo.

Al colgar, Michael se dio cuenta de que Anya lo estaba observando desde el pequeño puente. —No es el único que me da mala espina— pensó Michael mientras volvía a meterse el teléfono en el bolsillo.

Al otro lado del canal, Mulrooney y Clarke estaban sentados dentro de una casa vacía observando la escena. Cuando Michael se dio vuelta para alejarse, Clarke sonrió a Mulrooney. —No creo que esos dos gatos salvajes se gusten.

Mulrooney asintió. —Pero algo me dice que les gusta lo mismo.



El agua caliente alivió los violentos temblores de Lauren mientras chupaba el cubito de hielo que Sam le llevó a los labios. —Shhh, ya está bien— la calmó. Sam había conseguido de alguna manera sacarla de su equipo. Estaban tumbados juntos en el suelo de la ducha mientras el agua caliente corría sobre ellos. Ella se acurrucó contra él, incapaz de calentarse lo suficiente como para detener los espasmos.

—Relájate... no dejaré que nada te haga daño. Él levantó la cabeza, metiendo la de ella bajo su barbilla.

—Sam, no lo vi ...

—Lo sé, cariño, pero yo sí.

—¿Qué pasó?

—Bueno, por un momento pensé que éramos la Última Cena. Intenté apuntar a su cabeza, pero tú tenías otra cosa en mente.

—No sé qué decir, Sam. Me entró el pánico. Tuve miedo. Parecías tan enfadado y pensé...—

—Dios, Lauren, no puedo creer que pienses que te haría daño.

—No vi el tiburón hasta que estaba perdiendo el aire. No puedo recordar mucho después de eso— dijo ella mientras chupaba el hielo.

—Después de perder el regulador, te desmayaste durante un minuto. Ya no luchabas contra mí, así que pude recuperar el fusil submarino del arrecife y arponear un atún. El tiburón se distrajo el tiempo suficiente para que pudiera volver a subirte a bordo.

Lauren se estremeció ante el recuerdo. Se acercó a Sam y apoyó su

cara en el vello oscuro de su pecho.

—Ven aquí— dijo él mientras la sacaba de la ducha. —Deja que te seque. La envolvió en una gruesa toalla de playa y se pasó una toalla por encima antes de llevarla al camarote principal.

Cuando Lauren se dejó caer en la cama , Sam se apartó torpemente y se sentó en una silla cercana. Mientras la miraba fijamente, la distancia entre ellos parecía más grande que nunca.

—Pareces tan lejos de mí— susurró ella.

—¿Lo parezco? Supongo que podría decir lo mismo de ti.

Lauren trató de encontrar las palabras que había ensayado tan cuidadosamente en el avión a Miami, pero las palabras no salían. Finalmente decidió que su única opción era ser tan directa como su intención. —Sam, he venido aquí por una razón— dijo, —necesito preguntarte, cara a cara. ¿Fuiste tú quien mató a Scott?—

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Lo amenazaste más de una vez. Contéstame, Sam.

Sam dudó y luego la miró directamente. —No, Lauren, nunca le puse una mano encima.

Sam le sostuvo la mirada un momento antes de apartar la vista. —Nunca podremos volver atrás, ¿podremos nena?

Lauren hizo una pausa y luego negó con la cabeza. —No, supongo que no podremos. Nada volverá a ser lo mismo. Lo siento. Lauren sintió la presión en sus ojos una vez más. Finalmente se permitió llorar, sintiendo el dolor de tantas pérdidas en su vida.

Sam suspiró mientras veía a Lauren apoyar su cara entre las manos. Por muy desgraciado que se sintiera, sabía que el dolor de Lauren era aún mayor. Percibió su completa soledad y tristeza. Se sentó un rato más, apretando los apoyabrazos de su silla como su última red de seguridad. Finalmente dejó escapar un largo suspiro, y luego caminó lentamente hacia la cama y se acostó junto a ella.

—Déjame ser tu amigo— susurró. Sam acercó a Lauren a él en un gesto desesperado de desinterés; luego la abrazó hasta que se durmió.

VEINTISÉIS

Mulrooney se situó detrás de la puerta de su oficina y miró a través de la ventana hacia el despacho exterior. Clarke estaba sentado frente a Anya Gallien, tomando su turno para interrogarla. Anya, acompañada por un nuevo abogado, negaba con la cabeza y se resistía a los esfuerzos de Clarke por extraer información detallada.

De repente, Anya se volvió hacia Mulrooney como si sintiera que alguien la estaba observando . Mulrooney dio un largo trago a su café y se encontró con su mirada de frente antes de bajar la persiana bruscamente.

Mulrooney seguía enfadado por la información errónea que había obtenido de Servicios de Pasaportes sobre el paradero de Sam Bennett. Su instinto le había indicado que Lauren iría con Sam. Cuando Mulrooney se enteró de que Lauren podría estar en Miami, y no en Australia, se preguntó si Sam se había escabullido de Passport a Florida. Si la corazonada de Mulrooney era correcta, Sam estaba sin duda operando bajo un alias. ¿Pero por qué?

También recordó que los tres últimos negocios de Sam contenían la palabra —Jazzin. Después de recabar la información del directorio, él y Clarke habían encontrado un club llamado 'Miami Jazzin'. Habían llamado y hablado con una camarera que no quiso divulgar el nombre del propietario, aunque confirmó inadvertidamente que era australiano. Mulrooney sabía que si había encontrado a Sam Bennett, había encontrado a Lauren Connolly.

Mulrooney se sentó en su escritorio y apoyó las piernas. La luz era tenue, justo como le gustaba cuando le dolía la cabeza. Después de otro trago de café, se tomó dos Tylenol.

La figura de la esquina no se había movido. Mulrooney miró al hombre durante varios minutos antes de que finalmente hablara. —Si Lauren resulta herida, usted también tendrá la culpa. Ella le habría hecho caso -dijo Mulrooney, rompiendo el silencio.

Michael Ryan negó con la cabeza. —Me da demasiado crédito, Mulrooney. No sé dónde está; y Lauren hace lo que quiere. Se negó a

escucharme.

Mulrooney creyó detectar un aire de tristeza en la voz de Michael. Subió la luz para poder estudiarlo más de cerca. —Se nota que se preocupa mucho por ella— dijo, levantando una ceja.

—Es mi amiga. Y su preocupación por ella no es exactamente lo que yo llamaría impersonal— observó Michael mientras miraba una foto de Lauren encima del escritorio de Mulrooney.

—Sólo hago mi trabajo— replicó Mulrooney, metiendo la foto de nuevo en un archivo.

—Estoy preocupado por Lauren— admitió Michael mientras se pasaba los dedos por la marcada arruga de sus pantalones. —Aunque su marido era mi amigo, me daba asco. Soy un sabio juez de las personas, y sabía que Scott iba a autodestruirse. También sospecho desde hace tiempo que Sam Bennett tiene dos caras. Estoy seguro de que quería vengarse de Scott.

—¿Lo suficiente como para matarlo?

Michael se movió en su silla y luego se encogió de hombros. —No lo sé, detective. Quizá he subestimado a Sam Bennett. Lauren es una mujer inteligente, y no creo que crea que Sam haya podido hacerlo o no habría acudido a él.

—No estoy de acuerdo. Creo que ella sí cree que él pudo hacerlo. Eso es exactamente por lo que fue tras Sam. Tenía que encontrar respuestas.

Michael miró a Mulrooney y asintió lentamente. —Parece muy seguro del tipo de mujer que es Lauren.

—Mi trabajo es estudiar a la gente, señor Ryan.

—¿Y no consideró que ella podría dejar la ciudad?

—No sólo lo consideré, sino que lo esperaba. Por eso la tenía vigilada.

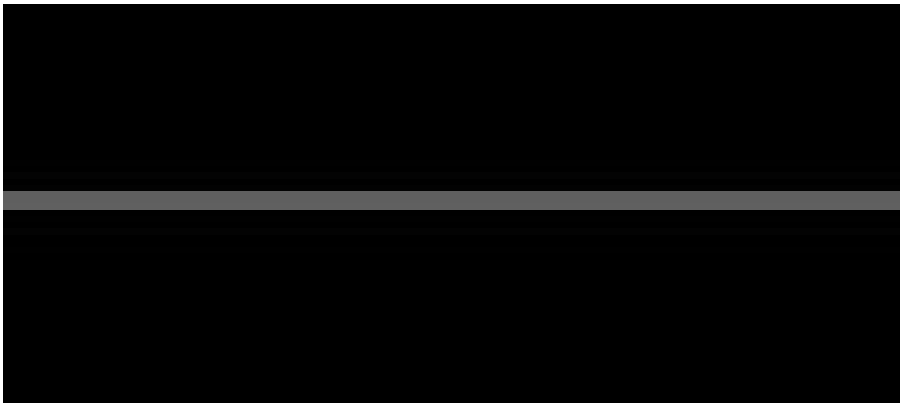
Michael asintió y levantó la mano. —Lo siento. No quería ponerlo a la defensiva. Ustedes ya han sufrido suficientes abusos. Y tiene razón, debería haberla detenido. Ni siquiera sabía que era sospechosa, o le habría aconsejado que no hiciera nada que la hiciera parecer culpable. He estado tratando de localizarla yo mismo, detective. Creo que su decisión de ir a Sam fue una tontería.

—Pero valiente. Lauren tiene agallas. Si es tan inocente de cualquier conspiración como usted y Anya sostienen, entonces es lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a la persona que podría haber asesinado a su marido.

—Tenemos que encontrarla.

—Estamos cerca. Los alcanzaremos tarde o temprano. Podría ayudar a hacerlo antes. Tiene tantos contactos como nosotros. Y mucho más dinero. Sé que sabe algo, Sr. Ryan, o no estaría aquí, ¿verdad? No la está ayudando al protegerla.

Michael suspiró resignado. —Quizá tenga razón. Mis fuentes me dicen que están en algún lugar de Key West— dijo en voz baja. Se sentó en silencio mientras Mulrooney marcaba el teléfono.



Cuando Lauren se asomó por la escotilla de estribor a un bullicioso muelle, supo que estaba de nuevo en Cayo Hueso. Se concentró en un pintoresco restaurante al final del muelle y sonrió. El aire salado había cincelado las letras pintadas de su letrero convirtiendo a The Port Haven en un —Po t Haven. Ah, el negocio debe ser bueno, pensó.

—¿Te sientes mejor?— Preguntó Sam al entrar en el camarote.

—Un poco. Lauren se sentó en silencio durante unos minutos antes de hablar de nuevo. —Sam, tengo que volver— dijo.

—¿Era ese tu plan? ¿Viniste aquí para poner mi vida patas arriba y luego salir de nuevo?— No disimuló su amargura.

—Ese no era mi plan, pero es lo que tengo que hacer. Pensé que podía

dejar todo atrás, pero no puedo. Y Anya necesita mi ayuda. Están tratando de achacarle el asesinato de Scott. Podría ayudarse a sí misma, pero no lo hará. Ella sabía que necesitaba tiempo para hablar contigo. Creo que ella cree que vi, algo esa noche. Y sospecho que quería darme la oportunidad de escapar antes de que la policía viniera por mí. Ella sugirió que dejara el país, pero no la dejaré pasar por esto sola.

—¿Por qué te relacionan con esto?

—Por mi relación contigo. Encontraron tu cuchillo en la casa, Sam. Lauren observó atentamente su reacción.

Sam se sentó inmóvil. —¿Mi cuchillo?— repitió. —¿Crees que estuve allí?— De repente, Sam levantó el puño y golpeó el colchón con rabia. —Maldita sea, te dije que había perdido ese maldito cuchillo— gritó, —junto con todas las demás cosas de mi vida. Perdí mi club, mi tarjeta de residencia, mi dinero, ¡incluso mi mujer! Estoy jodidamente enfermo y cansado de perder las cosas que amo.

—Por favor, cálmate, Sam— dijo Lauren mientras se retiraba. —Anya encontró el cuchillo, pero no le dijo a nadie que sabía que era tuyo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Si ella hubiera revelado todo lo que sabía sobre nosotros, nunca habría salido de California.

—¿Te están vigilando, Lauren?

—Me tenían vigilada. Perdí a la mujer en el aeropuerto, pero estoy segura de que ya han descubierto dónde estoy. El detective Mulrooney sabe lo que hace.

—¿Este Mulrooney se está apoyando en ti?

—No exactamente. Es duro. Y complicado. Pero me gusta.

—¿ Cuánto?

Lauren sacudió la cabeza al recordar lo inepto que había sido siempre Sam para disimular sus celos. —Sólo digo que es un buen hombre, Sam. Me recuerda a ti— respondió diplomáticamente. —Es guapo, inteligente y muy amable. Confío en él.

—¿Así que tiene un efecto sobre las mujeres?

—Tal vez.

—¿Todas las mujeres, o sólo tú?

Lauren sintió que sus mejillas se sonrojaban.

—Este Mulrooney debe de ser un tipo sensacional — se burló Sam.

—No lo sé. Todo lo que sé es que mi marido acaba de morir— dijo Lauren con tono de broma.

—Murió por ti hace mucho tiempo.

—¡Vaya, directo a la yugular!

—Lo siento, eso estuvo fuera de lugar. Sólo quiero que te mantengas alejada de este tipo Mulrooney porque no quiero que bajes la guardia y digas o hagas algo que pueda parecer sospechoso.

—Es demasiado tarde para eso. Voy a hablar con Mulrooney cuando vuelva. El fiscal está siendo muy duro con Anya, y no puedo dejar que eso continúe. No dejaré que el destino de Anya, o el mío, esté basado en evidencias circunstanciales . Antes de hablar con Mulrooney, necesito localizar a una morena con la que se veía Scott. Quiero hablar con ella para averiguar lo que sabe. Si de alguna manera puede implicarnos a ti o a mí en el asesinato de Scott, necesitamos saberlo. No iré a la cárcel. Primero dejaré el país. Necesitaré tu ayuda si se llega a eso.

—¿Y si esta morena estuviera involucrada?

—Eso es lo que pretendo averiguar por mí misma .

—¡Ese es un juego peligroso, Lauren!

—No es un juego, y no tengo miedo, Sam. Tengo que llegar a ella antes que la policía. Necesito averiguar lo que sabe. Anya dijo que te vio con Scott y la chica en tu club de Long Beach.

—¿Qué te hace estar tan segura de que puedes confiar en Anya, Lauren?

—Hemos pasado por esto antes, Sam. Anya me quiere.

Sam presionó sus dedos contra su sien y frunció el ceño de nuevo. —Sólo sé que Anya no es lo que parece ser. Tú ves lo bueno de todo el mundo. Incluso en mí— añadió con una sonrisa ladeada. —Sin

embargo, recuerdo a la morena de la que hablas.

—¿Sabes cómo se llama?

—Donna algo, eso es todo lo que sé. ¿Le has preguntado a Michael Ryan por ella?

—Sí, él no la conoce.

—Bueno, seguro que se le insinuó a Michael una noche en el club. Por supuesto, estaba drogada, así que se le insinuaba a todo el mundo. Pensé que se había ido con Michael, pero puedo estar equivocado. De todos modos, esa fue la última vez que la vi. Fue la noche en que el club se quemó, perdí todo esa noche. Todas mis posesiones, mi cuchillo, incluso mis fotos tuyas. Sam se quedó mirando el muelle, con el rostro nublado por la ira.

—Sam, necesito averiguar dónde está esa Donna. Por favor, ayúdame a hacerlo. He programado un vuelo de vuelta para dentro de cinco días sólo para despistar a la policía, pero tengo que volver enseguida.

El rostro de Sam mostró su resignación. Se estaba alejando de él una vez más. —Mulrooney te estará esperando cuando bajes del avión, nena. No podemos subestimarlo. Si necesitas tiempo para localizar a Donna antes de ir a ver a Mulrooney, déjame hablar con mi hombre aquí en la ciudad. Necesitaremos unas horas para hacer los arreglos. Te ayudaré si me prometes una cosa. No, dos cosas.

—¿Qué?— preguntó ella. Ella sabía que haría casi cualquier cosa por Sam. Pero ambos sabían que su tiempo juntos estaba llegando a un final definitivo.

—Llámame si me necesitas.

—Eso es sólo una petición— sonrió tristemente.

—Si alguna vez cambias de opinión, por favor, vuelve.

Lauren dudó por un momento, luego respondió solemnemente: —Lo prometo, Sam.

—¿Promesa de sangre?

—Promesa de sangre— respondió ella. Ella sostuvo la mirada de Sam hasta que él se dio vuelta.

VEINTISIETE

Mulrooney miró a través de las persianas y se preguntó si Houdini podría hacerlo desaparecer. Su único pez león, bien llamado Houdini por su capacidad de hacer desaparecer a todos los demás peces de la pecera, acababa de hacer un corto trabajo con la olomina que Mulrooney le había proporcionado para su desayuno.

—Siguen dando vueltas— dijo Mulrooney a sus peces mientras cerraba las persianas. Los medios de comunicación, con un apetito más feroz que el de Houdini, se habían reunido fuera del pequeño condominio de Mulrooney desde su regreso a casa.

Mulrooney se había complicado la vida sin querer al negarse a hablar del altercado en la sede que había manchado su historial. Aunque había pasado más de un año desde el incidente, todavía le resultaba demasiado doloroso pensar en ello. Había estado haciendo malabares con las granadas de los medios de comunicación desde que un artículo reciente en el Press-Telegram había puesto en duda su credibilidad como detective alegando que su vergonzoso trato con la mujer implicada en el incidente reflejaba una —incapacidad para tratar objetivamente con el sexo opuesto.

Mulrooney se vio obligado a apechugar en el gimnasio cuando escuchó a Carlos Atilla parafrasear el artículo y llamarlo maltratador. Mulrooney estaba seguro de que había sido Atilla quien había filtrado el incidente a la prensa. Cuando Mulrooney escuchó el comentario de Atilla, tuvo que hacer acopio del mayor control desde que él y Susie Patterson practicaron la retirada anticipada en el décimo grado.

Mulrooney no había podido dormir bien desde que Lauren Connolly se había escapado de la ciudad. Había querido darle un amplio margen para ver a quién recurría, pero su vida sería más fácil si se hubiera quedado a su alcance. Se frotó los ojos mientras se ponía delante de su caballete e inspeccionaba su cuadro, producto de sus horas de insomnio. El cuadro de la puesta de sol parecía un accidente de coche de Bertolucci. Se imaginó que él tenía un aspecto muy parecido. Ni él ni Clarke habían tenido un respiro desde que el doctor Connolly fue cortado en rodajas.

Habían elaborado su propio perfil del asesino de Connolly, que en la mente de Mulrooney no encajaba con el de un psicópata de luz azul. A pesar de los múltiples asesinatos, creían que el agresor tenía una razón personal para matar. Él y Clarke habían aumentado su carga de trabajo revisando todos los casos que implicaban una agresión con arma blanca. Sabían que cualquier vínculo podría proporcionar un avance en el caso Connolly.

A la presión se sumaban las acaloradas discusiones que él y Clarke habían mantenido con el jefe Clemente. Esa mañana el jefe le había indicado personalmente que mantuviera un perfil más bajo en el caso Connolly debido a la cobertura mediática. —Chúpame la salchicha— murmuró Mulrooney mientras estaba en su caballete recordando la conversación.

El fiscal Perry estaba prácticamente bailando por las calles con un tutú desde que se enteró de la confesión de Anya. Sin embargo, Mulrooney tenía la desagradable sensación de que el verdadero culpable se les escapaba de las manos mientras la oficina del fiscal se tambaleaba. Estaban tratando de mantener el caso al mismo tiempo que intentaban implicar a Lauren Connolly. Y como el coche de Mulrooney había explotado como una mina Claymore, no podía olvidar que él también era un objetivo.

La maquinaria publicitaria del fiscal del distrito había conseguido que Perry tuviera una cobertura continua del caso Connolly. Una hora antes, Clarke había llamado a Mulrooney para informarle de que un editorial del Press-Telegram casi había equiparado a Perry con el Segundo Advenimiento. Clarke se burló de que la única —venida— que estaba haciendo el muy casado Perry era dentro de una rubia fulana que servía las copas en el Legends. Sin embargo, Perry tenía la confesión de Anya, y Mulrooney sabía que él y el alcalde Howe verían caer a Anya antes de arriesgarse a una humillación pública. Anya era simplemente un daño colateral.

Mulrooney pensó que el jefe Clemente se cabrearía cuando él y Clarke le dijeran que Lauren se les había escapado de las manos. Sin embargo, Clemente había defendido a sus dos principales detectives en una ráfaga de tensas conferencias de prensa repletas de medios. Por supuesto, Mulrooney sabía que también estaba cubriendo su propio trasero.

El jefe Clemente racionalizó que la coartada de Anya aún no se sostenía porque el camarero de Murphy's no podía ser exacto sobre la hora o la identidad de la pelirroja que vio en el banco del autobús la

noche del homicidio. Mulrooney, sin embargo, sabía que Kevin era confiable.

Mulrooney también podía interpretar a Anya. Percibió en ella una lealtad incondicional. Su perfil de Anya Gallien no incluía a la asesina. Lauren Connolly, sin embargo, era la fuente de su inquietud. Había soñado con ella con demasiada frecuencia, y los sueños eran inquietantes. Su inteligencia y vulnerabilidad habían despertado en él algo que hacía tiempo había dejado atrás .

Mientras repasaba mentalmente los hechos, lanzó otro olomina a Houdini. Sabía que aunque Lauren hubiera estado en casa cuando se produjo el homicidio, faltaba una pieza importante del rompecabezas. Para conseguir las pruebas que necesitaban, tenía que estar dispuesto a arriesgarlo todo. Apretando los dientes, Mulrooney giró bruscamente y abrió de un tirón la puerta de su casa. Esperó a que la prensa lo atacara como un banco de peces hambrientos.

VEINTIOCHO

Sam llevó a Lauren hasta el final del muelle. —Tendrás que viajar con otro alias. Las autoridades te estarán vigilando. ¿Tienes una foto? No puedo renunciar a la que tengo en la billetera . Es la última que tengo.

—Toma— dijo mientras le entregaba una foto de ella y Anya, —¿te sirve esta?.

—Sí, ven conmigo. Este lugar es un lugar de reunión de australianos, así que podemos conseguir algo de ayuda— explicó mientras la apresuraba a entrar en el bar de Lem. Mientras Sam y Lauren se abrían paso entre la multitud de pescadores locales hasta llegar a la maltrecha barra de tablones de madera, ella se mantuvo ajena a las miradas de admiración de varios clientes. Cuando sus ojos por fin se adaptaron a la escasa luz, levantó la vista para ver un dosel salado de viejas boyas y redes de pesca hechas jirones.

—¿Eres turista?— le preguntó un curtido marinero.

Lauren notó cómo hacía rodar sus vocales hacia ella como si fuera un disco de 45 en 33 de velocidad. Asintió con la cabeza mientras apreciaba las enormes cejas plateadas que ondeaban a toda vela cuando el rostro del hombre se movía. Y aún más molesta era la dentadura postiza que le quedaba mal y que se movía cada vez que hablaba. —Siéntese— dijo mientras le daba unas palmaditas a un taburete. La cara del hombre se convirtió en un mosaico de ampollas cuando le mostró a Lauren una sonrisa. —¿Qué tal un helado y una charla con un viejo camaronero golpeado como yo?—

Sam habló por encima de su hombro: —Claro, dos Fosters... y la señora está conmigo.

—Así es— dijo amablemente el pescador mientras se daba vuelta rápidamente en su taburete con un gesto de complicidad. Lauren se rió cuando escuchó su dentadura postiza chocar con el descanso .

Mientras esperaba a Sam, Lauren observó los cientos de instantáneas de los lugareños posando junto a sus capturas suspendidas. Un largo espejo detrás de la barra parecía duplicar la ocupación del bar, aumentando así la festividad. El espejo estaba cortado para dar cabida

a un viejo congelador de metal del que el camarero sacó dos tazas cubiertas de escarcha. Las llenó hasta que hicieron espuma por encima.

—¿Dónde está Lem?— preguntó Sam al camarero.

—Debería volver enseguida. Buenos días, señorita— señaló a Lauren. —Lem estaba 'esperando' usted. Dijo que viera que usted recibiera esto.

Sam miró el mensaje. Era del amigo de Sam, Wyndham, de la policía de Miami. El viejo Joe Biragidji, gerente del club de Sam en Miami, sabía que Wyndham era de confianza. Aparentemente Biragidji había indicado a Wyndham que llamara al bar, sabiendo que Sam siempre se dejaba caer por allí cuando estaba en Cayo Hueso. Wyndham había dejado constancia de que el detective Mulrooney de California se había puesto en contacto con la policía de Miami para pedir ayuda en la búsqueda de Lauren y Sam.

Sam metió la nota en su bolsillo. Sabía que era cuestión de tiempo. —Dale a Lem esto— dijo Sam mientras escribía en una servilleta. —Dile que lo necesito en dos horas. Sam sacó la foto de Anya y Lauren de su bolsillo. Hizo dos tajos afilados para formar una X a través de la cara de Anya, luego deslizó la foto en la servilleta antes de anotar algunas instrucciones. —Y dile a Lem que me preste su Jeep. Estaremos con George Un-Ojo .

El camarero asintió y tomó la nota. Mientras se daba vuelta para contestar al teléfono, lanzó un juego de llaves a Sam. El dio un último trago a su cerveza y luego le indicó a Lauren que era hora de irse.

De repente, el camarero le pasó el teléfono a Lauren. —Creo que es para usted, señorita— dijo.

Lauren se sobresaltó. Miró a Sam y tomó el teléfono antes de que él pudiera detenerla. Apoyó la oreja en el auricular pero no dijo nada.

—Sería mucho más fácil si no me hicieras ir detrás de ti— dijo la voz en la línea. —Sabes que nunca te alejarás de mí, ¿verdad?. Lauren reconoció la voz de Mulrooney, tranquila y segura de sí misma.

—¿Cómo me has encontrado?— preguntó.

—Por experiencia. Y la policía de Miami. Te buscan para interrogarte, Lauren. Y esta conversación está siendo grabada, ¿de acuerdo?—

—Sí— susurró ella.

—Lauren, escúchame; si no estás involucrada, puedes salvar a Anya y demostrar que eres inocente. Y si estás involucrada, sabes que te voy a atrapar .

—No tengo ninguna duda sobre eso.

—Tu salida subrepticia de la ciudad parece muy sospechosa, Lauren. Y te aseguro que no me ha alegrado el día.

—Lo sé, lo siento mucho. Pero voy a volver.

—Dijiste que podía confiar en ti.

—Todavía puedes. Lauren escuchó la respiración constante de Mulrooney al otro lado de la línea. —Siento si les he complicado las cosas a ti y a Clarke, pero había algo que tenía que hacer sola. Notó que Sam la observaba atentamente.

—Por muy cabreado que esté, creo que lo entiendo, Lauren— le dijo Mulrooney. —Sabemos que estás con Sam. ¿Estás segura de que estás a salvo?—

—Creo que sí. Ella escuchó la preocupación en la voz de Mulrooney. —Gracias por tu consideración. ¿Está Anya bien?

—Está tan bien como se puede esperar de alguien que se defiende de una manada de chacales. Te estás perdiendo un circo infernal.

—Me lo imagino. Sé que estás haciendo todo lo que puedes, Tim. Por favor, sigue comprobando todas las pistas posibles.

—Puedes contar con eso, pero tienes que confiar en mí lo suficiente como para dejarme manejar esto a mi manera. Y necesito tu permiso para entrar en tu casa de nuevo si lo necesito. ¿Puedo?—

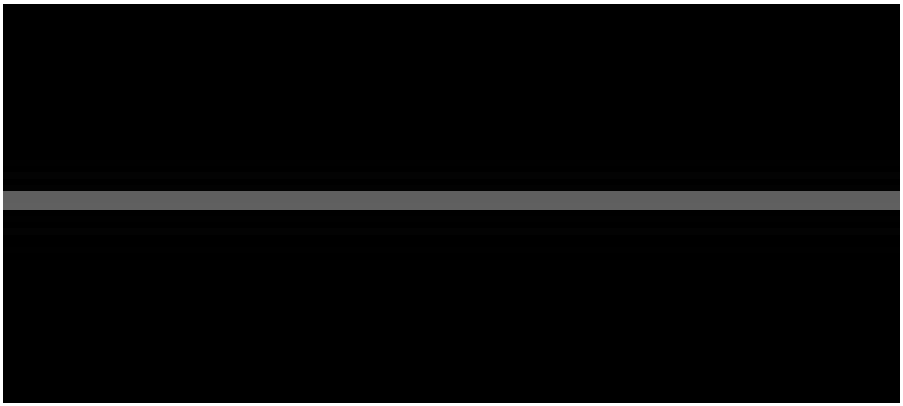
—Sí, por supuesto. Cuando quieras hasta que vuelva.

—Gracias. Quiero que vuelvas aquí, Lauren. Tienes cuarenta y ocho horas. La policía de Miami está contigo mientras hablamos. Te estamos vigilando de cerca. Ten cuidado. ¿De acuerdo?—

—De acuerdo, Tim— dijo Lauren en voz baja antes de devolver el teléfono al camarero.

Cuando se dieron vuelta para marcharse, Lauren notó que el viejo

camaronero miraba sutilmente a un hombre delgado al final de la barra. El hombre delgado asintió a Lauren, mostró su placa y luego pagó su bebida.



Mientras Lauren y Sam tomaban las carreteras secundarias que se alejaban del puerto, Sam comprobó varias veces su espejo retrovisor. Un Chevy los seguía a una distancia respetuosa. Cuando Sam dio un poco de gas a su jeep, el Chevy también aumentó la velocidad.

Después de que Sam diera varias vueltas rápidas, se las arregló para adelantarse a una camioneta que se movía lentamente. El conductor del Chevy aceleró su motor, pero se vio obligado a retroceder, incapaz de pasar la camioneta antes de que la carretera se estrechara abruptamente. El pick-up giró a la derecha para apartarse del impaciente conductor del Chevy, lo que provocó que el portón trasero cediera repentinamente, vertiendo su carga de grava por toda la carretera.

Cuando el Chevy y la camioneta se detuvieron, Sam se metió en un carril de tierra sin señalizar. Condujo un rato antes de salirse de la carretera y entrar en una zona con muchos árboles, donde la tierra era una mezcla de tonalidades quemadas por el sol que se fundían en zonas tan verdes que parecían pintadas en el paisaje.

De repente, Sam detuvo el coche cerca de una saliente de rocas. Cuando salió del coche y empezó a caminar, Lauren lo siguió hacia la densa espesura. Respiró el olor a tierra mientras subían por una pendiente cubierta de musgo. Podía sentir la fresca humedad del follaje asentándose en su piel. Sam extendió bruscamente un brazo y le indicó que esperara.

—¿Dónde estamos, Sam? Podríamos perdernos aquí. Nadie nos encontraría nunca. Excepto las serpientes o los caimanes.

—No te preocupes, nena— le aseguró él con demasiada despreocupación. —Yuhu— gritó Sam, sorprendiendo a Lauren. —Vamos— dijo, haciéndole señas para que se adentrara en los árboles. —No sonrías hasta que nos sonría. Es de mala educación.

—¿Quién?

—Yuhu,— Sam soltó otro saludo de arbusto. —Ahí está.

Lauren no podía ver a nadie. Siguió a Sam a través de los árboles hasta que llegaron a un pequeño campamento en el que se veía a lo lejos una cabaña de ramas y lona. Un aborigen apareció abruptamente de entre dos árboles como una oscura aparición.

—Lauren, te presento a George Un-Ojo— dijo Sam.

—Bienvenida— George le enseñó dos dientes de grano de maíz. Su pelo oscuro asomaba como las hojas de un helecho bajo un sombrero curtido por el sudor, y su piel castaña reflejaba una profunda capa de bronce.

Lauren estrechó su mano áspera y cálida. —He oído a Sam hablar de ti — sonrió. —Se conocen desde hace mucho tiempo.

George enfocó a Lauren y Sam con un ojo de ónix. El otro ojo estaba sellado por una banda de tejido cicatrizal que parecía una oruga nocturna. —Sí, en nuestra tierra natal. Deben tener hambre, así que he preparado comida— les dijo George. —Pensé que llegarías antes.

Sam captó la mirada curiosa de Lauren. —Debe haber sabido que veníamos— se encogió de hombros. —En el monte, los aborígenes siempre se han comunicado por medio de la telepatía. Por eso George insiste en vivir al aire libre en lugar de en el bar de Lem. Lem lo trajo a Estados Unidos para que trabajara para él, pero George mantiene sus viejas costumbres. Ni siquiera quiere tener un teléfono móvil. Dice que perturbaría su capacidad de —ver— cosas.

—Toma— dijo George, entregándoles a cada uno una cerveza fría. — Demasiado fuego destruye el espíritu— advirtió mientras abría un refresco de naranja para él. George les indicó que se sentaran en una estera cerca de un árbol. —He preparado boniatos, manzanas y cebollas silvestres, ¿de acuerdo?—

Lauren disfrutó de la forma en que George hacía sonar el —okey-dokey— en su boca como una ostra cruda antes de escabullirse para atizar el fuego. Cantó suavemente en su propio idioma mientras se ocupaba de la comida.

—¿Qué le pasó en el ojo, Sam?

—Lo perdió en un accidente en el interior del país. Le dijo a su brujo que había tenido un encuentro con un emú de seis metros— explicó Sam. —¡Un emú que volaba!— Sam levantó las cejas ante la imagen.

—Un emú de treinta pies— intervino George, corrigiendo a Sam con la comisura de los labios. —¡Voló como un murciélago del infierno!

Los dos se rieron mientras George agitaba unas alas imaginarias. —De todos modos, así es como obtuvo el nombre de 'George Tuerto', ¿verdad, George?

—Sí que volaba, Sam. Era un pájaro espiritual.

—Algunos dicen que su 'pájaro espiritual' salió volando de una botella de Cerveza Lagarto Verde y que George estaba tan lleno de 'espíritu' que se sacó el ojo. Así que se acabó el agua espiritual a menos que se sienta sinvergüenza, lo que convenientemente ocurre cada fin de semana— se rió Sam. —Así que George, ahora eres precavido, ¿verdad?—

—Sí, prudente - cambié de marca. George se rió mientras se sentaba en un asiento de coche de vinilo rojo que estaba apoyado contra un árbol. Con la prestidigitación de un mago, George sacó un huevo gigante de color verde oscuro. —Es un huevo de emú. Lo traje a Estados Unidos en una lata de café Maxwell House. Escurrí el huevo y me lo comí. Ahora tengo espíritu de emú, fuerza de emú, velocidad de emú. También soy bonito, como el emú, ¿eh?. Después de sostener el huevo en alto para que lo inspeccionaran, George lo deslizó cuidadosamente detrás del asiento del coche.

—Sí, eres un gran pájaro viejo— asintió Sam. —George, he traído a Lauren porque necesita uno de tus cuchillos para protegerse. Sam se dio vuelta cuando Lauren le lanzó una mirada oscura.

—Lo sé— gruñó George mientras pinchaba los boniatos con un palo. Dirigió su mirada tuerta, primero a Lauren, luego a Sam. Les entregó a cada uno un palo largo con un boniato y luego les pasó un plato de manzana y cebollas. —Antigua receta del clan Djambarbingu— explicó, —con Fosters para darle sabor.

Aunque fingía estar absorto en el fuego, George Tuerto los observó atentamente mientras comían. Lauren sintió que se estaba agitando cada vez más.

Finalmente, George extendió un paño en el suelo. Metió la mano debajo del asiento del coche y extrajo cinco fardos, cada uno de ellos envuelto en una forma de carrera diaria. Después de quitar el envoltorio de papel, sacó cinco cuchillos y vainas exquisitamente tallados. Lauren se estremeció al ver su parecido con el cuchillo que Anya había encontrado en su videograbadora.

George seleccionó uno y se lo entregó. Ella lo agarró a regañadientes y lo giró con cuidado, evitando su hoja afilada. Cuando vio el único diente de tiburón incrustado en la empuñadura, Lauren lanzó un grito ahogado y dejó caer el arma. George la miró con curiosidad. —Gracias, George, pero no estoy segura de estar de acuerdo con Sam en que necesito un cuchillo.

George negó con la cabeza. Los gruesos surcos de piel entre sus cejas formaban una cubierta sobre el puente de su nariz. —Sí, lo necesitas— respondió suavemente. —El hueso te señala.

Sam dejó a un lado su comida y se removió incómodo. —Será mejor que volvamos a casa de Lem, George. Volveré solo más tarde.

—¡Espera, George!— interrumpió Lauren. —¿Qué querías decir con eso de que un hueso me apuntaba?.

—Ya veo. Alguien busca hacerte daño-para tragarte como el huevo de emú. Devorarte y tenerte para siempre.

Mientras Lauren miraba a Sam en busca de una explicación, Sam dio un último trago de cerveza y terminó abruptamente la conversación. —Gracias, George, nos quedaremos con este . Sam seleccionó un cuchillo, lo envolvió en una forma de carrera, y arrojó varios billetes. Agarró la mano de Lauren y la apartó.

—Espera— ordenó George. Metió la mano en una bolsa de hierba tejida forrada con plumas de pájaro y sacó un fino polvo blanco. —Sam, tu chica necesita protección— insistió. George arrancó el cuchillo de la mano de Sam y lo miró detenidamente. Luego espolvoreó el polvo en el cuchillo antes de entregárselo a Lauren.

—Gracias— murmuró ella.

Con una cortés inclinación de cabeza, Sam giró sobre sus talones y se

alejó. Lauren volvió a mirar al viejo aborigen y dudó. George fijó su único ojo oscuro en ella. Movió deliberadamente la cabeza de un lado a otro, como si le hiciera una advertencia.

Lauren se volvió mecánicamente para seguir a Sam, llevando el cuchillo como si fuera un miembro cortado. Mientras cortaban entre los árboles, pudo oír la voz lastimera de George Único- Ojo llamándola con extraños sonidos aborígenes.

VEINTINUEVE

Mulrooney sentía pena por su joven informante. Slag, el adicto a las metanfetaminas, había atravesado la puerta de su despacho diez minutos antes. Estaba tan hiperactivo como un perro con moquillo, y ahora intentaba encontrar una forma de salir por la ventana.

Clarke le hablaba en voz baja, tratando de controlar la energía de Slag. —Déjanos ayudarte, hijo— dijo Clarke. —Algo me dice que has vuelto aquí porque sabes que necesitas ayuda.

Mulrooney anotó un nombre y colgó el teléfono. —Tengo una plaza reservada para ti en Éxodo, Slag .

—¿REHABILITACIÓN? De ninguna manera voy a ir a ningún apestoso centro de rehabilitación, gritó Slag.

Mulrooney hizo una mueca de dolor mientras Slag se metía una uña sucia en una ampolla que le estaba comiendo la cara. —Puedes hacerlo, chico— le dijo. —Te darán algo para aliviarte. Vamos, Clarke y yo te llevaremos en mi nuevo y reluciente coche de policía.

Slag se golpeó la nariz como si tuviera pulgas. —No, de ninguna manera, hombre. Verás, sólo he venido a decirte que me he acordado de cómo ese tal Clarence que se quedó helado en Jersey hablaba de un gato llamado 'Clapp'. Eso es todo lo que sé, así que no empieces a hurgar en mi cerebro. Me duele el cráneo. Me acordé de Clapp porque es como la gonorrea, ¿te das cuenta ?— dijo, rascándose la entrepierna.

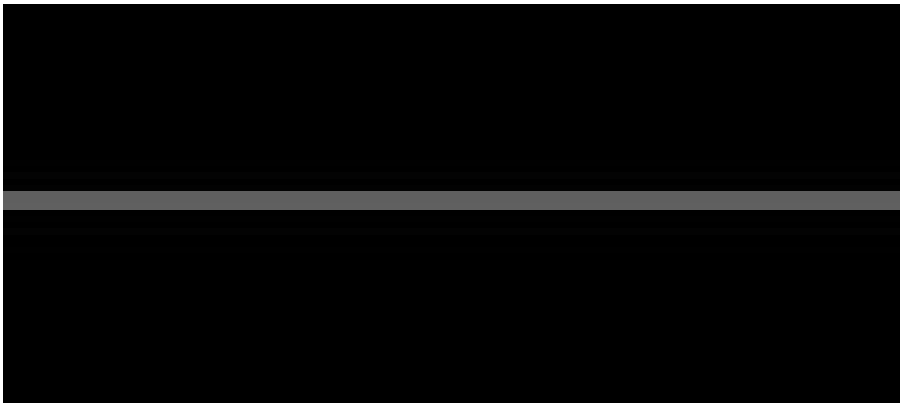
Mulrooney y Clarke se miraron, y luego Clarke anotó el nombre. Clapp era un nombre que incluso un adicto podría recordar.

—Entonces, ¿pueden darme algo de pasta , chicos? Los he ayudado, ahora tengo que ganar— suplicó.

—Nada de pasta hasta que estés limpio— dijo Clarke mientras conducía a Slag hacia la puerta por el codo. —Vamos a quitarte esa mierda primero, y a ponerte unos calzoncillos limpios antes de subir al coche.

Clarke forcejeó con su visitante, que no se mostraba conforme. —Puedo encargarme de Slag— le dijo a Mulrooney. —¿Por qué no te quedas aquí y ves lo que puedes encontrar?. Clarke sujetó al chico por el cuello y le dijo: —¡Ahora camina... y por tu propio pie, no por el mío!.

Cuando se fueron, Mulrooney miró una foto de Lauren Connolly y sonrió antes de marcar la extensión de Killackey. —Killackey, necesito que corras la voz en las calles de que la policía de L.B. está tratando de atrapar a Clapp. De alguna manera, la orden le produjo una gran satisfacción.



Cuando Sam extendió la mano de Lauren, ella no respondió. Sam detuvo el jeep junto al bar de Lem, apagó el contacto y se volvió hacia ella.

—Tu nueva identificación ya debería estar lista. También le dejé instrucciones a Lem para que te reservara el próximo vuelo de vuelta a Los Ángeles. Le dije que no cancelara tu reserva original con el alias que estabas usando porque probablemente el equipo de Mulrooney ya esté vigilando ese. Esto te dará algo de tiempo para conseguir cualquier información que necesites para ayudar en la defensa de Anya.

—Gracias, Sam. Ahora, ¿qué tal si me explicas de qué estaba hablando George? Y por favor, no me digas que no lo has entendido. Creciste con aborígenes y siempre has estado con ellos. Sé que los entiendes igual que ellos entienden la tierra.

Lauren se quedó mirando el cartel pintado en la pared del bar. Anunciaba carreras de langostas todos los viernes, con dos sudorosas

langostas en zapatillas, cada una con una jarra de cerveza en la mano. Se quedó mirando hipnotizada hasta que las langostas parecieron correr de verdad por la pared de tablones desgastados.

—George tiene sueños— respondió finalmente Sam. —Es conocido entre su tribu como un hombre de gran visión. Creen que la pérdida de su ojo fue un sacrificio por la verdadera visión. Tal vez lo sea.

—Entonces, ¿me estaba advirtiendo sobre ti?— Ella observó cómo Sam reprimía la respuesta aguda que surgió en su garganta. —Tú también tienes un pasaporte falso, ¿no?— insistió ella. —Después de localizarte en Miami, supuse que Mulrooney había obtenido información errónea sobre tu paradero basándose en la actividad de tu pasaporte. Pero volviste a los Estados Unidos ilegalmente, ¿no es así? —

—Le dije que había perdido mi tarjeta verde.

—¿Estabas en Long Beach la noche que Scott fue asesinado?—

Sam estaba enfadado. Agarró la manija de la puerta y salió de un salto. Después de acechar a Lem's, salió y luego se apresuró por el muelle hasta donde estaba amarrado el Kookaburra. Justo cuando Lauren estaba a punto de seguir a Sam, éste volvió a saltar del barco al muelle. Con él había varios objetos, entre ellos sus maletas.

—Nos vamos al aeropuerto— dijo, mientras saltaba de nuevo al Jeep.

Lauren le arrancó la llave. —Esta podría ser la última vez que te vea. Dime la verdad sobre lo que está pasando.

Sam cruzó sus fuertes brazos sobre el volante y luego apretó la cabeza con cansancio contra ellos. —¿Qué quieres que te diga, Lauren? Sí, estuve en Long Beach. Y sí, tengo un pasaporte y un permiso de conducir falsos que uso cuando lo necesito.

—¿Por qué necesitas un pasaporte falso?—

—Oh, Cristo, Lauren— espetó. —No vas a dejar pasar esto, ¿verdad? Tengo antecedentes en Australia. Necesitaba un alias y papeles falsos para conseguir una licencia de licor y montar un negocio en Estados Unidos.

—¿Tienes antecedentes?

—Si temes que sea el rebanador del barrio, te equivocas. Me han

fichado por incitar a los disturbios y resistirse a la detención. Y exposición indecente.

—Dios mío, Sam, ¿qué estabas haciendo?

—Fue en Sydney. Me arrestaron como activista contra el despliegue de personal australiano en Irak. Sin un maldito sentido del humor.

—¿Pero —exposición indecente—?

—Estábamos en pañales en ese momento.

Lauren no pudo reprimir su sonrisa mientras estudiaba la sonrisa tímida de Sam. Por primera vez, se dio cuenta de la arruga por encima de su frente y las pinceladas en las comisuras de su boca. Ahora se preguntaba cuántas otras cosas había pasado por alto durante su tiempo juntos. ¿Había conocido realmente quién era, o lo que era capaz de hacer? —¿Estuviste en el funeral de Scott?— preguntó. —Estaba segura de haberte visto ese día.

—Sí, estuve. Deberías haber sabido que estaría allí. Estaba preocupado por ti. ¿Creíste que terminando nuestra relación podrías evitar que me preocupara por ti? Volé en cuanto un compañero mío me llamó para decirme lo que había pasado.

—¿Por qué desapareciste?

—¡Cristo, Lauren, me amarras y luego esperas que baile! Me prohibiste ponerme en contacto contigo. Insististe en que te haría la vida más difícil. ¿Pero crees que alguna vez dejé de estar pendiente de ti?

Sam giró y la miró directamente. —Te quiero, Lauren. ¿Es eso lo que has venido a oír? Sí, sigo enamorado de ti. Mi corazón y mis entrañas no me dejan olvidarte, y pensé que de alguna manera podría recuperarte. Te has convertido en una puta obsesión para mí, como un maldito huevo de emú que intento consumir, algo que tener y poseer. Tal vez estoy tan loco como George Tuerto.

Cuando Lauren extendió la mano para rozar con sus dedos la mejilla de Sam, su expresión se suavizó. Se aclaró la garganta antes de apartar suavemente su mano. —No puedo creer que después de lo que una vez fuimos el uno para el otro, dudaras de mí y aun así creyeras en Anya. Eso me destroza. Sé que no quieres oírlo, nena, pero Anya es inestable; y está obsesionada contigo.

Sam agarró la cara de Lauren y la obligó a mirarlo . —Creo que Anya podría haberme tendido una trampa. ¡Alguien seguro que lo hizo! No sé si mi cuchillo desapareció antes o durante el incendio de mi club, pero estoy seguro de que nunca lo encontré entre los escombros. Tampoco lo hizo el equipo de investigación de incendios, y fueron muy minuciosos.

—¿Cómo se inició el incendio?

—¿Quién sabe? Creo que fue porque me negué a dejar que algunos sabios locales participaran en la acción, pero los policías asumieron que lo hice porque los beneficios eran escasos. Diablos, ¡apenas estaba empezando!— Sacudió la cabeza con disgusto y miró su reloj. — Tienes que ir al aeropuerto, pero quiero que hagas algo por mí. Sam metió la mano en la guantera y sacó un pendrive.

—¿Qué es esto?— Preguntó Lauren.

—No quiero hacerte daño, nena, pero tienes que ver esto. Un punk de pelo naranja llamado Flint me lo dio una noche en Jazzin' Long Beach. Estaba con un negro llamado Clarence Smolley. Nunca lo miré hasta que desempaqué en Miami. Esos matones debían esperar usar mi club como lugar de distribución. Cuando veas la cinta, puede que cambies de opinión sobre Anya.

—Vale, Sam, te llamaré cuando vuelva a Belmont Shore.

Sam le quitó la llave y la metió en el contacto. —No, Lauren, cuídate. Si alguna vez necesitas algo, llama al viejo Joe Biragidji, mi gerente en Miami. Él tendrá instrucciones para ayudarte en todo lo posible. Voy a tener que desaparecer porque seguro que Mulrooney ha alertado a inmigración.

Lauren le puso la mano en el brazo, pero Sam se apartó. —Encontrarás tus respuestas sola. Y yo puedo seguir con mi propia vida. No puedo seguir con este baile. Como he dicho antes: Te quiero a ti, Lauren, simple y llanamente. O nada en absoluto.

—De acuerdo, Sam, lo entiendo— susurró ella, su voz escapando como el aire de una balsa salvavidas perforada. Lauren sabía que tendría que hacer agua sola en la violenta resaca en la que se había convertido su vida, pero mientras se aferraba al pendrive , sintió que la succionaban.

TREINTA

Mulrooney estaba viendo salir el sol sobre la bahía desde el salón de Lauren Connolly cuando Clarke se detuvo fuera. Clarke salió de su coche y le dio un mordisco a una donut glaseada antes de tirar el resto al coche.

—¿Me has guardado una donut?— preguntó Mulrooney cuando Clarke entró.

—No. Mis noticias te van a quitar el apetito, hermano.

—Cuéntamelo todo , Smokey.

Clarke cerró la puerta principal de una patada con su tacón. —Atilla se va a reunir con Clemente esta misma mañana para intentar convencerlo de que le deje hacerse cargo del caso.

Mulrooney sacudió la cabeza con disgusto. —Atilla no se rendirá hasta que lleve la foto de mi autopsia en la billetera . Probablemente sea el gusano que puso la bomba en mi coche.

—Nada personal, seguro— dijo Clarke con sarcasmo.

—Que se joda, seguimos aquí y tenemos trabajo que hacer. Por eso nos conseguí una nueva orden. Vamos.

—Revisemos de nuevo nuestras pruebas, amigo— dijo Clarke mientras escaneaba sus notas. —Lauren dejó su barco antes de lo que dijo. Por lo tanto, nuestra línea de tiempo indica que ella podría haber estado presente durante la comisión del homicidio. Esto se ve corroborado por el hecho de que habría necesitado al menos entre 23 y 28 minutos para realizar las actividades que dice haber hecho antes de encontrar a su marido eviscerado. Pero un buen abogado, si me disculpan el oxímoron, podría crear una duda razonable alegando una ducha de dos minutos. Eso haría posible que ella hubiera entrado después de que su marido estuviera helado.

—Y ambos compraríamos esa defensa, también.— A pesar de la coartada de Lauren, Mulrooney seguía teniendo dudas sobre su complicidad. Quería interrogarla, pero sabía que no podía dejar que nada circunstancial confundiera su pensamiento. —¿Sabes por qué

sigo teniendo mis dudas de que Lauren sepa algo, Smokey?—

—Mi instinto me dice que es algo más que la falta de pruebas.

—Son sus pechos.

—Amén, hermano.

—Ambos sabemos que esas huellas en los pechos indican que ella intentaba escapar por un miedo inconsciente a que el asaltante pudiera estar todavía en la casa.

—Lo sé. Pero tienes que admitir que nada se está alineando.

Mulrooney asintió mientras subían las escaleras. Cuando llegaron al segundo nivel, se detuvo. Podía escuchar música en su cabeza. Era Te Amo, Porgy , de Gershwin. Recordó que había estado en el pasillo con Kate y Clarke la noche del homicidio cuando había escuchado por primera vez esas notas incongruentemente suaves de Porgy and Bess.
—¡La música! gritó.

—¡Hijo de puta!

Se dieron vuelta y bajaron las escaleras de dos en dos hasta el salón y abrieron de un tirón el mueble del equipo de música. Los discos compactos estaban ordenados en una estantería empotrada. Mientras escudriñaba las estanterías, Mulrooney leía los títulos de principio a fin. Al no encontrar lo que quería, Clarke pulsó un botón para liberar la bandeja y sacó con cuidado un disco. Era una compilación de la Rapsodia en Azul de Gershwin y otras piezas seleccionadas.

Mulrooney pasó la mano por la parte superior del equipo de música hasta que localizó la caja vacía del CD. Sujetándolo por los bordes, sumó rápidamente el tiempo necesario para cada melodía.

Se quedó mirando los números. —Te Amo, Porgy — empezó a sonar a los diecisiete minutos y veinte segundos. Esa noche había llegado a las 12:44 de la madrugada y había utilizado unos dos minutos antes de subir con Kate al dormitorio. Te Amo, Porgy estaba a punto de terminar cuando se dio cuenta de que los altavoces del piso de arriba no funcionaban bien. La pieza tenía una duración aproximada de siete minutos. Por lo tanto, cuando la escuchó ya habían sonado casi veinticuatro minutos de la colección. La central fue notificada a las 12:27 de la noche , y Lauren Connolly salió corriendo a la calle aproximadamente a las 12:25. Mulrooney calculó los números en su cabeza mientras Clarke examinaba los botones del equipo de música.

—Así que o bien Lauren, o bien otra persona que estuvo aquí la noche en que Connolly fue asesinado, puso música ambiental en algún momento entre las 12:22 y las 12:25 A.M.

Clarke silbó. —Esa es una hora extraña e inoportuna para buscar un poco de entretenimiento.

—Exactamente. Eso fue después del asesinato del médico, pero justo antes de la llamada al 911 y de la escena de Lauren en la calle. Alguien cometió un asesinato y luego puso música ambiental.

—¡Increíble!— exclamó Clarke mientras examinaba la cubierta del disco. —Y el botón de repetición está roto, así que no había repetición .

—O Lauren preparó la escena con algo de música, o alguien más lo hizo-

—Mientras Lauren estaba todavía en la casa— dijo Clarke, terminando la declaración de Mulrooney. —¿Cómo de rápido pudo Anya volver aquí desde el Midnight Espresso? Dijiste que Kevin la vio caminando.

—Habría estado muy ajustado. Pero sé una cosa, quienquiera que lo haya hecho tiene un gusto por Gershwin.

—Sí— dijo Clarke mientras estudiaba la portada del CD. —Ah— asintió cuando reconoció la melodía de Gershwin que habían escuchado a su llegada, —'Te Amo, Porgy !.

—Yo también te quiero, Bess— sonrió Mulrooney.

TREINTA Y UNO

Michael Ryan se apoyó en un Jaguar XJ8 descapotable mientras los pasajeros salían de la zona de equipajes del aeropuerto de Los Ángeles. Una atractiva rubia, con el pelo bailando alrededor de sus hombros con la misma energía que sus rápidas zancadas, se adelantó a los viajeros rezagados. Saludó a Michael con la cabeza y le sonrió antes de subirse a un coche de policía sin marcas aparcado en la acera frente a su Jaguar. Michael la vio alejarse antes de volver a dirigir su atención hacia la terminal.

—Tendrá que mover su vehículo, señor— dijo una voz desde atrás. —Hay un límite de estacionamiento de cinco minutos.

Michael extrajo su billetera y la abrió para que el agente de tráfico la inspeccionara. El patrullero levantó las cejas, asintió con la cabeza y siguió rápidamente su camino.

—Hola— dijo Lauren con voz ronca mientras lo abrazaba de repente por la espalda.

—¡Lauren, he estado preocupado por ti!

—Lo siento mucho, Michael. Sam y yo nos fuimos de Miami inmediatamente después de mi llegada para que nadie nos encontrara. Tenía la intención de llamar antes.

—Olvídalo. Me alegro de que hayas vuelto— sonrió. —¿Dormiste en el avión?

—Apenas. —Lauren tenía miedo de dormir. Sus pesadillas eran implacables, y a menudo las mismas. Estaba en la cama con Scott, cubierta de sangre y vísceras. Cada vez que estaba a punto de correr, miraba hacia abajo y veía un cuchillo en su mano.

Lauren miró por encima del hombro, nerviosa. —¿Te está siguiendo alguien?

—No, este coche está registrado a nombre de Futuro, una de mis empresas. La policía no lo buscará y no esperan que vuelvas hasta dentro de tres días, si es que lo hacen.

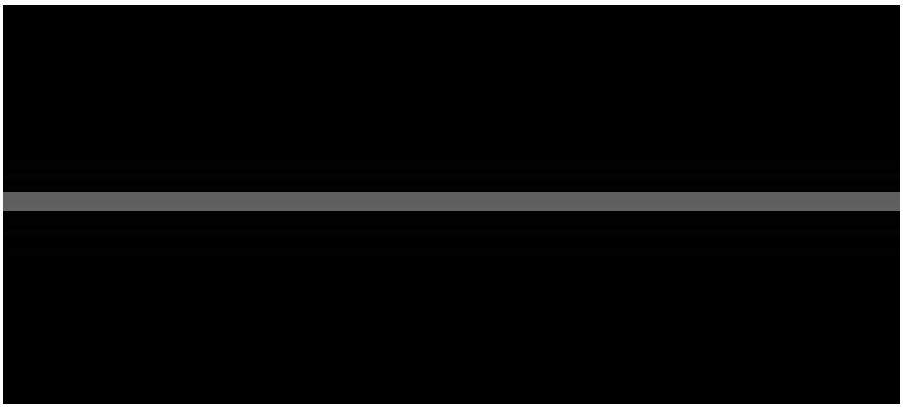
—Michael, vamos a tu casa. Tengo un pendrive que necesito mirar.

—De acuerdo, prepararé algo para comer. Seguro que puedo raspar el moho de algo o rehidratar alguna pizza vieja.

—Y tú dijiste que no sabías cocinar— se rió.

Michael sonrió ante su risa baja y retumbante. —Es bueno oírte reír de nuevo, Lauren. Quizá las cosas puedan volver poco a poco a la normalidad.

Lauren asintió con la cabeza mientras sabía en su corazón que las cosas nunca volverían a ser normales. Los límites siempre cambiantes de la «normalidad» se habían ampliado para dar cabida a un oscuro agujero en el que se había convertido su vida.



Desde el ático de Michael, Lauren pudo contemplar el Queen Mary, serenamente amarrado en el puerto. —Había olvidado lo hermosa que es la vista desde aquí— dijo suavemente mientras aceptaba una copa de Michael. —Has hecho mucho con el lugar. Es precioso.

Lauren recorrió la zona de estar, admirando los suaves muebles de cuero y las interesantes piezas de arte y escultura. —¡Dios mío, Michael, no me habías dicho que habías comprado un Basquiat!— exclamó.

Michael esbozó una sonrisa infantil mientras se alisaba el grueso cabello. —Tuve suerte. Lo compré cuando Warhol presentó a Basquiat por primera vez en Nueva York. Resultó ser una buena inversión. Si te gusta, es tuyo. Considéralo mi regalo de cumpleaños. Por favor.

—¡Dios mío, no podría, Michael!— protestó ella, abrumada por su generosidad. —Además, este año no he celebrado mi cumpleaños— dijo en voz baja.

—Bueno, quizás lo reconsideres. Al menos me dejarás alimentarte, ¿no? Cuando estabas en el baño llamé al 911 para pedir una pizza de emergencia.

—Gracias a Dios. Apenas puedes hacer tostadas.

—Es cierto, pero sigo siendo un gran anfitrión— sonrió. —Toma, bebe esto y relájate. Vamos a ver tu película o lo que sea hasta que llegue la pizza. Comeremos pizza a la luz de las velas.

Cuando Michael alcanzó las velas sobre la chimenea, Lauren jadeó de repente. —Michael, ¿de dónde has sacado ese cuadro sobre la chimenea?

—¿El Thiebaud? Se lo compré a Scott. —Michael vio su expresión de sorpresa y se movió incómodo. —¿No lo sabías, Lauren?

—No. No lo sabía. Dijo que estaba en su oficina.

—¡Maldita sea! Dijo que ya no lo querías y que preferías tener el dinero. Pensé que les estaba haciendo un favor a ti y a Scott. Ni siquiera sé qué decir. Por favor, por todos los medios, llévatelo .

—No. Gracias, Michael, pero nunca volverá a tener el mismo significado para mí.

—Cariño, lo siento mucho. Si no lo aceptas ahora, me lo quedaré para ti. Si en algún momento cambias de opinión, es tuyo.

Todavía tambaleándose de incredulidad y confusión, Lauren se hundió en el sofá. —Scott no pudo haber gastado todo ese dinero en drogas, Michael. Dime lo que sabes. Deja de intentar protegerme.

Michael se sentó junto a ella y le acarició el pelo. —Scott hizo algunas malas inversiones cuando estaban separados. Me dijo que tenía que devolver unos préstamos a corto plazo a unos usureros. Al parecer, había invertido en esquemas perdedores con una serie de personas desagradables. Cuanto más se drogaba, más insensato era en los negocios. Tomaba muchos riesgos innecesarios.

—Estaba empeñado en la autodestrucción.

—Sí, lo estaba. Y tú siempre fuiste la fuerte. No lo dudes nunca. —Michael la miró fijamente. Sus ojos buscaron cada rasgo de su rostro como luciérnagas inseguras de dónde encender. Finalmente, la rodeó con ambos brazos y la abrazó con fuerza mientras se recostaba en el sofá y buscaba el mando a distancia.

TREINTA Y DOS

SAN PEDRO, CALIFORNIA

Mulrooney salió al destartalado porche de la pensión de mala muerte de Magnolia justo cuando el agente Bullock salió corriendo por la puerta y vomitó en su pañuelo. Johnston, el compañero de Bullock, estaba justo detrás de él.

Mulrooney engulló rápidamente dos antiácidos y luego se lavó los residuos de la boca con un trago de café negro fuerte. Desde la humillante paliza que le dio la prensa, su estómago estaba en guerra con sus intestinos. Esperaba que el café combatiera los efectos de su insomnio, pero sabía que la cafeína no era realmente necesaria. Si el hedor pútrido que llegaba del interior de la casa no podía despertarlo, nada menos que el hielo en su suspensorio lo haría.

Mulrooney se estremeció cuando Bullock levantó los restos de su desayuno por encima de la barandilla de madera deteriorada. El patrullero se limpió la boca con la manga, ya que su pañuelo hacía tiempo que se había vuelto ineficaz.

—Toma— dijo Mulrooney con simpatía mientras le entregaba a Bullock los antiácidos . —Los necesitas más que yo.

Acababa de cruzar el puente de Long Beach cuando escuchó la noticia de un homicidio en San Pedro en el que el arma elegida había sido un cuchillo. Aunque este caso no era el suyo, Mulrooney llamó a Clarke y luego se apresuró a echar un vistazo a la escena del crimen antes de que estuviera comprometida. Ni los detectives asignados ni Clarke habían llegado todavía, pero Mulrooney no quería quedarse más tiempo del necesario. Cuando sacó su pañuelo y empujó la puerta de la pensión de mala muerte, inmediatamente empezó a toser.

Un hombre con una camiseta y un mono marrón salió a recibirlo . Mulrooney consideró inmediatamente que el tipo era un drogadicto. Estudió la sonrisa gomosa esculpida en una cara que parecía carne estropeada. El drogadicto utilizaba una navaja para sacar Spaghettios de una lata, sin inmutarse por el hedor del lugar. Evidentemente, tener las fosas nasales quemadas tenía sus ventajas, concluyó

Mulrooney.

Mulrooney parpadeó rápidamente para controlar el ardor de sus ojos cuando Clarke atravesó tímidamente la puerta. —¡Dios mío!— gimió Clarke. —Se arrancó la cola de la camisa y la subió para cubrirse la parte inferior de la cara. —Bullock me ha dicho, entre lance y lance, que la víctima parece llevar un tiempo en descomposición. Se puede oler a media manzana de distancia. No puedo creer que nadie informara de esto antes.

—No hay mucha actividad por aquí, Smokey. Estos edificios están todos abandonados .

Clarke vio al yonqui mirándole con desprecio desde detrás de la puerta. —¿Qué pasa con este personaje? ¿Es él lo que apesta?

El hombre de los espaguetis se limpió la boca con la mano antes de acercarse. Señaló el extremo más alejado del apartamento de una sola habitación, donde se veían dos pies que sobresalían de detrás de un sofá. —Soy yo quien lo ha encontrado— anunció con indisimulada satisfacción. Su voz estalló como una serie de eructos. —Soy el gerente, Virgil Peters. He venido a ver si ya se había ido.

—¿Irse a dónde?— Mulrooney evaluó el rostro hundido de Virgil. La punta de su nariz estaba llena de costras y sus ojos estaban conectados como bombillas defectuosas.

—Bueno, hace unas semanas dijo que se iba a ir a la carretera para siempre. Pero se suponía que primero tenía que hacer una buena conexión.

—¿Te refieres a las drogas?— Clarke balbuceó a través de la tela de su camisa.

—¿Drogas?— exclamó Virgil, sin entender nada. —¡Mierda, no hay dinero en los perros! Porno. No tenía amigos, probablemente por el tumor.

—¿Tumor?— Clarke repitió.

—No, no su 'toter'. Su TUMOR. ¡Limpia tus oídos! Tenía uno muy grande. Por eso se llamaba Tumor. En realidad, una vez me dijo que en realidad era una hernia. Era bastante asqueroso de ver. Era más grande que su cabeza. Solía acariciarla como a un perro calvo. Pero no me molestaba.

Virgil engullía los Spaghettios mientras hablaba. Mulrooney se encogía cada vez que el viejo drogadicto rodeaba con su lengua la hoja del cuchillo. —Me sorprendió que siguiera aquí— les dijo Virgil entre bocado y bocado,...lo que queda de él, de todos modos. Dijo que iba a vender unas tarjetas de memoria, pero ni siquiera hizo las maletas.

Mulrooney echó un vistazo a la habitación. Estaba casi vacía , salvo por una vieja mesa de formica y un sofá de terciopelo con el dibujo desgastado. Sobre la mesa había una maleta maltrecha con un montón de ropa desparramada. Mulrooney, al ver la maleta vacía, se inclinó para verla más de cerca. —Compruébalo, Smokey. La cerradura ha sido forzada.

Clarke examinó la maleta y luego lanzó una mirada a Virgil.

—No fui yo— protestó Virgil.

Mulrooney dio vuelta a la etiqueta con el nombre de la maleta. —¡Vaya!— exclamó Mulrooney, —¡mira esto! Extendió la etiqueta con el nombre para que Clarke la viera.

—Lyle P. Clapp en persona. El compinche de Clarence en el show erótico . Los ojos de Clarke se clavaron en Virgil, articulando cuidadosamente cada palabra. —¿Sabes a dónde iba Clapp?—

—A Las Vegas, con un gato llamado... lo he olvidado. Iban a alojarse en el Bellagio, pero supongo que el tumor lo cagó. Virgil se rió de su propia ocurrencia.

—¿El Bellagio? Bonitas piernas para un tipo que vive así— comentó Mulrooney a Clarke a través de su pañuelo,...muy bonitas piernas.

—¿Bonitas piernas? No, claro que no, —intervino Virgil. —Tenía unas piernas gordas y feas con grandes venas púrpuras varicosas .

—¿Varicosas ?— Clarke repitió.

—Sí, varicosas . Necesitas un audífono, amigo .

—Y tú necesitas mejorar tu fonética , Sparky— replicó Clarke.

—No tienes que llamar por teléfono.

Clarke puso los ojos en blanco y le dijo a Mulrooney: —¿Crees que este tipo ha intentado alguna vez la integración de la personalidad de

toda esa gente dentro de su cabeza ?

—No en ninguna de sus vidas— entonó Mulrooney mientras seguía mirando a su alrededor. —Será mejor que acabemos con esto antes de que entre el equipo de delincuencia, Smokey.

—Sí, Smokey, muévete— le espetó Virgil, mostrando una sonrisa aceitosa a Clarke mientras se tragaba otro bocado de Spaghettios.

Mulrooney vio que el fuego lamía los bordes de la sonrisa de Clarke y se preguntó cómo se sentiría Virgil con una lata de Spaghettios clavada en la frente.

Bullock y Johnston volvieron a entrar en la casa en un último intento de valentía y siguieron a Mulrooney y Clarke hasta la esquina más alejada de la sala. El sofá creaba una barrera visual entre ellos y la víctima. Cuando Mulrooney y Clarke dieron un paso por el lado del sofá, vieron los restos de lo que había sido un hombre muy grande. El cuerpo de Lyle P. Clapp estaba distendido como un pez globo prehistórico y estaba pegado al suelo por un enorme charco de sangre apelmazada. Los vestigios de sus ojos miraban al techo de hojalata manchado. Su garganta, que había sido cortada de oreja a oreja, estaba ahora cubierta de gusanos.

Clarke agarró de repente el brazo de Mulrooney y señaló la parte inferior del cadáver. En un solo movimiento, todos gritaron y retrocedieron. —¡El maldito se está moviendo!— gritó Bullock.

Cuando todos se concentraron en el enorme agujero del estómago del tipo, el charco seco de sangre dentro de la cavidad se levantó en un montículo palpitante. Mulrooney se quedó mirando con incredulidad hasta que Virgil empezó a reírse. Mulrooney volvió a mirar el enorme y descompuesto absceso que una vez fue el tumor de Tumor. Dentro de la masa, varias ratas grandes y glutinosas correteaban en un frenesí alimenticio.

Clarke se dirigió inmediatamente a la puerta con Mulrooney pisándole los talones. Los dos patrulleros, que ya estaban demasiado lejos para recorrer la distancia hasta el porche, se asomaron a las ventanas para depositar lo que quedaba de sus desechos estomacales en la maleza tropical que rodeaba la vacía casa de mala muerte.

—No hay que acostumbrarse a algunas cosas— gruñó Mulrooney mientras se dejaba caer en el escalón roto del porche junto a Clarke.

En ese momento, la puerta se abrió con un golpe y Virgil salió al sol

de la tarde. Empujó la lata de comida a medio comer hacia Clarke y se rió como una mula rebuznando. —¿Espaguetis, Smokey?— se burló.

La mano de Clarke, volando hacia arriba como si tuviera un resorte, dio un golpe directo en el fondo de la lata.

Mulrooney observó la trayectoria de la lata cuando se plantó de lleno en la cara de Virgil.

—Uy. Lo siento, friki —rezongó Clarke.

—Encantado de conocerte, Virgil— sonrió Mulrooney. —Buen provecho.

TREINTA Y TRES

Mientras Lauren y Michael esperaban a que aparecieran en la pantalla las imágenes del pendrive, el cuerpo de Lauren se puso rígido. Reconoció las voces incluso antes de que los participantes entraran en escena. La cámara enfocaba una mesa de tratamiento en un consultorio médica de color azul pálido. Apenas se veía nada más que una silla cercana, una luz superior y la pared en blanco detrás de la mesa. El consultorio era el de Scott.

Scott entró primero en el encuadre, de espaldas a la cámara. Lauren se sorprendió al ver a Scott. Estaba bronceado y musculoso, y su pelo moteado por el sol le daba un aspecto infantil e inocente.

Scott se puso una bata de hospital sobre la ropa antes de ponerse una máscara y guantes quirúrgicos de látex. A continuación, atrajo a una mujer hacia él mientras se reía y le acariciaba el pelo despeinado, siempre consciente de la posición de la cámara. Cuando se apartó, apareció el bello e inconsciente rostro de Anya Gallien.

Scott susurró al oído de Anya y luego se apartó para admirar su desnudez. Ella se quedó quieta mientras Scott deslizaba su mano sobre sus pechos y seguía las curvas de su cuerpo hasta que su mano se posó en el espacio de la parte superior de sus muslos.

Scott la empujó hacia atrás sobre la mesa. La mesa estaba en ángulo con respecto a la cámara y ofrecía una vista de Anya mientras permitía a Scott darse vuelta, permaneciendo sin rostro. Anya apoyó su mano en el pecho de él. Cuando ella comenzó a decir su nombre, él levantó su máscara y cerró su boca sobre la de ella.

—¡Oh, Dios!— Lauren gritó. —¡Oh, Dios mío!

Michael pulsó el botón de apagado del mando a distancia y lo aferró a él. —Es suficiente— dijo. —¡No más!

Lauren luchó contra el impulso de volver a gritar. Se sentó un momento mientras estabilizaba su respiración. —Vuelve a encenderlo, Michael— ordenó, mirando directamente al frente.

—¡No, no tienes que hacerlo, Lauren!

Lauren tomó el mando de la mano de Michael y pulsó el botón de reproducción hasta que las imágenes volvieron a cobrar vida. Anya y Scott eran como dos extraños con máscaras de Halloween, disfrazados de personas que Lauren había amado alguna vez. Scott estaba encima de Anya, completamente vestido, luchando con la parte delantera de sus pantalones. Después de llegar a un lado de la mesa para levantar los estribos, levantó las piernas de Anya para ubicarla . Cuando Anya intentó hablar de nuevo, él le puso el dedo sobre los labios y la penetró.

Scott se movió lentamente, manteniendo la cabeza apartada y girando su cuerpo para exponer sólo el de ella. Anya gimió y mantuvo los ojos cerrados mientras él empujaba dentro de ella repetidamente. De repente, él se retiró y derramó su semen sobre Anya mientras todo su cuerpo se estremecía incontrolablemente.

Anya permaneció inmóvil como una exquisita escultura sobre un féretro. Finalmente abrió sus grandes ojos y los enfocó en Scott. Su mano se acercó a la cara de él justo cuando la imagen se desvaneció .

—¿Qué estás haciendo?— Michael preguntó mientras Lauren tomaba su bolsa.

—Voy a casa de Anya. ¡Necesito respuestas ahora!

—¡No, Lauren, no lo hagas! No sabes lo que es capaz de hacer. Esta cinta es una prueba de ello. Sacó el pendrive del ordenador y giró para mirarla. —¿Por qué demonios quería Sam Bennett que vieras esto?

—Sam sabía que nunca me lo crearía sin pruebas.

—Voy a llamar a Mulrooney y a Clarke.

—No. Quiero confrontarla primero.

—Entonces voy a ir contigo.

—Por favor, no. Ella no hablará conmigo si estás allí.

—¿De qué sirve esto, Lauren? Podrías salir herida. Por favor, llama a Mulrooney. Está tratando de ayudarte. Puso Long Beach y Miami patas arriba buscándote. No podría vivir conmigo mismo si dejara que te pasara algo.

—Anya no me hará daño. Se preocupa demasiado por mí.

—¿Entonces por qué demonios se acostó con tu marido?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Quiero hablar con ella a solas. Si no vuelvo en dos horas, entonces ven. Y trae a Mulrooney y a Clarke contigo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo— advirtió.

—No exactamente, Michael, pero al menos ahora sé con qué persona estoy tratando. —Al entrar en el ascensor, se volvió para mirarlo . Las puertas se cerraron, borrando su rostro oscuro y apuesto mientras el ascensor iniciaba su lento descenso.

TREINTA Y CUATRO

—Vuelve a comprobarlo con las aerolíneas y dile a la vigilancia que se quede en el aeropuerto de Los Ángeles— dijo Mulrooney al teléfono. Giró en su asiento del mostrador para mirar a Clarke, que estaba sorbiendo agua.

Clarke gimió: —¡Jesús! Ratas en un tumor.

—Definitivamente tienes un tono más blanco de palidez, compañero.

Sophie dejó dos menús al pasar. Mulrooney apartó el menú. Ninguno de los dos tenía mucho apetito después de ver el cadáver descompuesto de Lyle P. Clapp. En las pocas horas transcurridas desde entonces, Mulrooney y Clarke habían repasado su largo historial de crímenes relacionados con el porno.

—Creo que hemos conectado algunos puntos más, Smokey. Según nuestro informante, el oh-tan-perturbado Tumor conocía a Clarence Smolley, que fue asesinado en el show erótico de Jersey. Tanto Clarence como Clapp frecuentaban el club de jazz de Sam Bennett en Long Beach. Los dos fueron víctimas de acuchillamientos como Scott Connolly, al que también podemos relacionar con Sam Bennett.

Clarke asintió. —Lo que también es interesante es que los dispositivos USB que tanto Clarence como Tumor vendían habían sido robados de cada escena del crimen.

—Además del modus operandi, es la férrea ejecución de esos dos homicidios lo que me hace sospechar una conexión con el caso Connolly. Hablé con el jefe de investigación del caso de Jersey cuando venía hacia aquí. Dijo que el perpetrador había metido un montón de billetes en la caja de dinero del show erótico después de cortar a Clarence.

—¿Cómo lo determinaron?

—Las huellas de la víctima, que era el primer cliente del día según la cámara de seguridad, eran las únicas huellas en los billetes de la caja. Sin embargo, había billetes en la caja que habían sido limpiados de todas las huellas, a pesar de los restos de sangre de la víctima. Al parecer, el asaltante se quedó mirando, y luego él, o —ella— supongo,

acabó con la stripper.

—Cristo, eso es frío. ¿Qué más mostró la cámara de seguridad?

—Nada. La cinta se volvió negra después de que Smolley entrara en el local.

—Interesante.

Sophie se acercó y puso dos panecillos frente a ellos. —¿Te he oído mencionar a un tipo llamado Tumor?—

—Sí, ¿lo conoces?— Preguntó Mulrooney.

—Claro, salimos juntos— sonrió sarcásticamente. —Claro que no, no lo conozco, pero sé quién es. Vino aquí una o dos veces. No podías dejar de verlo. Tenía un crecimiento gigante que...

—Por favor, Sophie, lo sabemos— suplicó Clarke, cortándola. ¿Vino alguna vez Tumor aquí con alguien?

—No, pero un día estuvo esperando mucho tiempo para encontrarse con alguien. Se sentó aquí durante más de una hora acariciando ese enorme bulto como si tuviera a alguien viviendo allí. Oh, lo siento, Clarke. De todos modos, cuando el tipo no apareció, Tumor me dijo que le dijera a cualquiera que preguntara por él que estaría en casa. Creo que dijo que buscaba a un tipo llamado Skinfold. No, Skinflint. Sí, eso es. No olvido los nombres.

Mulrooney sonrió y asintió. —Tu memoria es tan legendaria como tu lista de maridos, mujer.

Clarke escribió «Skinflint»en negrita en su bloc de notas. —Gracias, Sophie. Es la única pista que tenemos.

—¿Está Tumor en problemas?— preguntó ella.

—Ya no, querida— dijo Mulrooney mientras mordía una magdalena. —El Tumor ha sido extirpado quirúrgicamente.

TREINTA Y CINCO

Era poco después del anochecer cuando Lauren sacó su Mercedes del aparcamiento del edificio de Michael, donde lo había dejado mientras estaba en Miami. A medida que la niebla la invadía, volvió a tener la sensación de estar cayendo en un abismo.

Lauren condujo hasta Nápoles, donde aparcó al pie del puente del Rivo Alto y caminó por el canal hasta la casa de Anya. Cuando cruzó por debajo del enrejado hacia el patio, el sensor hizo saltar las luces. Mientras Lauren golpeaba la puerta, comprobó por encima del hombro si había vigilancia.

Un minuto después, la puerta se abrió y Anya se plantó ante ella. Un camisón de raso blanco se ceñía a su cuerpo mientras permanecía en la puerta ajustando los ojos a la luz. La sonrisa serena de Anya levantó poco a poco su rostro. —Lauren— susurró sin aliento mientras la abrazaba, —he estado tan preocupada.

—¿De verdad?

Anya tiró de Lauren hacia el interior mientras hablaba, llevándola a la cocina. Le indicó a Lauren que se sentara mientras preparaba café. —¡Claro que estaba preocupada! Dijiste que llamarías desde Miami. Pero a pesar de lo feliz que estoy de verte, creo que no deberías haber vuelto.

Lauren esperó mientras Anya ponía crema y azúcar, aparentemente ajena al silencio de Lauren. No era de extrañar que Scott la deseara, pensó Lauren mientras apreciaba el ágil cuerpo de Anya a través de su delgado camisón de satén. Anya era singularmente hermosa, y era fuerte y apasionada en todo lo que hacía en su vida.

—Espero que nadie sepa que has vuelto— dijo Anya mientras dejaba las tazas sobre la mesa. —¿Sabes lo que ha pasado aquí desde que te fuiste?

—Sí, Michael me lo contó.

—Siento que estés pasando por esto, Lauren, pero podemos manejarlo, te lo prometo. Sólo quieren interrogarte; y yo no les he dicho nada. —Después de alcanzar el recipiente de terrones de azúcar, le entregó a

Lauren una servilleta de lino. —Entonces, ¿sabía Sam algo sobre la morena que Scott estaba viendo mientras ustedes estaban separados?

—No, pero me enteré de la pelirroja.

Anya se estremeció. —¿Oh?— Mientras se sentaba lentamente, mantuvo la mirada en el recipiente de azúcar. —Estaba segura de que la mujer tenía el pelo oscuro. —Anya amontonó azúcar en su café y luego revolvió más vigorosamente de lo necesario.

De repente, Lauren explotó. —¡Me has mentido, Anya! Eras mi mejor amiga y me has mentido. Confié en ti, pero fui yo a quien asesinaste. Me rompiste el corazón.

—¿Qué estás diciendo?— Con las manos temblorosas, Anya dejó la cuchara, que perdió el platillo y repiqueteó contra la mesa.

—No podías tenerme, así que fuiste tras Scott.

—¡Eso es absolutamente repugnante, Lauren! Me niego a escuchar ese tipo de comentarios.

—Sí, vas a escuchar, Anya. Si decidiste jugar con los hombres, ¿por qué tenía que ser el marido de tu mejor amiga?— La voz de Lauren era baja y firme. —A pesar de nuestros problemas, lo amaba. Tú lo sabías. Y yo te quería a ti también.

—¡Para esto, Lauren!— Anya gritó. Se levantó bruscamente, tirando su silla. —Te dije que no salía con Scott. Sólo cenamos, ¿es eso una cita? Si es así, soy culpable, ¿vale? Soy CULPABLE. —La voz de Anya se quebró mientras se apoyaba en el mostrador para no caerse .

—¡No me mientas! Sé que te acostaste con Scott.

—¡Para! ¡No sabes lo que estás diciendo!—

Lauren se levantó de un salto. —¡Dime la verdad!— gritó.

Cuando Anya retrocedió, su cuerpo inerte se golpeó contra el mostrador como una teja suelta. —¡Basta, Lauren! ¿De qué sirve esto ahora? Scott se ha ido.

—Has estado mintiendo todo el tiempo, ¿no es así?— Exigió Lauren. —¡Dime la verdad, maldita sea!— De repente, Lauren agarró a Anya por los hombros y la sacudió con rabia. Mientras Anya caía contra Lauren, se echó hacia atrás para sujetarse.

—¿Quieres la verdad?— Anya repitió entre dientes apretados — ¿Quieres todos los detalles feos? Te lo dije, cenamos varias veces cuando salías con Sam. Aunque estaban separados, querías que siguiéramos siendo una «familia», ¿recuerdas? Y eso era todo lo que siempre quise: una familia. Ni siquiera me gustaba Scott, pero estaba dispuesta a pasar tiempo con él. Intentaba amarte de otra manera. Era la única manera que podía.

—¿Así que pensaste que debías tener sexo con él?— Lauren se quejó.

—¿Me estás escuchando, Lauren? Tuvimos una cena. ¡CENA! Eso es todo lo que se suponía que era. Después me llevó a su despacho con el pretexto de recoger unos archivos. Nos preparó bebidas allí. Me tomé una copa y luego me desplomé en el sofá de la sala de espera. Scott estaba de repente encima de mí. Era como si estuviera fuera de mí misma, viendo cómo se desarrollaba todo. Intenté gritar, pero mis gritos estaban atrapados en mi cabeza. Apenas podía moverme. Vi cómo me quitaba la ropa, pero no pude hacer nada para detenerlo. Ni siquiera recuerdo cómo llegué de la sala de espera al consultorio .

Lauren soltó los hombros de Anya y levantó la silla de un tirón. — ¿Esperas que me crea que te drogó ?— susurró.

Anya trató de estabilizarse. Abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. —Scott se drogaba mucho— dijo, dándole la espalda a Lauren. —No sé lo que hizo esa noche. Sólo sé que no pude resistirme. Me violó.

—A mí no me pareció una violación— dijo Lauren con amargura.

Anya giró para mirar a Lauren. —¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Lo grabó todo en la cámara.

—¡Ese maldito pervertido! ¡Ese BASTARDO! Quiero esa cinta!

—Está en casa de Michael, Anya. Y es un muy buen motivo para matar a alguien, ¿no?

Anya estaba furiosa. Sin previo aviso, tomó una gran bandeja de la encimera y la golpeó contra el armario. Mientras la porcelana se hacía añicos a su alrededor, no se inmutó. —¡Es un motivo perfecto!— gritó. —Dios sabe que habría acabado con la vida de Scott en ese mismo momento si hubiera podido. ¿Acaso esa asquerosa cinta me muestra rascando sus ojos, el único movimiento que podía ordenar

conscientemente a mi cerebro? ¿Recuerdas su párpado rasgado, Lauren? ¿Lo recuerdas?

La imagen de la mano de Anya alcanzando la cara de Scott después de que él eyaculó de repente se asomó en la mente de Lauren mientras su cerebro se esforzaba por darle sentido a todo. —Se lastimó el ojo jugando a la raqueta— protestó Lauren.

—¡Mentira! Yo soy la que le arañó el ojo!— Anya clavó las palabras en Lauren de una en una. —¡Desearía habérselo arrancado!

—¿Cómo esperas que te crea, Anya?— gritó Lauren. —Si eso ocurrió de verdad, ¿por qué no lo denunciaste a la policía?

—¿Y arruinar tu vida? Pensé que te habías liberado de Scott. Cuando dijiste que ibas a intentar arreglar las cosas, no supe qué hacer. Sabía que una acusación de violación te destrozaría. Lauren, te quiero. Quería que tuvieras lo que querías si podías ser feliz. Traté de encontrar excusas para el comportamiento de Scott en mi propia mente, como tú siempre has hecho. Él era un encantador, Lauren, pero también era un bastardo egoísta y hedonista.

—¡Cállate, Anya!— Lauren gritó. —Scott está muerto. ¿No es eso suficiente reivindicación? Tú lo mataste, ¿no es así?

Anya levantó su mano y la golpeó contra la mejilla de Lauren, viendo como ella se tambaleaba hacia atrás. —Tal vez deberías ser un poco más honesta con Mulrooney sobre lo que estabas haciendo la noche en que Scott fue asesinado— pronunció con una calma aterradora. —Me jugué la vida por ti. He guardado silencio por ti a pesar de mi propio peligro.

—¿Qué estás insinuando?

—Sé que Scott te hizo mucho daño, Lauren. También sé cómo reaccionas al alcohol. Ha habido momentos en los que ni siquiera podías recordar dónde habías estado... o qué habías hecho. Podrías haber matado fácilmente a Scott.

Lauren estaba completamente aturdida. Levantó la mano para golpear, pero Anya agarró el brazo de Lauren con firmeza. Con tremenda fuerza, presionó sus dedos en el brazo de Lauren mientras agarraba la gruesa empuñadura de un cuchillo de trinchar que estaba sobre la tabla de cortar. En un rápido movimiento, llevó el cuchillo a la barbilla de ella y presionó la hoja contra su carne. Anya mantuvo su apretado agarre sobre Lauren mientras retorcía el brazo de ella detrás

de su espalda. —¿Es así como debemos terminar esto, Lauren? La lesbiana despechada supuestamente mata al marido de su amiga. ¿Y luego mata a su amiga?

—No lo hagas, Anya— susurró Lauren.

—Tal vez deberíamos morir juntas— replicó Anya con severidad. Tiró del cuchillo hacia atrás y lo sostuvo por encima de la cabeza de Lauren. Ella se esforzó por zafarse del agarre paralizante de Anya, pero ésta fue demasiado rápida. Los gritos de Lauren quedaron atrapados en su garganta cuando Anya tiró del cuchillo hacia atrás y apuntó la punta hacia la cara de Lauren.

De repente, Anya gritó y se lanzó hacia delante. Con un movimiento violento, lanzó el cuchillo. Atravesó la cocina y golpeó el armario con su fuerza furiosa, destrozando la madera.

—Deberías conocerme lo suficiente como para darte cuenta de que no voy a dejar que la vida me arrebate nada más— dijo Anya mientras ahogaba sus lágrimas. —Ciertamente no volveré a ser una víctima, especialmente de mi propia ira. Tú eres todo lo que tengo en este mundo. Si te pierdo, no será por mi culpa.

Anya se quitó las lágrimas y enderezó su columna vertebral con una determinación férrea. —Estaba dispuesta a cubrirte y a proporcionarte una coartada mientras pudiera. Mulrooney y yo sabemos que estabas en casa antes de medianoche, Lauren. Estabas allí cuando Scott fue asesinado. Vuelve a Miami antes de que Mulrooney descubra que has vuelto, y luego vete a Australia con Sam. Yo me quedo aquí; y te protegeré hasta que estés a salvo.

Lauren se quedó en silencio, con el rostro congelado en una máscara de confusión. De repente se acercó a Anya y trató de acunarla en sus brazos. —Por favor, perdóname— suplicó.

—No, Lauren— se resistió Anya, —por favor, vete. Necesito tiempo para pensar.—Anya le dio la espalda a su amiga y se apoyó en la encimera con las manos temblorosas.

—Anya, lo siento mucho,— Lauren carraspeó. —Estoy tan abrumada por todo lo que ha ocurrido. No creo que estuviera borracha esa noche. Pero tienes razón, no recuerdo lo que pasó. He estado tan confundida. Lauren alargó la mano de nuevo para tocar los hombros de Anya, pero ésta permaneció rígida. —Por favor, Anya, no puedo irme y dejarte sola— gritó.

—He estado sola durante mucho tiempo— susurró Anya. —Miró a su alrededor como un animal en la naturaleza. —Estás en peligro aquí— dijo. —Por favor, vuelve con Sam. Vete y déjame en paz, Lauren.

Lauren se quedó muy quieta antes de agarrar a Anya una vez más. Ella besó su cabello, se dio vuelta, y luego salió lentamente por la puerta.

TREINTA Y SEIS

Mulrooney cerró la puerta de su despacho y se dejó caer en su silla. Cuando tomó el expediente del caso Connolly, vio tres notas adhesivas con la letra negrita de Killackey. La primera decía simplemente: SIN IDENTIFICACIÓN EN LA PIEL. Clarke y él habían buscado todas las variantes posibles del nombre Skinflint. Habían probado con Skinfold, Skintight e incluso con los aportes creativos de Clarke, Skingraft y Foreskin. No había aparecido nada en los ordenadores ni en las calles.

Mulrooney echó un vistazo a otra nota: LLAMAR A LA OFICIAL KATE AXBERG PARA PASARLO BIEN. Sonrió y leyó el último mensaje: LLAMAR AL DR. PETERSON AL DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA, CAL STATE, LO ANTES POSIBLE.

Mulrooney marcó los números y esperó a que Peterson contestara. —Doc, soy Mulrooney— dijo cuando Peterson se puso al teléfono. —¿Tienes algo?

—Claro que sí, Tim. Un arma interesante, en efecto. Al parecer, el cuchillo había sido empapado en agua caliente en alguna ocasión para limpiarlo. El agua caliente hizo que la espinilla alrededor de la empuñadura de madera se aflojara, permitiendo que se acumularan restos debajo. Hemos identificado la materia incrustada bajo la empuñadura. Es piel de grunion.

—¿Grunion? ¿Como los peces?

—Exactamente. Y hemos podido determinar, por la descomposición, que el cuchillo fue utilizado en el pescado en algún momento del último mes.

—Bonito— sonrió Mulrooney. —Muy bonito. Gracias, Jim.

Colgó el teléfono y dejó a un lado sus notas en busca de la Gaceta del Grunion, un periódico del barrio que publicaba los horarios de las corridas estacionales de grunion. A los habitantes de Belmont Shore les gustaba pescar estos pequeños peces plateados cuando llegaban a la orilla por miles para desovar. Según sus recuerdos, el desove siempre comenzaba la noche de la marea más alta y continuaba durante dos o tres noches más. A menudo había observado cómo las

hembras de grunion excavaban agujeros verticales, con la cola por delante. Justo cuando desovaban, los grunion machos llegaban a la orilla para fecundar sus huevos, convirtiéndose así en una captura fácil para los pescadores. Conocer las fechas de las corridas de grunion de la temporada podría ser beneficioso para la línea de tiempo en la investigación.

Mientras Mulrooney buscaba el periódico debajo de una pila de archivos, se sorprendió al descubrir un pendrive en una bolsa de plástico para sándwiches. Mulrooney abrió la puerta de su despacho y gritó: —Eh, ¿quién ha puesto esto en mi mesa? Las respuestas de la oficina indicaban que nadie sabía de dónde procedía.

Mulrooney cerró la puerta y metió el pendrive en su ordenador. De repente, la cara de Anya Gallien, vacía y robótica, lo miró fijamente desde su monitor, haciéndole perder momentáneamente el equilibrio. Al ver el video, supo inmediatamente que el hombre que estaba de espaldas a la cámara era Scott Connolly. Mulrooney lo había estudiado tan bien en la muerte que casi conocía al médico en una forma ampliada de vida. —¡Santo cielo!— exclamó Mulrooney.

Mientras veía la cinta, le extrañó la falta de respuesta de Anya. Era extraño, porque él sabía que debajo de los modales reservados de Anya Gallien había una pasión ardiente. Una vez terminada la cinta, se sentó en silencio a procesar la información antes de sacar el pendrive y salir corriendo del despacho. —Dile a Clarke que se reúna conmigo en la Brigada Antidrogas cuando vuelva— le gritó a Killackey.

Corrió por el pasillo e irrumpió en el despacho de Janet Glenn, jefa de la Brigada Antidrogas . —¿Puedes ver esto cuanto antes, Janet?

Janet asintió y lo metió en su máquina. —Toma asiento.

La cara de Anya volvió a aparecer en la pantalla. —No es un típico encuentro clandestino — observó Janet. Tomó una bolsa de pruebas que contenía una unidad flash similar. —También querrás ver esto— dijo justo cuando Clarke asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué pasa?— preguntó Clarke.

—La Navidad llegó pronto, Smokey. Mira esto.

Una vez más, las imágenes cobraron vida. Clarke se quedó con la boca abierta cuando Anya y Connolly aparecieron en la pantalla ante ellos. —Esa es una lesbiana confundida— murmuró. —¿De dónde has

sacado esto?

—Entrega no identificada. Janet, por favor, muéstranos el tuyo . — Observaron cómo el segundo video iluminaba la pantalla, mostrando claramente la oficina del Dr. Scott Connolly.

—¡Hola, Silver!— dijo Clarke mientras el médico enmascarado y con guantes conducía a una morena a la escena.

La segunda cinta era mucho más explícita, ya que la mujer respondía con entusiasmo a los movimientos de Connolly. Ella tomó la iniciativa bajando la cremallera de sus pantalones y guiándolo hacia ella. Connolly dudó un momento antes de sacar una ampolla cubierta de tela del interior de su guante. Tras abrirla, se la llevó a la nariz y aspiró profundamente. Los dos empezaron a moverse juntos lentamente. Cada vez que la mujer apartaba la vista de la cámara, él volvía a dirigir su cabeza hacia el objetivo. Cuando la mujer se acercó al orgasmo, luchó por liberar su cabeza de su agarre.

—¡Es 'Morticia' del funeral!— espetó Clarke.

Janet señaló la pantalla. —¿Ves cómo se le levanta el pelo? El peluquín.

—Esa es nuestra chica— dijo Mulrooney en voz baja. Se sentaron, paralizados, mientras el médico dejaba de empujar lo suficiente para alcanzar un largo instrumento médico.

—¿Qué demonios?— gritó Mulrooney.

Janet pulsó el botón de apagado. —Se vuelve mucho más «médico»que eso. Y ella estaba definitivamente metida en eso.

Mulrooney se estremeció. —¡Jesús, hay un mercado para todo! Tenemos que interrogarla, Janet. Tenemos que averiguar cómo está relacionada con el Dr. Connolly, y con Anya Gallien. ¿Tienes una identificación de ella?

—Sólo el nombre de pila: Donna algo. Aquí hay una copia de una foto que sacamos del video.

—Gracias. ¿Te fijaste en la ropa de la esquina de la oficina de Connolly en ese video, Smokey?

—Clarke asintió. —Ropa de diseño y un maletín de mujer de aspecto muy caro. ¿Mujer de negocios?

—Probablemente una fabricante de bombas caseras — se mofó Mulrooney.

—Tenemos una pista sobre quién está distribuyendo esta mierda: un matón de poca monta llamado Flint.

—¡FLINT!— Mulrooney y Clarke gritaron simultáneamente.

—Janet, ¿puedes conseguirnos algo más sobre Lyle P. Clapp, alias Tumor?— Preguntó Clarke. —Sabemos que era de Las Vegas y que vendía porno pedófilo. También puede haber estado distribuyendo Flint.

—Ya estamos siguiendo la pista de Flint debido a una nueva lista de videos que involucran a menores, incluyendo películas de asesinatos . Esperamos que Flint nos lleve al pez gordo. El crimen organizado sigue dirigiendo el mercado del porno aquí. Buscamos a los cabecillas de la organización .

—Si Flint vendía cintas con Anya y Donna, ¿es posible que las conozca?— Preguntó Mulrooney.

—Es inusual que un hombre que se mueve como Flint conozca a los participantes en la mercancía, pero nuestros topos dicen que han visto a Flint con Donna. Planeamos atrapar a Flint esta semana. Te llamaré si quieres participar en la operación. Así podrías interrogar a Flint para saber qué sabe sobre Donna y Scott Connolly.

—Nos apuntamos— dijo Mulrooney. —Además, ¿podrías ver si tienes alguna conexión entre Flint y un fiambre llamado Clarence Smolley? Le cortaron el cuello en Jersey hace poco. Parece que él, Clapp y Flint trabajaban para la misma organización .

—Lo haré.

—Gracias, Janet— dijo Clarke mientras se levantaba para irse. —Donna puede ser nuestra conexión con todos.

Mulrooney asintió. —Sí, y la mayoría de sus conexiones acaban congeladas.

TREINTA Y SIETE

—Estás estupenda— sonrió Mulrooney cuando Kate Axberg entró en El Restaurant de Costillas , un restaurante de Nápoles cercano a la casa de Anya Gallien.

—Gracias, Tim— dijo ella con dulzura, mientras se deslizaba en el reservado. —Y tú pareces algo que ha tosido un gato callejero. ¿Qué estás haciendo?— Ella le observó hincarle el diente a un enorme trozo de tarta de fresa. —Sólo comes así cuando estás enfadado.

—Claro que sí, estoy enfadado. Tengo a ese imbécil de Atilla respirándome en la nuca para hacerse cargo de mi caso, y estoy muy frustrado. Y todavía no podemos localizar a Lauren. Por cierto, ¿reconoces a esta mujer?— preguntó mientras enseñaba la foto de Donna. —Creo que es la novia de Connolly, de la que oíste hablar cuando estabas en el Legends. Era su paciente. La enfermera de Connolly la reconoció, pero no estaba segura de su apellido. Evidentemente Donna sólo vino una o dos veces. Una de sus chicas de la oficina pensó que era un nombre con «B»: «Baer» o algo así.

—El único Baer que se me ocurre interpretaba a Jethro en 'The Beverly Hillbillies'.

—De alguna manera dudo que fuera la novia de Connolly— dijo Mulrooney con ironía. —Revisamos todos los expedientes pero el director de la oficina no pudo dar con un nombre. Sin embargo, según los números de los expedientes, uno de ellos ha desaparecido.

—Interesante. Bueno, todavía estoy husmeando por ti. Mi fuente dice que vio a Connolly y a la morena juntos justo dos días antes del homicidio.

Mulrooney se frotó la cicatriz de la barbilla. —Sí sé una cosa— continuó, —quienquiera que haya utilizado el arma homicida estuvo en California o cerca de ella entre cuatro y ocho días antes del homicidio: las fechas de la primera y única salida de grunion antes de que Connolly fuera asesinado. Había rastros de grunion en el arma homicida.

—Anya Gallien estuvo supuestamente en México justo antes del homicidio— intervino Kate. —¿Hay grunion en México, o en Florida

donde vive Sam?

—Deja tu cerebro a la ciencia— sonrió. —Es exactamente lo que pensé. Según los artículos que he leído, los grunion desovan únicamente en la costa del Pacífico. Se pueden encontrar desde los alrededores de la Bahía de Morro hasta Baja, y a lo largo de la costa de México, pero sólo hasta el sur de Guaymas.

—Pensé que Anya estaba más al sur, en Barra de Navidad.

—Estamos tratando de verificar eso— dijo Mulrooney mientras hacía una señal para pedir más café. —Entonces, ¿cómo es que no estás con tu novio en tu día libre?— preguntó mientras clavaba otra fresa.

—Interesante transición, detective— dijo ella con sarcasmo. —Ya no nos vemos.

—Interesante respuesta. ¿Por qué?

—No podía soportar la presión. Soy una policía, incluso en casa, supongo. Estaba listo para una familia; y con todo lo que veo, no estoy segura de querer traer un niño a este mundo. ¿Quieres tener hijos, Tim?

Mulrooney dejó de masticar y dejó el tenedor. —Lo hice una vez... lo suficientemente mal como para casi perder mi placa por ello.

—¿Te refieres al incidente con tu mujer?

—Nunca va a desaparecer, así que es mejor que sepas lo que pasó. Estuve trabajando muchas noches después de que nos mudáramos aquí desde San Diego. Debería haber sabido que el matrimonio no funcionaba cuando Isabella no paraba de decir lo infeliz que era aquí, pero pensé que sólo se sentía sola. Intenté convencerla de que formáramos una familia porque creía que era lo que ambos queríamos.

—Así que cuando Isabella finalmente se quedó embarazada, me emocioné. Luego me enteré de que se estaba tirando a un profesor en la universidad . Él era de su ciudad natal en Venezuela. Admito que no me lo tomé bien.

—Oh Dios, ¿cómo lo descubriste?

—Isabella vino a la comisaría una noche y me pilló en el aparcamiento. Se acercó y de repente me anunció que volvía a Venezuela. Luego me dijo que tenía un amante.

—En ese momento supe que no tenía sentido intentar salvar el matrimonio. Sin embargo, le rogué que lo reconsiderara de todos modos, por el bien del bebé. Quería a ese niño más que nada, Kate. Pero ella simplemente me dio la espalda y se fue. Estaba tan enfurecido que no podía ver bien. Me dejó fuera como si no existiera. Así que corrí tras ella, la agarré por los hombros y le exigí que hablara conmigo.

—De repente, sin ningún remordimiento, me dijo que había abortado. Llevaba más de cuatro meses de embarazo. Había pagado a un curandero en México para que matara a nuestro hijo. Asesinó a mi hijo, Kate, y yo no pude hacer absolutamente nada al respecto. Yo cazo asesinos todos los días de mi vida, y todo lo que pude hacer fue quedarme allí mientras ella me decía con esa voz sin emoción que había quitado la vida de nuestro hijo. Me sentí tan impotente que me volví loco.

—Oh Dios, ¿qué hiciste?

—Simplemente perdí la cabeza, Kate. Grité y la aparté de mí porque no podía soportar mirarla. Ella retrocedió y luego perdió el equilibrio y se cayó, pero en lugar de ayudarla me aparté. Supongo que quería que le doliera tanto como me había dolido a mí. Cuando por fin me calmé, me sentí muy avergonzado y completamente derrotado. Así que me marché como el imbécil que soy.

—Carlos Atilla salía de la estación en ese momento y vio todo el incidente . Informó de ello al jefe y lo filtró a los medios de comunicación, con su propio estilo de hipérbole extrema. Dijo que la había golpeado, así que casi me suspendieron.

—¿Qué hizo el jefe Clemente?

—Dijo que si recibía algún consejo de resolución de conflictos mantendría los detalles fuera de mi expediente y me daría otra oportunidad. Pero ahora todo el mundo piensa que mi trato con Isabella es un indicio de problemas con las mujeres . Y resulta que Atilla es primo de Isabella, así que también hizo de todo el lío una cuestión de género .

—Eso explica los feos rumores.

—Nadie conoce los detalles excepto Clarke. No podía hablar de ello. Pero creo que fue cuando dejé de ser objetivo con las víctimas de mis casos. Perder a mi hijo me hundió . Ahora todo se vuelve demasiado personal; me encuentro preguntando si a las víctimas les gustaban los

Dodgers, o los perros, o la Navidad... cosas así. Ese tipo de pensamiento es realmente peligroso en nuestro negocio, Kate.

—Quizá ahora eres más compasivo .

—No puedo permitirme serlo. Eso puede resultar en errores terminales.

—Sigues siendo lo mejor que tiene la policía de L.B., Tim.

Mulrooney negó con la cabeza. —No sé, Katie... parece que todo lo que hacemos es embolsarlos y etiquetarlos. Por una vez me gustaría poder detener la matanza antes de que se produzca.

Kate suspiró y apartó su ensalada. —No has estado con una mujer desde que Isabella se fue, ¿verdad?

—No. No puedo volver a comprometerme tanto.

—Maldita sea, Tim, no puedes dejar de vivir. Mírate: has estado en un estado de agitación desde que te conozco. ¿Por qué no dejas de tener miedo de lo que sientes y admites que eres humano, y que metes la pata como todos nosotros?

—Sé lo que puede hacer la pasión, Kate. Tal vez si hubiera estado a solas con Isabella podría haberla herido de verdad. Todavía tengo pesadillas en las que le rompo la cara. Es irónico que Atilla y yo nos odiemos por la misma razón: cada uno piensa que el otro es un policía malo.

—Atilla es un policía malo. Tú sólo eres malo contigo mismo. Tal vez necesitas empezar a preocuparte más por Tim Mulrooney.

Mulrooney suspiró. Sabía que estaba en un punto de inflexión en su vida, y también sabía que había perdido algo irrecuperable en el camino.

Kate ladeó la cabeza y sonrió. —Alguna mujer va a llegar que valga la pena la apuesta. Y será mejor que vayas por ella, amigo mío.

—Gracias, Kate. Ahora mismo, me conformo con una compañera. ¿Quieres ir a la playa el sábado por la noche para la carrera de grunion? Podemos ver si hay alguna persona de interés merodeando.

Kate le lanzó una mirada socarrona. —¿Grunion, eh? Dios, qué aburrido eres.

—Pues mi autoestima acaba de subir como la espuma.

—Bien. Ya ves, Mulrooney, el mundo está lleno de esperanza, incluso para un tipo como tú.

—Sólo si tú pagas— dijo Mulrooney mientras empujaba el cheque hacia ella.

—Duerme un poco antes de nuestro show de grunions — se rió Kate. Le devolvió el cheque bajo el plato de la tarta y se levantó.

—Pienso matarte a golpes— le dijo él, —si sigo vivo el sábado por la noche.

Kate se detuvo en la puerta y se dio vuelta. —Prométeme que eso es un comentario simplista y no una premonición.

Mulrooney no respondió. No estaba seguro de la respuesta.

TREINTA Y OCHO

Mulrooney estaba en su salón secándose con una toalla la piel descascarillada y quemada por el sol, que parecía reproducirse. Poco antes, Janet Glenn había llamado para alertarlos a él y a Clarke de que el movimiento de Flint iba a caer ese día, por lo que había vuelto a interrumpir su sueño.

Después de varios minutos, Mulrooney se rindió en la batalla contra su epidermis y arrojó la toalla sobre su caballete, que se había convertido en un tablón de anuncios para las sórdidas notas, datos y cifras de sus casos. De repente se le erizaron los finos pelos de la nuca y sus ojos volvieron a dirigirse al caballete. Allí, empalado en el marco de madera con una chincheta, estaba Houdini. El pez león miraba al suelo con los ojos sin vida y saltones. La naturaleza muerta de Mulrooney, hecha trizas, yacía en el suelo detrás de una pila de papeles.

Se dio vuelta y se acercó a la mesa para tomar su arma con una mano mientras se cubría sus partes expuestas con la otra.

Mulrooney se puso inmediatamente a cubierto detrás de una silla y examinó la zona en busca de señales de entrada. Preparó su arma antes de moverse lentamente de una habitación a otra. A cada paso sabía que estaba en desventaja táctica y era demasiado vulnerable.

Tras inspeccionar cada habitación, se dirigió a la pequeña cocina. Al igual que el resto de las habitaciones, parecía estar intacta. Cuando volvió a mirar, vio un objeto oscuro que sobresalía ligeramente del fondo del gran armario utilitario. Al retroceder contra el refrigerador , el frío cromo envió una onda expansiva por su espalda cubierta de sudor.

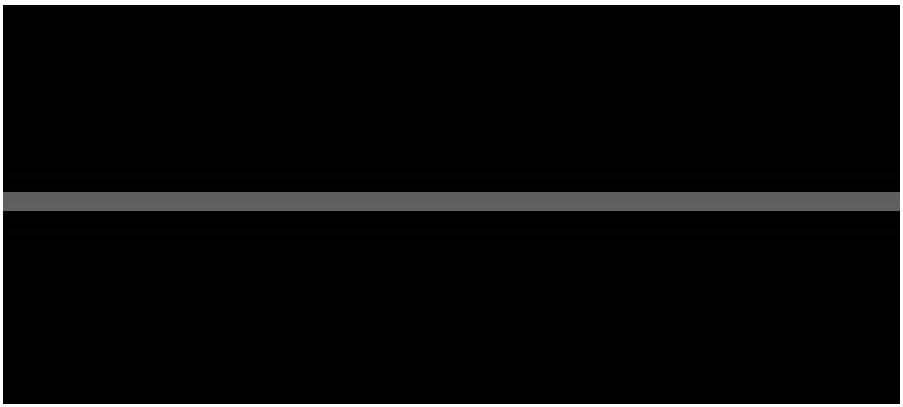
En un rápido movimiento, Mulrooney abrió la puerta de una patada y apuntó. Saltó hacia atrás contra la estufa mientras la tabla de planchar se estrellaba contra el suelo. Intentó regular su respiración cuando olió a gas y se dio vuelta. Mulrooney dejó escapar la respiración cuando notó que dos quemadores se habían encendido cuando se apoyó en las perillas .

Convencido de que el intruso había salido, esperó a que su corazón

bajara a un ritmo normal. Sintió que se ruborizaba al quedarse solo en su cocina, desnudo, mojado y jadeante. Bien hecho, Mulrooney, ¡casi se te prende fuego el culo!

Miró a su alrededor y no vio ninguna otra señal de vida. Mientras él dormía, alguien muy hábil en el allanamiento de morada había invadido su casa. Se preguntó irónicamente si el forense estaría dispuesto a determinar la hora de la muerte de Houdini.

Mulrooney estaba tan enfadado que marcó mal dos veces antes de conectarse por fin con la comisaría; luego se vistió y esperó a que llegaran los uniformados . Sospechaba que no encontrarían más pruebas que las que habían encontrado en el incidente de la bomba casera . El intruso estaba enviando una advertencia de que quien lo quisiera podría llegar a él en cualquier momento y en cualquier lugar. Y se estaban acercando.



Kristin Donovan se sintió aliviada de no tener que hacer doble trabajo de vigilancia. La joven agente se apartó el cabello rubio de su delicado rostro y lo recogió en una coleta. Estaba deseando tener la oportunidad de rectificar su embarazoso error de perder a Lauren Connolly en el aeropuerto de Los Ángeles.

Mulrooney y Clarke observaron mientras Janet Glenn comprobaba el micrófono inalámbrico de Kristin. Mientras la furgoneta de vigilancia en la que viajaban se movía lentamente hacia su destino, Janet se movió comprobando el equipo.

Mulrooney se limpió la frente con una servilleta. Todavía se estremecía ante la idea de que alguien invadiera su casa mientras él estaba presente. También estaba enfadado porque su cuadro había

sido acuchillado. Todo el mundo es un crítico de arte, se quejó en silencio. Se preguntó qué habría pasado si Janet no hubiera llamado y lo hubiera despertado cuando lo hizo.

Janet dio la señal de listo. —Ustedes dos pueden atrapar a Flint en cuanto Kristin y Strobe lo identifiquen y lo pillen haciendo una transacción— dijo Janet a Mulrooney y Clarke.

—Entendido— aceptó Mulrooney.

Los informantes de Janet habían advertido que Flint estaba timando a los adolescentes para hacer películas porno. Algunos de esos chicos habían desaparecido definitivamente. Al parecer, el lugar favorito de Flint eran las raves, las fiestas clandestinas que eran un caldo de cultivo para las drogas y otras actividades ilegales. Hoy todos querían traer a Flint.

Las raves creaban constantes problemas a las fuerzas del orden. Para evitar una redada, los organizadores de las raves las mantenían en movimiento, implicando a menudo a demasiadas jurisdicciones para que la policía pudiera mantenerlas bajo control.

Los policías de la Brigada Antidrogas habían recogido volantes en una tienda de segunda mano del condado de Orange anunciando ésta. La información telefónica dirigía a la persona que llamaba a un punto del mapa en la calle Cuarta de Long Beach. Allí los chicos, muchos menores de edad, podían pagar veinticinco dólares por un mapa de la ubicación de la rave. Esta rave se celebraba en una fábrica de conservas abandonada en el lecho del vertedero conocido como Terminal Island en el puerto de Los Ángeles, a la vista de la Penitenciaría Federal de Terminal Island.

Mulrooney miró los montones de asfalto negro que salpicaban Terminal Island. Se dirigían a la sombría zona del muelle, un tramo desolado de edificios oxidados y cadáveres de barcos abandonados.

Detuvieron la furgoneta en una carretera secundaria para permitir a Kristin y a su compañero, Strobe, llamado así por su mega-sonrisa, utilizar su propio vehículo para conducir el último kilómetro hasta la rave. Cuando los dos jóvenes policías de incógnito se bajaron, el hedor a gasoil, pescado podrido y petróleo impregnó la furgoneta.

Mientras seguían adelante, la furgoneta cubierta de grafitis se mantuvo a distancia del viejo Mustang que Strobe y Kristin conducían ahora. La furgoneta entró en el aparcamiento de una oficina de envíos abandonada, mientras Strobe aparcaba el destartalado vehículo más

arriba, frente a un telón de fondo de grúas esqueléticas y contenedores de carga de acero.

Desde el interior de la furgoneta, el equipo de Janet observó cómo Kristin y Strobe salían del coche y se dirigían al destartalado edificio de hormigón y chapa ondulada donde se celebraba la rave. La música sonaba a todo volumen mientras una multitud de adolescentes se dirigía a la fábrica de conservas abandonada.

—Una multitud difícil — comentó Janet mientras veían la escena a través de los agujeros en las paredes de la furgoneta. —Un montón de colores de bandas. No quiero tener que poner fin a esto hasta que tengamos a Flint.

Mulrooney y Clarke estaban esperando con el equipo de vigilancia mientras intentaban captar la conversación por encima de la música rap que latía en el sistema de sonido de la furgoneta a través de los cables de vigilancia de los agentes encubiertos. Podían oír a Kristin y Strobe pidiendo bebidas y saludando ocasionalmente a conocidos que reconocían de la calle. De repente, Kristin levantó la voz como para asegurarse de que sus palabras llegaran con claridad. —Strobe, ¿no conoces a ese tipo?— le preguntó a su compañero.

—Claro, vamos a invitarle una copa— gritó Strobe por encima del ruido.

Janet hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. —Han localizado a Flint— dijo.

Las voces se desvanecieron mientras la vigilancia escuchaba a los agentes encubiertos abriéndose paso por la rave, que ahora estaba repleta . Dentro de la furgoneta, el técnico ajustó los niveles de sonido. —Estoy recibiendo un montón de interferencias— se quejó.

—Quédate con ellos— instó Janet.

Mulrooney y Clarke escucharon atentamente. A medida que Kristin y Strobe se alejaban de la fuente musical, sus voces empezaron a llegar más claras. —Soy heterosexual, hombre— dijo otra voz. —Ese tipo de la camisa verde parece que está abierto al público . Prueba con él.

Janet asintió con la cabeza. —Están marcando— dijo. —Todos conocían la rutina. Un hombre tomaba el dinero, y luego le hacía una señal a otro que distribuía, evitando así ser atrapado recibiendo dinero por drogas.

La voz de Kristin se oía por encima de la música: —Oye, amigo , te pareces al tipo con el que mi amiga Donna quería que me enrollara. ¿Eres Flint?

—Tenemos que hacer algo de pasta , amigo — intervino Strobe.

—¿Parezco una puta oficina de empleo?— Flint se quejó.

—Donna dijo que eras el hombre.

—Dile a tu amiga que se vaya a la mierJanet hizo una mueca de dolor: —¡Maldita sea, lo hemos empujado demasiado !

—Reservemos, Strobe— instó Kristin por encima del estruendo de la música y las conversaciones. —Este tipo me parece falso.

En la furgoneta, Janet se mordía las cutículas mientras miraba la grabadora. Se inclinó cuando escuchó a Flint hablar de nuevo.

—Cálmate, amigo — dijo Flint. —¿Qué Donna? Si están traficando con algo «digitalizado», no voy a comprar más producto casero.

—No estamos vendiendo nada. Vamos, Strobe, nos vamos de aquí— espetó Kristin. —Necesito hacer algo de pasta para poder conseguir algo de mierda.

La voz de Flint se hizo más fuerte de repente. —Está bien, está bien, relájate pollito. Tal vez te pueda tender una trampa— se ofreció.

Dentro de la furgoneta se oyeron suspiros de alivio. —Buena recuperación— exhaló Janet. Hizo una señal al técnico para que volviera a subir el volumen.

—¿Puedes conectarnos o no?— exigió Strobe.

—Tranquilo, amigo. La nena ha dicho que necesita marcar.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?— Kristin preguntó.

—Ella no va a prostituirse — soltó Strobe. —Ella es mi dama, así que es conmigo con quien tienes que hablar.

—Vete a la mierda, Strobe— ordenó Kristin. —Nunca tienes suficiente pasta .

—¡Cristo, está bien, está bien!— La voz de Strobe se desvaneció como la estática de la radio.

—Hablo con la nena a solas— anunció Flint.

Janet se quedó muy quieta dentro de la furgoneta. —No se separen — susurró a la consola. —Permanezcan juntos, chicos.

En el interior de la rave se oyó a Strobe discutir con Flint. —¡De ninguna manera, hombre!— protestó Strobe.

—¡Pues que te den por culo!— gritó Flint.

—Puedo arreglármelas sola — insistió Kristin. —Así que retrocede. Vamos, Flint, hay demasiado ruido aquí; me está dando dolor de cabeza.

Sus palabras apenas se oyeron mientras la música atronadora llenaba la furgoneta. Cuando el sonido se hizo más distante, volvieron a oír la voz de Strobe. —Está saliendo, puerta este— dijo en su micrófono oculto. —Me quedo atrás. Mantenla cubierta.

—Se dirigen hacia aquí— dijo Clarke mientras veía la acción a través de una ventana oscurecida. La actividad en la furgoneta aumentó cuando cada agente echó mano de su arma automáticamente. Janet abrió el cerrojo de la puerta en caso de que fuera necesaria alguna salida rápida.

Mulrooney vio a Strobe lanzarse detrás de un camión, manteniendo a Kristin a la vista, mientras ella y Flint se abrían paso entre la multitud que seguía entrando en el almacén. Ella se alzaba por encima de Flint, viéndose un tipo de comadreja con un mechón azul engominado en su pelo de neón.

—Bonito pelo naranja— entonó Mulrooney, —ya veo por qué se llama Flint. —Se dio cuenta de que las manos de Flint se agitaban cuando hablaba, como un borracho escarbando entre algodones.

—Supongo que el chico tiene fritas algunas neuronas— gruñó Clarke.

A través de los altavoces pudieron oír cómo Flint volvía a prestar atención a Kristin. —Mira esto. Eres una nena, así que todo lo que tienes que hacer es ser muy amable con un amigo mío y tal vez dejarlo sólo ser amigable.

—¿Así que quieres que me coja a un tipo?— Preguntó Kristin.

—No cualquier tipo, cariño. Él dirige el espectáculo. Tu amiga Donna me lo presentó.

—¿Me pagan más si dejo que nos filme haciéndolo como hizo Donna? Porque me parece bien, amigo .

—¿Ella te dijo eso? Es una perra mentirosa. Donna coge por diversión, no por dinero. —Flint se detuvo a un lado de la carretera junto a un Camaro rojo con el parachoques trasero abollado. —Mira, nena, yo me dedico a vender productos de categoría X. Donna me envió a su amigo, un médico que necesitaba dinero rápido. Irónico, ¿no? Así que compré algunos de sus videos caseros y vendí los pendrive . Desafortunadamente, Donna descubrió que estaba en algunos de los productos que yo estaba vendiendo y se enojó. Pero supuse que eso era entre ella y el doctor. Pero la perra tonta se fue contra el doctor en un club una noche cuando estaba cargada. Mi jefe estaba allí y se enteró del suceso a la luz de la luna .

Flint se detuvo lo suficiente para encender un cigarrillo antes de continuar. —Entonces, el propio jefe vino por mi culo. Me arrebató todo el producto que había comprado al doctor y casi me revienta. Fue una mierda aterradora. No sé si se lo está haciendo a Donna y a algunas de las chicas de los vídeos o qué, pero se enfureció en serio. Parecía personal. Estaba casi congelado.

—Así que de todos modos, tengo que volver a estar bien con el tipo. Necesito las grandes conexiones de nuevo. El jefe estará en la ciudad la próxima semana. Y tú podrías ser la que me sacara del apuro porque a él le gustan las de tu tipo: elegantes y atractivas.

—Estoy de acuerdo, pero ¿tiene que saber quién soy realmente? Tengo un trabajo legítimo que quiero mantener.

—Joder, no. Le diré que eres una amiga de Donna Blair. Sólo avísame cuando pueda arreglarlo.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama el tipo?

Por un momento, Flint se quedó en silencio. Los sonidos de Eminem sonaban en la rave cada vez que se abría la puerta de la misma. Flint dio una calada a su cigarrillo y arrugó la cara como un roedor mutante mientras evaluaba a Kristin.

—Primero quiero darte algo— dijo mientras el cigarrillo colgaba de sus pálidos labios. Desbloqueó la tapa de su baúl y la levantó. —Mira este video para ver lo que le gusta al jefe. La chica de este vídeo se la pone dura. Así que estudia cómo vestirte y peinarte , y todos los demás detalles.

Las palabras de Flint fueron ahogadas de repente por el agudo chirrido de los neumáticos cuando un Mercedes Clase S negro con ventanas oscuras salió disparado de detrás de un edificio en ruinas. Se desvió hacia la Avenida del Atún y cruzó un solar vacío antes de saltar el bordillo hacia la calle Wharf. El sedán aumentó la velocidad mientras se dirigía a Flint.

De repente se oyó la voz de Strobe gritando desaforadamente mientras corría desde su posición cerca del almacén hacia el coche de Flint. —¡Agáchense todos!— gritó. —¡Cúbranse!—

Los jóvenes peatones asustados que se encontraban a lo largo de la carretera gritaron y saltaron hacia atrás de la calle cuando vieron que el coche se acercaba a ellos. El Mercedes atravesó el asfalto y se deslizó cerca del Camaro de Flint. Cuando el cañón de la pistola se asomó por una rendija de la ventanilla, la Glock del 45 se fijó en su objetivo.

Kristin se dejó caer y trató de llevarse a Flint con ella justo cuando el sonido de los disparos cortó el aire como un látigo contra el cristal. Flint salió disparado de las garras de Kristin y voló hacia arriba como un aviador. Con un ruido sordo y asqueroso, cayó hacia delante en el maletero abierto del Camaro, mientras sus pies se dirigían en vano hacia el cielo en busca de un punto de apoyo.

Cuando el Mercedes pasó a toda velocidad junto a la furgoneta, Janet, Mulrooney y Clarke salieron disparados de la parte trasera mientras otro agente saltaba al asiento del conductor y se lanzaba a perseguirlo. El Mercedes y la furgoneta se situaron en el arcén de la carretera, chirriando uno al lado del otro al pasar por un astillero salpicado de barcos de guerra oxidados que se asomaban como depredadores prehistóricos.

Los asistentes a la fiesta que se encontraban a lo largo de la carretera se congelaron en su sitio. —Pónganse a cubierto— gritó Janet por encima del caos, a los que estaban demasiado sorprendidos para reaccionar. Cubrió a Mulrooney y Clarke, que corrían a toda velocidad hacia el Camaro.

Mulrooney pasó a toda velocidad por delante de Flint, que yacía sobre la parte trasera del coche, parcialmente cubierto por la tapa del maletero llena de balas. Cuando Mulrooney rodeó el coche, patinó sobre la grava y se deslizó hacia Kristin. Su tobillo crujió con el choque del brusco movimiento lateral. Kristin apenas se inmutó mientras permanecía en posición agachada, con el arma preparada.

Mulrooney forzó el dolor de su tobillo a salir de su mente mientras se concentraba en Kristin, cuya cara estaba cubierta de sangre y tejido cerebral de Flint. La muñeca de Kristin emanaba sangre mientras intentaba mantener el brazo en alto. Mulrooney le agarró la muñeca y aplicó presión mientras levantaba el brazo de Kristin por encima de su cabeza. Los ojos de Kristin iban de Flint a la carretera.

Mulrooney pudo oír a Clarke deslizarse detrás de él. —Toma su muñeca, Smokey— le dijo Mulrooney a su compañero mientras soltaba lentamente su agarre del brazo de Kristin. Se sorprendió al ver la magnitud de la herida, que sangraba profusamente. Su mano, sólo parcialmente sujeta, parecía un trozo de carne cruda en una brocheta.

—Te tengo— dijo Clarke. —Vamos a poner un torniquete en eso. Lo estás haciendo bien, Kristin, muy bien— le aseguró Clarke con su voz melosa y tranquilizadora.

—Todo el mundo agáchese y cúbrase por si hacen otra pasada— gritó Mulrooney a todos los que estaban al alcance del oído.

A continuación, levantó una mano, empujó la tapa del maletero y tiró a Flint al suelo. Clarke tiró de Kristin hacia él y le cubrió la cara mientras movimientos estremecedores bajaban por el cuerpo de Flint cubierto de sangre, movimientos como ondas en un estanque escarlata.

Después de que Mulrooney diera la vuelta al cuerpo para comprobar los signos vitales, miró a Clarke y sacudió la cabeza. Una colilla apagada estaba enterrada en lo más profundo de la carne que antes había sido la cara de Flint.

TREINTA Y NUEVE

Después de limpiarse en la comisaría, Mulrooney y Clarke se dirigieron a la casa de Donna Blair. La casa estaba en un acantilado en una zona lujosa de Long Beach con vistas a un tramo de playa a media milla al oeste de Belmont Shore.

—¿Es mi imaginación, o todo lo que tocamos se convierte en pis de cabra?— Mulrooney gimió mientras se apretaba una bolsa de hielo contra el tobillo. Luego estudió sus manos. Tenía sangre bajo las cutículas; y grandes callos, como botones de cuero antiguos, adornaban los nudillos de sus dedos índice y medio derechos.

—¿Llegó la furgoneta a alcanzar al Mercedes?— preguntó Clarke.

—No, los perdieron en el puente Vincent Thomas. Sin matrícula.

—Joder. Espero que Kristin recupere el uso de esa mano.

—Sí, es una buena policía. Ojalá dejara de culparse por perder a Lauren Connolly en el aeropuerto. Es demasiado dura consigo misma.

—Ustedes dos deben ser parientes.

Mulrooney gruñó mientras salían del coche y caminaban por el jardín de la casa estilo colonial . Sentía el tobillo izquierdo como si estuviera conectado a su pierna con ganchos de agarre.

Clarke llamó a la puerta. No hubo respuesta, así que llamó varias veces más. Cuando Mulrooney giró para observar el porche, vio una silueta detrás de las cortinas de encaje del gran ventanal delantero. Cuando se acercó a la ventana, la tela se movió.

—¡Abra, asunto policial!— gritó Mulrooney.

El golpeteo de unos tacones altos contra una superficie dura se hizo más cercano, y entonces la puerta se abrió de golpe. Una mujer de pelo oscuro con el párpado marrón brillante y el lápiz de labios carmesí se asomó a la puerta. Sus cejas llenas acentuaban el ceño fruncido de su rostro. —Shhh, no hagas una escena— advirtió. —Estaba trabajando en el jardín de atrás. No pude oírte.

—¿Donna Blair?— preguntó Clarke. Donna asintió y abrió la puerta un poco más.

—Bonito conjunto— añadió Mulrooney. Se preguntó si ella siempre se dedicaba a la jardinería con trajes de Chanel.

—Sólo estaba arrancando unas cuantas flores marchitas— espetó ella. —Voy de camino a un almuerzo. ¿Tomará mucho tiempo?—

—¿Un almuerzo fuera de la ciudad?— preguntó Clarke. —Señaló con la cabeza un billete de avión y las llaves del coche que estaban sobre la mesa del vestíbulo de mármol.

Donna dudó antes de responder. —Después del almuerzo voy a hacer un breve viaje de negocios. ¿Qué los trae por aquí?

—Creo que sabe la respuesta a eso, Sra. Blair, —dijo Clarke.

—Me temo que no tengo tiempo para hacer de anfitriona— respondió con frialdad. —Donna les indicó que la siguieran hasta el salón. Después de sentarse en un sillón Chippendale, miró a los detectives, que permanecían de pie. Parecía incómoda mientras su voz adoptaba una modulación controlada, como de negocios.

Donna cruzó las piernas, llamando la atención sobre sus gruesos tobillos, que intentaba halagar con unos tacones de corte bajo de cuero italiano. Donna Blair le pareció a Mulrooney que tenía un aspecto bastante común . Cuando ella tiró de su broche para levantar el pelo hasta los hombros recogido en la coronilla, él pudo ver que su cabello tenía dos tonos ligeramente diferentes. Una extensión de cabello, pensó.

—¿Puedo usar su teléfono un momento?— preguntó Mulrooney, buscando una excusa para mirar a su alrededor. —No hay mucha cobertura celular aquí.

—Supongo— resopló ella. —Hay un teléfono fijo en el pasillo por el que has entrado.

Después de que Mulrooney hiciera una rápida llamada a la comisaría, se quedó junto a la pared de puertas de cristal que ofrecía una vista panorámica de Palos Verdes y Santa Catalina. Observó detenidamente a Donna mientras Clarke la interrogaba.

—¿Cuál era su relación con la víctima?— preguntó Clarke con un tono engañosamente amable y relajado.

—Sólo amigos casuales— explicó Donna con un grado forzado de civismo.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al doctor Connolly?

—Hace meses, en realidad— respondió ella. —Me lo encontré en un club de jazz del centro. Después nos perdimos la pista. —Su sonrisa era casi una mueca.

—¿Club de jazz?— intervino Mulrooney mientras se inclinaba casualmente para oler un elaborado arreglo de rosas amarillas. —Cuando vi su Steinway me imaginé que era una aficionada a la música clásica.

—Bueno, a mí también me gusta la clásica— respondió ella picando el anzuelo.

—No me gusta esa música estirada de pelo largo— se cebó Clarke. —Bueno, no toda la música clásica es estirada. ¿No ha escuchado el 'Bolero' de Ravel?

—Oh, sí. —Clarke empezó a tararear una melodía.

Donna sacudió la cabeza con fuerza. —No, es la Rapsodia en Azul de George Gershwin. Carecía de técnica clásica en la composición, pero, sin embargo, escribió una música preciosa.

—Parece que sabe mucho sobre Gershwin— dijo Clarke. —¿Cuánto conocía al Dr. Connolly?

—Éramos amigos casuales.

Mulrooney examinó un pequeño cuadro al óleo colocado en una trébede sobre el aparador de nogal. —Bonito cuadro— interrumpió, despistándola de nuevo.

—¿Te gusta el arte?

—Mi compañero es un artista— dijo Clarke. —Su voz le llamó la atención mientras mantenía un ojo puesto en los movimientos furtivos de Mulrooney. —No es un hacker cuando se trata de acuarelas.

—Ese óleo que estás mirando es de un artista local: Nick Boskovich, de San Pedro— explicó Donna.

—Oh, sí, conozco su obra— le informó Mulrooney. —Mientras se inclinaba para examinar el exquisito detalle de la naturaleza muerta ,

deslizó su mano sobre una pequeña foto enmarcada cerca del óleo, y luego deslizó hábilmente la foto en su bolsillo. —Un talento increíble — dijo con aprecio.

Cuando Donna se asomó a un lado, Clarke se inclinó y volvió a distraerla con un ataque directo. —Bueno, si usted y el doctor Connolly sólo eran amigos, ¿por qué aceptó hacer películas pornográficas para él?

—¿Qué?— Donna volvió a centrar su atención en Clarke.

Clarke se concentró en ella como un buitre en un animal muerto. — Bueno, tenemos este video, así que sabemos que participó voluntariamente con el Dr. Connolly. Me gustaría que me contara más sobre eso.

Mientras Clarke mantenía a Donna con la guardia baja, Mulrooney se acercó al bar de bebidas y comprobó sutilmente el suministro de licor de Donna.

—Esas cintas debían ser privadas. Ciertamente no sabía que el cerdo iba a venderlas— soltó.

—Nunca dije que las vendiera, señorita Blair. ¿Cómo lo sabía?— preguntó Clarke.

Donna se tiró del pelo de la coronilla, moviendo inconscientemente el postizo hacia arriba y hacia abajo como una válvula de presión. —He oído que ha vendido algunas copias.

—¿Quién se lo dijo?

—Fli-— Donna se detuvo.

—¿Flint?

—No, no he dicho eso.

Cuando Clarke levantó una ceja, Donna se movió en su silla. —Quizá fue Flint— espetó.

—¿Cuál es su relación con Flint?

—No tenemos ninguna relación. Me lo he encontrado en los clubes.

—Tenemos entendido que le tendió una trampa a Scott Connolly con Flint para que vendiera la mercancía sexual casera del doctor.

—¡Ese bocazas de Flint! ¿Y qué si lo hice? Scott dijo que necesitaba el dinero rápido porque estaba endeudado. Me dijo que tenía algunas cosas explícitas grabadas. Sin embargo, ciertamente no sabía que nos había grabado, o me habría opuesto. No me gusta el exhibicionismo, detective Clarke.

Clarke captó la sonrisa de Mulrooney y bajó la vista a sus notas. —¿Conocía a Sam Bennett?

—Claro, era el dueño del club nocturno Jazzin.

—¿Es a quien Scott le debía dinero?

—No tengo ni idea.

—¿Qué hizo cuando descubrió que el Dr. Connolly había vendido cintas de ustedes dos teniendo sexo?

—Le exigí que las devolviera a Flint.

—Flint dijo que otra persona se las exigió— dijo Clarke.

Mulrooney se dirigió a la barra mientras Clarke atacaba y se retiraba. Donna pareció de repente muy aprensiva. —No sé nada de eso— insistió mientras se cruzaba de brazos y apretaba la espalda contra la silla.

—¿Sabía que le dispararon a Flint esta mañana?

—No. Es una pena— dijo ella con falsedad .

—Debió de enfurecerse cuando el doctor Connolly no devolvió todos los pendrives .

—Pero lo hizo.

—Excepto el que tenemos nosotros— le recordó Mulrooney a Donna. Golpeó un abridor de botellas contra la barra de azulejos para mantenerla en vilo.

Ella miró fijamente a Mulrooney. —Bueno, espero que lo hayan disfrutado. De todos modos, dejé de ver a Scott después de eso.

—Hasta el funeral, claro.

Donna volvió a girar la cabeza hacia Clarke. —Ah, sí— dijo con suficiencia, —los vi merodeando. Quería darle a Scott una despedida

adecuada. Después de todo, podía ser divertido, aunque fuera un tonto.

—¿Por qué dice eso?— Preguntó Mulrooney.

—Bueno, se hizo matar, ¿no? Obviamente enfureció a mucha gente.

—¿Conoce a alguien, además de usted, a quien haya podido enfadar? — Clarke reprimió una sonrisa mientras Mulrooney deslizaba una botella de tequila de un lado a otro de la encimera.

—No personalmente.

Mulrooney notó que Donna se movía irritada en su asiento. Ella pateó sus piernas cruzadas al ritmo de su constante movimiento.

—¿Quiere una copa, detective?— le espetó finalmente.

—No, gracias, me hace amigable— respondió Mulrooney secamente. Volvió a empujar la botella detrás de las otras, y luego arrugó las servilletas de cóctel que había utilizado para mantener sus huellas fuera de la botella.

Donna hizo un gesto para mirar su reloj. —Tengo que irme, señores. Así que vayamos al grano. Tengo una coartada para la noche en que Scott Connolly fue asesinado, y tengo billetes de avión y un resguardo de la tarjeta de embarque para un vuelo de Delta a las 12:25 de la noche desde Long Beach a Newark. Haré que mi abogado le proporcione todos los documentos apropiados.

—Gracias, señorita Blair— sonrió Clarke mientras se ponía de pie para irse. —Estaremos en contacto. Sólo intentamos obtener un perfil de la víctima. Sin duda ha sido usted de ayuda.

—Sí, gracias— añadió Mulrooney. Pasó deliberadamente la mano por el respaldo de su silla al pasar junto a ella de camino a la puerta. — Por favor, manténganos informados de su paradero— pidió. —Ah, y por cierto, he pescado algo fresco que puedo regalar . ¿Come grunion? — Intentó no sonreír ante la mirada de total exasperación de Donna.

—No, gracias. ¡Odio el pescado!— gruñó, sin poder disimular ya su impaciencia con sus dos molestos invitados. Abrió la puerta de golpe.

—Adiós, Srta. Blair— dijo Mulrooney de forma unívoca. Sonrió cuando la puerta se cerró bruscamente a sus espaldas, devorando sus galanterías de salida.

Cuando Mulrooney entró en su coche, sacó una bolsa de plástico de la guantera. En ella colocó varios pelos que había recuperado del respaldo de la silla de Donna. Clarke preparó una etiqueta para las pruebas mientras Mulrooney se revisaba el tobillo, que estaba muy hinchado.

—Me he dado cuenta de que has encontrado una botella de tequila Cusano Rojo— gruñó Clarke, sin levantar la vista.

—Sí. ¿También te diste cuenta de que faltaba el gusano de agave?

—Claro que sí. Debe de haber salido en dos trozos— dijo Clarke mientras colocaba la bolsa en el asiento. —¿Qué más has encontrado ?

Mulrooney metió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño marco de fotos para que Clarke lo estudiara. —¿Reconoces a este tipo en la foto con Donna?

—Me resulta familiar.

—Sé que he visto a este tipo, pero no puedo ubicarlo— dijo Mulrooney. —Lo cotejaré con las fotos policiales .

—Alguien debería marinar a esa mujer en un ablandador de carne— murmuró Clarke mientras miraba la foto de Donna.

—Seguro que es frágil— asintió Mulrooney. —Gracias por proporcionar la distracción ahí dentro. He llamado a Janet desde el teléfono del vestíbulo y he hecho que pongan vigilancia a Miss Simpatía. Quiero que sepa que está siendo vigilada. No vamos a perder esto.

—Genial. Comprobaré la coartada de Donna con Delta— dijo Clarke. —Me pregunto si voló en clase turista .

Mulrooney se rió y arrancó el coche. —Un trabajo rápido, Janet— ronroneó felizmente cuando un coche sin marcas hizo un giro en U y se detuvo en el lado opuesto de la calle. Saludó con la cabeza a la agente mientras se bajaba.

Oculta tras el muro del callejón cercano a la casa de Donna, Anya Gallien estaba sentada en su BMW blanco descapotable. Los vio partir y luego echó mano de su pistola.

CUARENTA

Anya Gallien se abrió paso entre el tráfico de la hora pico mientras corría desde la casa de Donna Blair hacia el puerto deportivo de Shoreline Village. La nota de Lauren había caído en su buzón antes del amanecer, dirigiéndola al muelle número 127 del puerto deportivo del centro.

Aunque todavía la herían las acusaciones de Lauren, Anya había decidido reunirse con ella a pesar de su dolorosa pelea de la noche anterior. Estaba decidida a conseguir el pendrive. Anya sabía que estaba demasiado metida en el asunto como para arriesgarse a que el video de ella y Scott cayera en manos del fiscal.

Ella creía firmemente que los testigos podían ser desbaratados por los fiscales, incluso en Estados Unidos. Su coartada podría desmoronarse, y Anya sabía que el video establecería el motivo por el cual ella había matado a Scott Connolly. Y el motivo era algo que de hecho tenía.

Anya sabía que la evidencia que estaba reteniendo era su carta de triunfo. Ella había visto a Lauren llegar a casa antes de la medianoche, pero no se lo había dicho a Mulrooney. Planeaba usar esa amenaza para persuadir a Lauren de que le diera lo que quería. Después de todo, el destino de Lauren dependía del suyo.

Esa mañana Anya había burlado fácilmente su vigilancia. Había ido en bicicleta por el paseo de la bahía, que era inaccesible al tráfico de automóviles. Cuando estuvo fuera de la vista, recogió su BMW del garaje de una casa vacía donde había aparcado la noche anterior tras perder la vigilancia en un cruce de trenes de Blueline.

Había sido sorprendentemente fácil hacer correr la voz en la escena del club de que un poco de información traería una gran recompensa. La información que había recibido esa mañana valía los dos mil dólares que había pagado por el nombre y la dirección de Donna Blair. Y afortunadamente, Mulrooney y Clarke no la habían visto allí.

Obtener respuestas de Donna Blair le había llevado poco tiempo. El arma de calibre 25 que llevaba había sido muy persuasiva. Le quedaban cinco balas. Anya sabía que no tenía nada que perder, y no iba a dejar su propio destino en manos de la policía de Londres.

Cuando Anya entró en el aparcamiento del puerto deportivo, vio a Lauren de pie cerca de los muelles, a la sombra de un gran limonero. Después de aparcar, colocó rápidamente la pistola en su bolso y dejó la cartera sin cerrar.

—¡Tenía miedo de que no vinieras!— dijo Lauren mientras se precipitaba hacia ella. Cuando Lauren la abrazó, Anya rozó fríamente con sus labios la mejilla de Lauren. —Hice que Michael entregara la nota porque tenía miedo de las escuchas telefónicas— dijo Lauren. — Estás a salvo. La vigilancia no me ha rastreado aquí todavía.

—¿Qué quieres, Lauren?—

Lauren palideció ante la frialdad de la voz de Anya y la miró suplicante. —Primero quiero pedirte que me perdones. Y quiero que sepas que confío en ti— le aseguró Lauren mientras conducía a Anya a una zona de hierba frente a los muelles. Anya se aferró con fuerza a su bolso mientras la seguía.

—Y quiero darte el pendrive que tengo— continuó Lauren. —Puedes destruirlo tú misma. Está en la caja fuerte de Michael. Sin motivo y con un testigo que apoye tu coartada, quedarás libre de culpa. Estoy preparada para afrontar lo que venga. Cuento con ser absuelta de toda sospecha, también. Después de eso, dejaré Belmont Shore para siempre.

Anya guardó silencio mientras miraba el agua que brillaba bajo las últimas horas de sol del día. —Admito que me aliviará recuperar eso, Lauren— susurró, —pero mis temores por tu bienestar son algo que no puedo ignorar, no importa lo dolida que esté. El fiscal está buscando una solución rápida, y no puedo cubrirte mucho más tiempo.

—¿Cubrirme?

—Lauren, estaba usando mis prismáticos cuando te vi volver a casa esa noche... antes de que Scott fuera asesinado. Cuando llegué, la puerta estaba abierta, así que no usé mi llave. Entré en el salón y te llamé, pero como no respondiste, me fui. Fui al callejón para ver si la luz de tu habitación seguía encendida, y pude oír el secador de pelo en el baño. Cuando se detuvo, silbé como siempre, pero no respondiste.

—¿Qué más viste?— Preguntó Lauren.

—Estaba oscuro, pero la luz de la calle del callejón iluminaba tu habitación. Unos minutos después, vi una silueta en el dormitorio.

Pensé que era Sam. No se lo dije a Mulrooney, y nunca lo haré. Pero sé que estabas allí, y sé que no estabas sola.

Los ojos de Lauren pasaron de Anya al agua. —¡Pero también era posible que te dejaras llevar y subieras mientras yo me duchaba!

—Eso es cierto. Entonces, ¿qué pasó realmente esa noche? No lo recuerdas, ¿verdad? Contéstame, Lauren.

—Anya, sé lo que estás haciendo. Estás tratando de convencerme de que bebí demasiado y que...— Lauren se detuvo abruptamente y comenzó a caminar. —Sam juró que no estaba aquí. Sacudió la cabeza de un lado a otro mientras trataba de encajar las piezas. —Pero sí recuerdo que cuando me deseé feliz cumpleaños, ya me había duchado y secado el pelo. Eso siempre me lleva al menos entre quince y veinte minutos; y mi reloj marcaba las 12:12. Apretó las palmas de las manos contra los ojos. —Si Mulrooney tiene razón en cuanto a que Scott fue asesinado durante esos minutos en los que se desconectó el teléfono, entonces yo estaba allí... debo haber estado. ¡Oh, Dios mío, Anya!

—Vamos a sentarnos en el banco— susurró Anya mientras rodeaba a Lauren con un brazo.

—No puedes sacrificarte por mí, Anya.

—Hice lo que creí que era correcto. Anya sonrió con nostalgia mientras se daba vuelta y miraba el puerto. —Lauren, he averiguado el nombre de la morena con la que salía Scott y dónde vive. Se llama Donna Blair. De mala gana me dio algunos datos. Mulrooney está detrás de ella, pero he podido utilizar tácticas más persuasivas de las que a él le están permitidas. Ella jura que todo lo que la policía tiene hasta ahora es un video de ella y Scott.

—¿Otro video sexual?— Lauren parecía aturdida. —Dios mío, Anya, ¿cómo pude saber tan poco sobre mi propio marido?

—Scott hizo esos videos por dinero rápido. Averigüé cuánto dinero debía, y a quién. Y con un poco de persuasión, Donna admitió que había estado con Scott la noche en que fue asesinado.

Anya dejó de hablar bruscamente cuando vio a Michael Ryan caminando a paso ligero hacia ellas . Le dedicó una cálida sonrisa mientras deslizaba su brazo alrededor de Lauren.

—Hola, Anya— saludó Michael cordialmente.

—Michael, Anya ha sacado algo de información. El nombre de la mujer con la que salía Scott es Donna Blair; y estaba con Scott la noche en que fue asesinado.

—Sé quién es Donna Blair. Solía ir al club de Sam. Ella y Sam eran muy amigos.

—Estoy seguro de que Sam sólo la conocía como cliente.

—¿Estás segura?

—Sí. Sam no me mentiría. Anya también descubrió que Scott hizo los videos porque le debía mucho dinero a alguien. También hay un video de él con Donna. Lo tiene Mulrooney.

—¡Tipo ocupado!— Michael gruñó negando con la cabeza.

—Volvamos a mi casa, Lauren— interrumpió Anya. —¿Te importa? Necesito recostarme. Puedes agacharte en mi coche por si la vigilancia me alcanza.

—De acuerdo— aceptó Lauren, —pero primero quiero darte ese pendrive. Está en el barco de Michael. Lo traeré para ti.

—¿Un barco? ¿Cuándo conseguiste un barco, Michael?

—Hace dos días. Sube a bordo— invitó Michael mientras tomaba a Anya del brazo. —Será mejor que nos perdamos de vista; creo que acabo de ver un coche sin marcas.

—No, tiene que esperar aquí— advirtió Lauren. —Anya se aterroriza cuando está cerca del agua, ¿recuerdas, Michael?

Anya miró vacilante hacia el muelle. Ella tomó un respiro, movió su bolso hacia el frente, y luego puso su mano dentro de la apertura. —Está bien, Lauren, puedo subir a bordo por un minuto. Podemos hablar mientras Michael me prepara un trago fuerte, ¿de acuerdo?

Una mirada de agradable sorpresa recorrió el rostro de Lauren. —¡No puedo creerlo! No te preocupes, te aguantaremos.

Anya tomó el brazo de Lauren y se concentró en el frente mientras los acompañaba hasta el final del largo muelle. De repente, la estela de un barco sacudió el muelle. Anya jadeó, pero siguió caminando hasta que se detuvieron frente a un magnífico velero de 40 pies diseñado por Jim Young.

—Es precioso, Michael— dijo Anya. Intentó estabilizar su respiración mientras apreciaba las líneas del elegante barco. Le temblaban los dedos mientras metía una mano en el bolso.

—¿Puedo acompañarte a bordo?— se ofreció, mostrando una sonrisa orgullosa.

—Deja que lo admire desde aquí primero. No me va bien en los barcos, ni en los muelles. Este es el tipo de barco favorito de Lauren, ¿no?

Un rubor cohibido se extendió por el rostro de Michael. —Esperaba animarla. Sonrió mientras la fresca brisa despeinaba el pelo de Lauren, que estaba empapado de sol. —Vamos a bordo. El agua es poco profunda aquí, y muy tranquila. Me agarraré a ti, Anya. Michael se colocó entre Anya y el agua y le tendió la mano.

Anya miró más allá de Michael hacia la popa, donde el nombre de la embarcación estaba cuidadosamente escrito en elegantes letras azules. Se quedó con la mirada perdida por un momento y luego entró en pánico. —¡No puedo hacerlo!— protestó Anya mientras se hurgaba inconscientemente la cicatriz que tenía detrás de la oreja. Imaginó la sensación de que el agua subía a su alrededor, exprimiendo el aire de sus pulmones.

—Realmente necesito hablar contigo en otro lugar que no sea aquí, Lauren— instó Anya. —Ven a casa conmigo. Te traeré aquí al puerto deportivo más tarde. ¿De acuerdo?— Tomó el brazo de Lauren mientras su otra mano aferraba la pistola escondida en su bolso.

Michael estudió el comportamiento de Anya y lanzó a Lauren una mirada de advertencia. —Lauren, no creo que debas ir— advirtió. —Quizá hayan seguido a Anya. Miró el bolso de Anya mientras ponía una mano protectora en el hombro de Lauren para detenerla.

Lauren dudó. —Está bien. Iré en breve. Sólo dame unos minutos para ponerme al día.

—Te acompañaré hasta tu coche, Anya. —Michael se ofreció.

—No, estaré bien, gracias. —Anya besó la mejilla de Lauren y luego se retiró rápidamente, haciendo su camino por el muelle sola.

—Por favor, ven tan pronto como sea posible, Lauren— llamó por encima de su hombro. —Anya mantuvo su atención al frente mientras se distanciaba del barco. Cuando llegó a tierra firme, se había frotado

la cicatriz detrás de la oreja con tanta fuerza que se había lastimado.

CUARENTA Y UNO

—¡Qué mierda de grupo!— Mulrooney gimió contra el viento mientras el sol bajaba en el cielo. Seguía cojeando mientras Clarke y él caminaban por el carril de bicicletas de la playa dos horas después de dejar a Donna Blair. —Joder, Smokey— gritó por encima del sonido del oleaje, —todavía no hemos localizado a Lauren, y ¿cómo demonios se nos ha escapado el disco de Sam Bennett?

—Pagó a alguien en Australia para que borrara su expediente.

—Bueno, Atilla lo descubrió, lo que nos hace parecer un par de endogámicos rascadores de pelotas. Peor aún, si Lauren no es cómplice, y si todavía está con Sam Bennett, está realmente en peligro. Mientras tanto, Anya podría terminar en un ataúd provisto por el estado.

—Mira, hermano, la policía de Miami perdió a Sam y Lauren antes de que pudiéramos conseguir una orden. Y Atilla tiene un amigo en la policía de Sydney que le dio información interna.

Mulrooney estaba fantaseando con darle una paliza a Atilla cuando en el teléfono de Clarke sonaron de repente los primeros compases de Quién Dejó Salir a los Perros . Escuchó como Clarke retransmitía la conversación mientras hablaba.

—El CD de Gershwin de la escena del crimen estaba limpio. El polvo del tocador era el mismo que el de los guantes de la obra. Clarke apartó la boca del teléfono y le lanzó a Mulrooney un rápido desvío. —Buena corazonada, amigo. —Dando la espalda al viento, Clarke volvió a pegar la oreja al teléfono.

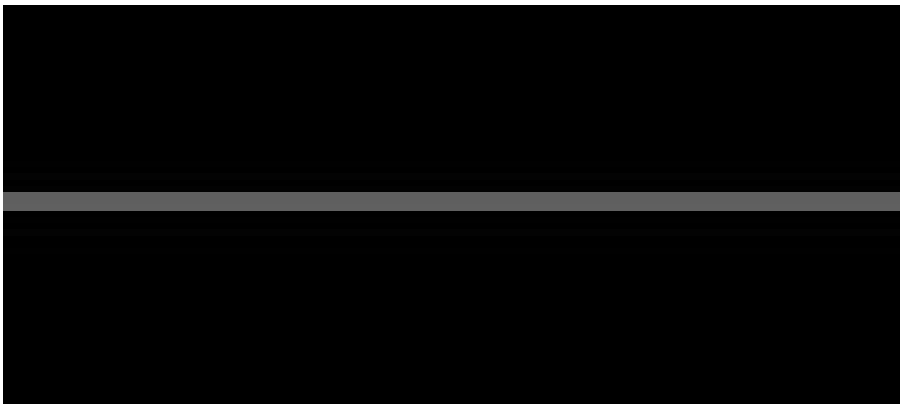
—Entendido, gracias. —Clarke colgó y se volvió hacia su compañero. —Sam Bennett utilizó el alias «Maxwell Barrett» para volver a entrar en los Estados Unidos y establecerse en Miami hace diez meses.

Mulrooney se sentó en el malecón para despejarse y procesar la información. Repasó mentalmente la escena del crimen, como había hecho todas las noches de las últimas semanas. Seguía sintiendo una especie de atracción psíquica que lo guiaba a través de la casa de los Connolly, pero no era capaz de precisar qué era lo que estaban

pasando por alto. Le molestaba constantemente, como una metralla que se abriera paso hasta la superficie de su piel.

Mientras Mulrooney aspiraba el aire del mar, visualizó el dormitorio de Lauren, donde la víctima le devolvía la mirada perdida de la muerte. Por qué alguien no ha inventado una forma de reproducir fotográficamente la última imagen en los ojos de los muertos, se preguntó.

—¡Eso es, Smokey!— soltó mientras se llevaba la mano a la frente. —He descubierto lo que no encaja. Estaré en la sala de propiedades. Dile a todas las compañías aéreas que retengan a cualquier «Sam Barrett» y a todos los compañeros de viaje. —Mulrooney se dio la vuelta y corrió hacia su coche. Clarke siempre sabía cuándo su compañero estaba en algo. Ya se dirigía a su propio coche. —Hecho. Nos vemos más tarde— grit



Mulrooney no estaba en un estado de ánimo tolerante cuando se cruzó con Carlos Atilla mientras entró corriendo a la comisaría.

Atilla le lanzó a Mulrooney una sonrisa repulsiva . —Mulrooney— se burló, —acabas de perder a los periodistas del Press-Telegram.

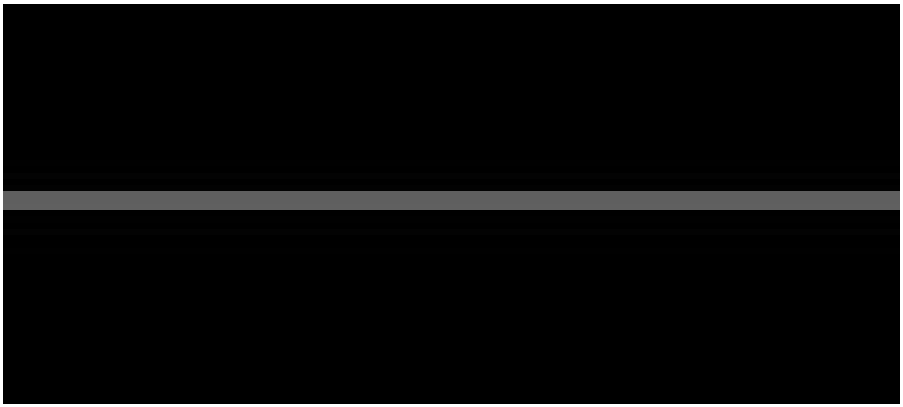
—Estoy seguro de que les diste toda la información que querían.

—El pueblo tiene derecho a saber. Se preguntaron cómo se les escapó Lauren Connolly delante de sus narices. Mala suerte.

Mulrooney pudo sentir la ira extenderse por su cara como cera caliente. Quería golpear a Atilla hasta que le explotara la cara. Pero sabía que si le pegaba a Atilla, no pararía hasta que el imbécil diera su

último aliento. En cambio, Mulrooney lo miró fijamente. Incapaz de provocar una reacción, Atilla se burló y lo empujó.

—Hombre muerto caminando— murmuró Mulrooney mientras veía a Atilla alejarse.



Mulrooney entró en la sala de pruebas , que antes había sido la cárcel y ahora abarcaba toda la quinta planta de la sede. Mientras Mulrooney esperaba en la puerta enrejada del área de almacenamiento de pruebas, el empleado de la propiedad navegó por los laberínticos pasillos de la propiedad etiquetada. Cuando el empleado regresó finalmente con una caja, Mulrooney la llevó a una sala de inspección y se sentó en una mesa, apoyando el tobillo en una silla para sostenerse.

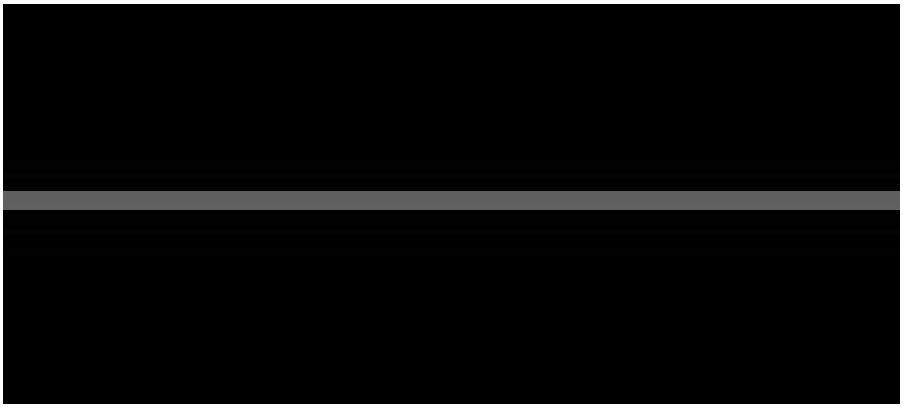
Mientras rebuscaba en la caja, dejó a un lado la llave de Anya de la casa de los Connolly, que había devuelto. Mulrooney se mordió el nudillo mientras examinaba la pinza de oro de la víctima. ¿Por qué usaba Connolly una pinza para billetes si ponía los billetes en su cartera, se preguntó?

Volvió a colocar el clip para billetes en la caja y se quedó mirando las pruebas dejando que su imán mental lo arrastrara. Cuando cerró los ojos, volvió a visualizar la habitación. Las puertas del armario estaban cerradas y detrás de ellas había un televisor Samsung. Pudo sentir cómo su cerebro se esforzaba por completar el circuito mientras sacaba un mando a distancia Samsung de la caja.

Cuando volvió a meter la mano en la caja, le invadió una calma repentina. Allí estaba el segundo mando inalámbrico. Se quedó mirando el logotipo, Sony. Mulrooney visualizó el viejo DVD/VCR del dormitorio de Lauren y luego golpeó la mano sobre la mesa. El

segundo mando pertenecía a un modelo de videocámara más antiguo, no a la unidad de la marca Phillips que se registró originalmente como prueba.

Mulrooney se levantó de un salto y volvió a meter el contenido en sus cajas correspondientes. Firmó por el mando a distancia Sony y la llave antes de salir de la habitación, marcando su teléfono mientras avanzaba. —Smokey— gritó al teléfono, —reúnete conmigo en la escena del crimen. Por fin tenemos una oportunidad.



El corazón de Mulrooney latía con fuerza durante el corto trayecto de vuelta a Belmont Shore. Sabía que había encontrado la parte que faltaba en la ecuación. Después de aparcar frente a la casa de los Connolly, llamó a la puerta y esperó varios minutos antes de entrar con la llave de Anya. Luego subió las escaleras de dos en dos hasta el dormitorio.

Mulrooney hizo un barrido visual de la habitación, que estaba bañada por la cálida luz del sol poniente. Sus ojos saltaron de izquierda a derecha como un teletipo, iluminando rápidamente ciertos puntos de las paredes. Se dirigió a la mesita de noche situada en el lado de la cama de la víctima. Una vez más, estudió los ángulos desde las paredes hasta la cama.

Sacó el mando a distancia de su bolsillo y apuntó hacia un conducto de ventilación situado en lo alto de la pared oeste. Nada. Hizo una pausa antes de apuntar el mando hacia la zona del armario. Se dirigió hacia él y se detuvo cuando escuchó un zumbido bajo.

Determinó que el sonido provenía del interior de la pared. Mulrooney pasó la mano por la mampara sobre el armario. Lo que parecía ser

madera gris pálida era en cambio un panel de cristal ahumado que llegaba desde la parte superior de la biblioteca hasta el techo. Estaba firmemente encajado en la madera, y sus bordes estaban sellados.

Mulrooney se dirigió al vestidor y miró a su alrededor. Se subió a un baúl y apartó un panel que cubría una abertura hacia el ático. Tratando de protegerse el tobillo, Mulrooney se levantó y luego se arrastró por las vigas hasta que pudo localizar el ruido de nuevo. Justo cuando se centró en el sonido, éste se cortó. Cuando se detuvo a escuchar, sólo pudo oír su propia respiración agitada. Ahora, boca abajo, Mulrooney se asomó entre las vigas donde se había retirado parte del techo y el aislamiento.

Agarrándose a una viga para apoyarse, bajó una mano hasta encontrar lo que buscaba. —Ven con papá— dijo en voz alta. Mulrooney levantó lentamente la cámara de video de entre las viguetas, donde se había colocado detrás de la falsa fachada del armario. Después de retroceder fuera del espacio de arrastre, se dejó caer de nuevo al suelo y salió cojeando.

Mulrooney se apoyó en la pared y pulsó el botón de reproducción , fascinado por las imágenes que aparecían en la pantalla, sólo parcialmente oscurecidas por el cristal opaco que había ocultado el objetivo de la cámara. Según la marca de tiempo, el video fue grabado la misma noche en que Connolly fue asesinado. ¡Bam!

Mientras miraba, Scott Connolly pasó por delante del armario y luego desapareció de la vista. Después de varios minutos de ver un dormitorio vacío, el corazón de Mulrooney se hundió. Escuchó los sonidos de fondo en el video, pero eran distantes y poco claros.

Finalmente, se oyeron los pasos de Connolly cuando regresó. Esta vez lo acompañaba Donna Blair. Connolly se mantuvo de espaldas a la cámara oculta mientras tomaba a Donna en sus brazos y la besaba bruscamente. Ella se rió y miró hacia la cama mientras el médico hacía un gesto de invitación. Donna puso los ojos en blanco en señal de protesta, pero permitió que Connolly la desvistiera, dejando caer los pantalones, la blusa y la ropa interior al suelo, luego Donna se reclinó en la cama y cerró los ojos. Colocó su mano entre las piernas y comenzó a masajearse.

Mulrooney observó cómo Donna actuaba para el médico, al principio con vacilación, luego con más excitación. Gimió en voz alta mientras se estimulaba hasta la excitación, acompañada por los gemidos de Connolly fuera de cámara. Su cuerpo se agitó mientras se llevaba a sí

misma al orgasmo varias veces. Cuando terminó de actuar, Donna se quedó quieta. Después de un momento, se levantó de un salto, tomó su ropa y empezó a vestirse. —Un trato es un trato— sonrió con satisfacción antes de salir de la cámara hacia su anfitrión.

Mulrooney pudo oír la risa de Connolly. —Eres sexy, nena— dijo. — Su voz se apagó cuando sus pasos se hicieron más débiles. La cámara continuó corriendo, enfocando la cama ahora vacía. Mulrooney no podía ver nada a la izquierda de la mesita de noche, pero podía ver un reloj digital sobre la mesa. 11:28 P.M. Avanzó rápidamente hasta que volvió a captar sonidos. Cuando Scott Connolly regresó, se desnudó, se metió en la cama y apagó la luz.

Las esperanzas de Mulrooney desaparecieron cuando la habitación se sumió en la oscuridad. La lectura digital del reloj brillaba ahora 11:39 p.m. Mientras Mulrooney se encontraba frente a la pantalla vacía, se concentró en la negrura y escuchó con la concentración de un ciego. Esta vez no avanzó rápidamente. En su lugar, absorbió la oscuridad, rezando por algún indicio de actividad.

Finalmente, una luz, evidentemente procedente del pasillo de arriba, iluminó débilmente el dormitorio a las 11:52 p.m. Aunque todavía estaba demasiado oscuro para ver la habitación con claridad, Mulrooney pudo detectar una sombra que se cruzaba delante del objetivo de la cámara antes de moverse hacia la cámara izquierda. Entrecerró los ojos mientras intentaba compensar físicamente la ausencia de luz. De repente, a las 11:58 de la noche, el video se detuvo abruptamente. —¡Hijo de puta!— gritó Mulrooney mientras pulsaba frenéticamente el botón de encendido y apagado intentando encontrar de nuevo una imagen.

Bajó corriendo las escaleras cuando oyó a Clarke detenerse y aparcar delante. —Tenemos que irnos— dijo Clarke cuando Mulrooney abrió la puerta. —Yo conduciré y podrás ponerme al día de camino a San Pedro. Acabo de saber que el pelo de la casa de Donna Blair coincide con el pelo negro encontrado en los restos de la víctima. Y escucha esto: la Brigada Antidrogas ha comprobado la memoria extraíble que Flint tenía en la mano cuando fue baleado . Resulta que la chica del video no es otra que Lauren Connolly... con su difunto marido.

—¿Ella es la que Flint dijo que le gustaba a su jefe?

—Eso parece. Ella puede estar en peligro.

—Ese video probablemente fue hecho aquí mismo, Smokey, y muy

probablemente sin su conocimiento.

—¡Maldición! Lo comprobaré cuando volvamos de San Pedro.

—Entonces, ¿qué pasa en San P.?

—Un tipo llamó a la central y dijo que estaba escuchando su escáner cuando se produjo el tiroteo de Flint. Escuchó la descripción del coche que conducía el tirador y dice que ha visto el Mercedes y sabe quién lo conduce. El informante va a ir a Garganta Profunda hasta que nos encontremos con él. La central dice que colgó el teléfono muy rápido.

—Parece que esta noche volvemos a trabajar hasta tarde, compañero — dijo Mulrooney mientras recuperaba la cámara y seguía a Clarke hasta el coche. —Por cierto, ahora tenemos pruebas de Donna Blair, bien despierta -y digo bien despierta- en la cama de la víctima poco antes de que se congelara . Las cosas van mejorando, Smokey.

Clarke dudó antes de poner el contacto. —No exactamente, Tim. Acabo de enterarme de que Atilla está oficialmente en el caso desde el lunes. Clemente dio luz verde a ese imbécil mientras estábamos con Donna Blair. Nuestras órdenes son pasar a un segundo plano.

Mulrooney se sentó en silencio durante unos instantes. —Como sea... — suspiró.

—¿Estás de acuerdo con esto?— preguntó Clarke con incredulidad.

—No me malinterpretes, Smokey, no estoy cabalgando hacia el atardecer todavía. Pero de camino hacia aquí he pensado un poco. Recordé la vez que fui a pescar con el jefe. A él le gustaba hablar de cómo la presa puede dominar fácilmente al pescador cuando no siente la holgura del sedal. Es entonces cuando más lucha. Me hizo pensar que debería darle a Atilla un poco de cuerda y dejarlo pensar que se está escapando. Pero confía en mí, amigo, cuando esté listo, voy a atrapar su triste trasero.

—¡Pescado frito!— Clarke cantó. —Mientras tanto, tenemos hasta el lunes para hacerlo a nuestra manera. Eso nos da tres días.

Mulrooney entrecerró los ojos en la luz que se desvanecía. —Vamos a rodar.

CUARENTA Y DOS

Sam Bennett estaba de pie frente a un teléfono público cerca de la esquina de la segunda calle y la avenida Bay Shore en Belmont Shore. Volvió a comprobar si su teléfono móvil tenía señal. Maldita AT&T. Muy frustrado, volvió a marcar el teléfono público y esperó a que la operadora realizara la llamada a cobro revertido a Miami. Mientras tanto, se mantuvo de espaldas a una indigente que empujaba un maltrecho carrito por el paseo.

Finalmente, una voz contestó al otro lado. Sam se secó el sudor de la frente y habló por el auricular. —Viejo Joe, soy yo. ¿Qué has averiguado?

Sam sintió de repente una mano en su hombro. Giró y se encontró cara a cara con la anciana. Ella sonrió por un lado de la boca mientras lo miraba con ojos llorosos. —¿Tienes un dólar?— le preguntó, extendiendo una mano sucia. Ladeó la cabeza como un loro que lo miraba desde todos los ángulos.

—Por favor, no puedo oír— se quejó Sam. Buscó unas monedas en su chaqueta y le indicó que se fuera.

Justo cuando la mujer se alejaba , un coche sin marcas llamó su atención. El vehículo, que dobló rápidamente la esquina de la calle Segunda, era conducido por un policía negro. Su compañero estaba sentado en el asiento del acompañante con el pie apoyado en el tablero . Por la descripción de Lauren, Sam supo inmediatamente que eran Mulrooney y Clarke. También supo que se dirigían a San Pedro. Justo a tiempo, pensó.

La voz del teléfono volvió a reclamar su atención. —¿Cuándo, Joe? ¿Qué ha dicho?— Preguntó Sam. —¿Parecía molesta?

La anciana, que había aparcado su carro junto al soporte del teléfono, estaba ahora tirando de su manga. Sam cubrió el auricular con la mano y gruñó: —¡Vete! Intentó apartar su mano persistente hasta que finalmente se rindió. —Joe, tengo que llamarte más tarde— dijo, colgando de golpe el auricular.

Cuando Sam se dio vuelta, se encontró mirando un par de pechos de época de la Segunda Guerra Mundial, que la anciana le mostraba

ahora con orgullo.

—¿No te conozco?— le preguntó coquetamente.

—No— dijo él mientras se metía el móvil en el bolsillo.

—Sí, te conozco— insistió ella, con sus manos revoloteando.

Sam pasó junto a ella y cruzó la calle antes de que el semáforo cambiara. Cuando oyó el sonido de las bocinas enfadadas, miró hacia atrás por encima del hombro. La anciana estaba cruzando en contra de la luz, empujando su carro a toda prisa a través del paso de peatones en su esfuerzo por seguirle el ritmo. Sam aceleró el paso y finalmente la perdió mientras ella luchaba con sus pertenencias en la pendiente del puente de la calle Segunda. Cuando estuvo seguro de que ella ya no lo seguía, tomó el camino de vuelta hacia los canales de Nápoles.

Cuando llegó al pequeño puente de Rivo Alto, se agachó y miró a través del estrecho canal. Desde su posición ventajosa, Sam podía ver el bungalow de Anya sin estar expuesto. Cuando estuvo seguro de que no había nadie a la vista, se deslizó por el puente. Desde allí podía mirar entre las casas hacia el callejón trasero.

Inmediatamente vio el coche de vigilancia detrás de la casa de Anya. Sabía que sería arriesgado, pero Sam Bennett estaba acostumbrado a correr riesgos. Y lo que tenía que hacer no podía esperar. Se metió en el patio adyacente a la casa de Anya y se elevó rápidamente por encima del muro contiguo. Después de dejarse caer detrás de la buganvilla junto a la casa de Anya, miró a su alrededor y luego empujó la puerta lateral.

—¿Anya?— llamó en voz baja. ...¿Cariño?—

CUARENTA Y TRES

Mientras la luz del atardecer proyectaba intrincadas sombras sobre las paredes de azulejos, Anya abrió los grifos de agua al máximo. Mientras el agua caliente caía en la bañera, se quitó las bragas y la camisola. Se quedó desnuda y se miró la cara sedosa en el espejo.

—Vamos, Lauren— dijo en voz alta, moviendo apenas los labios. Anya había recibido el mensaje de Lauren cuando volvió del puerto deportivo veinte minutos antes. Una hora, había prometido Lauren.

Mientras Anya encendía varias velas, comprobó su reloj: 7:37 de la tarde, faltaban aproximadamente cuarenta minutos.

Sabía que Lauren seguiría la rutina que desarrollaron cuando las pusieron bajo vigilancia. Lauren aparcaría cerca del Restaurant de Costillas de Naples y atravesaría los callejones a pie. Luego seguiría los sinuosos canales hasta la casa de Anya. Una vez allí, Lauren crearía una distracción para el equipo de vigilancia utilizando el mando a distancia de repuesto de Anya para abrir la puerta del garaje a lo largo del callejón trasero. Mientras la vigilancia esperaba a que se acercara un coche, Lauren entraría discretamente por la puerta lateral, que quedaba protegida de la vista por la buganvilla cubierta de vegetación.

Lauren había estado evitando cuidadosamente a Mulrooney desde su regreso imprevisto para poder reunir más información antes de ponerse en manos de los investigadores. Anya se sintió aliviada de haber conseguido convencer a Lauren de que se arriesgara a ser vista para reunirse a solas con ella.

Cuando Anya entró en la bañera y se sumergió en el agua, pudo sentir cómo las burbujas se elevaban alrededor de su cuello. Los mechones de su pelo rojo le caían por los hombros, flotando entre las burbujas en ardientes zarcillos. Sabía lo que había que hacer y ya había empezado a ponerlo en marcha.

Anya volvió a comprobar que estaba preparada. Después de echar un vistazo a su arma, colocada estratégicamente en una esquina de la bañera, cerró los ojos y suspiró. El poder que un humano puede tener

sobre otro es tan provocador. ¿Y por qué el poder suele ser más maligno que benigno?

Como siempre, cuando las preguntas sin respuesta dejaban a Anya enfadada y confusa, destilaba la vida hasta los más pequeños elementos de bondad. Saboreaba la existencia de las cosas simples como prueba de un bien mayor. Al hacerlo, Anya hacía que lo incontestable de la vida pareciera menos amenazante. Fresas, sonrió mientras trataba de concentrarse en una simple alegría. Fresas silvestres.

Sus pensamientos se evaporaron abruptamente cuando escuchó un ruido en el pasillo. —¿Hola?— llamó, levantándose. Al cabo de unos instantes, se sacudió un inexplicable escalofrío antes de acurrucarse más en la bañera. Mientras el agua tibia subía a su alrededor, una vez más, como tantas otras veces, dio gracias a Dios por los placeres de la vida que suelen pasar desapercibidos para quienes nunca han conocido el hambre, el dolor o las privaciones.

Anya aún podía saborear el primer plátano maduro que había comido después de haber sido sobornada para salir de la cárcel rumana a la que fue enviada por robar comida. Había llorado la primera noche que volvió a sentir una almohada suave, una taza de café y un baño caliente en el pequeño apartamento de su familia en Cluj. Había reído con alegría al sentir los calcetines suaves y un camisón de franela hecho jirones. Y había llorado con el olor del cabello de su madre mientras la abrazaba con fuerza por detrás de su hermana pequeña.

Sólo Lauren había entendido realmente las cosas que hacían que Anya se aferrara a la vida con la desesperación de los condenados. Ahora, al pensar en Lauren, añadió la amistad y el amor que Lauren le había dado a su lista de grandes regalos de la vida. Ven a mí ahora, Lauren. Por favor, date prisa.

Pasaron dieciséis minutos antes de que oyera un ruido de arrastre. Se levantó de golpe al oír los pasos en las baldosas. —Gracias a Dios— susurró. Cuando Anya se adelantó en la bañera para alcanzar su toalla, los pasos se detuvieron.

—¿Quién está ahí?— llamó.

La música de los altavoces del vestíbulo envolvió de repente a Anya con una melodía familiar. Reconoció las notas cadenciosas de la Rapsodia en Azul de Gershwin y sonrió. —Lauren— susurró mientras soltaba el aliento.

De repente, una mano enguantada de látex le tapó la boca antes de que pudiera incorporarse del todo. Cuando la mano tiró de ella hacia atrás, Anya buscó su pistola. Se agitó violentamente contra la mano como un pez atrapado en una red. Sus rígidos dedos finalmente agarraron la pistola por el cañón. Giró su cuerpo resbaladizo como el jabón y golpeó el arma contra el brazo que la sujetaba.

Mientras luchaba con todas sus fuerzas, a Anya se le escaparon los pies. El arma cayó en la bañera y Anya cayó encima de ella. Aspiró agua, ahogándose con sus propios gritos.

Ahora completamente sumergida, Anya abrió los ojos bajo el agua. Vio que la mano de su agresor buscaba la pistola y luchó por levantarse. Sus manos se agitaban mientras trataba de rechazar a su atacante. Al emerger, jadeó para respirar. —¡Por favor, no!— suplicó con un suave acento rumano.

La mano enguantada se agitó con violencia. Anya oyó un chasquido justo antes de que su cerebro registrara el dolor sobre su oreja. El golpe derrumbó las paredes de su mente y resonó en su cráneo mientras se deslizaba de nuevo en el agua. Un calor rojo se extendió por su frente, tiñendo las burbujas de un delicado color rosa champán. Fresas, pensó mientras una sonrisa le separaba los labios.

Al hundirse en el agua, Anya observó cómo su propia mano se extendía lentamente hacia arriba, como un brazo mecánico que intentara sostener la caída del cielo. El agua se movía en círculos a su alrededor, absorbiéndola mientras su cuerpo daba vueltas en la brillante luz. —Papá— gritó en silencio. Lo último que Anya vio a través de la brillante neblina rosa fue la negra sombra de su secador de cabello mientras caía en cascada hacia su tumba acuática.

CUARENTA Y CUATRO

—Esto no me gusta nada, Smokey— le dijo Mulrooney a su compañero mientras miraba su móvil. Killackey le había enviado un mensaje de texto diciendo que Anya Gallien había llamado para decir que necesitaba hablar con él urgentemente. Querer reunirse con sus adversarios ya era bastante extraño, pensó Mulrooney, pero ahora no respondía al teléfono. Mulrooney volvió a marcar inmediatamente mientras él y Clarke estaban sentados en el tráfico con el resto de los viajeros de última hora mientras se acercaban al punto de entrada al puente Vincent Thomas, que conecta San Pedro con Long Beach.

Mulrooney estaba exasperado. Y quería un trago. Su cerebro recordó sádicamente a sus papilas gustativas el sabor de una Guinness fría. Ahuyentó el pensamiento y se mordió el nudillo mientras esperaba que Anya contestara.

Mulrooney volvió a colgar y suspiró con fuerza. Su semana se había convertido en una cáscara de plátano estratégicamente colocada. Sacar a un Flint sin rostro del maletero de un Camaro ya había sido bastante desagradable. Luego, después de seguir el chivatazo del informante telefónico que afirmaba haber reconocido el Mercedes implicado en el asesinato de Flint, Mulrooney y Clarke regresaban ahora de San Pedro, tras haber recibido un buen plantón. ¿Se preguntó si el informante se había asustado? De repente, a Mulrooney se le revolvió el estómago.

—¡Maldita sea, nos han tendido una trampa, Smokey!— gritó Mulrooney. —Alguien sabía que Anya trataría de contactarse con nosotros , así que nos llevaron por las pelotas a través de San P. para detenernos. Es a Anya a quien quieren!

—¡Mieeerda !— gritó Clarke mientras pisaba el acelerador y salía al carril de adelantamiento. Rodeó el coche que tenía delante y luego aumentó la velocidad.

Mulrooney bajó la mano izquierda para encender la sirena y las luces. El intenso tráfico obligó a Clarke a entrar y salir de los carriles de coches. Mulrooney respiró larga y superficialmente como si pudiera retrasar de algún modo el paso del tiempo, pero una sensación de

malestar le advirtió de lo que le esperaba.

En el puente Gerald Desmond, el último antes de entrar en Long Beach, el tráfico se detuvo bruscamente. Cuando se detuvo, Clarke golpeó el volante y pulsó los altavoces, pero no había lugar para que los coches se apartaran en el estrecho puente.

—Llama a los uniformados— gritó Mulrooney. Saltó del coche y empezó a correr tan rápido como le permitía su tobillo por el estrecho paseo de acceso al puente.

Cuando llegó al arco del puente, vio una colisión trasera de dos coches en el extremo más alejado del puente. Los conductores gritaban y hacían gestos, y la cola de un Dodge Caravan bloqueaba el carril izquierdo impidiendo el paso del tráfico.

En un arranque de frustración, Mulrooney corrió hacia la conmoción. Esquivó varios coches que estaban casi perpendiculares a los carriles mientras sus conductores intentaban sortear los restos. —¿Está bien? — Mulrooney resopló cuando llegó a los hombres.

—Sí, pero este tipo me ha dado por detrás y ahora intenta decir que es culpa mía— espetó el fornido conductor.

—Soy un oficial de policía, y me importa una mierda...— Mulrooney se detuvo en seco, tratando de mantener su temperamento bajo control. —No me importa de quién sea la culpa. Mueve este pedazo de mierda, ¡ahora!

—No puedo retroceder— gimió el conductor del segundo coche, que parecía un hurón, mientras retrocedía. Miró a Mulrooney, que cambiaba de peso y los rodeaba como un toro en una plaza.

—¡Los dos, vengan aquí!— ladró Mulrooney.

—¿Va a cachearnos ahora?— preguntó esperanzado el hurón mientras ambos conductores seguían rápidamente a Mulrooney hasta la parte trasera del Dodge Caravan.

—Hoy no, Dorothy— gruñó Mulrooney. —Ahora, muévanse — ordenó.

Los hombres se miraron entre sí y luego a Mulrooney. —Me gustaría ver una placa— dijo oficiosamente el hurón mientras se apoyaba en el coche y señalaba con un dedo largo y delgado a Mulrooney.

—¿Disculpe?— gruñó Mulrooney. —¿Quiere ver una placa?— Apartó su chaqueta para acomodar al hombre tembloroso y mostró su arma en el proceso. El hurón puso inmediatamente ambas manos en el parachoques del Caravan .

—¡Ahora, muévanse !— le indicó Mulrooney. Obedientemente le siguieron la pista y sacaron la parte trasera del coche del carril izquierdo.

Mulrooney golpeó entonces los capos de la fila de vehículos para que el tráfico se moviera y Clarke pudiera pasar. Cuando Clarke se detuvo, Mulrooney se metió en el coche cuando todavía estaba en movimiento. Ocho minutos más tarde, Mulrooney y Clarke cruzaron a toda velocidad el puente de la calle Segunda hacia Nápoles.

Cuando entraron en el callejón detrás de la casa de Anya, Mulrooney saltó, asustando a los agentes de vigilancia. Tres coches patrulla entraron a toda velocidad por el callejón antes de detenerse detrás de Clarke.

—¿Ha ocurrido algo inusual aquí?— preguntó Mulrooney al equipo de vigilancia.

—La verdad es que no— respondió un agente. —No ha habido más actividad que la puerta de la cochera que se abre sola de vez en cuando. Debe tener problemas eléctricos. Las luces se dispararon antes.

Mulrooney hizo una señal a Clarke antes de correr hacia la buganvilla del extremo más alejado de la casa. La puerta lateral estaba abierta y ofrecía una visión clara del pasillo. Mulrooney colocó

inconscientemente una mano sobre su corazón palpitante.

Llamó a Anya, pero no hubo respuesta. Entonces, escuchó la suave y ominosa melodía que salía del equipo de música. Mulrooney soltó un gemido. Cuando Clarke lo alcanzó, se detuvo en seco cuando las inquietantes notas de Gershwin les cubrieron la piel como un sudor frío. Sus ojos se abrieron de par en par al volverse para mirar a su compañero. Los de Mulrooney sabían que habían llegado demasiado tarde. Quizás hasta 16,41 minutos letales de retraso: la duración de Rapsodia en Azul Rhapsody in Blue.

Mulrooney señaló los suelos de madera del interior de la puerta de entrada. Unas huellas de agua conducían por el pasillo, iluminadas por una tenue luz que provenía de una habitación al final, que Mulrooney sabía que era el baño. Una extraña mezcla de cera perfumada y algo más acre impregnaba la casa.

Mulrooney sacó su arma y entró. Mientras revisaba la cocina, Clarke cruzó por detrás para cubrirlo. Avanzando y cubriéndose, avanzaron por el pasillo comprobando cada habitación a su paso.

Justo cuando se acercaban al baño, cuatro agentes uniformados irrumpieron en la entrada principal y los siguieron por el pasillo. Mulrooney captó el sonido de los neumáticos mientras otras unidades se desplazaban para rodear el exterior de la casa.

Cuando se asomó al cuarto de baño, lo primero que observó Mulrooney fue una capa de agua en el suelo de baldosas. Los azulejos de las paredes también estaban salpicados de agua, que brillaba a la luz de las velas como si se tratara de un espectáculo de fuegos artificiales. Anya había luchado por su vida hasta el final.

Algo más le llamó la atención. Garabateadas con jabón en el espejo estaban las palabras Atrás. El ácido inundó su garganta cuando Mulrooney se dio cuenta de que el mensaje iba dirigido a él. ¡Vete a la mierda! Voy a hacer que mueras de un soplo a otro.

Mulrooney estaba a punto de dar un paso adelante cuando Clarke gritó de repente: — ¡No te muevas! —Clarke tiró de Mulrooney hacia atrás antes de que pudiera entrar en la habitación. A continuación, dirigió su linterna sobre la cortina de ducha de tela empapada de agua que cubría la zona exterior de la bañera antes de iluminar la base de la misma. A la luz pudieron ver un cordón negro deshilachado. Desde la bañera, serpenteaba por la esquina hasta la zona del tocador.

Mulrooney hizo una mueca. —¡Tenemos que encontrar el panel

eléctrico!— Entonces corrió hacia la cocina y abrió los armarios. Clarke se apresuró a salir por la puerta ladrando órdenes a los patrulleros para que llamaran a los paramédicos y a los bomberos. Mulrooney tomó una escoba del armario y volvió al baño.

—No pude localizar el disyuntor por culpa de las enredaderas— gritó Clarke mientras volvía a entrar corriendo. —Probablemente el circuito estaba fundido, pero no podemos arriesgarnos.

—Tenemos que hacer algo— dijo Mulrooney. Se inclinó hacia el baño todo lo que pudo mientras intentaba que sus pies no entraran en contacto con el agua. Al alcanzar el cordón con el palo de la escoba, el peso de su cuerpo lo hizo avanzar. Se agarró al marco de la puerta y luchó por recuperar el equilibrio. —No puedo alcanzarlo. Toma mi mano, Smokey.

Clarke miró hacia el cuarto de baño y luego volvió a mirar a Mulrooney. Aspiró y tomó la mano de Mulrooney. Clarke apoyó su pie izquierdo en la pared del pasillo mientras Mulrooney apoyaba ambos pies en el pie derecho de Clarke y le agarraba la mano con fuerza. Mulrooney se inclinó tímidamente hacia delante hasta quedar casi paralelo al suelo del baño. Con un impulso hacia delante, deslizó el mango de la fregona de madera bajo el cordón negro y tiró con fuerza en un movimiento ascendente.

Hubo una explosión de luz. Un sorprendente chorro de chispas iluminó el cuarto de baño justo cuando Mulrooney perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Clarke agarró a Mulrooney por el cinto del pantalón y lo levantó con una fuerza sobrehumana, tirando de Mulrooney hacia atrás a través de la puerta con tal fuerza que ambos se estrellaron contra la pared adyacente.

—¡Todavía estaba caliente!— espetó Clarke.

Mulrooney se puso de rodillas con dificultad. —Ya no lo está— roncó. Se quedó en la puerta y trató de calmar sus nervios antes de volver a entrar. Cuando sus pies tocaron el agua, se quedó momentáneamente parado, medio esperando la sacudida. Al no producirse, avanzó como si estuviera cruzando un campo de minas. Entonces alargó la mano y apartó la cortina de la ducha.

El rostro sin vida de Anya miró a Mulrooney con una expresión de máxima tristeza. Parecía estar iluminada por dentro como las velas de Navidad en una casa oscura. Su pelo mojado le acariciaba la cara y su brazo derecho se extendía hacia arriba, como si ofreciera un regalo

invisible a algún salvador invisible.

Mulrooney inclinó la cabeza hacia atrás y trató de insuflar vida al cuerpo, que ya estaba rígido, mientras Clarke buscaba el pulso. —Demasiado tarde, amigo. No hay signos vitales.

—¡Maldita sea!— gritó Mulrooney. Entró en el dormitorio y arrancó la puerta del armario de una patada.

Clarke entró y estaba a punto de hablar cuando se centraron simultáneamente en la única cosa de la habitación que estaba fuera de lugar. Mulrooney miró a Clarke y luego se agachó para examinar una guía telefónica que yacía sobre la extensión de satén blanco. Sacó un bolígrafo del bolsillo y lo deslizó entre las páginas hasta donde estaba encajado un lápiz.

Junto a una columna de nombres estaba la refinada letra que reconoció como la de Anya. Había dibujado una figura en forma de sonrisa y había escrito las palabras —ESPÍRITU MALO— dentro de la sonrisa. Junto al garabato estaban los números 305. Clarke estudió el dibujo y lanzó una mirada curiosa a Mulrooney.

—Necesitamos un rastreo telefónico— dijo Clarke.

—Sí. Nuestras chicas podrían haber compartido más de un hombre. Es el código de área de Miami.

CUARENTA Y CINCO

Michael Ryan acunó a Lauren por la espalda mientras se encontraban al otro lado del canal de la casa de Anya. Las glicinas crecidas que separaban las casas vecinas a lo largo del paseo del canal les impedían la vista. —Shhh— la tranquilizó, — por favor, ven conmigo, Lauren. Ya no podemos hacer nada.

Cuarenta y cinco minutos antes habían amarrado el barco de Michael en un muelle vacío en la sección de Treasure Island de Nápoles. Mientras Lauren compraba provisiones en una tienda cercana, Michael había tomado suficiente combustible para dirigirse a México. Después caminaron juntos hasta la casa de Anya, donde encontraron la zona llena de policías, paramédicos, una unidad de bomberos, periodistas y fotógrafos.

Cuando Lauren vio la actividad, empezó a sollozar, invadida por un profundo sentimiento de dolor y soledad. Sabía que Anya había muerto. Lauren había intentado cruzar corriendo la pasarela hasta la casa de Anya, pero Michael la detuvo.

Ahora, mientras miraban, Lauren se estremeció cuando se abrió la puerta de la casa de Anya. Una larga camilla, una de cuyas ruedas crujía en contra de su carga, era empujada a través de la abertura. Una forma embolsada y sin vida yacía encima de la camilla.

—Tengo que ir con ella, Michael— gritó Lauren.

—Escúchame, cariño— razonó él, —por favor, piénsalo bien. Anya se ha ido. Y tú eres la única otra persona que estaba allí la noche en que Scott fue asesinado, así que ahora eres la única sospechosa que queda. Y la muerte de Anya no pudo ser accidental, o Mulrooney y su equipo no estarían allí.

Cuando las rodillas de Lauren se doblaron, Michael la sostuvo. —Lo siento mucho— susurró, —pero tienes que protegerte, Lauren. Si la policía supiera que estás aquí ahora mismo, intentarían culparte de los dos asesinatos.

—Pero, Michael...

—Lauren, no hay nada que puedas hacer ahora. Anya no querría que

te pusieras en peligro por ella. Por eso te protegió hasta el final.

—La quería , Michael, y ella me quería, también — gritó Lauren.

Michael suspiró y negó con la cabeza. —Lo sé, cariño... pero ¿no ves que es posible que haya matado a Scott para tenerte para ella sola? Creo que nunca viste a Anya como lo que realmente era. Y dijiste que estaba furiosa por el video.

—¡Pero ella no sabía de ese video! Supe en el momento en que me enfrenté a ella que era la primera vez que se enteraba.

Michael sacudió la cabeza lentamente, como si tuviera serias dudas. —Tal vez Sam Bennett le dio ese pendrive porque quería que creyera que Anya era la que tenía motivación para matar a Scott. Él mismo tenía muchos motivos . Por tu propia seguridad, te voy a sacar de aquí, Lauren.

—No puedo pasarme la vida huyendo, Michael, especialmente de algo que no he hecho.

—Con el tiempo estoy seguro de que Mulrooney lo demostrará, pero mientras tanto podrías acabar en la cárcel. Sé que eres fuerte, pero ahora mismo estás muy vulnerable. Y me niego a quedarme sentado viendo cómo te achacan esto.

—Tengo que aceptar y lidiar con esto. Dios, por mucho que desee poder escapar, no puedo. No voy a huir. —Miró por el canal hacia la bahía, donde su casa era ahora apenas visible en el crepúsculo.

—Bien, Lauren, veo que te has decidido. Te conseguiré los mejores abogados disponibles. Pero tenemos que salir de aquí. Oigo que vienen helicópteros. No puedes implicarte más si te ven aquí. Vayamos a México. Después de unos días, podemos arreglar una —llegada— para ti en LAX, aparentemente recién llegada de Miami, completa con coartada. Después de eso puedes ver a Mulrooney y hacer los arreglos para Anya.

—Gracias— aceptó Lauren mientras veía a Mulrooney seguir la camilla por el jardín. Mientras los médicos empujaban la camilla hasta perderla de vista, se sintió más sola que nunca en su vida. Su respiración se convirtió en sollozos desgarradores cuando la pérdida de Anya se hizo definitiva.

—Estoy aquí para ti, cariño— prometió Michael. Lauren apretó su mano mientras la puerta de la casa de Anya se cerraba de golpe,

dejándola fuera para siempre.

Esperó a que un gran velero pasara por el canal. Cuando Lauren miró hacia atrás por última vez, jadeó. A la luz del barco que pasaba, pudo ver una figura oscura que las observaba de cerca desde un muelle cercano al puente. Incluso desde la distancia, supo que era Sam.

CUARENTA Y SEIS

Mientras Mulrooney apoyaba la cabeza en el asiento del coche, la brisa húmeda de la mañana era una compresa fresca contra su cara. Puso su CD favorito de Ella Fitzgerald, sabiendo que su voz podía calmar sus nervios como el Valium. De vez en cuando comía una magdalena sin grasa ni sabor y tomaba una taza de descafeinado mientras observaba cómo los coches se arrastraban por Ocean Avenue, pasando por delante de la casa de Donna Blair, en la congestión de tráfico de la mañana.

Sentía los efectos de haber dormido menos de tres horas. Después de tomarse dos antiácidos , consultó su reloj y se preguntó dónde estaría Clarke. Habían acordado reunirse a las 7:30 de la mañana y Clarke rara vez llegaba tarde.

Al cerrar los ojos, las imágenes de Anya Gallien llenaron su mente como una película muda. Pensó en todas las razones por las que alguien querría matarla. Ella debía saber demasiado, concluyó. Pero, ¿qué sabía ella?

Luego pensó en Lauren. Todo en ella le había parecido cálido y suave. Al imaginársela, la presión en su cabeza se sintió tan fuerte como el peso en su pecho. Ella le había llegado bien, y él había creído en su inocencia. ¿Era un tonto? Abrió un cartón de leche y lo bebió para establecer un cortafuegos entre su estómago y su esófago.

Clarke finalmente se detuvo detrás de él y saltó del coche. —Siento llegar tarde— se disculpó. —Me he pasado por la oficina. Killackey está rastreando por teléfono a Miami; y mientras tanto, resulta que tu corazonada era correcta. La Brigada Antidrogas de Jersey confirmó que Clarence, el del show erótico, era un distribuidor de Flint.

Mulrooney dejó escapar un silbido bajo. —En todos los distribuidores de Flint se utilizó el mismo tipo de arma que en Connolly. Y sospecho que el cuchillo utilizado en el doc fue plantado después de que el equipo criminalista terminara. Pero, ¿por qué dejar el arma?

—Mientras reflexionas sobre eso, tengo que darte una mala noticia. El jefe Clemente me acorraló al salir. Murmuró unas palabras de arrepentimiento sobre Anya, una especie de mea culpa a medias. Y

luego me dijo que el lunes estaremos fuera del caso. Necesita un ahorcamiento público para calmar a los medios.

Mulrooney miró al océano y suspiró. —Me siento como el idiota del pueblo por haber perdido la pista de Lauren Connolly.

—Oye, no estás solo en esto, hermano.

—Tenemos una oportunidad de rezar un Ave María para sacar esto adelante antes del lunes. ¿Todavía estás dentro?

—¿Acaso un pedo de perro apesta? Por cierto, el viejo Sr. Armstrong quiere volver a hablar con nosotros— añadió Clarke. —Dejó dicho que estará en su barco todo el día.

—Bastardo con suerte— sonrió Mulrooney.

—¿Alguna actividad?— preguntó mientras señalaba con la cabeza la casa de Donna Blair. La zona estaba tranquila a la luz de la mañana.

—Ninguna todavía. ¿Tuviste la oportunidad de ver la cinta de ella y Connolly la noche en que él fue asesinado ?

—Oh, sí— asintió Clarke. —Me muero de ganas de oírla intentar salirse con la suya. Vamos a charlar.

Cuando se acercaron a la puerta principal, no vieron señales de actividad. Clarke llamó varias veces y estaba levantando la mano para llamar de nuevo cuando Mulrooney lo detuvo. Se quedaron quietos un momento y escucharon. De repente, ambos saltaron del porche y atravesaron el jardín hasta el callejón lateral.

Un Mercedes Clase S azul noche salía del garaje cuando doblaron el borde de la casa. Clarke se posó sobre las azaleas púrpuras mientras Mulrooney atravesaba un pequeño hibisco de color lavanda y aterrizaba justo delante del Mercedes. Llevaba una mano en su arma y la otra en alto. —¡Alto!— ordenó mientras su tobillo desgarrado se ponía en marcha de mala gana.

Donna Blair le dirigió una mirada penetrante y luego a su preciado jardín. Movió la palanca de cambios dirigiéndose hacia el parque , apagó el motor y saltó del coche. —Espero que estén preparados para pagar el daño que han hecho. Y ustedes , dos imbéciles machistas, pueden apartar las manos de sus armas. Si tuviera un arma, ya la habría utilizado. Miró fijamente a sus dos adversarios. —¿No es esto un poco exagerado?

—Irónica elección de palabras— se burló Clarke.

—Hablemos dentro— espetó Donna. —Pienso seguir viviendo en este barrio, detective Mulrooney, así que le agradecería cualquier muestra de decoro que usted y Barney Fife puedan mostrar .

La siguieron a través de la puerta y entraron en la gran cocina, donde había cajas apiladas. Donna se movió incómoda mientras Mulrooney leía las etiquetas de envío. Esperaba poder salir de Long Beach sin hacer ruido.

—Creí que había dicho que pensabas seguir residiendo en el barrio, — le espetó Mulrooney.

Donna permaneció en silencio. Estaba harta de responder a los hombres. Se había trasladado a Long Beach por orden de su padre y se esperaba que gestionara uno de sus muchos negocios de importación. Su vida siempre había estado controlada por él o por su poderoso socio. Los vídeos sexuales habían sido su forma de demostrar que ya no iba a ser controlada.

Aunque había hecho el vídeo de buena gana en la oficina de Scott, no esperaba que el suyo estuviera entre los que él vendía a Flint. Se puso furiosa cuando descubrió que Scott la había utilizado. Ella no había sido más que un pasatiempo sin sentido para él, un breve sustituto de su distanciada esposa. Scott Connolly acabó recibiendo su merecido.

Donna apartó una silla de la mesa y se sentó. Dirigió sus ojos a Mulrooney y habló con los dientes apretados. —Quizá recuerdes que te dije que iba a hacer un viaje. Ya tenía el billete cuando estuviste aquí por última vez. Siempre veraneo en Palermo; es decir, a menos que me arresten por el asesinato de Anya Gallien. Por supuesto, dudo en pensar que incluso ustedes dos sean tan tontos. ¿No tienes ya muy mala pinta?

—No me veo tan mal como usted, señorita Blair— entonó Mulrooney, devolviéndole la mirada acusadora. —¿Quiere decirnos cómo sabe que Anya fue asesinada? La causa de la muerte no se ha hecho pública.

—Mi amiga, Libby Martin, es periodista. Me llamó anoche cuando escuchó la llamada en el escáner y reconoció la dirección de Anya por su investigación de la historia. Así que me temo que se han vuelto a equivocar. Libby quería informarme porque sabe el terrible cariño que le tengo, le tenía, a Anya.

—¿Y qué forma tomó este cariño?— preguntó Mulrooney. Se acercó a

la puerta del tocador que estaba junto a la cocina para poder frotarse sutilmente su estómago dolorido .

—No éramos amantes, si eso es lo que pregunta. Mis preferencias sexuales son muy diferentes a las de ella. Soy toda una mujer, detective— dijo mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Ajá, por supuesto— asintió Clarke. —Entonces, ¿ha socializado con Anya?

—No, pero la he visto en los clubes. Y ayer vino aquí. Estaba convencida de que yo tenía información que podía ayudar a Lauren Connolly a descubrir quién había matado a su marido. Anya parecía muy preocupada. Interpretó bastante bien el papel de la acusada injustamente y de la amiga cariñosa. Me pregunto si la señora Connolly sabe que su amiga se acostó con su marido.

Donna captó la mirada de Clarke hacia Mulrooney. —Scott me lo dijo — explicó. —De todos modos, le aseguré a Anya que ya les había contado a ustedes, dos funcionarios de Mayberry, todo lo que sé.

Mulrooney sabía que estaba mintiendo. La miró fijamente hasta que ella desvió la mirada. Cuando su estómago hizo un ruido de gruñido, Donna volvió a levantar la vista y sonrió burlonamente.

—¿Tiene hambre, detective? Me temo que no tengo nada que ofrecerle en este momento — se disculpó con poca sinceridad. —Siéntase libre de usar el baño. Encontrará desodorante de habitaciones debajo del lavabo— añadió para avergonzarlo aún más.

Mulrooney no estaba de humor para lidiar con una pequeña ramera bocazas. —Señorita Blair— espetó, —tenemos pruebas de que estuvo con el doctor Connolly en su casa la noche del asesinato. Eso la convierte en la principal sospechosa. ¿Quiere llamar a su abogado?

Donna se quedó boquiabierta. Trazó sin palabras un dedo a lo largo de la pata de la mesa tallada hasta que recuperó la compostura. Por último, dirigió a sus interrogadores una apretada sonrisa de color rojo. —También hay pruebas de que salí de la ciudad a las 12:25 de la noche. Y no aparecí en el aeropuerto de Long Beach como un poltergeist. Se necesita tiempo para llegar allí y registrarse .

—¿A qué hora dejó la escena del crimen?

Donna mantuvo su mirada fija en Mulrooney. Él era ahora su adversario elegido y el blanco de su veneno.

—Salí de allí alrededor de las 11:25, creo. ¿Quiere saber el nombre de la persona con la que me reuní en Nueva York?

—¿Rudy Giuliani?— Clarke siseó. —Por cierto, el doctor Connolly la grabó realizando un acto sexual para él esa noche.

La cara de Donna estalló tras su máscara de piedra. —¡Ese asqueroso pervertido!— gritó. —Nunca aprendió a retroceder. Su maldita arrogancia fue lo que hizo que lo mataran.

—Dijo que había dejado de verlo. Esto entra en conflicto directo con su declaración anterior, señorita Blair— le recordó Clarke.

—De acuerdo, entonces sí vi a Scott esa noche, ¡y por una buena razón! Ese cabrón vendió el vídeo en el que nos acostábamos en su consultorio , aunque fui yo quien le tendió una trampa a Flint para que distribuyera su pequeña y perversa pornografía en primer lugar. Cuando Flint me dijo que yo estaba en el vídeo, insistí en que Scott lo comprara de nuevo. Scott dijo que se encargaría de ello, ¡por treinta mil dólares! Me prometió que sólo había hecho una copia, lo cual era mentira.

—¿Y qué pasó esa noche?— Mulrooney pinchó.

—Primero vino aquí y nos tomamos unos tequilas, y luego discutimos sobre el vídeo. Dijo que se iba a casa, pero que me pasara mientras su mujer estaba fuera si cambiaba de opinión y quería llevarle treinta mil dólares. Me dijo que podía quedarme con el pendrive , pero que también tenía que actuar para él. Cuando pasé por allí de camino al aeropuerto, hice lo que me pidió. Después de darle el dinero y conseguir lo que quería, me fui. No sabía que el gusano también tenía una cámara de vídeo en su casa.

—¿Por qué no le dijo a la policía que la estaba chantajeando?

—¡Me daba vergüenza!

Mulrooney notó que las comisuras de la boca de Donna se crispaban, pero rápidamente recuperó la compostura. —¿Dónde puso Scott el dinero, señorita Blair?— preguntó.

—Se había dejado un clip de dinero aquí, así que se lo devolví con los billetes. Puso el clip de dinero en su bolsillo.

—¿Alguien más sabía de esto?

—Por supuesto que no.

—¿Sabe a quién le debía dinero?— presionó.

—No, me mantuve al margen de sus asuntos sucios . Debería haber seguido con las citologías.

—¿Usted o el Dr. Connolly pusieron música antes de irse?— Intervino Clarke.

—¿Por qué iba a poner música y marcharme?

—Parece ser una tendencia— gruñó Mulrooney. Su localizador sonó justo cuando su estómago volvió a gruñir. Mulrooney entró en el baño y engulló más antiácidos. Sus dientes parecían llevar calcetines de tiza.

—¿Sí, Killackey?— anunció en el teléfono mientras miraba una foto en la pared. Era una foto de una Donna más joven tomando la mano del mismo hombre que aparecía en la foto que Mulrooney había robado de su salón en su primera visita. Ambos sonreían con el telón de fondo de una pequeña ciudad mediterránea.

—Tenemos información de las aerolíneas— decía Killackey. —Sam Bennett se coló ayer en Long Beach en algún momento con un nuevo alias. Estamos tratando de seguirle la pista.

—¿Estaba Lauren Connolly con él?

—No, llegó solo. Y otra cosa: según los registros de la aerolínea, la coartada de Donna Blair es cierta.

Después de colgar, Mulrooney volvió a estudiar la foto. Clarke y él habían pasado horas tratando de identificar al hombre mayor, pero en esta foto el tipo era más joven. Mulrooney sostuvo la foto a la luz. —¡Santo cielo!— exclamó. Volvió corriendo a la cocina y se abalanzó sobre Donna como un oso hambriento. —Muéstreme su pasaporte— exigió.

—¿Qué?

—¡Enséñeme su pasaporte!

Donna buscó en su bolso el documento solicitado, pero Mulrooney se lo arrebató de la mano antes de que pudiera ofrecérselo. Lo abrió y lo puso bajo la luz. —Bonita falsificación— gruñó. —Clarke, te presento

a Donna Maria Bonanni.

Los ojos de Clarke se abrieron de par en par como dos huevos en eclosión. —Esta fiesta no hace más que mejorar.

—¿Qué quieres decir?— Donna gruñó.

—Papá es un jefe del crimen organizado, ese es mi punto.

—¿Y qué? Los asuntos de mi padre no son de mi incumbencia. O el tuyo. No tienen nada contra mí, así que o me arrestan como los tontos que son , o se largan de mi casa.

—Vale— dijo Mulrooney, —pero me llevo su pasaporte. No va a ir a ninguna parte. Si su padre tiene alguna queja, dígale que no dude en llamarme. Adiós, señorita Blair.

Mientras salían, oyeron un fuerte portazo detrás de ellos —Comprobaré qué tenemos sobre Vic Bonanni en esta zona— dijo Mulrooney mientras se dirigían al coche.

—Tendría una buena razón para vengarse de su pequeño cannoli.

—Es cierto. También veré si alguno de los otros conocidos de Connolly puede estar relacionado con Bonanni. Un tipo como Bonanni usaría a alguien más para hacer su trabajo sucio. Nos vemos luego, Smokey.

Mientras Clarke observaba a su compañero entrar en el coche, le invadió un sentimiento de inquietud. —Oye, ten cuidado, grandulón — le gritó a Mulrooney.

Mulrooney levantó la mano en señal de saludo. Luego comprobó que su arma estaba en su sitio.

CUARENTA Y SIETE

—Me dijo que avisara si veía algo inusual— dijo Armstrong mientras él y Mulrooney estaban en el muelle. —Pues anoche volví a ver a un tipo junto al barco de la señora Connolly. — Mulrooney se quedó mirando el muelle donde el barco de Lauren, Seducción, se balanceaba tranquilamente en la estela de una goleta que pasaba.

—Vi a un tipo alrededor de la medianoche— continuó Armstrong. — Tenía el pelo oscuro y medía un metro ochenta y dos. Pero no pude verle la cara. —Cuando Mulrooney levantó una ceja, Armstrong se quejó: —Realmente no pude; la señorita me quitó los prismáticos, incluso después de que le explicara que sólo los usaba para ayudarle.

—Gracias, señor Armstrong— sonrió Mulrooney, —¿Hay algo más que pueda decirme?

—Bueno, no sé si el tipo era el mismo de antes porque esta vez no se paró aquí— dijo, señalando el paseo del puerto deportivo. —Bajó junto al barco, miró a su alrededor y se fue, ¡así de fácil! —Armstrong chasqueó los dedos con tanta fuerza que Mulrooney temió que el anciano pudiera sufrir una fractura expuesta.

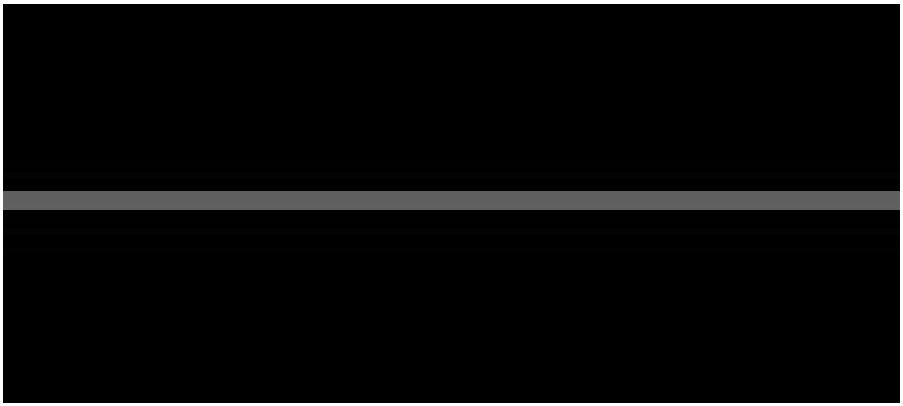
—¿Vio lo que llevaba puesto?

—Ya lo creo. Jeans , chaqueta y zapatillas de deporte.

—Bueno, por favor llámeme si ve a alguien más, incluyendo a la Sra. Connolly. Gracias, Sr. Armstrong.

—Auh , puedes llamarme 'E'— Es la abreviatura de Elvis. Es como la señora me llama— se jactó mientras empujaba la pelvis hacia adelante para justificar el apodo. —Estaré atento a la señora Connolly— prometió, mostrando una sonrisa lasciva.

—Muchas gracias, 'E'— dijo Mulrooney, haciendo rodar las sílabas desde el fondo de su garganta en su legendaria imitación de Elvis. Mulrooney dejó Graceland y se dirigió a la estación.



Clarke interceptó a Mulrooney en cuanto entró en el edificio. —El equipo está comprobando las conexiones con la mafia— dijo Clarke, siguiendo el ritmo de su compañero.

—Huelo a Nueva Jersey.

—¿Quién no lo hace?— Clarke se burló. —Killackey está en el rastreo telefónico de Miami; y seguimos rastreando a Sam y Lauren. Donna Blair, según la vigilancia, sigue en casa, probablemente clavando alfileres en su muñeco Mulrooney. Su amiga reportera verificó que Donna estaba en casa en el momento en que Anya fue asesinada. Además, los ordenadores de la casa y de la oficina de Connolly fueron registrados en busca de vídeos, pero no apareció nada. Debe de haber destruido el ordenador que estaba usando después de que Donna la pillara, así que ahí no hay nada.

—Smokey, quiero volver a ver este vídeo con Mago . Mulrooney y Clarke habían apodado a Will Keller —Mago — por sus habilidades de edición, y el nombre se había convertido en la identidad de Will en torno a L.B.P.D.

—He estado pensando— continuó Mulrooney mientras se dirigían a la oficina de Mago , —la batería aún estaba bien en la cámara de vídeo oculta de Connolly, por lo que la cámara no se apagó sola esa noche. Alguien tuvo que apagarla. Sin embargo, el mando a distancia estaba a la vista del objetivo de la cámara. Aunque la habitación estuviera oscura, podríamos captar una imagen.

Entraron en un despacho donde el propio Mago, ataviado con sus característicos zapatos de montar sin calcetines, estaba ocupado en su trabajo.

—Somos dos almas que necesitan ayuda— anunció Mulrooney.

—Yo no hago exorcismos— gruñó Mago mientras tomaba la cámara de Mulrooney y la conectaba a su ordenador de última generación. —Bien, veamos qué puede hacer este bebé.

Mago manipuló la imagen en cuanto la cara de Donna apareció en la pantalla. —¿Quién es la chica?

—La presidenta del club de fans de Mulrooney— bromeó Clarke.

Cuando la luz del vídeo se apagó, Mago se tiró de la barba y frunció el ceño: —Vaya, esto tiene mala pinta. Puede que tengan que ir a la U.S.C. para pedir ayuda, chicos. Tienen un prototipo de equipo de mejora de imagen que hace milagros.

—Sólo necesitamos el último minuto de la cinta, Mag . Mulrooney suplicó. —A ver qué puedes hacer.

Mago adelantó el vídeo hasta que el reloj digital de la mesita de noche marcó las 11:58 p.m. —Veamos si puedo mejorar la resolución. ¿Qué parte de la imagen quieres?

—Enfoca a la izquierda del radio reloj— indicó Mulrooney. —Allí hay una cámara de vídeo remota en alguna parte. —Observó cómo Mago ajustaba la imagen, tratando de aumentar la exposición.

—Eso parece una mierda— se quejó Clarke.

Mulrooney entrecerró los ojos para tratar de distinguir una imagen. —Cada vez es peor, Mag — gimió.

—¿Siempre eyaculan prematuramente? Denle una oportunidad, amigos . Mientras esperaban, un destello apareció en la pantalla. —Relájate— ronroneó Mag , —y mira lo que puede hacer un genio. —Tras varios intentos, finalmente apareció en la pantalla una imagen borrosa del mando a distancia y el borde del reloj. Mag sonrió triunfalmente.

—¡Santo cielo!— exclamó Mulrooney. Él y Clarke miraron con expresiones de asombro. La imagen estaba pixelada, pero la imagen era inconfundible: la punta de una cuchilla estaba suspendida sobre el mando a distancia de la mesita de noche de Connolly. —¡Alguien ha utilizado un cuchillo para pulsar el botón del mando a distancia!

—El delincuente debe de haber oído el rodaje de la cámara— asintió

Clarke mientras se acercaba a la pantalla. —¿Puedes meter una mano o un brazo ahí, Mag ?

Clarke se acercó y Mago consiguió enfocar una mano y una muñeca justo antes de que la mano saliera del encuadre. —El sujeto es zurdo y lleva el mismo tipo de guantes recogidos en la obra. Aunque la manga no nos dice mucho.

—Mira a ver si puedes conseguir un trozo de imagen lo más cerca posible de la izquierda del encuadre, pero en el suelo— le indicó Mulrooney.

Clarke asintió. —Más a la izquierda. Justo ahí.

Cuando Mago volvió a ajustar la resolución, un pie y un tobillo aparecieron al instante. El zapato de la imagen estaba envuelto en una bolsa de plástico transparente.

Mulrooney silbó. —Eso explica las manchas de sangre en el suelo donde debería haber habido huellas. ¿Puedes conseguir algo de la pierna, Mag ?

Mag hizo su magia hasta que se pudo detectar el dobladillo de un par de pantalones oscuros justo dentro del marco. —Vuelve al pie, Mag ... ahí. ¿Estás pensando lo mismo que yo, Smokey?

—Sí. Esa no es una Cenicienta, a menos que juegue para los Lakers. No con esos pies. Estamos ante un delincuente que mide por lo menos 1,80 metros, supongo.

—¡Mag , te quiero!— Mulrooney gritó mientras se inclinaba para plantar un fuerte beso en la mejilla de Mago .

—Dale un respiro, Mag — se rió Clarke, —es la mayor acción que ha tenido desde que su muñeca hinchable dejó una nota de suicidio.

CUARENTA Y OCHO

Después de regresar de la oficina de Mago , Mulrooney se sentó con la cabeza apoyada en las manos y se quedó mirando una fotocopia de los garabatos de Anya encontrados en su directorio telefónico. La sonrisa con las palabras —espíritu maligno— parecía una contradicción. Como todo este maldito caso.

Su memoria se estaba aferrando a algo cuando, de repente, le invadió el penetrante olor a sudor, mugre y perfume barato. Cuando levantó la vista, vio a Orgullosa Mary de pie con el detective Noodles Nardo frente a su puerta. Mary parecía tímida y nerviosa hasta que vio a Mulrooney. Le dedicó una gran sonrisa.

Mulrooney se levantó de un salto y salió corriendo de su despacho para saludarla. —¡Mary!— dijo mientras lanzaba una mirada curiosa a Noodles. —¿Dónde has estado?

—La encontramos en un callejón de Loma. Parece que es dueña de un bungalow allí. —La expresión de Noodles indicaba que la casa era un caso para el inspector municipal.

—Una dueña de casa, ¿eh? María, mi niña, me has ocultado algo.

—Hola, señor Malroody— se sonrojó. —Este tipo me dijo que podría tener algunas buenas fotos para mí. —Cuando Mary habló, las palabras repiquetearon en la parte superior de su boca como zapatos de claqué.

—Sí, las tengo. Pero he estado preocupado por ti desde que desapareciste. ¿Has estado haciendo otra película, querida?

—No— objetó ella, mostrándole dos dientes de mantequilla, —pero estuve en Sunset Boulevard.

—¿De verdad?— exclamó Mulrooney como si escuchara la noticia por primera vez. Mary asintió alegremente mientras Clarke se acercaba a saludarla.

Mientras Mary charlaba con Clarke, Mulrooney vio a Atilla entrar en su cubículo de la oficina. Atilla recogió parte del expediente de Connolly del escritorio de Mulrooney, lo sostuvo para que éste lo viera

y luego se dirigió al refrigerador de agua. Lanzó a Mary una mirada de disgusto mientras les daba la espalda.

Un lento ardor subió por el cuello de Mulrooney. Volvió a centrar su atención en Orgullosa Mary justo cuando Clarke se esforzaba por hacer que se mantuviera calmado .

—Te recuerdo — le dijo Mary a Clarke. —Estabas con el detective Malroody anoche cuando conocí a mi caballero.

—Tienes una memoria maravillosa— proclamó Clarke, ignorando el lapso de tiempo.

—Ven a mi despacho y mira algunas fotos, Mary. ¿Podemos ofrecerte una bebida?— añadió Mulrooney galantemente mientras la conducía de vuelta a su despacho.

—Tengo que volver al plató— vaciló Mary, sacudiendo la cabeza. — ¿Pero puedo conseguir una foto de mi caballero?

Mulrooney sacó rápidamente varios paquetes de seis fotos y los colocó en su escritorio frente a ella. Colocó la foto de Sam Bennett entre ellas.

—Ha vuelto, ya sabes, lo he vuelto a ver— dijo Mary con entusiasmo.

—¿Lo viste?— exclamaron al unísono Mulrooney, Clarke y Noodles. Los ojos de Mary parpadearon como el obturador de una cámara ante su animada respuesta. Inmediatamente se volvió hacia la puerta.

—Relájate, querida. Sólo queremos saber más sobre él. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que viste a tu caballero?— Mulrooney hizo un gesto para que Clarke y Noodles se apartaran junto a la puerta de su estrecho cubículo, para que Mary no se sintiera amenazada.

—Anoche— respondió ella con rotundidad. Mulrooney se rió mientras Clarke ponía los ojos en blanco, exasperado.

Mientras Mary examinaba las fotos sobre el escritorio, se detuvo a mirar algunas más tiempo que otras. Mulrooney pudo ver una similitud en las fotos policiales sobre las que dudaba, una indicación de que tenía una imagen mental firme de alguien.

—¿Dónde viste a tu caballero por última vez?— le preguntó con indiferencia.

—Horny Corners— explicó ella utilizando el apodo de la zona de

playa de la bahía frente a la casa de los Connolly. —Estaba en un bote neumático frente a la casa en la que estaban tú y esa señora policía, Miz Kate, y este simpático colega negro.

Clarke esbozó una sonrisa tolerante cuando Mary giró para señalar su camino. Noodles y Mulrooney ahogaron la risa ante la magnánima expresión de Clarke.

—¿Fue en la noche en que toda la policía estaba allí... la misma noche en que viste todos los coches con luces, Mary?

—Nooo— respondió ella con impaciencia. —Ya te dije que fue anoche , antes de que oscureciera.

Mary se levantó de repente. —No está aquí. Tengo que irme— anunció. Empujó las fotos policiales a un lado y pasó por delante de Mulrooney.

—Mary, querida— le dijo Mulrooney mientras trataba de impedir que se fuera, —¿no puedes pasar un poco más de tiempo con nosotros? No conocemos a ninguna otra estrella de cine.

Orgullosa Mary sonrió modestamente, dudó y luego negó con la cabeza. —Tengo que irme— insistió. Se precipitó hacia Clarke y Noodles, que estaban bloqueando la puerta.

—¡Espera, Mary!— dijo Mulrooney mientras tomaba su iPad. —¿Recuerdas esa escena de Sunset Boulevard, en la que Gloria Swanson y Will Holden bailan? ¿No fue romántica? Una vez me dijiste que te encantaba bailar.

Mary hizo una pirueta hacia Mulrooney y sonrió con alegría. Rápidamente puso música y luego se inclinó dramáticamente mientras el silbido del tren de Chattanooga Choo-Choo sonaba en la oficina. Todas las cabezas de la División de Homicidios giraron al unísono para ver lo que Mulrooney estaba tramando.

Mary comenzó a girar lentamente. Añadió un paso deslizante antes de serpentear hacia Mulrooney. —Lo llamo la 'Anaconda'— anunció coquetamente. Siguió deslizándose mientras Mulrooney daba algunos pasos de baile con sorprendente presteza.

Varios detectives se reunieron cerca de la puerta junto a Clarke y Killackey y comenzaron a aplaudir al ritmo de la música. —Vamos, únanse al tren— instó Mary a los hombres mientras agarraba a Mulrooney por las caderas. Mulrooney levantó inmediatamente las

cejas en señal de persuasión silenciosa hacia Killackey, que estaba de pie más cerca de donde se armaba el tren.

Con un estruendoso —choo-choo— Killackey agarró a Mary por la cintura y la siguió. Justo cuando Clarke se acercaba a la fila de bailarines, la canción se desvaneció y se convirtió en las primeras notas de Serenata a la Luz de la Luna .

Cuando Mary suspiró de placer, Mulrooney le tendió una mano y la atrajo hacia sus brazos extendidos. Ella cerró los ojos y se balanceó hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la música, sonriendo serenamente. Mulrooney tarareaba mientras miraba por encima de su cabeza. Luego, con una serie de pasos elegantes, la hizo bailar un vals hasta su escritorio. Siguió moviéndose mientras se agachaba con una mano y reordenaba rápidamente las fotos.

Clarke, Noodles y Killackey observaban en silencio cuando, de repente, la voz de Atilla retumbó desde detrás del grupo de detectives, cada vez más numeroso. —¿Por qué apesta...?

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, Clarke se volvió contra él. —Si dices una sola palabra insultante sobre Mary , te daré una patada en el culo tan fuerte que te cagarás por la mitad de la frente. —Cuando Atilla abrió la boca para replicar, Clarke se levantó en su cara como un perro rabioso. Reconsiderando la conveniencia de enfrentarse a Clarke, Atilla se encogió de hombros y se alejó.

—Oh, señor Malroody, es usted todo un caballero— arrulló Mary. —¿Quiere saber un secreto?— Con los ojos aún cerrados, dejó escapar una risita. —Mi caballero no está en su pila de fotos. Mary siguió balanceándose mientras apoyaba la cabeza en su pecho. —Pero es él el que está en esa foto cerca del teléfono.

Mulrooney se detuvo bruscamente. —Sabía que lo encontrarías. Muéstrame cuál— sonrió triunfante. Mientras los otros detectives se cerraban detrás de Mary, ella señaló una foto que estaba parcialmente expuesta cerca de una pila de formularios sobre el escritorio. Mulrooney la había colocado deliberadamente donde ella pudiera verla.

—¡Bueno, besa mis cojones !— exclamó Killackey mientras Clarke saludaba a Mulrooney.

—¿Estás segura ?— preguntó Mulrooney.

Mary siguió moviendo las caderas hasta que la música terminó. —

Estoy segura, Malroody. ¿No es un sueño?

—¡Hombre, ha salido más limpio que el armario de la Madre Hubbard!— dijo Clarke sacudiendo la cabeza.

—Que alguien le traiga a mi encantadora pareja de baile una copia de esta foto. Y también una comida caliente— añadió Mulrooney.

—¿Y qué tal un poco de brandy?— Mary sonrió.

Mulrooney se rió y sacó un fajo de billetes. —Mary, quiero que pidas el mejor brandy que haya. Eres una estrella.

Mientras Mulrooney entregaba la foto a Killackey para que la fotocopiara, miró la imagen y vio los hermosos y conmovedores ojos de Anya Gallien, sorprendida en el funeral de Scott Connolly. Estaba de pie frente a la urna de jade que contenía los restos de la víctima. En una pose despreocupada junto a ella, mirando hacia la cámara con ojos penetrantes, estaba el apuesto genio de Mary: Michael Ryan.

CUARENTA Y NUEVE

Mulrooney golpeó su lápiz con nerviosismo mientras esperaba a que Ted Riordan, de la División de Inteligencia del Crimen Organizado, realizara una búsqueda en el ordenador. —Prueba con 'Futuro'. Es un negocio de importación y exportación en Los Ángeles.

Mulrooney mantuvo los ojos fijos en el ordenador. Mientras Ted tecleaba, apareció en la pantalla el #SS07302005. Ted abrió el archivo y se recostó en su silla. —¡Maldita sea!— exclamó.

Mulrooney silbó. Estaban mirando el expediente del jefe del crimen de la Costa Este, Vic Bonanni, el padre de Donna. —¿Cuál es su conexión con Futuro?— preguntó.

—Nada sólido. Los negocios de Bonanni en la Costa Oeste incluyen drogas y pornografía. Llevamos años tratando de atraparlos, pero tienen mejor protección legal que el gobierno de Estados Unidos. Bonanni es muy escurridizo. Hemos estado siguiendo una pista de que es un socio secreto en Futuro y podría estar usando la compañía para lavar dinero. Por eso el expediente de Bonanni está cruzado con el de Futuro. Pero no tenemos nada sólido.

Tras varias pulsaciones más, apareció una foto en la pantalla del ordenador. —¿Este es tu hombre?— preguntó Ted. Mulrooney asintió mientras miraba fijamente los intensos ojos de Michael Ryan.

—¿Sabes si estaba en la ciudad cuando mataron a Connolly?

Ted echó un vistazo a un informe detallado de todas las actividades reportadas de Michael Ryan. —Lo controlamos periódicamente, pero es básicamente un monaguillo. Fue visto por última vez en Nueva Jersey una semana antes de que Connolly fuera asesinado.

—¿Cómo lo hizo? Ya confirmamos sus vuelos a Buenos Aires. Se supone que estaba de negocios allí.

—Eso es extraño. Tiene un avión privado.

—Hmm... Supongo que pudo haber arreglado que alguien que se hiciera pasar por él y volara comercialmente si tenía razones para

mantener su paradero en secreto. ¿Cuándo regresó de la Costa Este?

—Su regreso estaba programado para tres días después de la fecha del asesinato de Connolly, pero como Ryan no es una prioridad, no teníamos a nadie sobre él para confirmar que estaba en su avión cuando regresó. Si es el socio de Bonanni en la Costa Oeste, espero que tengan más suerte que la que hemos tenido nosotros tratando de inculpar al tipo.

—Puede ser más escurridizo que un zurullo en una ducha, pero si cometió un homicidio, no se nos escapará de nuevo. Gracias, Ted.

De vuelta a su despacho, Mulrooney se apresuró a pasar junto a Clarke y le hizo un gesto para que lo siguiera. —Es posible que Michael Ryan esté blanqueando para las empresas de Bonanni en la Costa Oeste, Smokey.

—Tus corazonadas son de interés periodístico— dijo Clarke cuando entraron en el despacho de Mulrooney. —Acabo de confirmar que Anya Gallien sí llamó por teléfono a Miami justo antes de ser asesinada, a una línea privada no registrada en el club de Sam Bennett. Vamos a llamarlos .

Mulrooney asintió y marcó el número. —¿Es Miami Jazzin'?— preguntó en cuanto oyó que la línea se descolgaba.

—Ha llamado a un número privado, señor— contestó una voz femenina con cautela.

—Asuntos policiales. No me haga enojar — gruñó Mulrooney.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito hablar con quien respondió a este teléfono anoche alrededor de las siete de la tarde.

—Bueno, esto es un área privada, señor. La única persona a la que se le permite el acceso al teléfono además de mí es Biragidji, el gerente.

—¿Sabe usted o este tal Bearded-Gigi dónde puedo localizar al dueño?

—Biragidji— corrigió ella. —Espere, por favor.

—Buen día — respondió una voz de hombre tras una breve pausa.

—Hola, Sr. Bira-

—Sólo el viejo Joe.

—Viejo Joe, soy el detective Mulrooney del Departamento de Policía de Long Beach en California.

—Ah, el hogar de Mickey Mouse.

—Bastante cerca. ¿Aceptó una llamada de una mujer llamada Anya Gallien en esta línea anoche alrededor de las 7:00?

—Ese sería yo— respondió en un fuerte dialecto aborigen. —Llamó al Sr. Sam, pero se había ido. Ni idea de dónde. Dijo que le dijera al señor Sam que la llamara. Es urgente, dijo.

—¿Dijo algo más?

—Sí, me preguntó si soy aborigen.

—¿Sabe por qué?

—Sí.

—Bueno, ¿puede decirme por qué?

—Ella preguntó el significado de una palabra. Ella habla muchos idiomas, y pensó que la palabra es aborigen porque es una palabra que escuchó una vez del Sr. Sam. Él también es de Australia . Me contrató-

—Qué bien— interrumpió Mulrooney con impaciencia. Tenía la fuerte corazonada de que sabía a dónde se dirigía Joe si pudiera guiarlo hasta allí. —¿Puede decirme la palabra que le pidió?

—Sí.

—¡Bueno, entonces dígamela , por favor!— dijo Mulrooney mientras trataba de controlar su exasperación.

—La palabra era 'cunci'. No es mi lengua. Soy de otro clan -Dalwongu- pero conozco palabras de otros clanes. Significa espíritu maligno. Muy malo.

—Gracias, Viejo Joe. Muchas, muchas gracias.

—Buenos días— respondió mientras colgaba bruscamente.

—De alguna manera dudo que...— dijo Mulrooney mientras volvía a colgar el teléfono mientras Clarke esperaba.

Mulrooney se quedó mirando el papel con el garabato de Anya. —Si 'Cunci' significa espíritu maligno, que es lo que Anya escribió en el papel, ¿qué demonios es este dibujo? Le dio la vuelta al garabato en su escritorio para observarlo desde todas las direcciones.

—Hermano, no es una sonrisa. Creo que es un maldito barco. Clarke tomó el teléfono antes de que Mulrooney pudiera moverse. —Christine, Clarke, aquí— ladró al teléfono. —Saca los números que tengas de un barco registrado como el Cunci, ¿quieres? —Se paseó frente al escritorio de Mulrooney mientras esperaba.

—¿En serio?— dijo al teléfono. —¿Cómo lo sabes? Ya veo. Gracias, Christine.

Clarke colgó y se volvió hacia Mulrooney. —El Cunci no se registró hasta diez días después del homicidio. Por eso no lo vimos. Sin embargo, una semana antes del asesinato de Connolly, se emitió una citación a ese mismo velero New Zealand 37 diseñado por Jim Young por no haber sido registrado a su llegada. Fue comprado en Florida por Futuro. Muelle 127, Shoreline Marina.

—Michael Ryan podría haber entrado y salido fácilmente de la bahía la noche del homicidio— dijo Mulrooney mientras se ajustaba la funda de la pistola. —Si lo hizo, probablemente atracó en un muelle vacío y luego utilizó un bote para llegar a la orilla. Y ahí es donde Orgullosa Mary lo habría visto.

—Y cuando Lauren llegó a casa, lo habría sorprendido— añadió Clarke. —En el vídeo, la luz de un pasillo se encendió unos minutos después de su llegada, según nuestra línea de tiempo.

—Sigue siendo circunstancial, pero vamos a interpretarlo: Si nuestra corazonada es correcta, Ryan pudo haber blanqueado el documento mientras Lauren estaba en la ducha y Anya estaba fuera intentando llamar su atención— dijo Mulrooney. —Tomó los treinta mil dólares para el pequeño minotauro de Bonanni y salió alrededor de las 12:22 de la madrugada .

—Pero no antes de poner un poco de Gershwin como música de ambiente. Esa es la parte que me desconcierta. ¿Crees que actuó solo?

—No sé. Sam Bennett podría estar involucrado. La parte legítima de Futuro hace muchos negocios en Florida, donde se compró el barco.

—Sam Bennett no podría haber estado muy afectado por el asesinato del doctor. ¿Y tal vez Ryan tenía algo sobre él?

—Podría ser. Mi suposición es que Anya Gallien estaba fuera con sus prismáticos la noche en que el doc fue asesinado. Ella habría notado un barco único como el Cunci si entraba en la bahía— teorizó Mulrooney.

—Y si lo volvió a ver, lo habría recordado y por tanto habría llamado al Viejo Joe para pedirle información.

Mulrooney se mordió el nudillo mientras miraba a Clarke. —Si Anya vio el barco por segunda vez, debe haber visto a Michael Ryan. Y dudo que esté con Ryan a menos que...

—Lauren Connolly haya vuelto— dijo Clarke poniéndose en pie de un salto.

Clarke ya se dirigía a la puerta cuando Mulrooney pasó corriendo junto a Atilla y le arrebató el expediente de Connolly de su escritorio. —No necesitarás eso.

—¿Estás siguiendo una pista basada en una foto de identificación de una vagabunda de pocas luces?— Atilla se burló.

—Deja que nosotros nos preocupemos de eso— replicó Mulrooney. Se dio vuelta de un tirón y se dirigió a la puerta.

—¿Si encuentras a Lauren Connolly la vas a abofetear por hacerte quedar mal, Mulrooney?— le gritó Atilla a su espalda.

Cuando Mulrooney se detuvo en seco, Clarke le puso una mano en el brazo para evitar que perdiera el control, pero cuando Clarke miró hacia atrás por encima del hombro, la mirada de suficiencia de Atilla lo hizo arder lentamente. Retiró la mano y gruñó: —¡Adelante, hermano, atrapa al cabrón !

Cuando Mulrooney giró lentamente para mirar a su atormentador , su expresión se relajó en una amplia sonrisa. —Creo en la lucha justa, parásito maligno, y tú estás demasiado lleno de mierda como para disputar unos cuantos asaltos. Sin embargo, te diré una cosa: apuesto a que nuestro testigo —poco inteligente— está en lo cierto. Michael Ryan está involucrado de alguna manera. Si estoy en lo cierto, llevarás a Orgullosa Mary a una cena de primera clase. Y después, la llevarás a bailar, como un Fred Astaire de culo gordo, una noche real y honesta en la ciudad con todos nosotros a remolque para asegurarnos de que cuidas tus modales.

—¿Y si pierdes, Mulrooney?— Preguntó Atilla, con aire de suficiencia

.

Mulrooney dudó, y luego se quitó la placa del cinturón y la lanzó al suelo, donde saltó como una piedra por el piso de madera, creando un eco en la silenciosa habitación.

Clarke se volvió hacia Mulrooney con una expresión de sorpresa en el rostro. De repente, metió la mano en el bolsillo y arrojó un fajo de billetes. —Cien dólares a que mi compañero tiene razón, imbécil. — Sonrió mientras uno a uno los demás detectives seguían su ejemplo con una ráfaga de billetes verdes.

—Empieza a planear tu jubilación— se burló Atilla.

Mulrooney le lanzó una sonrisa de oreja a oreja. —Justo después de pedir un ramillete para Mary, Gordo Fred.

CINCUENTA

El Cunci disfrutaba serenamente del sol de la tarde, sin inmutarse por el grupo de policías que lo vigilaba desde el muelle y desde la cubierta de un barco adyacente. Los agentes esperaban mientras dos lanchas de la Policía Portuaria se deslizaban silenciosamente hasta su costado de estribor.

—Salgan a cubierta con las manos en alto— gritó un oficial a través de los altavoces de la embarcación policial.

Mulrooney y Clarke se agacharon silenciosamente detrás de las cajas de cambios del muelle, con sus armas reflejando el sol en el casco del barco. Tras varios intentos fallidos de la Policía Portuaria por obtener una respuesta, Mulrooney se dirigió al borde del muelle, cerca del lado de babor del Cunci, mientras Clarke se colocaba detrás de él. Se arrastraron a lo largo del muelle, asomándose cautelosamente a las ventanas del camarote. Los refuerzos los cubrían mientras las fuerzas del orden se acercaban por todos lados.

—Creo que los hemos perdido— susurró Mulrooney, esperando que Lauren no estuviera ya muerta. A través de la ventana, pudo ver que el camarote estaba vacío, pero reconoció la bata de angora que colgaba en la puerta abierta de la cabecera. Era de ella.

Mulrooney giró e hizo una señal. El equipo entró en la cubierta con cautela y aseguró la zona sección por sección. Cuando dos agentes volvieron a salir del compartimento del motor y dieron el visto bueno, Mulrooney y Clarke investigaron la cabina.

—Lauren ha vuelto bien— dijo Clarke mientras inspeccionaba un billete de avión. —El nombre es un alias, pero es un billete de vuelta desde Miami.

—Compruébalo, Smokey— dijo Mulrooney mientras señalaba una mesa en la cabina principal. —Michael Ryan la está cortejando seriamente. Tiene velas, flores... todo lo que necesita.

—¿Cómo sabes que la señora no ha comprado eso?— preguntó un joven oficial por encima del hombro de Mulrooney.

—Porque todavía no están durmiendo juntos, Tom— dijo Mulrooney

con paciencia. Señaló con la cabeza dos literas apresuradamente preparadas en el camarote principal. —Michael Ryan parece estar tomándose su tiempo. Está preparando la seducción.

Mulrooney abrió la puerta del armario. Las perchas con ropa de hombre cara estaban espaciadas casi obsesivamente, y varios pares de zapatos de cuero italiano estaban en exacta alineación debajo. Una pila de suéteres de Armani, perfectamente doblados, se alineaba en el estante superior.

—Mira, hermano— interrumpió Clarke mientras levantaba un puñado de discos compactos. —Tenemos el típico Tony Bennett, el viejo Blue Eyes y el omnipresente George Gershwin.

—Menos mal que no estaba sonando cuando subimos a bordo— respondió Mulrooney mientras examinaba los cajones de la cocina. —Mira el abrelatas y las tijeras personalizadas. Ryan es zurdo.

—Esto no es bueno. Clarke levantó un estuche vacío de Glock que había guardado un arma de fuego del calibre 45.

Mulrooney negó con la cabeza. Tras echar un vistazo superficial al refrigerador , abrió la puerta del congelador y arrancó varios paquetes de comida cuidadosamente envueltos. Dejó escapar un largo silbido.

Clarke miró el paquete en la mano de Mulrooney y levantó las cejas. A continuación, le pasó a Mulrooney una bolsa de pruebas mientras el joven agente miraba.

—¿Pescado congelado?— preguntó el agente sin comprender.

—Pruebas— asintió Mulrooney. —Es grunion fileteado.

CINCUENTA Y UNO

Lauren estaba sentada en su salón mirando la bahía, donde las sombras danzaban sobre el agua como espíritus de difuntos. Sabía lo que tenía que hacer. Michael y Anya tenían razón: ella podría ser la acusada de matar a su marido. No podía soportar más esta pesadilla. Michael la había dejado en la península para que pudiera escabullirse a casa y hacer las maletas para ir a México con él, pero ya se habría ido para cuando él volviera.

Planeaba pilotar su propio barco hasta Guadalajara, donde los amigos de Anya podrían arreglar los papeles para llevarla a Sudamérica sin que se dieran cuenta. Si lograba pasar las próximas horas, sabía que era lo suficientemente fuerte como para ir sola.

Cuando tomó la lámpara, vio que un coche de policía pasaba lentamente por delante de la casa. A pesar de la luz menguante, pudo distinguir a Kate Axberg y a su joven compañero, Sanders. Lauren apartó la mano de la lámpara y tomó una vela del cajón. A la luz de las velas subió a empacar.

Entró en el dormitorio, caminando en silencio como si temiera molestar a su difunto marido. Aunque la habitación había sido limpiada, Lauren evitó mirar la cama mientras se dirigía al armario vestidor para comenzar a empacar, seleccionando las pocas piezas de su vida que se llevaría con ella.

Cuando tomó su bolso, el cuchillo fabricado por George Tuerto , todavía en su envoltorio de carrera usada, cayó a sus pies. Salió del armario y colocó el cuchillo junto a la vela parpadeante de su tocador en el dormitorio antes de seguir empacando.

De repente, Lauren oyó música. Asustada, volvió a salir al dormitorio, pero lo único que oyó fue su propia respiración. Cuando Lauren regresó al armario, volvió a oír los sonidos. Se agachó para colocar su oído cerca de la rejilla de ventilación.

Los recuerdos de la noche en que Scott fue asesinado la invadieron de repente en una ola de imágenes y sonidos. Mientras la composición de Gershwin llenaba el armario como un pesado perfume, Lauren recordó por fin la música que había escuchado mientras huía de la casa

aquella noche, cubierta con la sangre y la carne de su marido. Era la misma música que oía ahora: la Rapsodia en Azul de Gershwin.

Lauren cayó de rodillas y su cuerpo empezó a temblar sin control. Se apoyó en la pared del armario mientras luchaba contra el terror.

De repente, sintió una mano en la espalda. Otra mano le sujetó la mandíbula mientras abría la boca para gritar. Olió el rico perfume y sintió el frescor de los dedos suaves y dominantes. Cuando le tiraron de la cabeza hacia atrás, miró los penetrantes ojos de Michael Ryan. Estaba agachado detrás de ella y su aliento caliente le acariciaba la oreja.

—Shhh— le advirtió mientras soltaba lentamente su mano. —Cariño, lo siento. No quería asustarte. Me sorprende que no me hayas oído llamarte. —Michael le acarició suavemente la mejilla con el dorso de la mano. —Tenía miedo de que si gritabas los vecinos te oyeran. La policía te está buscando. Lo he oído en el escáner del barco y los he visto pasar.

—He decidido que no voy a ir contigo a México, Michael— susurró ella con voz ronca. —Me voy sola.

—Lauren, no lo hagas, por favor. Te están buscando. Te atraparán. — Michael se apoyó en la pared del armario mientras trataba torpemente de encontrar las palabras que necesitaba decir. —Lauren, estoy haciendo todo lo posible para protegerte. ¿No sabes que estoy enamorado de ti?

—Sí, Michael, y estoy muy agradecida por todo lo que has hecho... pero no estoy enamorada de ti.

Antes de que ella pudiera levantarse, Michael se agachó y la atrajo hacia él. La besó apasionadamente, cubriendo su boca con la suya. Cuando ella intentó apartarse , él la apretó aún más. Lauren, incapaz de maniobrar en el reducido espacio del suelo del armario, finalmente dejó de luchar.

Cuando Michael sintió que el cuerpo de Lauren se debilitaba, se apartó rápidamente y se levantó para alisarse la ropa. Sin mirar a Lauren, le ofreció su mano. Cuando ella extendió mecánicamente la mano, él la levantó suavemente del suelo. —Me he pasado de la raya— dijo. —Lo siento, Lauren. Por favor, perdóname.

Michael cerró los ojos y se llevó los dedos a las sienes. Luego, sin previo aviso, volvió a arremeter contra ella y le selló la boca con su

fuerte mano. —No estamos solos— susurró. —No hagas ningún ruido; tienes que confiar en mí. —Bajó la mano y, en silencio, cerró la puerta del armario sumiéndolos en la oscuridad.

—¿Lauren?— La voz se acercaba. —¿Lauren?

Michael abrió de golpe la puerta del armario. Lauren se asustó al ver que estaban de pie cara a cara con Sam Bennett. Michael retiró la mano de la cara de Lauren mientras Sam se quedaba quieto y evaluaba con cautela la situación.

—¡Sam!— Susurró Lauren. Lauren dio un paso hacia Sam, pero Michael se acercó para mantenerla en su lugar.

—Quédate atrás, Lauren— advirtió Michael. —Es peligroso.

Lauren miró fijamente a Sam. Mientras sus ojos revoloteaban por la habitación casi oscura, la luz de las velas creaba cicatrices oscuras en su rostro. —Déjala ir, Michael— ordenó. —Ella va a salir de aquí conmigo, y tú no vas a detenernos.

Cuando Lauren trató de alejarse de Michael una vez más, él la contuvo mientras le daba a Sam una advertencia: —Será mejor que te sinceres, bastardo. Ella necesita saber quién eres realmente.

Lauren giró para enfrentarse a Sam. —¿Confesar qué? ¿Qué quiere decir, Sam?

—Sam mató a Scott, Lauren— dijo Michael entre dientes apretados. —Haría cualquier cosa para recuperarte. Díselo, Sam.

Lauren jadeó. Intentó apartar las imágenes de su marido sangrando y sin vida mientras miraba al hombre que una vez había sido su amante. Sam bajó los ojos y miró a su izquierda, centrándose en el paquete oblongo con su distintivo envoltorio de carreras .

—No le creas, nena— suplicó Sam.

Cuando Lauren se volvió hacia Michael desconcertada, éste sacudió la cabeza con tristeza. —¿Cuánto tiempo piensas seguir con esto?— le preguntó a Sam. Miró directamente a Lauren. —Escúchame, Lauren, y escucha con atención. Yo estuve aquí esa noche. Trabajo para Vic Bonanni, el padre de Donna Blair. No es una persona de renombre, pero los negocios que dirijo para él son legítimos. Y el bienestar de Donna es mi responsabilidad. Cuando Scott chantajeó a Donna con treinta mil dólares por la devolución de un vídeo sexual que había

distribuido, la situación me puso en una situación precaria.

—Scott era tan tonto que la estaba chantajeando para conseguir dinero para devolver lo que yo le había prestado del negocio para cubrir sus deudas de drogas. Por eso tengo su cuadro: como garantía. Traté de advertir a Scott. Pero no lo maté. Esa noche vine aquí para recuperar el dinero de Donna, nada más. Dejé su propio dinero en su cartera y me fui. Eran negocios.

Sam miró fijamente a Michael mientras Lauren permanecía en silencio. De repente, Sam se abalanzó sobre el tocador. Agarró el fajo de papel y arrancó el cuchillo de su envoltorio . —Suéltala— ordenó Sam mientras se acercaba a Michael. El cuerpo de Lauren empezó a temblar incontrolablemente mientras miraba de Sam a Michael y viceversa.

Con una voz tranquila y uniforme, Michael le habló al oído. —Lauren, vi a Sam salir de tu casa cuando llegué esa noche. Tú estabas en la ducha y Scott ya estaba muerto. Sam guardó su cuchillo en la videograbadora antes de irse.

Lauren buscó la cara de Sam mientras trataba de procesar la información. Ella pudo sentir que sus rodillas se debilitaban.

—¡Esto es una mierda!— gritó Sam. —No he visto ese cuchillo desde que tus matones de la mafia quemaron mi club. Lo tomaste porque habías planeado todo el tiempo tenderme una trampa. Y le tendiste una trampa a Anya. Le diste ese pendrive a Mulrooney para que Anya se friera, ¿no es así? Querías deshacerte de todos los que te separaban de Lauren. Nunca aprendiste la diferencia entre ganar y poseer, Ryan. Sam se volvió hacia Lauren. —Tienes que creerme, nena— dijo en voz baja.

—Suelta el cuchillo, Sam— advirtió Michael.

Sam mantuvo sus ojos en Michael mientras hablaba. —Vi el Cunci atracado en Nápoles el día en que Anya fue asesinada. Me he mantenido fuera de la vista en San Pedro, así que dejé un mensaje para que Mulrooney y Clarke se reunieran conmigo allí y pudiéramos hablar. Me dirigía al puente cuando me dijeron que Anya había intentado comunicarse conmigo en relación con el Cunci. Fue entonces cuando lo puse todo en orden. Volví a su casa con la esperanza de que estuvieras allí, pero nadie respondió. Escuché el baño corriendo, así que esperé en el muelle. Vi a Michael salir de su casa, nena, y poco después había policías por todas partes. Entonces

los vi a los dos al otro lado del canal. —Miró a Michael y se acercó mientras hablaba.

—Lauren es demasiado inteligente para creer eso— dijo Michael.

Lauren levantó la cara hacia Michael mientras todas las piezas rotas de su vida finalmente se unían. Para Lauren, la realidad de saber no era peor que el horror de preguntarse. Una triste sonrisa cruzó su pálido rostro mientras se volvía hacia Sam. —Te creo, Sam— susurró.

—Lauren, cómo puedes ...— Michael suplicó.

—Porque sé que estás mintiendo, Michael, nunca te dije que Anya encontró un cuchillo en la videograbadora. —Sus palabras quedaron colgando en el silencio que siguió. Lauren ahogó un sollozo, luego se dio vuelta y abofeteó a Michael con fuerza en la cara.

En un movimiento repentino, Michael sacó una pistola de su cintura. Apuntó a Sam mientras agarraba a Lauren por el cuello. —Baja el cuchillo, Bennett— ordenó Michael mientras empujaba a Lauren hacia la cama. —Si alguno de ustedes hace un ruido, los mataré. Lauren, siento que esto sea necesario— dijo en voz baja. —Con una mano, la empujó para que se arrodillara, manteniendo la pistola apuntando a Sam mientras buscaba en un cajón de la mesita de noche.

Sam evaluó rápidamente la situación. La cama estaba entre él y Michael, demasiado lejos para lanzarse antes de que Michael pudiera disparar. Sam trató de mantener la calma mientras esperaba el momento adecuado para hacer su movimiento.

Michael sacó un pañuelo de gasa y ató las manos de Lauren a la espalda mientras se arrodillaba, y luego estiró el pañuelo para atarle las muñecas a los tobillos. Luego sacó un par de bragas de seda del cajón y las metió en la boca de Lauren. Con otro pañuelo, le ató la mordaza.

—No funcionará— advirtió Sam. —Ni siquiera tus secuaces te sacarán de esto.

—¡Cállate y ponte de rodillas con las manos detrás de la cabeza!— ordenó Michael. Después de que Sam obedeciera a regañadientes, Michael sacó un silenciador de su bolsillo, lo conectó a su pistola y se acercó a Sam por detrás. Cuando Michael bajó la pistola, Sam rodó repentinamente hacia atrás sobre las puntas de los pies y saltó hacia arriba clavando su cabeza en la barbilla de Michael con una fuerza tremenda.

Lauren gritó en silencio dentro de su mordaza cuando la mandíbula de Michael se cerró y se tambaleó hacia atrás. Sam giró, pero antes de que pudiera atacar de nuevo, Michael se recuperó y clavó su cabeza en el estómago de Sam. Mientras caían sobre la cama forcejeando, Michael apoyó el arma en el estómago de Sam. Sam rodó rápidamente, tirando a Michael encima de él mientras caían al suelo.

Lauren observó con horror mientras luchaban por el arma. Hubo una explosión de cristales cuando Sam atravesó con el pie la puerta de la biblioteca , desprendiéndola de la pared y cortándose la pierna. Luchó por zafarse mientras usaba el pie libre para patear la pistola de la mano de Michael. El arma se deslizó por el suelo y se estrelló contra las puertas francesas.

Sam se aferró a las piernas de Michael, pero éste se puso en pie con dificultad e intentó tirarle la estantería encima. La pesada pieza se balanceaba cada vez que Sam intentaba liberar su pie. Mientras la sangre empapaba sus pantalones, se retorcía torpemente. Gritó de dolor cuando el contenido de la biblioteca cayó sobre él, pero mantuvo un firme agarre sobre las piernas de Michael.

Michael finalmente se liberó. Maniobró hacia un lado del mueble, deslizó su poderoso brazo por detrás y lo volcó.

Lauren vio con horror cómo la estantería se tambaleaba durante un instante antes de caer. Sus gritos ahogados fueron sofocados por los gritos apagados que resonaron debajo del armario destrozado. Lauren oyó el chasquido de los huesos de Sam, y luego Sam se quedó en silencio.

Lauren arqueó la espalda en un esfuerzo desesperado por ver por encima de la cama. Sam la miraba sin palabras desde debajo del armario mientras sollozaba en silencio dentro de su mordaza. Lauren pudo ver que apenas respiraba y que la sangre le goteaba por las comisuras de la boca.

Michael se alisó la ropa y luego se arregló el cabello con los dedos. —Lo siento, Lauren— se disculpó mientras se limpiaba la sangre de la boca. —Esperaba no llegar a esto.

Se acercó a Lauren, se inclinó y le pasó los labios por la cara húmeda como si le secara las lágrimas con un paño de lino. —He sido un caballero durante mucho tiempo.

De repente, deslizó sus manos entre los muslos de ella, suspirando al sentir su calor. Entonces Michael cerró los ojos y sonrió mientras sus

dedos la acariciaban. Tras un largo silencio, se llevó la mano a la cremallera. —Tu novio de allí te apartó de mí, Lauren, y ahora vuelves a mí . Quiero que esto sea lo último que vea Sam antes de morir.

CINCUENTA Y DOS

Michael acarició suavemente los muslos de Lauren. Se enorgullecía de su paciencia. Durante años se había preparado como un maestro de la cocina, planificando cada plato, seleccionando cada corte y programando cada paso hasta que todo quedara a su gusto.

Había habido muchas mujeres hermosas, pero Lauren era la que él quería. Y Michael Ryan siempre conseguía lo que quería. Creía que había actuado con gallardía, incluso animando a Lauren a intentar que su matrimonio funcionara. Las complicaciones sólo habían aumentado el desafío para él. Pero cuanto más larga era la espera, mayor era el placer. Lo había aprendido hacía muchos años.

La casa en la que Michael y su tía Grazie habían vivido en la zona de Chambersburg, en Trenton, era una de las muchas casas en hilera adosadas a las casas de los vecinos a cada lado por un muro común. Tras años de ostracismo como el Chico Judío , Michael encontró una forma de entrar en el mundo de sus vecinos, aunque fuera sin invitación.

Hizo un pequeño agujero en cada pared común, creando un punto de vista desde el que pudiera ver y escuchar a sus vecinos como especímenes bajo su microscopio. Eran tan impotentes como los insectos aplastados en un parabrisas. En su mente, ahora los controlaba. Sin embargo, pasarían muchos años antes de que consiguiera la venganza definitiva. Durante ese tiempo, aprendió a saborear la anticipación que conlleva la espera.

Cuando Michael se dispuso a dejar el 'Burg' para establecerse en la ciudad de Nueva York, necesitaba dinero extra. Aunque seguía siendo un forastero, había invertido bien para clientes locales, incluido el jefe del barrio, Vic Bonanni, así que decidió pedirle un préstamo a éste para capitalizar su plan. Sabía que el precio sería alto.

Bonanni, que para entonces dirigía la mayor parte de sus operaciones desde Nueva York, reconoció a un genio de las finanzas cuando lo vio . Acabó cediendo muchas de sus inversiones a la nueva empresa de Michael, y éste ganó más dinero y respeto de lo que jamás había imaginado. Y aún más poder.

A efectos prácticos, era igual a Bonanni, y éste no tardó en reconocerlo como tal. Pero como resultado de esa confianza, a Michael se le encomendaba a menudo la limpieza de los desórdenes de Donna, la hija de Bonanni, una tarea que detestaba. Pero cumplía las órdenes de Bonanni, y lo hacía bien.

Michael se enorgullecía de ser un hombre práctico con la capacidad de evaluar el momento exacto para hacer un movimiento estratégico. Cuando era joven, dominaba el juego de mesa Risk. Nadie podía ganarle, ni siquiera los adultos. Aprendió a ganar acumulando pacientemente suministros y una formidable fuerza de ataque mientras los demás parecían progresar en la batalla. Cuando Michael elegía por fin su momento para atacar, ningún oponente podía recuperarse.

De adulto, Michael jugó a su propia versión del Risk, con grandes apuestas. Cuando la sucursal neoyorquina de Futuro prosperó gracias a las astutas inversiones de Michael en las Islas Caimán y Sudamérica, Michael regresó al 'Burg y compró todo el bloque de casas adosadas donde había vivido antes, desplazando a todos los inquilinos de casi toda la vida, incluida Grazie. Con fría satisfacción, observó cómo se marchaban, como campesinos en una marcha de la muerte.

Se sentó en la parte trasera de un Lincoln Town Car escuchando a Rachmaninov el día que el edificio fue demolido. Había ganado una vez más en el Risk. Y para sus oponentes, no habría recuperación. Había demostrado la regla: cuanto más larga es la espera, mayor es el placer.

Michael evaluó a Lauren mientras lo miraba con desprecio. Aunque creía que su enfado se le pasaría, la resistencia de Lauren lo excitaba

aún más de lo que esperaba. Sabía que ella necesitaba un hombre que pudiera controlarla, no un hombre débil como Scott... o un moribundo como Sam Bennett.

Michael se alisó el pelo. El autocontrol se había convertido en una droga tan fuerte para él que casi echaba de menos la anticipación. Lauren aprendería a amarlo eventualmente. Todas las mujeres que había conocido habían aprendido a respetar, y amar, su poder. Y él usaría su poder para cuidarla como se merecía.

A menudo había estado en el muelle observando a Lauren mientras trabajaba sola en su barco. Una noche vio con excitación cómo Sam Bennett empujaba a Lauren contra la pared del camarote y le hacía el amor. Mientras ella envolvía sus largas y bronceadas piernas alrededor de Sam, Michael sonrió. Para él, era una promesa de lo que un día tendría para sí mismo. Durante diez años había querido dormir con la cabeza enterrada entre sus muslos. Ya no se le negaría; y se tomaría su tiempo.

El Cunci había sido un seguro en caso de que lo estuvieran vigilando, y tenía la seguridad que ya lo habían descubierto. Él y Lauren se dirigirían a Los Ángeles en lancha rápida, donde embarcarían en un jet privado hacia Buenos Aires. Desde allí dirigiría sus negocios.

Cada detalle había sido cuidado con esmero, y él había hecho bien su trabajo. Se había ocupado del enfant terrible de Bonanni, recuperando su dinero y restaurando su dudoso honor. Scott había sido fácil, y Clarence Smolley y los empleados del show erótico habían sido una necesidad. Había obligado a Flint a hacer los honores al repulsivo Tumor poco antes de cargarse al propio Flint.

Uno de los pocos errores de Michael fue permitir que Flint trabajara en la parte de pornografía de los intereses de Bonanni en Long Beach como un favor a Donna. También sabía que no debería haber dejado que Donna lo convenciera para que dejara vivir a Flint después de descubrir que el vándalo vendía porno amateur de Scott Connolly por su cuenta.

Scott había aprendido demasiado sobre el negocio de Michael; y Michael no iba a perder lo que tenía por culpa de Scott Connolly. Aunque Scott había sido el mejor amigo que había tenido, Michael no necesitaba amigos. Sólo necesitaba respeto. Scott había abierto los ojos cuando el cuchillo entró en él. Murió sabiendo quién estaba al mando.

Ahora, mientras Michael apreciaba su premio y saboreaba el dolor de la anticipación, escuchó de repente el sonido de pasos abajo. Escuchó atentamente durante unos instantes antes de dirigirse sin hacer ruido hacia la puerta del dormitorio. Miró a Lauren y tomó su arma. Pronto tendría a Lauren una y otra vez, de la forma que quisiera. Sin embargo, primero tenía que ocuparse de algo.

CINCUENTA Y TRES

Los instintos de Mulrooney habían llamado a la puerta como la Parca. Poco después de que él y Clarke salieran del Cunci, habían recibido una llamada para reunirse con la policía uniformada en el muelle de Lauren, donde habían visto a Sam Bennett. Clarke se había dirigido a los muelles, pero de camino al puerto deportivo, Mulrooney sintió una ansiedad abrumadora.

Sabía que Sam Bennett era un hombre hecho a sí mismo, un inconformista que había amado a Lauren lo suficiente como para dejarla ir. Michael, en cambio, era un propietario y un coleccionista, un hombre que ganaría a cualquier precio.

Mulrooney se quedó mirando el semáforo, tratando de anticipar el siguiente movimiento de Michael Ryan, como si todavía fuera un marine en suelo enemigo. Si la misión de Ryan era alcanzar a Lauren Connolly, Mulrooney tenía que determinar la ubicación del objetivo.

Sabía que Lauren era una mujer que quería recuperar el control de su vida. Y también tenía agallas. —Lauren se iría a casa— dijo en voz alta, —y Michael Ryan iría tras ella.

Era el momento de jugárselo todo a su creencia en su capacidad, ganara o perdiera. Si se equivocaba, su placa no valdría mucho para él de todos modos. Peor aún, si tenía razón y no actuaba en consecuencia, Lauren podría acabar muerta. Cuando el semáforo cambió, dio un repentino giro en U y se dirigió de nuevo en dirección a la casa de Lauren.

Mulrooney envió un mensaje de texto a Clarke y luego pisó el acelerador. Recorrió las calles de Belmont Shore, pisando el acelerador al tomar las curvas tan rápido como se lo permitían las estrechas calles.

Cuando Mulrooney se detuvo frente a la casa de los Connolly, la casa estaba a oscuras y no había señales de actividad. Cuando dio la vuelta al callejón trasero de la casa, se le revolvió el estómago. El coche patrulla de Kate, desocupado, estaba aparcado detrás de la casa. Sabía que Kate y Sanders debían de estar inspeccionando el lugar.

Mulrooney aparcó el coche, salió de él y se dirigió al oscuro pasillo

que separaba la casa de los Connolly del bungalow vacío de al lado. Se movió rápidamente con la luz apagada, ignorando el sudor que le corría por el cuello. —¿Kate?— susurró mientras entrecerraba los ojos en la oscuridad, —¿Katie?

De repente, su pie se atascó en algo que parecía un gran saco de arena que taponaba la estrecha acera. Se oyó un gemido agónico. —¡Santo cielo!— Mulrooney gritó, sorprendido por el sonido.

Se agachó y encendió su linterna. Al dirigir la luz hacia el montículo, se sorprendió al ver a Sanders tendido en un charco de sangre.

Mulrooney le agarró inmediatamente una muñeca para comprobar si tenía pulso. Pudo ver, por la forma en que la cabeza de Sanders caía sobre la acera, que le faltaba parte del cráneo.

Sanders volvió a gemir y abrió los ojos. —Aguanta, Sanders— lo tranquilizó Mulrooney mientras hacía brillar su luz por la zona del paseo. —Voy a buscar ayuda. ¿Puedes hablar, hijo? ¿Dónde está Kate?

—En el ga-garaje, señor— susurró Sanders con voz ronca. —La puerta estaba abierta...— Sanders tartamudeó y se lamió los labios mientras miraba fijamente a Mulrooney.

—Sanders, aguanta— le suplicó Mulrooney. Podía oír la impotencia en su propia voz.

—Nueve-siete, s-setenta-cinco, señor.

—¿Qué? Intenta relajarte. Mantente despierto. —Mulrooney se levantó y se arrancó la camisa mientras los gemidos de Sanders se convertían en un prolongado gorgoteo. —Nueve, siete...— Los labios de Sanders seguían moviéndose.

Mulrooney se agachó y presionó suavemente su camisa contra la herida abierta que se abría cada vez que Sanders movía la cabeza. —No te muevas, hijo— ordenó Mulrooney mientras buscaba su teléfono, —¡y sigue hablándome!

Sanders apretó los dedos contra Mulrooney. Mientras sus labios luchaban sin sonido sobre los dientes cubiertos de sangre, intentó forzar algo en la mano de Mulrooney.

Mulrooney sabía que Sanders estaba a punto de morir. Quitó con cuidado el trozo de papel arrugado del puño del agente y enfocó la luz sobre el papel. Era una hoja de listado de bienes raíces con una

fotografía del bungalow de al lado. A Mulrooney le dolió el pecho mientras leía: HERMOSO BUNGALOW DEL LADO DE LA BAHÍA-REDUCIDO-AHORA PIDE 975.000 DÓLARES.

—Gracias por acordarte, Sanders— roncó Mulrooney. —Eres genial, chico, y eres un maldito buen policía. Relájate ahora, hijo.

—¿Podrías llamar a mi madre por mí?

—Puedes apostar que lo haré. —Tragándose sus emociones, Mulrooney se puso en pie. Sus ojos ardían mientras trataba de contener su ira y su pena. De repente, sintió el golpe contundente de la culata de una pistola. Las rodillas de Mulrooney se doblaron bajo él mientras su cerebro estallaba en chispas.

CINCUENTA Y CUATRO

Mulrooney ahogó el contenido de su estómago cuando el intenso dolor en su cráneo le devolvió la conciencia. Se miró el pecho desnudo y trató de recordar dónde estaba. Con el dorso de la mano derecha se limpió la boca. Cuando intentó levantar la otra mano, se dio cuenta de que estaba de rodillas con la mano izquierda sujeta por detrás, atada fuertemente con cinta adhesiva a los tobillos. La mano y los tobillos estaban atados como una unidad a los pies de la estructura de la cama. Cuando se tambaleó con la mano derecha libre en un intento inútil de liberarse, se mareó y desorientó.

Cuando Mulrooney levantó la vista, sus ojos enfocaron lentamente a Michael Ryan. Cuando Mulrooney parpadeó para alejar los intensos colores que llenaban las cuencas de sus ojos, vio que la boca de Michael formaba un tajo negro. El tajo sonrió.

—Sabía que iba a disfrutar viendo cómo intentabas liberarte— dijo Michael. —Te di un poco de línea, por así decirlo.

Mulrooney miró lentamente hacia su izquierda a través del pelo cubierto de sangre y sudor que le asomaba a los ojos. Le invadió el miedo cuando vio que Lauren Connolly estaba atada a una mesita de noche cercana, con una mordaza metida en la boca.

—Sé que no harás ningún ruido— dijo Michael mientras se acercaba a Mulrooney, —o los mataré a todos, uno por uno.

Mulrooney notó un ligero movimiento a su derecha. Cuando enfocó sus ojos, vio una biblioteca caída. Sam Bennett yacía debajo, distorsionado por la sangre y los huesos rotos. Con lo último de sus fuerzas y su conciencia, Sam seguía tratando impotentemente de liberarse.

Michael sacudió la cabeza. —Me sorprende que aún respire. Debería ahorrar fuerzas. En realidad, preferiría que estuviera muerto, pero Lauren ya ha tenido bastante con lo que lidiar últimamente. — Mientras Michael miraba compasivamente a Lauren, ella se apartó de él con disgusto.

—Qué pena lo del policía— dijo Michael. —Fue un descuidado.

Mulrooney contorsionó su cuerpo y trató de hurgar en las tiras de cinta adhesiva con la mano libre mientras Michael lo estudiaba como si fuera un espécimen fascinante. De repente fue consciente de que no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. —El agente Axberg llegará con refuerzos en cualquier momento— amenazó Mulrooney con voz gruesa mientras trabajaba en la cinta.

—No, no lo creo— dijo Michael negando con la cabeza. Se dirigió al armario del dormitorio y abrió la puerta de un tirón. La ropa de Lauren estaba amontonada en el suelo del armario. Kate estaba atada, suspendida del palo de la ropa como si fuera carne ensartada. Se atragantó con la mordaza mientras miraba a Mulrooney con ojosdesorbitados. Mulrooney estaba horrorizado.

Michael observó con calma la reacción de Mulrooney. —Esto es culpa tuya, Mulrooney. Se te advirtió que te apartaras. Obviamente, la explosión del coche no te enseñó nada. Es lamentable que no te lo hayas tomado en serio. Desafortunado para tu Pez León, también.

—Por favor— le suplicó Mulrooney a Michael, —deja bajar a la oficial y afloja la mordaza.

Michael negó con la cabeza. —Me temo que no puedo complacerle, detective.

Mulrooney forzó el pánico de su cabeza y trató de evaluar a su captor. Sabía que Michael Ryan tenía un sentido distorsionado del decoro. Ryan había aparecido en el funeral de Scott Connolly, y había esperado a hacer su jugada con Lauren. Mulrooney sospechaba que Ryan necesitaba creer que era un oponente justo.

—Lauren se equivocó sobre ti, Ryan— se burló Mulrooney. —Ella te describió como un caballero con sentido del juego limpio. Esa oficial de policía es una mujer. ¿Dónde está tu respeto? Creía que tenías más clase que eso.

Michael estudió a Kate durante unos instantes y luego se volvió hacia Mulrooney. —Sé que estás tratando de manipularme, Mulrooney— sonrió, —pero te seguiré el juego. Se dirigió hacia el armario y aflojó ligeramente la mordaza de Kate. Tras un momento de vacilación, bajó los pies de Kate al suelo antes de cerrar la puerta del armario. —Ahora no insistas en nada más, o la mataré— dijo con voz simpática.

—Habrá policías arrastrándose por todo este lugar en cuestión de minutos. ¿Qué piensas hacer?

—Pretendo tomar lo que es mío— respondió simplemente. —Tú también la quieres, ¿no es así Mulrooney? La única diferencia entre tú y yo es que yo sé cómo conseguir lo que quiero.

—Esa no es la única diferencia— dijo Mulrooney con enfado.

—Ya veremos.

Mulrooney pudo sentir cómo le latía el pecho mientras Michael se acercaba a Lauren y se agachaba frente a ella. Comenzó a besarle las mejillas y la frente, y luego le pasó los dedos por los labios, que estaban estirados para acomodar la mordaza.

—Podríamos haber hecho esto en privado, Lauren— dijo suavemente, —pero tienes que saber quién manda. Y ellos necesitan saber a quién perteneces. Te daré todo lo que siempre has querido. Te quiero —dijo Michael suavemente mientras le acariciaba el pecho— y voy a demostrarte cuánto. —Lauren se atragantó con la mordaza.

El miedo de Mulrooney era casi insoportable. Desesperado por liberarse, tiró de la cinta hasta que sintió que le cortaba la muñeca. Tuvo que contenerse para no gritar, pero temía las repercusiones. Era el juego de Michael, y Mulrooney estaba perdiendo terreno.

—Nadie me rechaza, Lauren— razonó Michael con calma. Su labio se curvó mientras miraba a Sam, que apenas aguantaba. —Sam aprendió eso cuando rechazó la protección de su club. Y también lo siento por Scott, pero le advertí. No me dio opción. Tuve que deshacerme de él, como tendré que hacer con Robocop aquí.

Mulrooney intentó una vez más liberar sus piernas de la pata de la cama. El dolor punzante de sus viejas heridas se intensificaba cada vez que se movía. A pesar de que sus rodillas y su tobillo se sentían como si estuvieran en llamas, siguió luchando.

Michael negó con la cabeza a Mulrooney antes de volver a centrar su atención en Lauren. Cuando ella se apartó de él, dudó un momento y luego le dio una fuerte bofetada en la cara. —No vuelvas a darme la espalda— le dijo enfadado. —En un rápido movimiento, Michael le abrió la blusa, revelando el sostén de encaje marfil que había debajo. Introdujo ambas manos en el sostén y le levantó los pechos para dejarlos al descubierto. Mientras recorría sus curvas con las puntas de los dedos, la miró posesivamente.

—¡No, para!— Mulrooney suplicó mientras intentaba en vano arremeter contra Michael. Aunque las ataduras lo mantenían en su

sitio, volvió a luchar para llegar a Lauren. Cruzó miradas con Lauren, que lo observaba suplicante. —No lo hagas, Ryan— le suplicó. —Tú y yo podemos resolver esto a solas, sólo déjala ir.

—Te dije que no hicieras ruido. —Michael advirtió amenazadoramente.

—Si la amas, no la lastimes.

—Nunca la lastimaría. Esto es lo que ella quiere, Mulrooney. ¿No es así, Lauren?— Mientras acariciaba sus pechos, Lauren echó la cabeza hacia atrás y miró a Michael desafiante.

Michael presionó su boca contra la mejilla de ella y habló. —Te he visto con Sam... quieres a alguien que te controle, ¿no?— Apretó aún más sus pechos y sonrió cuando ella arqueó la espalda de dolor.

Mulrooney miró a Sam, que se retorcía bajo el armario mientras Michael acosaba a Lauren. Sam había sacado la mano de debajo de la biblioteca y la acercaba al cuchillo, que estaba en el suelo.

Michael giró de repente hacia Sam. —¿Aún no estás muerto?— Caminó hacia Sam y recogió el cuchillo. —¿Es esto lo que quieres?— preguntó Michael mientras bajaba el arma. Levantó el cuchillo y lo clavó en la mano extendida de Sam, clavando su mano en el suelo. Cuando llegaron los gritos, Michael cubrió la boca de Sam. —Recuerda, cualquier ruido y todos mueren— dijo con los dientes apretados.

Mulrooney sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando Michael alcanzó la esquina de la colcha para limpiar la sangre de Sam de su mano y sus zapatos. Cuando Michael volvió al lado de Lauren, dejó la pistola en el suelo cerca de la mano inmovilizada de Sam, y fuera del alcance de Mulrooney, tentando deliberadamente a ambos. Sam miraba impotente la pistola mientras su mano desaparecía en un manantial de sangre.

Michael se puso de pie junto a Lauren. —Ojalá pudieras oír la música desde aquí, Lauren. Es Gershwin, uno de tus favoritos. La hice sonar para ti en tu cumpleaños. Cuando bajaste esa noche, estabas desnuda. Te miré desde el estudio...— sonrió y cerró los ojos. —Eres preciosa. Michael se inclinó para acercar sus labios a la boca de ella una vez más, y luego le quitó lentamente la mordaza. —Shhh— advirtió mientras se desabrochaba el cinturón.

Mulrooney vio a Lauren apartarse con repulsión. Mientras ella

ahogaba los sollozos, Mulrooney explotó. —¡No!— gritó. —¡No hagas nada de lo que te vayas a arrepentir, Ryan!

—¡Cállate!— Dijo Michael. Se dio vuelta y golpeó con su puño la mandíbula de Mulrooney. —Un sonido más y tu amiga en el armario muere primero.

Mulrooney cerró los ojos y aspiró sangre y bilis mientras trataba de contener su furia. Su rabia silenciosa alimentaba sus ganas de vivir. Hoy no es mi día para morir, hijo de puta.

Mulrooney abrió los ojos y se obligó a permanecer en el presente. Era un hombre que se enfrentaba a los términos de su propia muerte. Cada uno de sus sentidos estaba en alerta. De repente, sus oídos pudieron escuchar la música con claridad, a pesar de los altavoces rotos. Los compases finales de la Rapsodia en Azul lo cubrieron como el sudor de la muerte. Cuando sintió que la sangre bombeaba por sus venas, su respiración se volvió firme. La cinta que le cortaba la piel lo aterrizó, y su boca sintió el sabor rancio de su propia sangre. Miró a su alrededor, poniendo al descubierto todos sus sentidos.

De repente, Mulrooney se levantó de golpe y clavó sus ojos en Lauren. Le ordenó en silencio que volviera a mirarlo . Pero mientras Michael continuaba con su sádico juego previo, Lauren cerró los ojos.

Mírame, Lauren, gritó la mente de Mulrooney. Mírame.

Lentamente, Lauren abrió los ojos. Se apartó de su acosador y enfocó sus ojos en Mulrooney como si pudiera escuchar que la llamaba.

Mulrooney levantó las cejas, abriendo los ojos con dolorosa intensidad. En silencio, guio su atención hacia el espacio en el suelo entre la mesita de noche y la cama.

Cuando Lauren giró para mirar hacia donde Mulrooney le había indicado, Michael la agarró inmediatamente de la cara y la tiró hacia él. —Te he dicho que no vuelvas a apartar la vista de mí.

—Lo siento, Michael— dijo ella suavemente. —Tal vez tengas razón. Tal vez, tal vez un hombre como tú es realmente lo que necesito.

Lauren se estremeció cuando escuchó a Sam sollozar. Mulrooney miró a Sam, cuyos ojos apagados seguían concentrados en la pistola.

—Sí— susurró Michael. Luego apretó su ingle contra la cara de ella para que pudiera sentir su dureza. Levantó la cara hacia el techo

mientras absorbía su calor.

Mulrooney estiró lentamente su brazo libre todo lo que pudo. Sólo le faltaba un pie para alcanzar el arma desechada.

Mientras Michael seguía presionando su erección contra la cara de Lauren, Mulrooney se sobresaltó por los gemidos de placer que de repente se escaparon de la garganta de Lauren.

—Michael— susurró ella roncamente. —Me estás excitando. He fantaseado contigo durante mucho tiempo. Déjame darte placer.

—Sabía que entrarías en razón— sonrió él.

—Libera sólo una mano. Te daré lo que ambos queremos. Yo sí te deseo. Y no me importa quién esté mirando.

Michael miró a Sam y sonrió con satisfacción, antes de inclinarse para desatar uno de los brazos de Lauren. Cuando su mano estaba finalmente libre, ella bajó lentamente la cremallera de los pantalones de Michael. Michael gimió mientras su excitación aumentaba.

De repente, Lauren apartó la mano. En una fracción de segundo, agarró una de sus pesas de mano, que estaban cerca del borde de la cama donde Mulrooney había indicado. Se balanceó con toda su fuerza, impulsando la mancuerna hacia arriba entre las piernas de Michael, que estaba a horcajadas. Se oyó un ruido sordo cuando la pesa se hundió en la ingle de Michael con una fuerza tremenda.

Michael soltó un grito agudo. Aturdido por la inmovilidad, se aferró a sí mismo en la agonía. Lauren volvió a clavarle la pesa, esta vez con más fuerza. Cuando se tambaleó hacia atrás, Lauren le lanzó la mancuerna. Se oyó un sonido como de leña crepitante cuando la pesa conectó con sus costillas. Michael se agarró débilmente al aire para detener la embestida antes de doblarse.

En ese momento, Sam tiró de su mano empalada para liberarla del cuchillo. Su grito se convirtió en un aullido doloroso cuando el cuchillo le cortó la mano en dos partes. Con su último aliento, Sam balanceó su extremidad extendida en un arco sangriento a lo largo del suelo, arrojando el arma hacia Mulrooney.

Mulrooney alcanzó el arma justo cuando Michael se acercaba a él. Mientras los dos hombres luchaban, Mulrooney oyó el segundo peso conectar sólidamente con la columna vertebral de Michael. Mulrooney agarró el arma con la mano libre. Pudo saborear el sudor de Michael

mientras le arrancaba el arma de las manos y lo empujaba hacia atrás.

Mulrooney tenía la pistola por el cañón. Antes de que pudiera cambiar su agarre, Michael se abalanzó sobre él de nuevo. Mulrooney le clavó la cabeza en la barbilla a Michael. En un hábil movimiento, volteó el arma en su mano y apretó el gatillo.

Michael se tambaleó hacia atrás y le lanzó a Mulrooney una mirada de desconcierto. Se llevó la mano al pecho, donde su respiración se abrió paso a través del furioso agujero hecho por la bala. Hizo un intento inútil de abrocharse los pantalones antes de alisarse el pelo oscuro con una mano ensangrentada. Después de apoyarse en la pared como soporte, asintió derrotado.

De repente, los ojos de Michael se abrieron de par en par. Mulrooney siguió su mirada hacia Lauren, que utilizaba su brazo libre para quitarse los pañuelos que la sujetaban. Se soltó y se lanzó por el cuchillo.

—¡No, Lauren! —gritó Mulrooney mientras arrancaba el cuchillo del suelo. —Está acabado.

—¡Pues yo no!— gritó ella mientras levantaba el brazo y lanzaba el cuchillo. Se oyó un sonido sordo cuando el cuchillo se clavó en la sien de Michael Ryan. Una expresión de asombro se instaló en su rostro antes de que se deslizara lentamente hacia el suelo. Su cabeza cayó hacia un lado, y entonces un traqueteo bajo se escapó de sus pulmones.

Lauren sollozó y se lanzó sobre Mulrooney. Cuando él la acercó a su pecho, Lauren cerró los ojos y se aferró con fuerza. Él la estrechó entre sus brazos mientras una grata calma lo inundaba.

CINCUENTA Y CINCO

—Estaba entrando por la puerta justo cuando disparaste, amigo— sonrió Clarke mientras se colocaba en el muelle y miraba hacia el mar.

Mulrooney y Kate estaban sentados en una gran roca cercana. —Una sincronización perfecta— le espetó Mulrooney, —pero me habría gustado verte un poco antes.

—¿Qué, soy psíquico? Tu mensaje nunca llegó. Es sólo porque te conozco tan bien que me di cuenta de dónde estabas. Fue un gran trabajo de tu parte, amigo; pero la próxima vez espera a tu viejo compañero.

—Está bien . Por cierto, gracias por apoyarme en mi apuesta con Atilla.

—Otros cien dólares dicen que ese gordo de mierda se irá de la ciudad antes de cumplir su apuesta de llevar a Orgullosa Mary a cenar.

—Una pena— añadió Kate mientras se ajustaba el cabestrillo que estabilizaba su hombro dislocado. —Mary sería la cita con más clase que ha tenido.

—Y la más limpia— rió Mulrooney.

—Se dice que el alcalde Howe estaba tan abajo en las encuestas que decidió desechar sus planes de campaña— informó Kate. Clarke se regocijó. —Y Clemente se retira ahora que el fiscal está siendo investigado por aceptar sobornos.

—¿No es maravillosa la vida?— Mulrooney sonrió. —Por fin empieza a sentirse bien de nuevo.

Mulrooney se puso de pie de repente cuando el Seduction se detuvo en un muelle frente al club de yates. Lauren los saludó mientras amarraba el barco.

—Te prometí una sorpresa— le dijo a Mulrooney, —y no puedes decir que no. Se inclinó y tomó una caña de pescar y una caja de señuelos y se los entregó. —Clarke me dijo que te gusta pescar, así que he

pensado que quizá quieras escaparte a Catalina alguna vez.

—Gracias, me parece estupendo— sonrió Mulrooney al entrar en el muelle. —Lauren, todos sentimos mucho todo lo que has pasado.

—Lo sé— dijo Lauren con tristeza. —Y siento lo del agente Sanders— añadió mientras ponía una mano en el brazo de Kate. —Kate, tú y tu compañero hicieron todo lo posible. Nunca sabrás cuánto te respeto y admiro. Y ustedes también, detectives— sonrió, —los dos han estado maravillosos. —La sonrisa de Lauren se quedó en Mulrooney.

—¿Le decimos que sólo hacemos nuestro trabajo?— Clarke sonrió.

—Ya me siento como la Patrulla Juvenil con los tres tontos aquí juntos — refunfuñó Mulrooney.

Lauren se rió mientras volvía a subir a bordo. —Nos vemos pronto— saludó. Le sonrió a Mulrooney, y luego maniobró hábilmente el barco hacia el canal.

Mulrooney sabía que Lauren planeaba ir a Catalina por un tiempo. Mientras veía cómo la brisa le levantaba el cabello alrededor de la cara y luego lo dejaba caer sobre sus hombros bronceados, algo en su pecho le recordó que estaba vivo de nuevo. De repente se dio cuenta de que había perdido demasiado tiempo a solas.

—Tienes su número de móvil, Tim— sonrió Kate. —Llámala.

—Quizá lo haga...

—Vamos por la tarta mientras lo piensas.

Mulrooney ayudó a Kate a subir al coche de Clarke. Todavía estaba agarrando su caña de pescar cuando se dio cuenta de que Lauren los observaba desde la cubierta del Seducción. Al ver la sonrisa que se dibujaba en su rostro, volvió a girar la barca y la dirigió lentamente hacia la orilla.

—Si no les importa, me saltaré la tarta— dijo Mulrooney. —Me voy a pescar. —Luego, con el andar de un campeón de peso pesado, Mulrooney se dirigió en línea recta hacia el muelle.

Querido lector,

Esperamos que hayas disfrutado leyendo Con Absoluta Alevosía. Tómese un momento para dejar una reseña, incluso si es breve. Tu opinión es importante para nosotros.

Atentamente,

Gwen Banta y el equipo de Next Chapter

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría expresar mi gratitud a Jan Pastras, Denise Carver y Jay Markanich por ser los primeros —ojos— independientes que ayudaron a guiar y animar la publicación de este libro. Ann Connors, estuviste ahí en cada paso del camino, y lo sigues estando. También me gustaría dar las gracias al Dr. Dmitry Arbuck, que nunca me hace olvidar que soy una escritora, a Buddy, que me hace compañía cuando quemo el aceite de medianoche, y a mi editor, Next Chapter, en concreto a Miika Hannila, por creer que mi trabajo merece el tiempo y la inversión. Y, por supuesto, mi más profunda gratitud es para mi familia, que siempre expresa el orgullo que me motiva y el amor que me sostiene.

ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Binghamton (Nueva York), Gwen Banta se licenció y obtuvo un máster en la Universidad de Butler y obtuvo una certificación lingüística en The Defense Language Institute de Monterey (California). Su primera novela, publicada en 2016, es una historia de madurez que tiene como telón de fondo el malestar racial y social de la Indiana rural de 1960. Llena de humor y patetismo, —El Atrapamoscas — recibió el premio Opus Magnum Discovery de Nueva Literatura-Mención Honorífica. Su segunda novela, —Dentro de Sam Lerner — es un escalofriante thriller criminal ambientado en Nueva

Orleans. Fue publicada por Creativia en 2018 y ha recibido un gran reconocimiento de la crítica.

La autora ha recibido numerosos premios por su obra de ficción en múltiples festivales de libros de todo el país y del extranjero: Great Northwest Book Festival, Los Angeles Book Festival, Pacific Rim Book Festival, San Francisco Book Festival y el Great Southeast Book Festival. Gwen reside en Los Ángeles con su perro, Buddy, que es un gran fan de su obra.